

JENOFONTE

HELENICAS

ALIANZA EDITORIAL

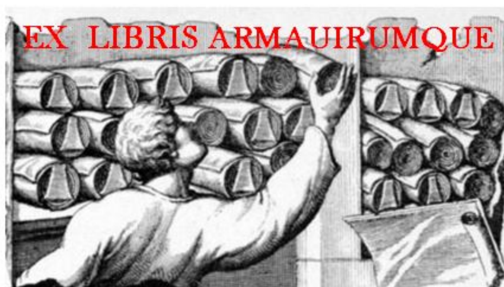
La posición de JENOFONTE dentro de la literatura griega resulta a la vez privilegiada y sorprendente. Las características de su estilo han hecho que tradicionalmente se haya visto como el autor más adecuado para la iniciación a los estudios de la lengua griega. Por otra parte, la diversidad de los campos que tocó en su actividad literaria atrae necesariamente la atención de todo el que se interesa por el mundo clásico, sea cual fuere el objeto específico de su preocupación: la guerra o la política, el pensamiento o la estructura económica, la hípica o la caza. Tal vez ningún autor antiguo haya colaborado más a la creación de las distintas imágenes que del mundo clásico se ha hecho el hombre a lo largo de la historia, incluyendo la que prevalecía entre los intelectuales de la Roma imperial en relación a la, para ellos ya «clásica», Atenas de los siglos V y IV a.C. Al margen de la viveza de su estilo, las HELENICAS constituyen, como continuación de la «Historia de la Guerra del Peloponeso» de Tucídides, la mejor fuente para el conocimiento de los problemas que acuciaron a las ciudades griegas en el dramático periodo que marca el cambio del siglo V al IV. En esta misma colección, y para los acontecimientos históricos del siglo V: «Historia de la Guerra del Peloponeso» (LB 1385), Tucídides.

Cubierta: Daniel Gil

El libro de bolsillo **Alianza Editorial**

Jenofonte: Helénicas

Introducción y notas de Domingo Plácido

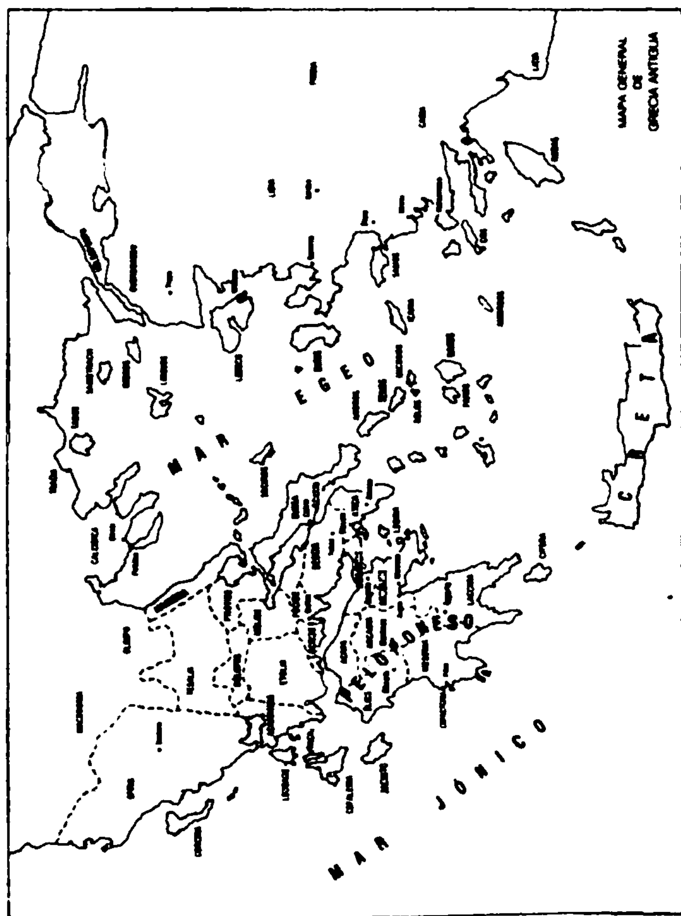


El Libro de Bolsillo
Alianza Editorial
Madrid



®

Sección: Clásicos



Traductor: Domingo Plácido

Printed in Spain

Introducción

La posición de Jenofonte dentro de la literatura griega resulta a la vez privilegiada y sorprendente. Por una parte, las características de su estilo han hecho que tradicionalmente se haya visto como el autor más adecuado para la iniciación a los estudios de la lengua griega. De este modo, el texto original de Jenofonte se ha convertido en el más frecuentado por quienes sólo se aproximan de modo elemental a los estudios clásicos. Además, la diversidad de los campos que tocó en su actividad literaria atrae necesariamente la atención de los estudiosos y de todo el que se interesa por el mundo clásico, sea cual fuere el objeto específico de su preocupación: la guerra o la política, el pensamiento o la estructura económica, la hípica o la caza. Por unos u otros motivos, desde la Antigüedad fue objeto de admiración y de imitación y, a lo largo de la historia posterior, su obra ha sido leída, conocida y admirada por toda la tradición culta. Tal vez ningún autor antiguo haya colaborado más a la creación de las distintas imágenes que del mundo clásico se ha hecho el hombre a lo largo de la historia, incluyendo la que

prevalecía entre los intelectuales de la Roma imperial en relación a la, para ellos ya «clásica», Atenas de los siglos v y iv a. C. Sin embargo, sorprende que, al mismo tiempo, Jenofonte se halle situado siempre en un segundo plano. En la filosofía de la escuela socrática, Platón ocupará siempre un lugar preferente. Dentro de la historiografía, la inevitable comparación con Tucídides constituye habitualmente un obstáculo para que sea juzgado por sus propios méritos. La tendencia general de la crítica termina en la consideración de que la mediocridad es la principal característica de Jenofonte. Tal definición depende, sin duda, del hecho de que existan puntos de referencia tan sobresalientes como los citados, pero también de la multiplicidad de campos que frecuentó, lo que lo convierte en espejo de una realidad revelada gracias a él en todos sus diversos aspectos. Existe así una época de la historia griega de la que, a través de un prisma individual, pueden conocerse las múltiples facetas que componen su vida material y espiritual.

Sorprende, pues, en Jenofonte este doble aspecto que acompaña a su imagen: popularidad y desdén. Pero resulta también una figura privilegiada por su papel en la configuración de la imagen del mundo clásico y porque, de modo prácticamente excepcional, permite percibir la relación entre lo general y lo individual, entre la realidad histórica y una inteligencia receptora y transmisora de esa misma realidad, condicionada por ella e influyente sobre la imagen que la humanidad se ha hecho acerca de ella.

Jenofonte nació en Atenas, o en un distrito del Atica, hacia el año 430. De los treinta primeros años de su vida no se sabe prácticamente nada. Sólo Diógenes Laercio, que lo incluye en sus *Vidas de filósofos,* cuenta la anécdota de cómo se convirtió en discípulo de Sócrates. La imagen de Jenofonte como filósofo socrático era, según se desprende de esto, bastante predominante en la Antigüedad. Estos tuvieron que ser los años, coincidentes con la guerra del Peloponeso y sus inmediatas secuelas que desembocaron en la condena del maestro, en los que Jenofonte mantuvo contactos con él. También estuvo rela-

cionado con algunos otros intelectuales que por aquel entonces desempeñaban sus funciones principalmente en Atenas, como Pródico, en una época en que todavía no se había creado la definición totalmente excluyente de la escuela socrática, debida sobre todo a Platón.

En el año 401 intervino activamente en la expedición de los Diez Mil, formada por soldados mercenarios para apoyar a Ciro el Joven en sus pretensiones de conseguir la realeza persa frente a su hermano Artajerjes. Ciro murió en el intento y Jenofonte regresó al mando de la expedición, lo que sirvió de motivo para la redacción de la *Anábasis*. Luego se incorporó a las campañas que en la década de los 90 estaba llevando a cabo Agesilao, rey de Esparta, en Asia Menor. Serán los «Cireos» mencionados en las *Helénicas*. Y continuará su colaboración con los espartanos, hasta el punto de que, en la batalla de Coronea, en el año 394, combatió de su lado frente a los tebanos y a sus propios compatriotas atenienses. Luego vivió, desterrado de su ciudad, en una finca donada por los espartanos en Escilunte, en Elide, donde escribió una buena parte de su variada obra, hasta que después de la batalla de Leuctra se trasladó a Corinto, y allí vivió un tiempo indeterminado. En algún momento, en efecto, regresó a Atenas, donde murió posiblemente hacia el año 354. Entre las incertidumbres de su biografía, la que tiene un mayor interés por su significación es la que corresponde al momento preciso de su destierro. La residencia en Escilunte, a continuación de la batalla de Coronea, ha llevado a atribuir el motivo del destierro a su filolaconismo, que había llegado a convertirse en auténtica traición. Sin embargo, las fuentes antiguas relacionan el hecho más bien con la expedición de los Diez Mil. Ciro había actuado, desde luego, en los últimos años de la guerra del Peloponeso, de manera hostil a los atenienses, pero, además, la expedición coincide con los momentos dramáticos de la historia ateniense que llevaron a la condena de Sócrates. En tales circunstancias, ante un sistema democrático a la defensiva, cabe la posibilidad de que la aproximación a Ciro de un individuo cercano a los círcu-

los socráticos se haya interpretado como una forma de traición identificada más tarde con el filolaconismo. Esta es la interpretación de Anderson. Para Canfora, cabe incluso plantear la hipótesis de que haya formado parte de la caballería de los Treinta Tiranos, los que con la ayuda espartana destruyen la democracia ateniense al final de la guerra del Peloponeso.

El carácter socrático de la formación intelectual de Jenofonte queda reflejado en cuatro obras que, desde el punto de vista formal, se asemejan a los escritos platónicos. *Apología* y *Banquete* comparten incluso el título. Las *Memorables* o *Recuerdos de Sócrates* tienen también un carácter apologético y retratan a un personaje preocupado principalmente por los deberes cotidianos del buen ciudadano. El título del *Económico* hay que interpretarlo etimológicamente como tratado de economía doméstica, de administración del *oikos* como unidad familiar y de explotación y consumo.

Otras obras consideradas menores de Jenofonte reflejan las preocupaciones del «caballero» ateniense que es amante del arte ecuestre (*Hípico*), desempeña sus funciones militares como comandante de caballería (*Hipárquico*) y siente gran afición por el deporte de la caza (*Cinegético*). Políticamente, la clase a la que pertenece Jenofonte suele ver en Esparta un modelo alternativo que podría contraponerse a la democracia ateniense. De ahí su preocupación por la *República de los lacedemonios,* donde con todo se revelan ciertas críticas, tal vez como efecto de haberse escrito tras la batalla de Leuctra. Por otra parte, en Atenas comienza a difundirse la idea, más o menos velada, de que la solución de los problemas pasa por el fortalecimiento del poder personal. Individuos como Jenofonte experimentan ante tal perspectiva una mezcla de sensaciones positivas y negativas. Un rey al estilo tradicional espartano, con ciertos rasgos renovadores, puede resultar atractivo desde ese punto de vista. Su *Agesilao* es no sólo un retrato hagiográfico, sino también la exposición de una teoría sobre cómo puede ser el rey adecuado a las necesidades de una clase que para conservar sus

privilegios necesita admitir ciertos aspectos renovadores. El espíritu es el mismo de la *Ciropedia,* escrito novelesco sobre la «pedagogía del príncipe», donde, al situarse como protagonista la figura de Ciro el Viejo, se produce una síntesis, muy adecuada a las necesidades del momento, entre la realeza de tendencia orientalizante y la tradición helénica que informa la personalidad del protagonista. Su preocupación por los principios orientales ha quedado reflejada también en su apoyo al helenizado Ciro el Joven, y en su participación en la expedición que fue tema de la *Anábasis.*

En el *Hierón* se plantea de manera dialéctica la preocupación de Jenofonte ante la situación ambigua que pueda darse cuando alguien está en condiciones de personalizar el poder. Se trata de definir, del modo más claro posible, la diferencia entre el rey y el tirano. Esta misma preocupación queda patente cada vez que en las *Helénicas* se presenta la ocasión de ocuparse de un personaje que ostenta el poder personal o pueda estar en condiciones de alcanzarlo. Por ello, entre otras cosas, las *Helénicas* contienen el núcleo de las preocupaciones políticas de Jenofonte, ante la crisis de la ciudad-estado y las luchas por la hegemonía, ante el crecimiento del mercenariado y los problemas del ciudadano, ante los conflictos internos y ante el desarrollo del poder personal. En los últimos años de su vida, Jenofonte escribió las *Rentas* o *Póroi,* obra con la que trata de poner remedio a las circunstancias críticas por las que sigue atravesando la economía de la ciudad como consecuencia de la pérdida del segundo imperio. También aquí Jenofonte se debate ante el problema de conservar las tradiciones aunque haya que acometer medidas renovadoras.

Jenofonte, en definitiva, según lo que se desprende de la lectura de su obra, representa de una manera directa los intereses de una clase apoyada en las tradiciones que ya han entrado en crisis durante el período de la guerra del Peloponeso, y que intenta establecer los mecanismos para que permanezcan vigentes a pesar de las transformaciones operadas, que ve la solución en aquéllas, pero tam-

bién ve ciertas novedades que considera como una nueva lectura o una adaptación de las mismas.

Una primera parte de las *Helénicas* es la constituida por los últimos años de la guerra del Peloponeso desde 411, los no descritos por Tucídides, y está contenida en el libro I y el II hasta el párrafo 3,10. La segunda parte, hasta V, 1,36, relata los desórdenes internos consecuencia de la guerra, las luchas entre Esparta y Persia, la guerra de Corinto y la paz del Rey (año 387). El resto, hasta el final, se compone de la hegemonía espartana hasta la batalla de Leuctra y la hegemonía tebana hasta la de Mantinea (año 362).

Hay varias teorías sobre el modo y la cronología de la composición de las *Helénicas*. En casi todos los casos se considera que existen por lo menos tres etapas en su composición, con la interferencia de otros escritos, circunstancia especialmente clara en el caso de la *Anábasis* y más discutida en el del *Agesilao*. Las fechas propuestas llegan a ser extremadamente variables. Incluso hay quien considera que la primera de las partes puede haberse escrito después de haber llegado al final. En cualquier caso, la tercera parte fue redactada en los últimos años de su vida, como se ve por la alusión a la muerte de Alejandro de Feras.

Las *Helénicas* reciben, en algunos de los manuscritos conservados, el nombre de *Paralipómena,* con lo que al parecer se alude a su intención de completar la obra de Tucídides. Hay quien piensa que tal carácter sólo puede corresponder a la primera parte de la obra (Hatzfeld) y quien desecha tal intención por parte de Jenofonte (Henry). En cambio, Canfora atribuye una gran importancia al hecho y cree que los *Paralipómena* incluyen el libro V de Tucídides desde el capítulo 26, además de la primera parte de las *Helénicas,* y que se fundamenta en los apuntes tomados por Tucídides, que éste no llegó a redactar. Desde luego, es evidente que entre las distintas partes mencionadas existen sustanciales diferencias de estilo, de técnica historiográfica e incluso de preocupaciones políticas.

La valoración de la obra también es objeto de controversias o de simples matizaciones. Es posible criticar las omisiones y parcialidades, pero también alabar la viveza del relato y la penetración psicológica en determinados personajes. Desde nuestro punto de vista, importa no sólo como rico arsenal de datos que en muchos casos se conocen sólo por esta vía, sino para comprender la actitud de un individuo como Jenofonte ante la difícil realidad de su propia época, tanto en lo que se refiere a los conflictos entre ciudades como a las dificultades internas de algunas de ellas, no siempre de las consideradas habitualmente como principales protagonistas de la historia clásica griega.

Nuestra traducción se basa sustancialmente en la edición de Marchant, aunque en algunos casos se prefieren otras lecturas. Las variantes, sin embargo, se han introducido en notas de carácter textual que sirvieran para abrir al lector la posibilidad de realizar diversas interpretaciones. Se han mantenido algunas traducciones que pueden resultar inconvenientes, como el hecho de utilizar el singular referido a un sujeto individual cuando en realidad se trata de un ejército, de un pueblo o de los habitantes de una ciudad. Creemos que así se conserva mejor la concepción histórica individualista de Jenofonte. Generalmente se indica en nota lo que suele considerarse una interpolación, pero en otros casos se señalan sólo con un corchete. Con signos en ángulo se indica, por el contrario, que, a pesar de la ausencia en los manuscritos, determinada palabra se considera imprescindible de manera mayoritaria por los editores. El signo † indica el carácter corrupto, de no fácil solución, de las palabras o frases señaladas. También se procura señalar del modo más literal posible el carácter ambiguo de la terminología social y sus implicaciones morales, o viceversa. «Malos», «buenos», «mejores» o «miserables» responden a sectores sociales más o menos precisos. También requiere cierta atención la terminología relacionada con el *demos*: democrático, demótico, cuyo contenido no responde exactamente a nuestro «pueblo», «popular», etc. Del mismo modo se han respetado términos como «autónomo» y derivados,

que no se han sustituido por otros del tipo de «independiente». Es preciso distinguir el «estratego» y la «estrategia», como cargo y desempeño del mismo, del uso más frecuente en nuestra lengua como experto en artes militares o el arte mismo. En otro orden de cosas, se ha respetado la costumbre griega de referirse a los pueblos (ateniense, lacedemonio) más que a ciudades o entidades políticas del tipo de Atenas o Lacedemonia. Esparta y derivados no se usa prácticamente por parte de Jenofonte.

Los años de los eforados, arcontados, etc., no coinciden en sus límites con los años que hacen referencia a la Era cristiana, por lo que en muchos casos se crean problemas de coordinación y los años puestos al margen son puramente indicativos, con la intención de dar un sistema mixto que coincida en lo posible con las frases como «al año siguiente».

Bibliografía

E. C. MARCHANT, *Xenophontis. Opera omnia. I. Historia Graeca.* Oxford, Clarendon Press., 1900, y reed. Es la edición básica utilizada.

Con traducción francesa:

J. HATZFELD, *Xénophon. Helléniques I-II.* París, Les Belles Lettres, 1936-1939.

Con traducción inglesa:

C. L. BROWNSON, *Xenophon. Hellenica. I-II.* Cambridge, Mass., Harvard Univ. Press; London, Heineman (Loeb, Classical Library), 1918-1921.
Son las variantes recogidas en estas ediciones las que se tienen en cuenta como indicativas en nuestras notas textuales.

Como traducción española, merece citarse:

O. GUNTIÑAS, *Jenofonte. Helénicas.* Madrid, Gredos, 1977.

Diccionarios útiles para la comprensión de la terminología, instituciones, etc.:

C. DAREMBERG, E. SAGLIO, E. POTTIER, *Dictionnaire des Antiquites Grecques et Romains.* París, Hachette, 1877-1919, 5 vols. en 9 tomos (*DA*).

Real Encyclopaedie der Klassichen Altertumwissenschaft (*RE*), Stuttgart, desde 1893, de PAULY y WISSOWA (*PW*).
Oxford Classical Dictionary, Oxford University Press, 2.ª ed., 1949 (*OCD*²).
C. VIAL, *Léxico de la antigüedad griega*. Madrid, Taurus, 1983, 237 pp.

Manuales generales

N. G. L. HAMMOND, *History of Greece to 322*. B. C. Oxford University Press, 1986, 3.ª ed., 691 pp.
A. LESKY, *Historia de la literatura griega*. Madrid, Gredos, 1968, 1003 pp.
J. A. LÓPEZ FÉREZ (ed.), *Historia de la literatura griega*, Madrid, Cátedra, 1988, 1273 pp.
S. MAZZARINO, *Il pensiero storico classico*. Roma, Laterza, 1974, 4.ª ed., 3 vols.

Bibliografía específica

J. K. ANDERSON, *Xenophon*. Londres, Duckworth, 1974, 260 pp.
L. CANFORA, «De la logografía jónica a la historiografía ática», R. BIANCHI-BANDINELLI (dir.), *Historia y civilización de los griegos*, III, 1981, pp. 357-429.
L. CASSON, *Ships and Seamanship in the Ancient World*. Princeton University Press, 1971, 441 pp.
J. K. DAVIES, *Athenian Propertied Families 600-300 B. C.* Oxford, Clarendon Press, 1971, 653 pp.
P. DUCREY, *Guerre et guerrière dans la Grèce antique*. París, Payot, 1985, 320 pp.
M. I. FINLEY, «La constitución ancestral», en *Uso y abuso de la historia*. Barcelona, Crítica, 1977, pp. 45-90.
W. P. HENRY, *Greek Historical Writings. A historiographical Essay bassed on Xenophon's* Hellenica. Chicago, Argonaut, 1967, 219 pp.
J. A. O. LARSEN, *Greek Federal States, Their Institutions and History*. Oxford, Clarendon Press, 1968, 537 pp.
J. S. MORRISON, J. F. COATS, *The Athenian Trireme. The History and Reconstruction of an Ancient Greek Warship*. Cambridge University Press, 1986, 266 pp.
H. W. PARKE, *Festivals of the Athenians*. Ithaca, Cornell University Press, 1977, 208 pp.

Libro I,1,1

Algunos días después de esto[1]. vino desde Atenas Ti- 411
mócrates con pocas naves, y en seguida lacedemonios y 1,1
atenienses[2] se enzarzaron de nuevo en una batalla naval en la que vencieron los primeros bajo el mando de Agesándridas.

Poco más tarde, al principio del invierno, Dorieo, el 2
hijo de Diágoras, al despuntar el día llegó al Helesponto con catorce naves, desde Rodas. Nada más verlo, el vigilante diurno de los atenienses se lo indicó a los estrate-

---

[1] Esta sorprendente frase introductoria suele explicarse como forma de marcar la continuación con respecto a la obra de Tucídides. Sobre el sentido de estas formas de continuidad historiográfica y los problemas que plantean en concreto en las *Helénicas* de Jenofonte, ver Introducción.

[2] En la obra de Jenofonte rara vez se utiliza Esparta o espartano. Responden más a la realidad política los nombres lacedemonios, Laconia, etc., por lo que hemos optado por mantenerlos en la traducción. Por otro lado, es más frecuente hablar de lacedemonios, atenienses, beocios, etc., que de las entidades políticas, demasiado abstractas para reflejar la realidad antigua, por lo que, salvo excepciones, se ha prescindido de ellas. Ver Introducción.

411 gos, que salieron a su encuentro con veinte naves, pero Dorieo consiguió evitarlas y abrirse camino para llevar
3 sus propias trieres[3] a tierra[4], cerca de Retio. De todos modos tuvieron que combatir desde las naves y desde tierra, pues los atenienses no dejaron de acercarse a ellos, hasta que por fin se retiraron hacia Mádito, donde estaba el resto de la expedición, sin haber logrado nada.

4 Míndaro, que había contemplado la batalla mientras hacía un sacrificio a Atenea en Ilio[5], acudió a la orilla y, echando a la mar sus propias trieres, zarpó con el ánimo de recuperar las de Dorieo. Pero los atenienses se vol-
5 vieron contra él, por lo que se trabó un nuevo combate, cerca de Abido, junto a la costa, que duraba desde la aurora hasta el atardecer. Todavía la batalla resultaba indecisa, con victorias aisladas para unos y para otros, cuando llegó Alcibíades con dieciocho naves.

6 En ese momento se produjo la desbandada de los peloponesios hacia Abido. Farnabazo se presentó en su ayuda, avanzó con su caballo en el mar hasta donde le fue posible y participó en el combate, al tiempo que llamaba al resto de sus jinetes e infantes.

7 Los peloponesios dispusieron sus naves junto a tierra, en línea cerrada, y así combatieron. Los atenienses, después de haber tomado a los enemigos treinta naves vacías y de haber recuperado las que les habían sido arrebata-
8 das, partieron hacia Sesto. Desde allí, todas las naves, salvo cuarenta, marcharon por caminos distintos para recaudar dinero fuera del Helesponto. Trasilo, que era uno de los estrategos, navegó hasta Atenas para dar noticia de todo esto y solicitar tropas y naves.

9 Luego vino al Helesponto Tisafernes, y a Alcibíades, que había ido a su encuentro con una sola triere y le lleva-

[3] *trieres* o *trirremes:* naves con tres filas de remeros, especialmente adecuadas para las maniobras militares, para lo que se utilizaron, desde el siglo VI a. C., a lo largo de toda la edad antigua. Se encuentran especialmente relacionadas con la democracia y con el imperio ateniense.

[4] Según una corrección de Condos, aceptada por Hatzfeld y Keller: llevó a tierra como pudo...

[5] Ilio o Ilión = Troya.

ba presentes y regalos de hospitalidad, lo prendió y lo en- 411
cerró en Sardes porque decía que el rey[6] le había dado la 10
orden de hacer la guerra a los atenienses. Treinta días
después, Alcibíades, junto a Mantíteo, que había sido
hecho prisionero en Caria, tras haberse provisto de caba-
llos, escapó de noche a Clazómenas.

Los atenienses de Sesto, al enterarse de que Míndaro 11
iba a dirigirse contra ellos con sesenta naves, escaparon 410
a Cardia por la noche. Allí también fue Alcibíades desde
Clazómenas con cinco trieres y una embarcación ligera.
Una vez que se informó de que las naves de los pelopo-
nesios habían partido de Abido hacia Cícico, volvió a Ses-
to por tierra y ordenó que las naves dieran un rodeo[7]
hasta allí. Cuando llegaron, y ya iba él a emprender la 12
batalla naval, se presentó Terámenes con veinte naves
desde Macedonia, al tiempo que llegaba Trasibulo con
otras veinte, desde Tasos, llevando ambos el dinero re-
caudado. Alcibíades les dijo, también a éstos, que lo si- 13
guieran después de quitar las grandes velas[8], y todos se
dirigieron a Pario. Cuando estuvieron reunidas en Pario
un total de ochenta y seis naves, partieron al llegar la
noche, y al otro día, a la hora del almuerzo[9], llegaron 14
a Proconeso, donde se enteraron de que Míndaro estaba
en Cícico, y también Farnabazo con la infantería. Ese día
se quedaron allí, y al siguiente Alcibíades convocó una
asamblea y les hizo ver que era inevitable combatir por
mar y por tierra y atacar la muralla, «pues no tenemos
dinero», dijo, «y los enemigos lo tienen en abundancia
gracias al rey». La víspera, después de anclar, reunió cer- 15
ca de él todas las embarcaciones, incluidas las pequeñas,
para que nadie revelara a los enemigos el número de na-

[6] Se refiere normalmente al rey de Persia, cuando no va acompañado de ninguna otra precisión.

[7] Las naves tenían que rodear el Quersoneso.

[8] Sirven para los viajes, pero estorban la capacidad de maniobra en el combate.

[9] La palabra griega *áriston* se usó sucesivamente para la comida de la mañana y la del mediodía. La traducimos en general por «almuerzo», salvo en algún caso en que, por las indicaciones horarias, resulta más adecuado traducirla por «desayuno».

410 ves, y anunció la pena de muerte para quien fuera descubierto navegando hacia el otro lado [10]

16 Después de la asamblea, una vez hechos los preparativos para la batalla naval, se dirigió hacia Cícico bajo una abundante lluvia. Cuando estaba cerca de allí, al despejarse el tiempo y brillar el sol, observó que las naves de Míndaro, que eran sesenta, se entrenaban lejos del puerto
17 y habían quedado interceptadas por él. Los peloponesios, al ver que las naves de los atenienses eran muchas más que antes y estaban junto al puerto, huyeron hacia tierra. Y después de anclar las naves unas junto a otras, entraron en combate cuando los enemigos se les venían encima.
18 Alcibíades hizo un rodeo con veinte naves, y bajó a tierra. Al verlo, Míndaro desembarcó también y murió combatiendo en tierra. Los que estaban con él huyeron. Los atenienses se marcharon y se llevaron todas las naves hacia Proconeso, excepto las siracusanas, que las quemaron los propios siracusanos.

Al día siguiente, los atenienses navegaron desde allí
19 hacia Cícico. Los cicicenos, como los peloponesios y Farnabazo los habían abandonado, acogieron a los atenien-
20 ses. Alcibíades permaneció allí veinte días, recibió mucho dinero de los cicicenos y, sin haber causado ningún otro perjuicio a la ciudad, marchó a Proconeso, desde donde
21 navegó a Perinto y Selimbria. Los perintios acogieron al ejército en la ciudad, y en cambio los selimbrianos no lo
22 acogieron, pero le dieron dinero. Al llegar desde allí a Crisópolis de Calcedonia, la amurallaron, establecieron en ella una aduana, donde percibían el diezmo de las naves del Ponto, y dejaron también un puesto de vigilancia con treinta naves y dos estrategos, Terámenes y Eumaco, que se ocuparan del emplazamiento y de las naves que salían y, de paso, hicieran todo el daño posible a los enemigos. Los demás estrategos marcharon al Helesponto.

23 Se interceptó y se remitió a Atenas una carta enviada a Lacedemonia por Hipócrates, lugarteniente de Míndaro,

[10] La costa de enfrente del estrecho.

la cual decía lo siguiente: «Desaparecen las naves[11]. Míndaro ha muerto. Los hombres pasan hambre. No sabemos 410
qué hacer.» Farnabazo hizo un llamamiento a todo el ejér- 24
cito de los peloponesios y a los aliados para que mientras sus cuerpos estuvieran a salvo no se sintieran desanimados por el problema de la madera, porque abundaba en la tierra del rey. Dio también un himacio[12] a cada uno y provisiones para dos meses, armó como hoplitas a los marineros y los encargó de la vigilancia de la parte de la
costa que le correspondía. Luego, convocó a los estrategos 25
y trierarcos[13] de las ciudades y les ordenó que construyeran en Antandro tantas trieres cuantas cada uno había perdido, les dio dinero y les dijo que recogieran madera del Ida.

Mientras se construían las naves, los siracusanos toma- 26
ron parte, junto con los antandrios, en la terminación de la muralla, y en la guardia se comportaron de modo más satisfactorio que todos los demás. Por eso los siracusanos disfrutan en Antandro de los privilegios propios de los benefactores y de los derechos del ciudadano. Farnabazo, una vez que lo dispuso todo, corrió rápidamente en ayuda de Calcedonia.

En este tiempo se anunció a los estrategos de los sira- 27
cusanos desde su patria que habían sido desterrados por el pueblo. Tras convocar a sus soldados, con Hermócrates como portavoz, se dedicaron a deplorar su desgracia, por la injusticia de que hubieran sido desterrados todos juntos de manera ilegal. Los exhortaron a que desde ahora fueran, como antes, hombres animosos y valientes para lo que se les ordenara en cada ocasión, y les aconsejaron que eligieran jefes hasta que llegaran los elegidos en su lugar.
Todos protestaron a voces, principalmente los trierarcos, 28

[11] Según los manuscritos: «se va la suerte». La corrección de Bergk está generalmente admitida.

[12] Especie de manto o capa de uso múltiple, tanto por hombres como por mujeres.

[13] En principio, jefe de una triere, pero también se usa para referirse al jefe de una flota o escuadra.

410 los soldados de marina y los pilotos, y los invitaban a conservar el mando.

Pero aquéllos dijeron que no convenía entrar en conflicto con la propia ciudad, y si cualquiera los acusaba de algo, dijeron que era preciso que les dieran oportunidad de defenderse y recordaran cuántas batallas navales habéis ganado y cuántas naves habéis capturado vosotros solos, y cuántas veces, en unión de otros, habéis quedado invictos bajo nuestras órdenes, colocados en la mejor disposición gracias a nuestra virtud y a vuestro entusiasmo,
29 que prevalece tanto por tierra como por mar. Ya que nadie los culpaba de nada, como se veían solicitados, se quedaron hasta la llegada de los estrategos que venían a reemplazarlos, Demarco, hijo de Epícides, Miscón, hijo de Menécrates, y Pótamis, hijo de Gnosias, y la mayoría de los trierarcos, después de jurar que los reclamarían cuando llegaran a Siracusa, los dejaron ir a donde querían
30 al tiempo que dedicaban elogios a todos, pero en privado los que tenían trato con Hermócrates[14] añoraban especialmente su atención, entusiasmo y afabilidad, pues a los que reconocía como a los más notables de los trierarcos, pilotos y soldados de marina, cada día, por la mañana y por la tarde, los reunía en su tienda y les comunicaba lo que iba a decir o hacer y para educarlos los hacía hablar, unas veces de modo improvisado, otras después
31 de haber deliberado. Por esto, Hermócrates gozaba de mucho prestigio en el sinedrio[15] y tenía fama de ser el que mejor hablaba y daba los mejores consejos. Como Hermócrates había acusado a Tisafernes en Lacedemonia, con el testimonio de Astíoco, y se había considerado que decía la verdad, al llegar junto a Farnabazo recibió dinero

---

[14] La traducción se basa en la presencia de un hipotético artículo, aceptado entre signos angulares por Marchant y por Brownson. Hatzfeld prefiere prescindir del artículo y atenerse a los códices: «pero en privado se reunían con Hermócrates y se dedicaban a añorar especialmente...», lo que tendría la ventaja de reflejar mejor la contraposición con el «todos» anterior.

[15] El término *sinedrio,* aunque a veces se utiliza para referirse al Consejo de algunas ciudades, corresponde con mayor precisión a los consejos de federaciones o ligas.

antes de pedirlo, por lo que pudo hacerse con mercenarios 410
y trieres para su retorno a Siracusa. En esto llegaron a
Mileto los sucesores señalados por los siracusanos y se
hicieron cargo de las naves y el ejército.

En Tasos, en esta oportunidad, hubo una revolución, 32
en la que cayeron los laconizantes y el harmosta [16] laco-
nio Eteónico. Acusado de ser el responsable, junto con
Tisafernes, Pasipidas el laconio se exilió de Esparta. Cra-
tesípidas fue puesto al frente de la flota que aquél había
reunido gracias a la participación de los aliados y se hizo
cargo de ella en Quíos.

En estos tiempos, mientras Trasilo estaba en Atenas, 33
Agis hizo una expedición de forraje desde Decelia y llegó
hasta las mismas murallas de los atenienses. Trasilo sacó
a los atenienses y a todos los demás que estaban en la
ciudad y los alineó junto al gimnasio Liceo, en disposi-
ción de combatir si seguían acercándose. Al ver esto, Agis 34
se retiró rápidamente y unos pocos de los del final mu-
rieron a manos de las tropas ligeras. Los atenienses esta
ban por esto todavía más animados a dar a Trasilo lo
que había venido a buscar, y votaron que alistara mil ho-
plitas, cien jinetes y cincuenta trieres. Cuando Agis vio 35
desde Decelia que muchas naves de trigo se dirigían al
Pireo, dijo que no servía de nada que los suyos aislaran
a los atenienses mucho tiempo por tierra, si no había al-
guien que se encargara también de los puntos de origen
de donde llegaba el trigo por mar, y que lo mejor sería
enviar a Clearco, el hijo de Ranfias, que era próxeno [17]
de los bizantinos, a Calcedonia y Bizancio. Así lo deci- 36
dieron y, cuando se hubieron equipado quince naves de
transporte, en lugar de naves rápidas, de Mégara y de los

---

[16] *Harmostas* eran los gobernadores puestos por los espartanos en las ciudades, principalmente en las que arrebataban al imperio ateniense, y servían para apoyar al régimen oligárquico impuesto en sustitución de los demócratas. También puede utilizarse para referirse a otros gobernadores extranjeros en ciudades sometidas.

[17] En virtud de un pacto de proxenia entre dos ciudades, en cada una de ellas un ciudadano se ocupa de los intereses de la otra, tanto los de orden general como los de ciudadanos en particular.

410 demás aliados, zarpó. De sus naves, tres cayeron en el Helesponto bajo la acción de las nueve naves áticas que allí vigilaban constantemente el paso de los barcos, pero las otras escaparon a Sesto [18], desde donde se pusieron a salvo rumbo a Bizancio.

37 Y terminó el año en que los cartagineses, capitaneados por Aníbal, hicieron una expedición a Sicilia con cien mil soldados y tomaron en tres meses dos ciudades, Selinunte e Hímera [19].

2,1 Al otro año, cuando tuvo lugar la olimpiada noventa y
409 tres, en que se añadió la prueba del tronco de caballos y venció el de Evágoras, eleo y, en el estadio [20], Eubotas, cireneo, era éforo en Esparta Evarquipo y arconte en Atenas Euctemón [21], los atenienses fortificaron Tórico, y Trasilo, con las naves que se le habían votado y tras hacer peltastas a cinco mil marineros, con la intención de que también sirvieran como peltastas [22], navegó a princi-

---

[18] Sesto: posible corrupción, ya que en este momento Sesto se encontraba en manos de Atenas. Tal vez *Abido* (Marchant, *ap. crit*., recoge esta hipótesis de Breitenbach).

[19] Para muchos editores, todo este párrafo sería una interpolación, como, en general, los párrafos cronológicos que imitarían el sistema de datación de Tucídides en la primera parte de las *Helénicas*. Sobre la imitación de Tucídides, ver, sin embargo, la Introducción. Con todo, en este caso, se contienen errores de consideración.

[20] Estadio: carrera consistente en recorrer una vez el estadio, que habitualmente medía 600 pies griegos, algo menos de doscientos metros. Los datos aquí expuestos se refieren a las pruebas olímpicas.

Eforo y arconte como magistrados epónimos: uno de los éforos o de los arcontes, en Esparta y Atenas, respectivamente, daba nombre al año. Durante mucho tiempo fue la única forma de datación, equivalente a la de los cónsules en Roma. Como en otras ocasiones, este párrafo se considera espúreo, tanto en lo que hace referencia a los vencedores de los juegos como a los magistrados epónimos.

[22] Esta sería la traducción de acuerdo con el texto transmitido en los códices. Ante su dificultad, caben varias opciones: poner en duda la autenticidad de la frase desde «con la intención» (Marchant); admitir la corrección de Weiske (Brownson): «con la intención de utilizarlos también como peltastas»; o la de Madvig (Hude, Hatzfeld): «tras haber hecho escudos para cinco mil».

pios de verano hacia Samos. Tras permanecer allí tres días 409
partió hacia Pígela, donde saqueó el territorio y atacó la 2
muralla. Desde Mileto acudieron algunos en ayuda de los pigeleos y persiguieron a las tropas ligeras de los atenienses, que estaban dispersas. Los peltastas y dos compa- 3
ñías[23] de los hoplitas[24] corrieron a ayudar a las tropas ligeras propias y mataron a todos los de Mileto salvo unos pocos, tomaron unos doscientos escudos y colocaron
un trofeo[25]. Al día siguiente navegaron hasta Notio y de 4
allí, tras hacer los preparativos, se dirigieron a Colofón, cuyos habitantes les dieron una buena acogida. A la noche siguiente marcharon contra Lidia, cuando el trigo maduraba[26], y quemaron muchas aldeas, tomaron dinero, escla-
vos y, en general, gran cantidad de botín. Estages el per- 5
sa, que se encontraba por estos lugares[27], mientras los atenienses estaban dispersos fuera del campamento en busca de algún botín particular, aunque vinieron en su ayuda
los jinetes, tomó a uno vivo y mató a siete. Trasilo, des- 6
pués de esto, hizo volver el ejército hacia el mar con ánimo de dirigirse a Efeso. Tisafernes, al enterarse de esta maniobra, reunió un gran ejército y envió jinetes para invitarlos a todos a acudir a Efeso en ayuda de Artemis.
Trasilo, al decimoséptimo día a partir de la invasión, vol- 7
vió por mar a Efeso y, tras desembarcar a los hoplitas cerca del Coreso y a los jinetes, peltastas, soldados de marina y todos los demás junto al pantano, al otro lado de la ciudad, al amanecer hizo avanzar a los dos ejércitos.

---

23 Aunque de número variable, la traducción más adecuada para *lóchos* parece ser la de «compañía».

24 *Peltastas* = soldados armados a la ligera; *hoplitas:* soldados de infantería pesada, poseedores de un lote de tierra que les permite el gasto correspondiente en armamento.

25 Monumento erigido en el campo de batalla para celebrar la victoria. Se incluían habitualmente las armas capturadas a los vencidos.

26 A principios del verano. Esta referencia a la época del año constituye un modo tradicional de datación.

27 Según otras interpretaciones (Hatzfeld): «de quien dependía la región».

409 Los de la ciudad corrieron en su defensa[28], además de
8 los aliados que había traído Tisafernes y los siracusanos de las primeras veinte naves y de otras cinco que entonces casualmente se encontraban allí por haber venido hacía poco con los estrategos, Eucles, el hijo de Hipón, y Hera-
9 clides el de Aristógenes, junto con dos de Selinunte. Todos éstos acudieron primero contra los hoplitas del Coreso y, después de ponerlos en fuga, matar a unos cien de ellos y perseguirlos hasta el mar, se volvieron contra los que estaban en el pantano, donde también tomaron la fuga los atenienses y perecieron unos trescientos. Los
10 efesios erigieron un trofeo en este lugar y otro junto al Coreso. A los siracusanos y selinuntios, que se habían destacado como los más valientes, les concedieron premios, tanto colectivamente como, a muchos, de manera individual, y también la inmunidad a quien quisiera pasar a residir allí en cualquier momento. Pero a los selinuntios, cuando su ciudad fue destruida[29]. les concedieron la ciudadanía.

11 Los atenienses, después de recoger sus cadáveres mediante una tregua, se marcharon a Notio, donde los enterraron, e inmediatamente partieron para Lesbos y el He-
12 lesponto. Cuando estaban fondeados en Metimna de Lesbos, vieron que cruzaban desde Efeso las veinticinco naves siracusanas. Se dirigieron contra ellas, tomaron cuatro con
13 sus hombres y empujaron a las demás hasta Efeso. A todos los demás prisioneros Trasilo los envió a Atenas, pero al ateniense Alcibíades, que era primo de Alcibíades y se había exiliado con él, lo lapidó. Luego navegó hacia Sesto a unirse al resto de la expedición, y de allí todo el ejército pasó a Lámpsaco.

14 Vino el invierno en que los prisioneros siracusanos, encerrados en las canteras del Pireo, horadaron la roca, escaparon por la noche y se marcharon a Decelia, y algu-

[28] «su»: considerado espúreo por casi todos los editores, salvo Hude. Algunos admiten la sustitución de Sauppe por «efesios»: «los de la ciudad, efesios y aliados...» (Brownson, Hatzfeld).

[29] Por los cartagineses, poco después de los acontecimientos aquí narrados.

nos otros a Mégara. En Lámpsaco, cuando Alcibíades es- 409
taba organizando el conjunto de la expedición, los solda- 15
dos que ya estaban desde antes no querían alinearse con
los de Trasilo, debido a que ellos estaban invictos, mien-
tras que los otros venían como vencidos. Allí, durante el
invierno, se dedicaron todos, a pesar de eso, a fortificar
Lámpsaco. También hicieron una expedición contra Abi- 16
do. Farnabazo acudió en su ayuda con abundante caba-
llería, pero en la batalla fue derrotado y tuvo que huir.
Alcibíades, con los caballeros y ciento veinte hoplitas, de
los que era jefe Menandro, los persiguió hasta que se los
escamoteó la oscuridad. A partir de esta batalla, se reunie- 17
ron los soldados entre sí y admitieron a los de Trasilo.
Durante el invierno hicieron alguna que otra salida en
tierra firme, donde saqueaban el territorio del rey.

En la misma época, los lacedemonios dejaron salir, tras 18
un acuerdo, a los hilotas que se habían escapado de Males
a Corifasio [30]. En la misma ocasión, en Heraclea Traqui-
nia, los aqueos traicionaron a los colonos, cuando todos
se habían enfrentado a los eteos, que eran sus enemigos,
de modo que perecieron de ellos hasta setecientos, junto
con el harmosta de Lacedemonia Labotes.

Y terminó este año [31] en que los medos, que se habían 19
separado de Darío, el rey de los persas, se unieron a él
de nuevo [32]

Al año siguiente, el templo de Atenea en Focea se que- 3,1
mó a la caída de un rayo. Al final del invierno, en el 408
eforado de Pantacles y el arcontado de Antígenes, al co-
mienzo de la primavera, cuando habían pasado veintidós
años de guerra [33]. los atenienses navegaron hacia Procone-
so con todo su ejército. De allí salieron hacia Calcedonia 2
y Bizancio y acamparon cerca de Calcedonia. Los calcedo-

[30] En posesión de los atenienses desde el año 423, servía de refugio a mesenios e hilotas.

[31] De acuerdo con el calendario ático, el año termina dentro de lo que para nuestro cómputo es ya 408.

[32] Interpretado como probable interpolación.

[33] Indicaciones temporales que suelen considerarse interpoladas por las razones expuestas en la Introducción.

408 nios, cuando se dieron cuenta de que se acercaban los
atenienses, entregaron todo posible botín a los tracios bi-
tinios, que eran sus vecinos. Alcibíades, con unos pocos
3 hoplitas y con la caballería, después de ordenar que las
naves se mantuvieran cerca de la costa, fue a ver a los
bitinios y les reclamó los bienes de los calcedonios. Dijo
que, si no, les haría la guerra. Y ellos se los entregaron.
4 Cuando Alcibíades volvió al campamento con el botín,
después de haber concluido unos pactos, con todo su ejér-
cito se puso a bloquear Calcedonia con una cerca de ma-
dera, de mar a mar, incluida toda la parte del río que le
5 fue posible[34]. Entonces Hipócrates, el harmosta lacede-
monio, sacó a los soldados de la ciudad dispuesto a com-
batir. Los atenienses se colocaron enfrente, mientras Far-
nabazo, desde fuera del cerco, intentaba ayudar con su
ejército y con un numeroso contingente de caballería. Hi-
6 pócrates y Trasilo combatieron, cada uno con sus hopli-
tas, durante mucho tiempo, hasta que acudió Alcibíades
con algunos hoplitas y jinetes. Hipócrates murió y los
7 que estaban con él escaparon a la ciudad. Al mismo tiem-
po, Farnabazo, al no poder reunirse con Hipócrates a
causa de la estrechez del paso, por estar próximos el río
y las fortificaciones del cerco, se retiró al Heracleo de los
8 calcedonios, donde tenía el campamento. Después de esto,
Alcibíades partió hacia el Helesponto y el Quersoneso a
recaudar dinero. Los restantes estrategos acordaron con
Farnabazo que éste diera a los atenienses veinte talentos
por Calcedonia y llevara embajadores de los atenienses al
9 rey, e intercambiaron con él juramentos, según los cuales
los calcedonios pagarían a los atenienses el mismo tributo
que acostumbraban y les restituirían el dinero que les de-
bían, y los atenienses no harían la guerra a los calcedonios
10 hasta que los embajadores regresaran de ver al rey. Pero
precisamente Alcibíades no asistió a los juramentos, sino
que estaba en el sitio de Selimbria. Después de tomarla
se fue a Bizancio con los quersonesitas en masa, soldados

[34] Del Bósforo a la Propóntide. El río la interrumpía, pero la cerca se metía en él todo lo posible.

de Tracia y más de trescientos jinetes. Farnabazo consi- 408
deró oportuno que también él jurara y esperó en Calce- 11
donia hasta que regresara de Bizancio. Pero cuando llegó dijo que no juraría si aquél no le prestaba juramento a
él. A consecuencia de esto, el uno en Crisópolis ante Mi- 12
trobates y Arnapes, a quienes había enviado Farnabazo, y el otro en Calcedonia, ante Euriptólemo y Diótimo, que había venido de parte de Alcibíades, prestaron el juramento común y, en privado, hicieron pactos el uno
con el otro. Farnabazo se marchó en seguida y a los em- 13
bajadores que iban a ver al rey les dijo que se reunieran con él en Cícico. Fueron enviados, de los atenienses, Doroteo, Filócides, Teógenes, Euriptólemo y Mantíteo, y con ellos los argivos Cleóstrato y Pirróloco. Iban como embajadores de los lacedemonios Pasípidas y otros, y con ellos también Hermócrates, ya desterrado de Siracusa, y su hermano Próxeno.

Mientras Farnabazo servía a éstos de guía, los atenien- 14
ses sitiaban Bizancio con un muro alrededor y se dedicaban a disparar y a lanzarse al asalto contra la muralla.
En Bizancio estaba Clearco, harmosta lacedemonio, y con 15
él algunos de los periecos y no muchos de los neodamodes[35], además de megarenses, con su jefe Helixo de Mé-
gara, y beocios, con su jefe Cerátadas. Los atenienses, 16
como por la fuerza no podían lograr nada, convencieron a algunos de los bizantinos para que entregaran la ciudad.
Clearco el harmosta, sin pensar que nadie fuera a hacer 17
una cosa así, tras organizarlo todo lo mejor que pudo y encomendar la ciudad a Cerátadas y Helixo, pasó al otro lado a ver a Farnabazo, para recibir de él un estipendio destinado a los soldados y reunir naves, las que estaban en el Helesponto y en Antandro[36] dejadas como guarnición por Pasípidas y las que tenía junto a Tracia Agesándridas, que era lugarteniente de Míndaro, y para que se

[35] Que han recibido recientemente la libertad y participan, de manera limitada, de la ciudadanía espartana.

[36] Algunos editores (Marchant, Brownson) conservan la ordenación de los códices, pero otros (Hatzfeld) sitúan «en Antandro» más adelante: «para que se construyeran otras en Antandro».

408 construyeran otras, y todas reunidas se dedicaran a mor-
tificar a los aliados de los atenienses hasta que terminaran
por levantar de Bizancio el campamento allí apostado.
18 Cuando partió Clearco, los bizantinos que estaban dis-
puestos a entregar la ciudad, Cidón, Aristón, Anaxícrates,
19 Licurgo y Anaxilao (que luego, cuando iba a ser conde-
nado a muerte en Lacedemonia a causa de la traición, salió
absuelto, pues alegó que no había traicionado a la ciudad,
sino que la había salvado, al ver que perecían de ham-
bre mujeres y niños, pues era bizantino y no lacedemo-
nio, y Clearco le daba a los soldados de los lacedemonios
el alimento que había dentro. Dijo que por ello había
introducido a los enemigos, no por dinero ni porque odia-
20 ra a los lacedemonios), cuando lo tuvieron todo prepara-
do, abrieron de noche las puertas llamadas del Tracio[37]
21 e hicieron entrar al ejército y a Alcibíades. Halixo y Ce-
rátadas, que no sabían nada de esto, acudieron con todos
al ágora, pero como los enemigos controlaban la situa-
ción por todas partes y no podían hacer nada, se entre-
22 garon. Fueron enviados a Atenas, y Cerátadas, al desem-
barcar en el Pireo, en medio de la multitud, se escapó
sin que lo vieran y se puso a salvo en Decelia.
4,1 Farnabazo y los embajadores, mientras estaban en Gor-
407 dio de Frigia, durante el invierno, se enteraron de lo
2 sucedido en Bizancio. Al comienzo de la primavera, en
camino para ver al rey, les salieron al encuentro, por una
parte, los embajadores lacedemonios, Beocio [de nom-
bre][38] y los suyos, y los demás mensajeros, que venían
de regreso y dijeron que los lacedemonios habían obte-
3 nido todo lo que necesitaban de parte del rey; por otra
parte, Ciro, que iba a tomar el mando de todo el terri-
torio costero[39] y a combatir junto con los lacedemonios,

---

37 O bien: «que conducen al llamado Tracio», según una corrección de Dindorf, también aceptada por Hatzfeld, que lo explica como explanada en el interior de Bizancio, según *Anábasis*, VII, 1, 24.

38 Aunque está en todos los manuscritos, los editores suelen considerarlo interpolado.

39 Puede considerarse también como «pueblos costeros» (Brownson), e incluso como «fuerzas navales» (Hatzfeld).

y llevaba una carta con el sello real para todos los de las 407
tierras bajas[40], en la que se decía lo siguiente: «Envío a
Ciro como Kárano de los que se reúnen en Castolo.»
Kárano significa señor. Al oír todo esto, y después de ver 4
a Ciro, los embajadores de los atenienses querían más
que nunca ir a visitar al rey o, si no, regresar a casa. Ciro 5
dijo a Farnabazo que le entregara a los embajadores o,
por lo menos, no los dejara volver todavía a casa, pues
quería que los atenienses no se enteraran de lo que se
estaba haciendo. Farnabazo durante un tiempo retuvo a 6
los embajadores, y unas veces les decía que los llevaría
a ver al rey y otras que los dejaría ir a casa, «para que
no me censuréis nada»[41]. Cuando pasaron tres años, pidió 7
a Ciro que los dejara ir, pues decía que les había jurado
llevarlos hasta el mar, ya que no a ver al rey. Enviaron,
pues, embajadores a Ariobarzanes a comunicarle que los
tenía que escoltar, y él los llevó hasta Cíos de Misia, de
donde zarparon para unirse al resto de la expedición.

Alcibíades, que quería volver a casa con sus soldados, 8
se dirigió rápidamente a Samos, desde donde, después de
tomar veinte naves, fue hasta el interior del golfo Cerá-
mico en Caria. Allí reunió cien talentos[42] y regresó a Sa- 9
mos. Trasibulo, con treinta naves, marchó a Tracia, don-
de, junto a otras localidades que se habían pasado a los
lacedemonios, sometió Tasos, que se encontraba en difi-
cultades por las guerras, los conflictos internos y el ham-
bre. Trasilo navegó con el resto del ejército a Atenas. 10
Antes de que él llegara, los atenienses habían elegido
estrategos a Alcibíades, que estaba exiliado, a Trasibulo,

[40] Como las tierras de la costa, frente a las del interior del imperio (Brownson), o gentes de Asia Menor sin excepción (Hatzfeld). Más rara es la traducción de Daverio-Rocchi: poblaciones del interior.

[41] Otros manuscritos emplean la tercera persona, recogida por Brownson: «para que (Ciro) no le censurara nada».

[42] El talento era en principio una unidad de peso variable según las ciudades. El sistema ponderal más estable, desde el imperio ateniense, fue el euboico o ático, en el que el talento pesaba algo más de 26 Kg. Trasladado al sistema monetario, equivalía a 6.000 dracmas.

407 ausente, y en tercer lugar, de los que estaban en casa, a
11 Conón. Alcibíades, desde Samos, en posesión del dinero, llegó a Paros con veinte naves, de donde inmediatamente se dirigió a Giteo con el doble objeto de examinar las treinta trieres que según sus noticias preparaban allí los lacedemonios y, en relación con su regreso a casa, el de
12 saber cómo se comportaría la ciudad con él. Cuando vio que estaba bien dispuesta, que lo habían elegido estratego y que sus allegados lo llamaban en privado, se dirigió al Pireo el día en que la ciudad celebraba las Plinterias [43] y estaba cubierta la estatua de Atenea, lo que algunos interpretaban como un mal presagio para él y para la ciudad, pues, de los atenienses, nadie se atrevería en este día a iniciar una empresa seria.
13 Cuando llegó al puerto, la multitud del Pireo y de la ciudad se aglomeró junto a las naves, llenos de admiración y con el deseo de ver a Alcibíades, y decían unos que era el mejor de los ciudadanos y se había defendido solo [44], por el mero hecho de no haber sido desterrado justamente, sino por las intrigas de quienes, al ser menos poderosos que él, hablaban del modo más vil y sólo intervenían en la ciudad para su propio provecho, mientras que él se dedicaba siempre a mejorar la comunidad, tanto gracias a su propio poder como al de la ciudad misma.
14 Quiso entonces que lo juzgaran inmediatamente de la acusación que acababa de tener lugar por haber cometido impiedad contra los misterios, pero sus enemigos pospusieron lo que parecía ser de justicia y lo privaron de la patria mientras estaba ausente, en el tiempo en que, por
15 impotencia, como un esclavo, fue forzado a servir a sus peores enemigos, siempre corriendo el peligro de perecer cada día. Al ver que los ciudadanos más allegados, los

---

[43] Fiesta del lavado, en que se llevaba al mar la estatua de la diosa con gran solemnidad y secreto. El ritual estaba encomendado a la familia de los Prexiágidas y lo ejecutaban las mujeres (Parke, *Festivals*..., pp. 152-155).

[44] Para algunos se trata de una interpolación. Brownson, por ejemplo, traduce: «y que era el único que no había sido desterrado justamente».

parientes y la ciudad entera se encontraban desorienta- 407
dos, no sabía cómo serles útil, apartado por el exilio.
Dijeron que no parecía propio de los que eran como él 16
necesitar revoluciones ni cambios políticos, pues lo que
había obtenido del pueblo fue el estar en mejores condiciones que los de su edad y no ser menos que los mayores, mientras que sus enemigos parecían ser igual que antes [45], y sólo más tarde, cuando fueron capaces de destruir a los mejores, al quedarse ellos solos, por eso mismo recibieron el afecto de los ciudadanos, porque no tenían a mano otros mejores.

Pero otros decían que, de los males que les habían 17
pasado, él era el único culpable, y de lo que podía temerse que le pasara a la ciudad, probablemente él se convertiría en el único dirigente.

Alcibíades, después de atracar, no bajó a tierra inme- 18
diatamente, por temor a sus enemigos. De pie sobre el
puente, miraba si estaban presentes sus allegados. Al di- 19
visar a Euriptólemo, el hijo de Pisianacte, su primo, y a los demás parientes, y a sus amigos junto a ellos, entonces desembarcó y subió a la ciudad acompañado de las personas adecuadas para que, si alguien iba a intentar atacarlo, no se le acercara.

Después de defenderse en el Consejo y la Asamblea 20
contra la acusación de haber cometido impiedad y de decir que había sido víctima de una injusticia, junto con otras afirmaciones parecidas, sin que nadie se opusiera porque no lo habría soportado la Asamblea, proclamado jefe absoluto de todos sin distinción, en la idea de que era capaz de recuperar el antiguo poder de la ciudad, en primer lugar, después de sacar a la calle a todos los soldados, celebró por tierra los misterios que los atenienses estaban llevando por mar a causa de la guerra.

Más tarde, alistó un ejército de mil quinientos hopli- 21
tas, ciento cincuenta jinetes y cien naves. Dos meses [46]

---

[45] Esta traducción responde a una conjetura normalmente admitida. Según los manuscritos, sería algo así como: «para sus enemigos, él parecía ser igual que antes». Ver, por ejemplo, Hatzfeld.

[46] Según los manuscritos. Para otros: tres o cuatro meses, con-

407 después de su desembarco marchó contra Andros, que
se había separado de los atenienses, y con él fueron en-
viados Aristocrates y Adimanto, el hijo de Leucolófides,
elegidos como estrategos de tierra.
22 Alcibíades desembarcó su ejército en Gaureo, en el te-
rritorio de Andros, rechazaron a los andrios que salieron
a protegerlo y a los laconios que había allí, los encerraron
23 en la ciudad y mataron a algunos, no muchos. Alcibíades
erigió un trofeo y permaneció en el mismo lugar unos
pocos días. Luego navegó hacia Samos, atracó y se de-
dicó a hacer la guerra desde ella.
5,1 Los lacedemonios, no mucho tiempo antes de esto,
cuando le expiró el mando a Cratesípidas, enviaron a Li-
sandro como navarco. Una vez que, llegado a Rodas,
recogió algunas naves, marchó a Cos y Mileto, de allí a
Efeso, donde esperó con setenta naves hasta que Ciro
2 llegó a Sardes. Cuando vino, fue a verlo con los embaja-
dores de Lacedemonia, que se quejaron de Tisafernes por
lo que había hecho y pidieron a Ciro mismo que se com-
3 portara de un modo más decidido en la guerra. Ciro
dijo que eso era lo que le había ordenado su padre y él
no tenía otra opinión, sino que estaba dispuesto a poner-
lo todo en práctica, que venía con quinientos talentos y
que, si era poco, utilizaría los propios además de los que
su padre le había dado, pero que, si también era poco,
fundiría incluso el trono en que se sentaba, que era de
4 plata y oro. Ellos se lo alabaron y le pidieron que asig-
nara una dracma ática por marinero, pues le hicieron saber
que, si ésta era la paga, los marineros de los atenienses
abandonarían sus naves, con lo que tendría que gastar
5 menos dinero. El dijo que hablaban con razón, pero que
no le era posible hacer otra cosa distinta de la que el
rey había ordenado, que lo que estaba establecido en los
pactos era que tenía que dar treinta minas al mes por
cada nave, tantas cuantas los lacedemonios quisieran man-
6 tener. Lisandro entonces guardó silencio, pero, después de

jeturas admitidas respectivamente por Brownson y Hatzfeld. Este argumenta sobre la cronología mensual de los hechos.

la cena, cuando Ciro en un brindis le preguntó qué podía 407
hacer para agradarle más, dijo: «Añadir un óbolo a la
paga de cada marinero.» Desde ese momento, la paga 7
fue de cuatro óbolos, y antes era de un trióbolo. Les restituyó la que les debía y les adelantó un mes, de modo
que el ejército estaba mucho más animoso. En cambio, 8
los atenienses, al oírlo, se desanimaron y enviaron embajadores a Ciro a través de Tisafernes, pero él no los recibió, aunque se lo pedía Tisafernes diciéndole, y lo hacía 9
convencido por Alcibíades, que procurara que ninguno de los griegos se hiciera fuerte, pues, al estar enfrentados entre ellos, todos permanecerían en igual situación de debilidad.

Lisandro, cuando hubo reunido la flota, tras sacar a tie- 10
rra las noventa naves que estaban en Efeso, se mantuvo a la expectativa, mientras las preparaba y las dejaba secar.

Alcibíades, al oír que Trasibulo, a su salida del Heles- 11
ponto, ponía sitio a Focea, fue a reunirse con él, después de dejar al frente de las naves a su propio piloto Antíoco y de ordenarle que no se dirigiera contra las naves de Lisandro. Pero Antíoco, desde Notio, con su propia nave 12
y otra más, entró en el puerto de los efesios y pasó junto
a las mismas proas de las naves de Lisandro. Este, en 13
primer lugar, sacó a la mar unas pocas naves y salió en su persecución, pero cuando los atenienses llegaron en ayuda de Antíoco con más naves, entonces las alineó a todas y atacó. Después de esto, los atenienses de Notio hicieron a la mar las restantes trieres y partieron, cada
uno cuando pudo abrirse camino. Entonces entraron en 14
combate, aquéllos en orden, pero los atenienses con las naves dispersas, hasta que escaparon después de perder quince trieres. La mayoría de los hombres huyó, pero otros fueron capturados. Lisandro, después de apropiarse de las naves y erigir un trofeo en Notio, hizo la travesía
hasta Efeso, y los atenienses hasta Samos. Más tarde, 15
Alcibíades, después de haber ido a Samos, se dirigió con todas sus naves al puerto de los efesios, y delante de la embocadura las alineó por si alguien quería entrar en combate. Como Lisandro no salía a su encuentro por estar

407 en condiciones de inferioridad en el número de naves, se
marchó a Samos. Poco después, los lacedemonios tomaron Delfinio y Eón[47].

16 Los atenienses que permanecían en la ciudad, cuando
fueron informados de la batalla naval, quedaron desconten-
tos con Alcibíades, pues pensaban que las naves se habían
perdido por su descuido e indisciplina, y eligieron a otros
diez estrategos, Conón, Diomedonte, Leonte, Pericles, Era-
sínides, Aristócrates, Arquéstrato, Protómaco, Trasilo y
17 Aristógenes. Entonces, Alcibíades, mal considerado ahora
también en el ejército, tomó una sola triere y navegó
hasta el Quersoneso, al interior de su propia fortifica-
18 ción[48]. Luego, Conón, desde Andros, con las veinte naves
que tenía, de acuerdo con el voto de los atenienses, mar-
19 chó a Samos a hacerse cargo de la flota. En vez de Conón,
a Andros enviaron a Fanóstenes, con cuatro naves, que
se encontró con dos trieres turias y las tomó con sus hom-
bres. Los atenienses encadenaron a todos los prisioneros,
pero a su jefe, Dorieo, que, aunque era rodio, exiliado
de Atenas y de Rodas, porque los atenienses habían vo-
tado su condena a muerte y la de sus familiares, vivía
desde hacía tiempo como ciudadano entre ellos, lo deja-
ron ir por compasión sin haber recibido ni siquiera dinero
20 por su rescate. Conón, cuando llegó a Samos y encontró
que la flota estaba desanimada, en vez de las trieres ante-
riores, que eran más de cien, completó la dotación de
setenta, con las que zarpó en compañía de los demás es-
trategos. De este modo, desembarcaba en uno y otro sitio
y devastaba el territorio de los enemigos.

21 Y terminó el año en que los cartagineses hicieron una expedición a Sicilia con ciento veinte naves y ciento veinte mil de infantería y tomaron Acragante por hambre, después de haber sido derrotados en una batalla y de haberla asediado durante siete meses[49]

[47] Según *Diodoro,* XIII, 6, 4, se trataría de Teos, lo que se traduce en conjetura de Schneider, recogida por Hatzfeld.
[48] La había hecho construir él mismo.
[49] Párrafo interpolado, según algunos.

Al año siguiente, en el que una tarde [50] hubo un eclipse 406
de luna y el viejo templo de Atenea en Atenas se quemó 6,1
[cuando era éforo Pitias y arconte en Atenas Calias], los lacedemonios, por haberle pasado ya el tiempo a Lisandro [y veinticuatro años de guerra], enviaron al mando
de las naves a Calicrátidas. Cuando Lisandro entregó las 2
naves, dijo a Calicrátidas que lo hacía como dominador del mar y vencedor en batalla naval, pero éste le indicó que, después de costear desde Efeso, a la izquierda de Samos, donde estaban las naves de los atenienses, hiciera entrega de las naves en Mileto, y que entonces reconocería que dominaba el mar. Como Lisandro le contestó 3
que no se iba a esforzar si había otro jefe, Calicrátidas mismo, además de las naves que había recibido de Lisandro, equipó otras cincuenta de los aliados, de Quíos, de Rodas y de otros lugares. Una vez que hubo reunido un total de ciento cuarenta, se dispuso a hacer frente a los
enemigos. Al enterarse de que era objeto de una conspi- 4
ración por parte de los amigos de Lisandro, que no sólo servían de manera poco animosa, sino que también se dedicaban a difundir en las ciudades que los lacedemonios caían en un gran error al cambiar a los navarcos, pues muchas veces se presentaban hombres inexpertos, que comprendían con dificultad los problemas náuticos y no sabían cómo tratar a los hombres [51], y que, al enviar gente ignorante del mar y desconocidos para los de aquí, corrían el riesgo de que terminara ocurriéndoles algún percance por eso, entonces Calicrátidas convocó a los lacedemonios que allí había y les dijo lo siguiente:

«A mí lo que me gustaría es quedarme en casa, y si 5
Lisandro o cualquiera otro pretende ser más experto en las cuestiones navales, en lo que a mí toca no le voy a poner obstáculos. Pero he sido yo el enviado por la ciu-

---

[50] 15 de abril del año 406. Algunos autores no traducen *hespéras*.

[51] Con algunas correcciones, Brownson acepta una traducción que diría más o menos: «muchas veces, en vez de hombres expertos que con dificultad han llegado a conocer los problemas náuticos y que saben bien cómo tratar a los hombres, al enviar...».

406 dad al frente de las naves y no tengo más misión que la
de cumplir las órdenes lo mejor que pueda. Vosotros con
respecto a esto, por lo que yo me siento honrado y por
lo que nuestra ciudad es objeto de acusaciones (pues lo
sabéis lo mismo que yo), decidid qué os parece mejor,
entre que yo me quede o regrese a casa para decir lo que
pasa aquí.»

6 Como nadie se atrevió a decir que no obedeciera a los
de casa y que no hiciera aquello para lo que había venido,
se fue a ver a Ciro y a pedirle una paga para los mari-
7 neros. Este le dijo que esperara dos días. Calicrátidas,
harto de las demoras e irritado por las idas y venidas ante
las puertas, después de decir que los griegos eran muy
miserables, porque adulaban a los bárbaros por dinero, y
de declarar que, si volvía a casa sano y salvo, en lo que
estuviera en su mano, trataría de reconciliar a atenienses
8 y lacedemonios, regresó a Mileto y, tras enviar desde allí
trieres a Lacedemonia a buscar dinero, convocó la asam-
blea de los milesios y dijo lo siguiente:

«Para mí, milesios, es forzoso obedecer a las autorida-
des de la patria, de vosotros en cambio espero que seáis
muy animosos para la guerra, por el hecho de que, al vi-
vir entre bárbaros, ya habéis sufrido muchísimos males
9 por su culpa. Es preciso que vosotros orientéis a los de-
más aliados para que rápidamente y con mucha eficacia
causemos daño a los enemigos, hasta que lleguen a Lace-
10 demonia los que yo envié a buscar dinero, puesto que
Lisandro se marchó después de haber devuelto a Ciro
todo el que había aquí, como si hubiera sobrado, y Ciro,
cuando yo fui a verlo, constantemente aplazaba el momen-
to de hablar conmigo, y yo no pude persuadirme de que
debía seguir yendo y viniendo a sus puertas. Yo os pro-
11 meto que, a cambio de los beneficios que nos reportáis
durante el tiempo en que lo esperamos, os compensare-
mos con la debida gratitud. Pero, con ayuda de los dioses,
mostremos a los bárbaros que también sin venerarlos a
ellos podemos castigar a nuestros enemigos.»

12 Una vez que dijo esto, muchos se levantaron, especial-
mente, por temor, los acusados de hacerle oposición, y

propusieron una colecta de dinero, para la que ellos mis- 406
mos se ofrecían en persona. Después de recogerla y de
pagar con el dinero de Quíos cinco dracmas a cada mari-
nero, navegó a Metimna de Lesbos, que era ciudad ene-
miga. Como los metimneos no quisieron unírsele, sino 13
que tenían una guarnición de los atenienses y los que
controlaban el Estado era proáticos, atacó y tomó la ciu-
dad por la fuerza. Los soldados se apoderaron de todas 14
las riquezas y Calicrátidas reunió a todos los esclavos en
el ágora, pero, al pedirle los aliados que vendiera también
a los metimneos, dijo que, mientras él fuera el jefe, no
se esclavizaría a ninguno de los griegos, si él podía. Al 15
día siguiente, a éstos los dejó libres, pero a los de la guar-
nición de los atenienses y a los esclavos los vendió a todos.
A Conón le dijo que no iba a dejar que siguiera coque-
teando con el mar. Al ver que levaba anclas, al amanecer,
lo persiguió y le cortó el camino hacia Samos para que
no se refugiara en ella. Pero Conón huía con naves que 16
navegaban bien porque había seleccionado para unas po-
cas a los mejores remeros de muchas tripulaciones, por
lo que consiguió refugiarse en Mitilene de Lesbos, y con
él, de los diez estrategos, Leonte y Erasínides. Calicráti-
das navegó hasta el puerto en su persecución con ciento
setenta naves [52]. Conón, como los enemigos [53] se adelan- 17
taban y le creaban obstáculos [54], se vio obligado a enta-
blar combate delante del puerto, y perdió treinta naves, 18
pero los hombres huyeron a tierra. Las restantes naves,
que eran cuarenta, las encalló bajo la muralla. Calicráti-
das, tras fondear en el puerto, lo tenía allí bloqueado por-
que controlaba la salida y, después de hacer venir por
tierra a los metimneos en masa, también transportó el

---

52 Hatzfeld modifica el texto de los manuscritos por considerar que el número no corresponde a otros datos. El resultado es: «con ciento cuarenta naves contra setenta».

53 «Los enemigos» es corrección. Los manuscritos dicen: «los ciudadanos», lectura admitida por Hatzfeld con el reconocimiento de que debe de haber una laguna en el texto.

54 También aquí hay algunas hipótesis que alteran el texto en el sentido de «lo rodeaban» o «lo encerraban» (Hatzfeld).

406 ejército desde Quíos, y además le llegó el dinero de parte
de Ciro.
19 Conón, como estaba sitiado por tierra y por mar y por
ninguna parte le era posible aprovisionarse de alimentos,
y como los hombres de la ciudad eran muchos y los ate-
nienses no acudían en su ayuda por no haberse enterado,
echó a la mar las dos naves que mejor navegaban y las
equipó antes del amanecer, después de seleccionar a los
mejores remeros de todas las naves, de trasladar a su in-
terior a los soldados de marina y de arrojar las defensas[55]
20 Así pasaban el día, y hacia el anochecer, cuando llegaba
la oscuridad, los desembarcaba, con la intención de que
los enemigos no se enteraran de lo que estaba haciendo.
Al quinto día, después de subir alimentos en la medida
adecuada, cuando ya era mediodía, los sitiadores estaban
descuidados y algunos descansaban, salieron navegando
fuera del puerto, y una se dirigió al Helesponto y la otra
21 a alta mar. Según se abría camino[56] cada uno de los sitia-
dores, cortaban las anclas y se ponían en movimiento
para acudir en desorden, pues se daba el caso de que esta-
ban en tierra en plena comida. Después de embarcarse
persiguieron a la que había salido hacia alta mar, la alcan-
zaron a la puesta de sol y, tras vencerla en el enfrenta-
miento y aprisionarla, la llevaron al campamento con sus
22 hombres. La nave que huyó al Helesponto consiguió es-
capar y al llegar a Atenas anunció el asedio. Diomedonte
acudió con doce naves en ayuda de Conón para liberarlo
23 del cerco y fondeó en el canal de los mitileneos. Calicrá-
tidas lo abordó súbitamente y tomó diez de sus naves,
pero Diomedonte huyó con la suya y con otra.
24 Los atenienses, cuando tuvieron noticia de lo que había
sucedido y del asedio, decidieron por votación acudir en
su ayuda con ciento diez naves, embarcaron a todos los
que estaban en la edad, tanto esclavos como libres, y par-
tieron al cabo de treinta días, después de haber equipado

---

[55] Para protección contra los disparos y, eventualmente, para ocultarse.

[56] O, según una corrección textual, «tan pronto como podía» (Hatzfeld).

las ciento diez. También se embarcaron muchos de los 406
caballeros. Entonces se dirigieron a Samos, donde toma- 25
ron diez naves samias. Además reunieron otras, más de treinta, de los demás aliados, después de haberlos obligado a embarcar a todos, y lo mismo hicieron con las suyas que por cualquier circunstancia estuvieran fuera. En total llegaron a ser más de ciento cincuenta.

Calicrátidas, al enterarse de que la expedición de soco- 26
rro estaba ya en Samos, dejó allí cincuenta naves y como jefe a Eteónico, salió con las ciento veinte y cenó en el
cabo Malea de Lesbos [enfrente de Mitilene]. En el mis- 27
mo día precisamente los atenienses cenaban en las Arginusas, que se encuentran [enfrente de Lesbos en el cabo
Malea] enfrente de Mitilene. De noche, al ver las hogue- 28
ras, y al anunciarle algunos que eran los atenienses, se puso en marcha alrededor de la medianoche, con la intención de caerles encima de repente, pero sobrevino una fuerte lluvia acompañada de truenos que les impidió la salida. Cuando cesó, al amanecer, navegó hacia las Arginusas.

Los atenienses salieron a su encuentro, con la izquier- 29
da hacia altamar, colocados del modo siguiente: Aristócrates ocupaba la izquierda y estaba al frente de quince naves, y después venía Diomedonte con otras quince. Detrás de Aristocrates estaba colocado Pericles y detrás de Diomedonte, Erasínides. Al lado de Diomedonte estaban los samios, con diez naves, colocados en una sola línea. Era su estratego un samio de nombre Hipeo. A continuación estaban las diez de los taxiarcos [57], también éstas en una sola línea, y detrás de ellas las tres de los navar-
cos [58] y algunas otras de los aliados que hubiera. Protó- 30
maco ocupaba el ala derecha con quince naves y junto a él estaba Trasilo con otras quince. Detrás de Protómaco estaba colocado Lisias, con las mismas naves, y detrás de
Trasilo, Aristógenes. Así estaban colocados para no dar 31

---

[57] Jefe de *táxis*, una por tribu. Estaban al mando de los contingentes de infantería embarcados.

[58] Subordinado, pero de sentido poco preciso.

406 la posibilidad de romper la línea, pues navegaban peor.
Todas las de los lacedemonios estaban colocadas enfrente
en una línea, como preparadas para la ruptura y el ro-
deo[59], por el hecho de navegar mejor. Calicrátidas ocu-
32 paba el ala derecha. Hermón de Mégara, el piloto de
Calicrátidas, le dijo que sería bueno retirarse, pues los
atenienses tenían muchas más trieres. Calicrátidas afirmó
que Esparta no se administraba peor si él moría y, en
cambio, dijo que sería vergonzoso huir.
33 A continuación, las naves sostuvieron un largo comba-
te, al principio reunidas, luego dispersas. Cuando Calicrá-
tidas, en una ofensiva de su propia nave, cayó al mar y
desapareció y Protómaco y los que estaban con él en el
ala derecha vencieron al ala izquierda, entonces se produjo
la fuga de los peloponesios a Quíos, aunque muchísimos
también se refugiaron en Focea[60]. Los atenienses se diri-
34 gieron de nuevo a las Arginusas. Se perdieron veinticinco
naves atenienses con sus hombres, salvo unos pocos que
fueron arrastrados a la costa, de los peloponesios, nueve
laconias, de diez que eran en total, y de los demás aliados
35 más de sesenta. Los estrategos de los atenienses decidie-
ron que, con cuarenta y siete naves, Terámenes y Trasi-
bulo, que eran trierarcos, y algunos de los taxiarcos, mar-
charan en busca de las naves hundidas y de sus hombres,
mientras que con las demás ellos navegarían contra los
que, a las órdenes de Eteónico, estaban bloqueando Miti-
lene. A pesar de su voluntad de hacerlo, se lo impidió
el viento y el hecho de que se produjera una gran tem-
pestad, por lo que, tras erigir un trofeo, pasaron la noche
allí mismo.
36 La embarcación de servicio le anunció a Eteónico todo
lo referente a la batalla naval. Este la hizo zarpar de nue-
vo después de decirles que partieran en silencio sin co-
mentarlo con nadie, y que inmediatamente navegaran has-

---

[59] *Diékplous:* ataque directo para atravesar la línea de las naves enemigas y volver por la espalda, táctica que intentaban impedir los atenienses por medio de la línea de apoyo.

[60] Así los manuscritos. Entre las hipótesis recogidas por Hude y Hatzfeld: «muchísimos a Quíos, pero algunos también a Focea».

ta su propio campamento, coronados y dando voces de 406
que Calicrátidas había vencido en la batalla naval y que
las naves de los atenienses habían quedado todas aniqui-
ladas.
De esta manera actuaban, mientras él, una vez que des- 37
embarcaron, hizo sacrificios en agradecimiento por las
buenas noticias, y anunció a los soldados que podían ce-
nar, y a los comerciantes que colocaran en silencio las
mercancías en los barcos y zarparan hacia Quíos (el viento
era favorable), igual que las trieres, lo más rápidamente
posible. Por su parte, hizo volver la infantería a Metim- 38
na, después de haber quemado el campamento. Conón
echó las naves al mar y, como los enemigos ya habían
escapado y el viento estaba más calmado, fue al encuentro
de los atenieses que ya volvían de las Arginusas y les
contó lo que había hecho Eteónico. Los atenienses arri-
baron a Mitilene, de donde se dirigieron a Quíos, pero
regresaron a Samos sin haber obtenido ningún resultado.
Los de la ciudad cesaron a estos estrategos, excepto a 7,1
Conón. Junto a él, eligieron a Adimanto y, en tercer 2
lugar, a Filocles. De los estrategos que habían participado
en la batalla naval, Protómaco y Aristógenes no volvie-
ron a Atenas, pero de los seis que desembarcaron, Peri-
cles, Diomedonte, Lisias, Aristócrates, Trasilo y Erasíni-
des, a este último después de imponerle una multa pre-
via[61], lo acusó ante el tribunal Arquedemo, quien
entonces era dirigente del pueblo en Atenas y se ocupaba
de la diobelia[62], pues decía que se había quedado con di-
nero procedente del Helesponto que pertenecía al pueblo.
También le hacía acusaciones relacionadas con el ejercicio
de la estrategia[63]. El tribunal decidió encarcelar a Erasí- 3

---

[61] *Epibolé,* que se podía establecer por los magistrados o el Consejo en el momento de formular la acusación.

[62] Pago a los ciudadanos atenienses, con cargo al tesoro público, aunque está poco claro si este caso concreto se refiere al pago por el ejercicio de algún deber o derecho político o simplemente al que, en algunas ocasiones, se distribuía entre los pobres.

[63] Cargo de estratego, desempeñado en Atenas por diez ciudadanos elegidos, con funciones militares, pero de gran influencia política. Pericles basaba su influencia en el ejercicio de este cargo.

406 nides. Luego, en el Consejo, los estrategos tuvieron que
responder de la batalla naval y acerca de la magnitud de
la tempestad. Cuando Timócrates dijo que era preciso
que los demás también fueran detenidos y entregados al
4 pueblo, el Consejo los detuvo. Más tarde, se celebró una
asamblea en la que, encabezados por Terámenes, también
otros se dedicaron a acusar a los estrategos, en la idea
de que era justo que respondieran a la cuestión de por
qué no habían recogido a los náufragos [64]. Como testimo-
nio de que no hacían responsable a ningún otro, mostró
una carta que los estrategos habían enviado al Consejo y
al pueblo, en la que no culpaban nada más que a la tem-
5 pestad. Después, cada uno de los estrategos se defendió
brevemente (pues no se les ofreció la oportunidad de un
discurso acorde con la ley), y expusieron los hechos, con-
sistentes en que, mientras ellos navegaban contra los ene-
migos, habían ordenado la recuperación de los náufragos
a hombres capaces, trierarcos que ya habían sido estrate-
6 gos, Terámenes, Trasibulo y otros como ellos, y que si
había que responsabilizar a alguien con motivo de la re-
cuperación, no podía ser nadie más que aquéllos a quienes
se les había dado la orden. «Y no porque nos acusen»,
dijeron, «mentiremos diciendo que ellos son los culpables,
sino que fue la magnitud de la tempestad lo que impidió
la recuperación». Presentaron como testigos a los pilotos
7 y otros muchos compañeros de navegación: sus palabras
persuadían al pueblo, hasta el punto de que muchos par-
ticulares se levantaban y expresaban su deseo de dar una
fianza, pero decidieron que se aplazara para otra asamblea
(pues ya era tarde y no podían ver las manos) [65] y que el
Consejo deliberase previamente y propusiera por qué pro-
cedimiento se debía realizar el juicio.

8 Después se celebraron las Apaturias [66], en que los pa-

[64] Náufragos vivos, frente a la versión de *Diodoro*, XIII, 100 y ss., que habla de cadáveres, y que representa la tradición más comúnmente admitida (Hatzfeld).

[65] La votación normal (*cheirotonía*) se hacía a mano alzada.

[66] Festival celebrado a finales de verano, en que las fratrías, asociaciones que agrupaban a los varones descendientes en teoría

dres[67] y los familiares se reúnen entre sí. Con este motivo, los de Terámenes prepararon a muchos hombres, que en esta fiesta iban con mantos negros y totalmente rapados, para que vinieran a la asamblea como si fueran parientes de los que habían perecido, y convencieron a Calíxeno para que acusara a los estrategos en el Consejo. 406
9 Entonces tuvo lugar la asamblea, en la que el Consejo presentó como suya la siguiente propuesta, de acuerdo con lo que había dicho Calíxeno: «Puesto que ya han escuchado en la anterior asamblea las acusaciones contra los estrategos y su propia defensa, que los atenienses voten todos por tribu, que se dispongan para cada tribu dos urnas, que un heraldo anuncie ante cada tribu que, a quienes les parezca que han cometido injusticia los estrategos que no recogieron a los vencedores en la batalla naval, voten en la primera, y a quienes no, en la segunda.
10 Si se opina que han cometido injusticia, que se los condene a muerte, se los entregue a los once[68], se confisquen sus bienes y la décima parte sea propiedad de la diosa.»
11 Hubo uno que se presentó a la asamblea diciendo que se había salvado sobre un barril de harina y traía el encargo de parte de las víctimas de anunciar al pueblo, si se salvaba, que los estrategos no habían recogido a quienes se habían comportado como héroes en defensa de la patria.
12 Euriptólemo, el hijo de Pisianacte, y algunos otros denunciaron a Calíxeno sobre la base de que había hecho una propuesta ilegal. Algunos del pueblo lo aprobaron, pero la masa gritaba que sería terrible que alguien pudiera impedir al pueblo hacer lo que deseaba.
13 Además, Licisco dijo que también a éstos había que juzgarlos con el mismo voto que a los estrategos, si no renunciaban a la denuncia, ante lo que la multitud reaccionó con ruidosas mues-

---

de un antepasado común, se reunían para admitir a los nuevos miembros.

[67] Así en los códices. Dindorf, Hude, Hatzfeld admiten la corrección *phrateres* = los miembros de las fratrías y de los *gene* (*syngeneis* = familiares).

[68] Magistrados encargados de las prisiones y las ejecuciones.

406 tras de aprobación y se vieron forzados a renunciar a la
denuncia.
14 Como algunos de los prítanos [69] se negaban a proponer
los términos de la votación de modo contrario a la ley,
de nuevo subió Calíxeno y les hizo la misma acusación,
mientras los demás amenazaban a voces con demandar a
15 los que se negaban. Los prítanos, asustados, estuvieron
todos de acuerdo en hacer la propuesta, excepto Sócrates,
el hijo de Sofronisco. Este dijo que no haría nada que
16 no estuviera de acuerdo con la ley. A continuación subió
Euriptólemo y dijo lo siguiente en defensa de los estra-
tegos:
«He subido aquí, atenienses, por una parte, para acu-
sar a Pericles, pariente mío, con el que además mantengo
buenas relaciones, y a mi amigo Diomedonte, por otra,
para defenderlos, y por otra, para decir cuál me parece
17 la decisión mejor para la ciudad entera. Los acuso de que
disuadieron a sus colegas en el mando, cuando querían
comunicar por carta, al Consejo y a vosotros, que habían
dado a Terámenes y a Trasibulo el encargo de recoger
a los náufragos con cuarenta y siete trieres y que no los
18 habían cogido. No obstante, ¿es consecuente que en este
momento sean objeto de la misma acusación que los que
por su cuenta delinquieron, e incluso, a cambio de su
filantropía de entonces, calumniados ahora por ellos y por
19 algunos otros, corran el riesgo de perecer? No, si vosotros
me atendéis y actuáis justa y rectamente, gracias a lo cual
os enteraréis mejor de la verdad y no tendréis que arre-
pentiros después, cuando os escontréis con que habéis
cometido la mayor equivocación contra los dioses y con-
tra vosotros mismos. Os aconsejo, y así no es posible
que os dejéis engañar ni por mí ni por ningún otro, que
conozcáis a los culpables y los castiguéis con la pena que
queráis, a todos al mismo tiempo y a cada uno por sepa-
rado, pero que les concedáis, si no más, al menos un día

[69] Los cincuenta miembros de una tribu que en el Consejo desempeñan la función de una especie de comisión permanente durante uno de los diez meses de que constaba el calendario oficial.

para defenderse personalmente, para que no tengáis que 406
confiar en nadie más que en vosotros mismos. Sabéis to- 20
dos, atenienses, lo duro [70] que es el decreto de Cannono [71], pues ordena que, si alguien comete un delito contra el pueblo ateniense, tiene que someterse a juicio encadenado [72] ante el pueblo y, si el veredicto es de culpabilidad, es condenado a muerte y arrojado al báratro [73], se confiscan sus bienes y la décima parte se convierte en propiedad
de la diosa. Pido que se juzgue a los estrategos de acuer- 21
do con este decreto, y ¡por Zeus!, si os parece bien, en primer lugar a Pericles, mi pariente, pues sería para mí vergonzoso preocuparme de él más que de la ciudad en-
tera. Pero, si no queréis, juzgadlos de acuerdo con esa 22
otra ley dirigida contra los sacrílegos y los traidores, por la que, si alguien traiciona a la ciudad o roba las propiedades sagradas y, sometido a juicio en el tribunal, resulta culpable, no recibe sepultura en el Atica y sus bienes
quedan confiscados. Con cualquiera de estas leyes, atenien- 23
ses, que sean juzgados de uno en uno, después de haber dividido cada día en tres partes, una para que os reunáis y votéis si los creéis culpables o no, otra para la acusación y una tercera para la defensa [74].

De ser así, los culpables afrontarán el mayor castigo, y 24
a los inocentes los dejaréis libres, atenienses, y no pere-

---

[70] Hatzfeld: «guarda todo su vigor».

[71] Mencionado por Aristófanes, *Asamblea de las mujeres,* 1089. Posiblemente antiguo y votado para algún caso particular, pero que se aplicaba por jurisprudencia.

[72] Según una corrección de Bamberg, a partir del texto citado de Aristófanes, y recogida por Hatzfeld: «separado».

[73] Abismo, no precisamente situado, donde en Atenas se arrojaba a algunos condenados a muerte.

[74] Esta sería la traducción de acuerdo con los manuscritos, pero algunos editores consideran sospechoso todo el párrafo después de «tres partes», otros, sólo desde «si los creéis culpables o no» (Marchant). Hatzfeld, en cambio, añade, después de «votéis»: «por qué procedimiento serán juzgados» , y traduce luego: «sean culpables o no».

[75] «Injustamente» es corrección de Lowenklau, admitida por Brownson y Hatzfeld. Según los manuscritos, habría que traducir: «por ser culpables». Otra corrección posible (Estienne): «como si fueran culpables».

406 cerán injustamente[75]. Vosotros, entonces, al juzgar de
25 acuerdo con la ley, como hombres piadosos y fieles a
los juramentos, no os convertiréis en aliados de los lace-
demonios en su guerra contra vosotros, como sería el caso
si condenáis a muerte, sin juicio, de modo contrario a la
ley, a quienes les arrebataron sesenta naves y resultaron
26 sus vencedores. ¿Qué temores os impulsan a daros tanta
prisa? ¿Que, si celebráis el juicio de acuerdo con un pro-
cedimiento conforme a la ley, os va a ser imposible matar
o liberar a quien vosotros queráis, cosa que no ocurriría
con un procedimiento contrario a la ley, como el que el
Consejo, convencido por Calíxeno, propuso ante el pue-
27 blo, el de decidir mediante un voto único? Sin embargo,
si matáis a alguien que no sea culpable, después os arre-
pentiréis, pero acordaos de que ya es doloroso e inútil,
sobre todo si el error cometido afecta a la muerte de un
28 hombre[76]. También sería terrible vuestra forma de actuar
por el hecho de que, mientras anteriormente a Aristarco,
después de haber destruido la democracia y de entregar
además Enoe a los tebanos, vuestros enemigos, le conce-
disteis un día para defenderse a su voluntad y todo lo
demás lo dipusisteis conforme a la ley, en cambio a los
estrategos que todo lo realizaron en consonancia con vues-
tro deseo y vencieron a los enemigos, los vais a privar
29 de estos mismos derechos. No, atenienses, no dejéis de
defender las leyes que os son[77] propias, gracias a las
cuales sois sin duda los más grandes, y no intentéis hacer
nada sin contar con ellas.

Texto bastante corrupto sobre el que existen varias alternativas. La dada aquí se atiene, dentro de lo que cabe, a la mayoría de los manuscritos y a la edición de Marchant. Brownson: «Igualmente podríais matar a alguien que no sea culpable, pero acordaos de que arrepentiros después...», cambia principalmente el modo del verbo «matar», la puntuación, y la forma de «arrepentiros», que transforma en infinitivo según conjetura de Peter. Hatzfeld duplica el verbo arrepentirse: «os arrepentiréis, pero acordaos de que arrepentirse...».

[77] Hatzfeld admite una corrección (Peter) consistente en concertar el participio con vosotros: «restez maîtres de vous-mêmes et respectez les lois».

Remontaos a la misma situación en la que al parecer 406
han tenido lugar los errores de los estrategos. En efecto,
cuando después de resultar vencedores de la batalla, des-
embarcaron en tierra, Diomedonte propuso que todos sa-
lieran en línea y recogieran los restos y los náufragos, y
Erasínides, en cambio, que todos navegaran lo más rápi-
damente posible contra los enemigos que habían acudido
a Mitilene. Por su parte, Trasilo afirmó que ambas cosas
podrían hacerse, si dejaban unas naves allí y navegaban
con las otras contra los enemigos. Si su propuesta se apro- 30
baba, dejarían tres naves de su propia unidad cada uno
de los ocho estrategos que allí había, además de las
diez de los taxiarcos, las diez de los samios y las tres de
los navarcos, con lo que en total hacían cuarenta y siete,
cuatro por cada una de las doce naves perdidas. Entre 31
las trierarcos que se quedaron estaban Trasibulo y Terá-
menes, el que en la anterior asamblea acusaba a los estra-
tegos. Con las restantes naves emprendieron el camino
contra las naves enemigas. ¿Cuál de estas cosas fue la
que no hicieron de manera adecuada y bien? Evidente-
mente, es justo que, si algo no se hizo bien frente a los
enemigos, rindan cuenta de ello quienes recibieron la or-
den de ir a su encuentro, pero que en cambio sean los
que se encargaron del salvamento quienes, al no haber
hecho lo que los estrategos les ordenaron, sean juzgados
por no haber procedido a la recuperación. Todo lo que 32
puedo decir por unos y por otros es que la tempestad im-
pidió que se hiciera nada de lo que los generales habían
dispuesto. Sirvan como testigos los que escaparon por sí
mismos, entre los que se encuentra uno de nuestros estra-
tegos, salvado cuando su nave se hundía, sobre el que
piden que se emita sentencia con un único voto junto con
los que no hicieron lo que se les había ordenado, cuando
él lo que necesitó fue que lo salvaran. Atenienses, ante 33
la victoria y la buena suerte, no hagáis lo mismo que los
derrotados y los desafortunados, que no parezca que ante
los designios de dios sois incapaces de reflexionar, cuando
los acusáis de traición y no de impotencia, por no haber
sido capaces de cumplir las órdenes a causa de la tempes-

406 tad[78]. Desde luego, es mucho más justo honrar con coro-
nas a los vencedores que castigarlos con la muerte, con-
vencidos por hombres miserables.»
34 Después de decir esto, Euriptólemo presentó su pro-
puesta de que se juzgara a los hombres de acuerdo con el
decreto de Cannono, a cada uno por separado, mientras
la del Consejo consistía en juzgarlos a todos con una sola
votación. Planteada la disyuntiva en votación a mano al-
zada, primero eligieron la de Euriptólemo, pero Menecles
recurrió bajo juramento[79] y, al tener lugar una nueva vo-
tación, eligieron la del Consejo. A continuación votaron
contra los ocho estrategos que habían participado en la
35 batalla naval y murieron los seis presentes. No mucho
tiempo después[80] cambiaron de opinión los atenienses, y
votaron que quienes habían engañado al pueblo fueran
sometidos a juicios y que entre ellos estuviera Calíxeno.
Fueron acusados también otros cuatro y encarcelados por
los que habían salido como fiadores. Pero luego, en el mo-
mento del conflicto interno en que murió Cleofonte, hu-
yeron antes de ser juzgados. Calíxeno, que volvió a la
ciudad al mismo tiempo que los del Pireo, murió de ham-
bre odiado por todos.

---

[78] Frase que se suele considerar interpolada por razones de contenido: los que no cumplieron las órdenes fueron Terámenes, Trasibulo y los que iban con ellos, no los estrategos a quienes se va a condenar.

[79] *Hypomosía:* cuestionaría la legalidad de la votación. Parece que en otras ocasiones se suspende la votación, mientras que aquí sólo se repite, probablemente porque, ante el peligro de ser acusado de ilegalidad, Euriptólemo optaría por retirar su propuesta, por lo que pudo repetirse la votación sin ella.

[80] Acontecimientos de 405/4.

Libro II,1,1

Los soldados que estaban en Quíos con Eteónico, du- 406
rante el verano, se aprivisionaban con el producto de la 1,1
estación e incluso trabajaban por un salario en el territorio. Pero, cuando llegó el invierno y se quedaron sin provisiones, como estaban además sin ropa y sin calzado, se confabularon entre sí y se pusieron de acuerdo para atacar Quíos. Decidieron que, quienes compartieran la idea, llevaran una caña para que cada uno pudiera saber
cuántos eran. Cuando Eteónico se enteró de la confabu- 2
lación, no sabía cómo encarar el asunto a causa del número de los que llevaban la caña, pues le parecía peligroso afrontarlo abiertamente, no fuera a ser que se lanzaran a las armas, se apoderaran de la ciudad, se convirtieran en enemigos y lo echaran abajo todo si se hacían suficientemente fuertes, y por otro lado podía llegar a ser verdaderamente preocupante la perspectiva de que perecieran muchos aliados, con el riesgo de ganarse la aversión de los demás griegos y de que los soldados adoptaran una
actitud hostil hacia sus planes. Tomó, pues, consigo a 3
quince hombres armados con puñales y se puso a andar

406 por la ciudad, donde, al encontrarse con uno que tenía un ojo enfermo y salía de casa del médico con su caña, lo
4 mató. Se organizó un tumulto y, como algunos preguntaban por qué había muerto el hombre, Eteónico mandó proclamar que había sido por llevar la caña. Al escuchar la proclama, cuantos llevaban cañas las tiraban por miedo de que los vieran.

Como consecuencia, Eteónico convocó a los quiotas y les sugirió que recaudaran dinero, para que los soldados tuvieran su paga y no tramaran nada nuevo. Y así lo hicieron. Al mismo tiempo, dio orden de subir a las naves, se presentó en cada una de ellas sucesivamente para darles ánimos y hacerles múltiples recomendaciones, como si no supiera nada de lo sucedido, y les dio la paga de un mes.

6 Después de esto, los quiotas y los demás aliados se reunieron en Efeso y decidieron, con motivo de los presentes acontecimientos, enviar embajadores a Lacedemonia para contárselos y reclamar al frente de las naves a Lisandro, que gozaba de buena reputación entre los aliados por su anterior navarquía, cuando venció en la batalla naval de Notio. Así, fueron enviados los embajadores, a quienes acompañaban mensajeros de Ciro con el mismo encargo. Los lacedemonios accedieron a que Lisandro fuera como vicealmirante [1], y como navarco Araco, pues no está legalmente permitido entre ellos ejercer la navarquía dos veces. Ahora bien, en la práctica, a quien entregaron el mando de las naves fue a Lisandro, cuando habían pasado ya veinticinco años de guerra [2].

8 En ese año, Ciro mató a Autobesaces y Mitreo, que eran hijos de la hermana de Darío, hija de Jerjes, el padre de Darío, porque, al encontrarse con él, no metieron las manos a través de la manga, algo que se hace solamente ante el rey. La manga tipo *kóre* es mayor que la *cheiris*,

---

[1] Término que también podría traducirse como «secretario» (Hatzfeld).

[2] Frase que se considera interpolada con el fin de adaptarse al sistema cronológico de Tucídides. De hecho, contiene imprecisiones (cf. Hatzfeld, I, p. 154).

y no se puede hacer nada con la mano metida en ella. 406
Fueron Hierámenes y su mujer quienes hicieron ver a Da- 9
río las terribles consecuencias de que pasara por alto tamaña manifestación de soberbia, por lo que, como si se sintiera enfermo, mandó mensajeros a buscarlo[3]

Al año siguiente, en el eforado de Arquitas y en el 10
arcontado de Alexias en Atenas, Lisandro, al llegar a Efe- 405
so, hizo venir a Eteónico desde Quíos con las naves, reunió todas las demás desde donde estuvieran, las aparejó
y construyó otras en Antandro. Luego fue a pedirle di- 11
nero a Ciro, que le contestó que ya estaba gastado lo que había recibido del rey, e incluso más, y le mostró cuánto le correspondía a cada uno de los narvacos, pero
aun así se lo dio. Después de recibir el dinero, Lisandro 12
nombró trierarcos para las trieres y dio a los marineros la paga que les debía. Los estrategos de los atenienses, por su parte, también hacían los preparativos para la flota[4] en Samos.

Ciro, en medio de estas circunstancias, mandó llamar a 13
Lisandro, ya que le había llegado un mensajero de parte de su padre para decirle que viniera porque había caído enfermo mientras se encontraba entre los tamnerios de Media, cerca de los cadusios, contra los que había hecho
una expedición con motivo de un levantamiento. Al llegar 14
Lisandro, no lo dejó entrar en combate naval con las atenienses mientras no contara con muchas más naves: que él y el rey tenían mucho dinero, de modo que en este aspecto podía equiparlas en abundancia. Le hizo una exhibición[5] de todos los tributos de las ciudades que le eran propios y le dio el dinero que le sobraba. Tras recordarle

[3] Muchos editores (Hatzfeld) consideran una posible interpolación los párrafos 8 y 9, mientras que otros (Marchant) sólo lo piensan de la explicación sobre la hermana de Darío.

[4] La traducción responde a la conjetura textual de Marchant. Otros prescinden de la preposición: «preparaban la flota». Hatzfeld supone un numeral: «preparaban x número de naves para completar la flota».

[5] Para otros (Brownson): «le asignó».

405 su grado de amistad con la ciudad de los lacedemonios
y con Lisandro en particular, se marchó a ver a su padre.
15 Lisandro, una vez que Ciro lo dejó todo en sus manos
y acudió a la llamada de su padre enfermo, distribuyó la
paga entre los soldados y se dirigió al golfo Cerámico de
Caria. Atacó una ciudad aliada de los atenienses de nom-
bre Cedreas y, en el segundo intento[6]. la tomó por la
fuerza y la esclavizó. Sus habitantes eran medio bárbaros.
16 De allí partió hacia Rodas. Los atenienses se apoyaban
en Samos para arrasar la tierra del rey y dirigían sus na-
ves contra Quíos y Efeso al tiempo que se preparaban
para la batalla naval. Como estrategos, junto a los exis-
17 tentes, eligieron a Menandro, Tideo y Cefisódoto. Lisan-
dro desde Rodas navegaba cerca de Jonia hacia el Heles-
ponto, en dirección al lugar de salida de los barcos, pero
también con la intención de ir contra las ciudades que
se les habían sublevado. Los atenienses, por su parte,
avanzaban desde Quíos[7] por alta mar, pues Asia les era
18 hostil. Lisandro, desde Abido, marchó costeando hacia
Lámpsaco, que era aliada de los atenienses. Los abidenos,
entre otros, le servían de apoyo por tierra, bajo la con-
19 ducción del lacedemonio Tórax. Atacaron la ciudad, la to-
maron por la fuerza y los soldados la saquearon, pues
era rica y estaba bien provista de vino, trigo y las demás
vituallas. Lisandro dejó salir a todas las personas libres.
20 Los atenienses, que navegaban detrás de sus pasos, atra-
caron en Eleunte del Quersoneso con ciento ochenta na-
ves. Mientras estaban allí, en el momento del almuerzo,
les llegaron noticias de lo ocurrido en Lámpsaco, y al
21 punto se dirigieron a Sesto, desde donde, inmediatamente
después de haber tomado provisiones, navegaron hasta
Egospótamos, enfrente de Lámpsaco.

---

[6] Para otros (Hatzfeld): «en el segundo día», de acuerdo con una corrección textual promovida por Dindorf y Zurborg.

[7] Es corrección de Weiske aceptada por Marchant y Brownson. Hatzfeld, en cambio, prefiere conservar la lectura de los códices: «en dirección a Quíos», y explica que los atenienses se dirigen al norte y dejan de lado Quíos porque no quieren combatir en el estrecho situado entre esta isla y la costa de Asia.

En este lugar el Helesponto tenía una anchura de apro- 405
ximadamente quince estadios. Allí mismo cenaron. Lisan- 22
dro, a la noche siguiente, antes del alba, señaló que subieran a las naves después de haber desayunado y, una vez que preparó todo para la batalla y dispuso las defensas[8], dijo que ninguna se moviera de la formación ni
zarpara. Los atenienses, al salir el sol, se alinearon en- 23
frente, en el puerto, dispuestos para la batalla. Cuando ya había transcurrido buena parte del día sin que saliera
Lisandro, retornaron de nuevo a Egospótamos. Enton- 24
ces Lisandro ordenó que las naves más rápidas siguieran a los atenienses, para que, una vez que hubieran desembarcado, observaran lo que hacían y regresaran a contárselo. Por su parte, no desalojó las naves antes de que hubieron vuelto. Esto lo hizo cuatro días, y mientras tanto
los atenienses seguían saliendo a alta mar. Al observar 25
Alcibíades desde su fortaleza que los atenienses anclaban en la orilla, sin tener cerca ninguna ciudad, e iban a buscar las provisiones a Sesto, a quince estadios[9] de las naves, mientras los enemigos estaban en un puerto y tenían de todo en una ciudad cercana, advirtió que el lugar en que anclaban no era bueno y les aconsejó trasladarse a Sesto, junto a un puerto y junto a una ciudad. «Estando
allí», dijo, «combatiréis cuando queráis». Pero los estra- 26
tegos, principalmente Tideo y Menandro, le ordenaron que se marchara, pues ellos eran ahora los estrategos, no
él. Y se marchó. Por su parte, Lisandro, cuando ya era 27
el quinto día en que los atenienses venían hacia él, dijo a los que había dado el encargo de seguirlos que, cuando vieran que habían desembarcado y estaban dispersos por el Quersoneso, lo que hacían mucho más cada día, pues tenían que comprar lejos los alimentos y despreciaban a Lisandro porque no les hacía frente, volvieran inmedia-

[8] Término diferente, pero seguramente sinónimo del que indicaba el aparejo citado en I, 6, 19 (L. Casson, p. 251, n. 99).

[9] Hatzfeld considera la cifra inaceptable por razones geográficas (la distancia es bastante mayor) y para poder justificar las preocupaciones de Alcibíades.

405 tamente junto a él y levantaran un escudo en medio de
la travesía. Ellos hicieron esto como se les había orde-
28 nado. Lisandro al punto indicó que navegaran lo más
rápidamente posible, mientras también le acompañaba Tó-
rax con la infantería. Conón, al ver el movimiento de
ataque, dio la señal a las naves de que acudieran con toda
energía. Pero los hombres estaban dispersos, y unas na-
ves tenían dos bancos de remeros, otras uno y otras es-
taban totalmente vacías. La de Conón y siete más que
estaban completas cerca de él, además de la *Páralo,* par-
tieron juntas, pero Lisandro se apoderó de todas las de-
más junto a tierra y en tierra también recogió a la mayoría
de los hombres, aunque otros se refugiaron en las peque-
ñas fortificaciones.

29 Conón, que había escapado con las nueve naves, cuan-
do se enteró de que todo estaba perdido para los atenien-
ses, se detuvo en Abarnis, el promontorio de Lámpsaco,
donde tomó las grandes velas de las naves de Lisandro,
y marchó con ocho naves a reunirse con Evágoras, a Chi-
pre, mientras la *Páralo* iba a Atenas a anunciar lo suce-
30 dido. Lisandro envió las naves, los prisioneros y todo lo
demás a Lámpsaco, pero se quedó con Filocles, Adimanto
y otros estrategos. El día en que obtuvo este éxito envió
a Lacedemonia, a anunciar lo sucedido, a Teopompo, el
31 pirata milesio, que llegó al tercer día. Después de esto,
Lisandro reunió a los aliados y les dijo que tomaran una
decisión con respecto a los prisioneros. Entonces se hicie-
ron muchas acusaciones contra los atenienses, por las ile-
galidades que habían cometido, porque habían decidido
por votación, si salían vencedores en la batalla naval, cor-
tar la mano derecha de todos los que cogieran vivos, y
porque una vez que capturaron dos trieres, una corintia
y otra andria, habían arrojado desde ellas a todos sus
hombres. Filocles era el estratego de los atenienses que
32 los había exterminado. Se dijeron también otras muchas
cosas y decidieron matar a todos los prisioneros que fue-
ran atenienses, excepto Adimanto, porque era el único
que había atacado en la asamblea el decreto acerca de la

amputación de las manos. Sin embargo, fue acusado por 405
algunos de haber entregado las naves. Lisandro, después de preguntarle antes que nada a Filocles, el que había arrojado a los andrios y corintios[10], de qué castigo se creía merecedor por haber sido el primero en actuar contra las normas en el trato con griegos, lo degolló.

Cuando lo de Lámpsaco quedó arreglado, navegó hacia 2,1
Bizancio y Calcedonia, que lo acogieron después de haber dejado salir mediante pactos a los atenienses de la guarnición. Los que habían entregado Bizancio a Alcibíades, en aquel momento huyeron al Ponto y luego a Atenas, donde se convirtieron en atenienses. Lisandro, a los ate- 2
nienses de la guarnición, y a cualquier ateniente que veía, los enviaba de regreso a Atenas, y les daba garantías de seguridad sólo si navegaban hasta allí, pero no si iban a otro sitio, pues sabía que, cuantos más se reunieran en la ciudad y el Pireo, más rápidamente notarían la falta de provisiones. Después de dejar como harmosta en Bizancio y Calcedonia al laconio Estenelao, regresó a Lámpsaco a restaurar las naves.

En Atenas, en cuanto llegó la *Páralo,* de noche, se em- 3
pezó a hablar del suceso, y un grito de lamento pasó desde el Pireo a lo largo de los grandes muros hasta la ciudad, pues todos se lo anunciaban unos a otros. Aquella noche nadie durmió, no sólo a causa del dolor por los que habían perecido, sino mucho más todavía por lo que les pudiera pasar a ellos, pues consideraban que iban a sufrir lo mismo que habían hecho a los melios, colonos de los lacedemonios, cuando los vencieron por asedio, y a los histieos, escioneos, toroneos, eginetas y muchos otros de los griegos[11]. Al día siguiente celebraron una asamblea, en la que decidieron cerrar los puertos excepto uno, acondicionar la muralla, poner vigilantes y preparar la ciudad con todo lo necesario para un asedio. Estas eran sus preocupaciones.

Muchos editores consideran esta explicación interpolada.

[11] Habitantes de las ciudades que habían recibido un trato «tiránico» por parte del imperio ateniense, especialmente a lo largo de la guerra del Peloponeso.

405 Entre tanto, Lisandro, desde el Helesponto, con dos-
5 cientas naves, llegó a Lesbos, donde se hizo cargo de las
ciudades, entre ellas de Mitilene. A los emplazamientos
de Tracia envió, con diez trieres, a Eteónico, que trans-
formó toda la situación en interés de los lacedemonios.
6 En seguida toda Grecia se había separado de los ate-
nienses después de la batalla naval, excepto los samios,
que, tras haber encarcelado a los nobles, controlaban la ciu-
7 dad. Lisandro, a continuación, envió a Agis, que estaba en
Decelia, y a Lacedemonia el anuncio de que se acercaba
con doscientas naves. Los lacedemonios, así como los pe-
loponesios a excepción de los argivos, salieron en masa a
la orden de Pausanias, el otro rey de los lacedemonios.
8 Cuando se reunieron todos, los puso en dirección a la
ciudad y acampó en [el gimnasio llamado] la Academia.
9 Lisandro, al llegar a Egina, devolvió la ciudad a los egi-
netas, después de haber reunido el mayor número que
pudo, y lo mismo hizo con los melios y todos los demás
que se habían visto privados de la suya propia. Después
de devastar Salamina, ancló junto al Pireo con ciento cin-
cuenta naves, de modo que impedía la entrada de los
barcos.
10 Los atenienses, sitiados por tierra y por mar, no sabían
qué hacer, pues ni tenían naves, ni aliados, ni alimentos.
Consideraban que no había ninguna solución más que [12]
sufrir lo mismo que habían hecho, no por vengarse, sino
que se habían limitado a perjudicar, por pura soberbia,
a los habitantes de ciudades pequeñas, y no por ninguna
11 otra causa más que con motivo de las alianzas. Por eso
resistían, tras conceder los derechos a quienes estaban pri-
vados de ellos, pero, aunque morían muchos en la ciudad
por hambre, no entraban en conversaciones acerca de la
reconciliación. Cuando ya el alimento se les había acabado
definitivamente, enviaron embajadores a Agis para expo-
nerle su deseo de hacerse aliados de los lacedemonios con
tal de conservar las murallas y el Pireo y, sobre estas

[12] Texto difícil, con varias conjeturas posibles, que difieren en lo que toca al estilo, pero que no alteran el sentido de fondo.

condiciones, fijar los compromisos. Pero les dijo que fue- 405
ran a Lacedemonia, pues él en esto no tenía soberanía. 12
Cuando los embajadores se lo comunicaron a los atenienses, los enviaron a Lacedemonia. Una vez que estuvieron 13
en Selasia, cerca de Laconia, y se enteraron los éforos de lo que decían, que era lo mismo que habían dicho a Agis, les ordenaron que se marcharan de allí y, si querían la paz, vinieran después de haber pensado algo mejor.
Cuando los embajadores llegaron a casa y se lo anuncia- 14
ron a la ciudad, cayeron todos en la desesperación, pues pensaban que iban a ser convertidos en esclavos y, de momento, hasta que enviaran a otros embajadores, muchos morirían de hambre. Acerca del desmantelamiento 15
de las murallas nadie quería dar su opinión, pues Arquéstrato, por haber dicho en el Consejo que era mejor hacer la paz con los lacedemonios con las condiciones que reclamaban, había sido encarcelado. Lo que reclamaban era que se desmantelaran hasta diez estadios de cada uno de los dos muros largos. Hubo además un decreto según el cual no se podían hacer propuestas sobre esto.

Así las cosas, Terámenes dijo en la asamblea que, si 16
querían enviarlo a ver a Lisandro, volvería ya enterado de si la persistencia de los lacedemonios acerca de los muros se debía a que querían esclavizar la ciudad o era sólo una forma de garantía. Pero, cuando fue enviado, pasó junto a Lisandro más de tres meses, en espera de la ocasión en que los atenienses, por haber terminado las provisiones, estarían de acuerdo con todo lo que se
dijera. Al cuarto mes, a su regreso, informó en la asam- 17
blea de que Lisandro lo había retenido hasta ese momento y entonces le había dicho que fuera a Lacedemonia, pues quien tenía autoridad para contestar a lo que preguntaba no era él sino los éforos. Después fue elegido embajador plenipotenciario ante Lacedemonia en una le-
gación compuesta por diez miembros. Entretanto Lisan- 18
dro, junto con una embajada de lacedemonios, envió a Aristóteles, que era exiliado ateniense, a explicar a los éforos que su contestación a Terámenes había sido que
la soberanía sobre la paz y la guerra la tenían ellos. Terá- 19

405 menes y los demás embajadores, cuando estaban en Selasia, al preguntarles con qué propuesta venían, dijeron que tenían plenos poderes para tratar de la paz, y entonces los éforos los mandaron llamar. Cuando llegaron, se celebró una asamblea, en que corintios y tebanos principalmente, pero también muchos de los demás griegos, proponían aniquilar a los atenienses y no hacer pactos con
20 ellos. Los lacedemonios, en cambio, dijeron que no someterían a esclavitud a una ciudad griega que había actuado muy positivamente en los momentos de mayor peligro que había tenido Grecia, sino que iban a hacer la paz a condición de que, tras desmantelar los grandes muros y el Pireo, además de entregar todas las naves excepto doce y acoger a los exiliados, compartieran los mismos amigos y enemigos que los lacedemonios y los siguieran por tierra y por mar a donde los condujeran.

21 Terámenes y los embajadores que iban con él lo comunicaron a Atenas. Al entrar, una gran multitud los rodeaba con el temor de que vinieran con las manos vacías, pues ya no era posible aguantar a causa del número de
22 los que perecían por el hambre. Al día siguiente, los embajadores explicaron sobre qué condiciones estaban dispuestos a hacer la paz los lacedemonios. En nombre de ellos habló Terámenes y dijo que había que ceder a los lacedemonios y desmantelar los muros. Algunos se opusieron, pero fueron muchos más los que estuvieron de
23 acuerdo, por lo que decidieron aceptar la paz. Después de eso, Lisandro llegó al Pireo, regresaron los exiliados y se pusieron a destruir las murallas al ritmo de las flautistas con mucho entusiasmo, pues consideraban que aquel día era el comienzo de la libertad para Grecia.

24 Y terminó el año en que, a mediados, se convirtió en tirano Dionisio de Siracusa, hijo de Hermócrates, después de que, en una batalla, los cartagineses habían sido vencidos por los siracusanos, pero, gracias a la escasez de alimentos, habían tomado Acragante, una vez que los siciliotas hubieron abandonado la ciudad [13].

[13] Este párrafo se considera interpolado.

Al año siguiente [14], [fue el de la Olimpiada en que ganó el estadio Crocinas de Tesalia, fue éforo en Esparta Endio y arconte en Atenas Pitodoro, al que los atenienses no mencionan porque fue elegido durante la oligarquía, sino que lo llaman año de anarquía, y así nació la oligarquía:)] [15] el pueblo decidió elegir treinta hombres que recopilaran las leyes patrias [16] para regirse por ellas. Fueron elegidos los siguientes: Polícares, Critias, Melobio, Hipóloco, Euclides, Hierón, Mnesíloco, Cremón, Terámenes, Aresias, Diocles, Fedrias, Quereleo, Anecio, Pisón, Sófocles, Erastóstenes, Caricles, Onomacles, Teognis, Esquines, Teógenes, Clemedes, Erasístrato, Fidón, Dracóntides, Eumates, Aristóteles, Hipómaco y Mnesitides. 404 3,1 2

Hecho esto, Lisandro zarpó para Samos y Agis, después de retirar de Decelia el ejército de infantería, disolvió las unidades correspondientes a cada ciudad. 3

En esta ocasión, en torno al eclipse de sol [17]. Licofrón de Feras, que pretendía mandar sobre toda Tesalia, a los tesalios que se le oponían, los lariseos y otros, los venció en una batalla y mató a gran número de ellos. 4

Por la misma época, el tirano Dionisio de Siracusa, derrotado en una batalla por los cartagineses, perdió Gela y Camarina. Poco después, los leontinos, que estaban integrados en la comunidad de los siracusanos, se separaron de Dionisio y de los siracusanos para volver a su propia 5

---

14 El cambio corresponde, en realidad, al año ático. Los acontecimientos recientemente mencionados corresponden a abril de 404. De todos modos, se suceden de tal modo que la cronología permanece oscura. Para Hatzfeld, desde II, 2, 18, estaríamos en este año.

15 Probable interpolación.

Término equivalente al de *patrios politeia* o constitución ancestral (cf. Finley, ...). Desde que el sistema democrático comenzó a mostrar síntomas de crisis, la oligarquía utilizó como programa político la vuelta a las leyes tradicionales, «patrias», o de los padres y antepasados, a los que en algunos casos se considera el exponente de la «verdadera democracia», frente a los «radicalismos» de la guerra del Peloponeso. Solón y Clístenes se convierten en bandera de una reacción objetivamente antidemocrática.

17 3 de septiembre de 404.

404 ciudad. Al instante, los caballeros siracusanos fueron expulsados por Dionisio a Catania.

6 Los samios, que se encontraban totalmente rodeados por las fuerzas de Lisandro, en el momento en que éste ya estaba dispuesto a hacer el asalto, porque al principio ellos no querían llegar a un acuerdo, pactaron por fin que cada uno de los libres podría salir con un himacio [18],
7 pero que entregaría todo lo demás. Y así salieron. Lisandro, después de entregar la ciudad con todo lo que había dentro a los antiguos ciudadanos y de haber encargado de la vigilancia a diez magistrados, dejó ir la flota de los
8 aliados a sus ciudades y, con las naves laconias, marchó a Lacedemonia, llevando consigo los espolones de las naves capturadas, las trieres del Pireo salvo doce, coronas que había recibido de las ciudades como regalo a título particular, cuatrocientos setenta talentos de plata, sobrantes de los tributos que Ciro le había adjudicado para la
9 guerra y todo lo demás que en ella hubiera obtenido. En su totalidad lo entregó a los lacedemonios al terminar el verano [19] [en que se cumplieron veintiocho años y seis meses de guerra, durante los cuales los éforos que constan fueron los siguientes: primero Enesias, bajo el que empezó la guerra al decimoquinto año de la paz de treinta años que se firmó después de la toma de Eubea, y después
10 de él los siguientes: Brasidas, Isanor, Sostrátidas, Exarco, Agesístrato, Augénidas, Onomades, Zeuxipo, Pitias, Plístolas, Clinómaco, Ilarco, Leonte, Quérilas, Patesiadas, Cleóstenes, Licario, Epérato, Onomancio, Alexípidas, Misgolaidas, Isias, Araco, Evarquipo, Pantacles, Pitias, Arquitas y Endio, bajo el que Lisandro volvió a casa después de haber hecho lo que se ha contado] [20]

11 Los Treinta fueron elegidos tan pronto como se desmantelaron los muros largos y los del Pireo. Designados

---

[18] Especie de capa de forma rectangular, de múltiples usos, sin distinción de sexo.

[19] Para algunos autores, *vg.* Hatzfeld, aquí terminaría la primera parte de las *Helénicas.*

[20] Casi todos los editores están de acuerdo en considerar interpolado este texto.

con el objeto de redactar leyes por las que se gobernarían, 404
siempre estaban a punto de redactarlas y publicarlas, pero
entre tanto organizaron el consejo y las magistraturas se-
gún su parecer. Luego, antes que nada, a todos los que, 12
según sus conocimientos, durante la democracia habían
vivido de la delación y habían resultado opresivos para
los nobles, los apresaban y los conducían a la muerte. El
Consejo los condenaba con gusto, lo mismo que todos los
demás, cuantos eran conscientes de que, por no ser tales,
no iban a ser importunados. Pero cuando empezaron a 13
pensar de qué manera les sería posible manejar la ciudad
como querían, a partir de aquí, en primer lugar, a través
de una embajada a Lacedemonia formada por Esquines
y Aristóteles, convencieron a Lisandro para que hiciera
venir en su apoyo una guarnición, en tanto se hubieran
desembarazado de los miserables y pudieran instaurar la
constitución. Ellos se encargarían de su manutención. Per- 14
suadido, hizo que se enviara en su apoyo una guarnición
y a Calibio como harmosta. Una vez que la hubieron re-
cibido, atendían a Calibio con sumo cuidado para que
aprobara todo lo que hacían y, con la ayuda de los miem-
bros de la guarnición, como ponía en sus manos a todos
los que querían, se dedicaban a apresar, ya no a los mise-
rables e indignos, sino también a los que, según su opi-
nión, iban a soportar peor que los dejaran marginados y
que, si intentaban oponerse, podían contar con muchísi-
mas personas que estarían de acuerdo con ellos.

En el primer momento, Critias coincidía con Teráme- 15
nes y era amigo suyo, pero desde el punto en que se
mostró inclinado a matar a muchos por el mero hecho de
haber sido desterrado por el pueblo, Terámenes se opuso
y decía que no era lógico condenar a muerte a todo el
que hubiera recibido honores del pueblo, aunque no hu-
biera hecho ningún daño a los nobles, «puesto que tú y
yo», dijo, «hemos dicho y hecho muchas cosas con el
solo objeto de complacer a la ciudad». El (pues todavía 16
se llevaba bien con Terámenes) argumentó en contra suya
que no era posible para los que quieren medrar no qui-
tarse de en medio a los que son más capaces de impedír-

404 selo. «Pero si, puesto que somos treinta y no uno solo,
piensas que no es necesario salvaguardar este gobierno
17 como si se tratara de una tiranía, eres un ingenuo.» Ahora
bien, dado que, al morir muchos e injustamente, estaba
claro que también eran muchos los que se reunían y se
preguntaban con asombro cuál iba a ser la constitución,
a su vez dijo Terámenes que, si no se captaban suficientes
colaboradores para el gobierno, sería imposible que la oli-
18 garquía durase. Después de esto, en efecto, Critias y los
otros treinta llegaron a asustarse, y no menos por Terá-
menes, no fuera a ser que se coordinaran en torno a él
los ciudadanos, por lo que seleccionaron a tres mil para
19 que tomaran parte en el gobierno. Pero de nuevo Teráme-
nes ante esto dijo que, por lo menos a él, le parecía ab-
surdo en primer lugar que, si querían convertir en co-
laboradores suyos a los mejores de los ciudadanos, los
buenos fueran tres mil, como si este número tuviera al-
guna fuerza especial y no fuera posible que al margen
de ellos los hubiera virtuosos ni, dentro de éstos, mise-
rables. «Además», dijo, «yo veo que nosotros dos hacemos
las cosas más opuestas, desde el momento en que, además
de violento, hacemos el gobierno más débil que los go-
bernados».

20 Esto dijo. Ellos, después de pasar revista a los tres
mil en el ágora y a los de fuera del catálogo en lugares
distintos, y de ordenar luego deponer las armas, en el
momento en que aquéllos se habían marchado, tras enviar
a buscar a los miembros de la guarnición y a los ciuda-
danos que estaban de acuerdo con ellos, recogieron las
armas de todos excepto de los tres mil, las reunieron en
21 la acrópolis y las depositaron en el templo. Hecho esto,
con la idea de que ya les era posible realizar lo que qui-
sieran, mataron a muchos por odio y a otros muchos por
dinero. Decidieron que, para poder pagar la guarnición,
cada cual se apoderara de uno de los metecos, y que ellos
22 lo matarían y confiscarían sus bienes. Pero él contestó:
«No me parece bien que declaremos ser los mejores y nos
comportemos de modo más injusto que los delatores, pues
aquéllos dejaban vivir a quienes quitaban el dinero, pero

nosotros, ¿los vamos a matar sin que hayan cometido 404
ningún delito para quitarles el dinero? ¿Cómo no va a
ser esto, desde cualquier punto de vista, más injusto que
aquello?»

Al ver que representaba un obstáculo para hacer lo que 23
querían, se confabularon contra él y, privadamente, uno
tras otro, se dedicaban a acusarlo ante los diversos con-
sejeros de que trataba de destruir el régimen. Después de
ordenar a unos jóvenes, los que les parecían más audaces,
que estuvieran presentes con puñales bajo el sobaco, re-
unieron el Consejo. Cuando se presentó Terámenes, Cri- 24
tias se levantó y dijo:

«Consejeros, si alguno de vosotros considera que están
muriendo más de lo que es oportuno, tenga en cuenta
que, en todas partes donde se cambian las constituciones,
sucede lo mismo. Es forzoso que aquí tengan muchísimos
enemigos los que la cambiaron en sentido oligárquico, por
ser la ciudad de mayor población de Grecia y por haberse
criado el pueblo en libertad durante muchísimo tiempo.
Nosotros, que sabemos que la democracia es un régimen 25
opresivo para los que somos como nosotros y como vos-
otros, que sabemos que el pueblo nunca podría llegar a
ser amigo de los lacedemonios, nuestros salvadores, y en
cambio los mejores siempre podrían seguir fieles a ellos,
por esto, con la aquiescencia de los lacedemonios, esta-
blecemos esta constitución. Y si nos enteramos de que 26
alguien es contrario a la oligarquía, en cuanto podemos
nos desembarazamos de él, pero con mucho más motivo
nos parece justo que, si alguno de nuestro propio grupo
resulta perjudicial para este sistema, reciba también su
castigo. Pues bien, ahora nos enteramos de que este Te- 27
rámenes, en lo que puede, intenta destruirnos a nosotros
y a vosotros. Tan es verdad que, si reflexionáis, encon-
traréis que nadie censura más la situación presente, ni
se opone más, que este Terámenes, cada vez que quere-
mos desembarazarnos de alguno de los demagogos. En
consecuencia, si pensaba lo mismo desde el principio, es
que era hostil, pues, desde luego, no podría considerár-
selo precisamente un miserable. Ahora bien, el primero 28

404 en mostrar su lealtad y amistad hacia los lacedemonios, el que inició el derrocamiento del pueblo y el que más os [21] empujó a condenar a los primeros sometidos a vuestro juicio, ahora, cuando también vosotros y nosotros nos hemos manifestado claramente como enemigos del pueblo, ya no es partidario de lo que pasa, para poder encontrarse de nuevo en situación segura y que nosotros
29 seamos condenados por lo que ya está hecho. De modo que, no sólo como enemigo, sino también como traidor a vosotros y a nosotros, le corresponde ser condenado. Ciertamente, es tanto más terrible la traición que la guerra cuanto es más difícil de vigilar lo oscuro que lo claro, tanto más hostil cuanto, con los enemigos, los hombres pactan y hacen tratados y, en cambio, al que descubren que los traiciona, con éste nunca nadie hace pactos ni vuelve a confiar en él.

30 Para que sepáis que no hace nada nuevo, sino que por naturaleza es un traidor, os recordaré sus actuaciones. Efectivamente, honrado por el pueblo en un principio, en la línea de su padre Hagnón [22]. llegó a ser muy partidario de sustituir la democracia por los cuatrocientos [23], y entre ellos fue el más destacado. Cuando se enteró de que se organizaba algo contrario a la oligarquía, de nuevo fue el primero en convertirse en dirigente del pueblo frente

---

[21] En los manuscritos: *nos,* aceptado por Hatzfeld. Son opciones textuales que pueden incidir en el sentido de la colaboración entre ambas instituciones, Treinta y Consejo, y de las intenciones de Critias de crear un ambiente de solidaridad entre ellas.

[22] Colaborador de la democracia, principalmente en época de Pericles. Más tarde, sobre todo a partir del fracaso de la expedición a Sicilia, se alinea entre los que buscan soluciones «moderadas» para la ciudad, lo que significaba poner límites al imperialismo agresivo apoyado por el *demos* y los demagogos más radicales.

[23] Reducción del Consejo al número previo a la democracia de Clístenes en el año 411. Iba acompañada de la anulación real del poder de la asamblea. Fue un modo de contener la democracia, como consecuencia de los problemas creados a partir del fracaso siciliano, y que se define, según los casos, como democracia moderada o como oligarquía moderada. Colaboraban muchos que, en tiempos menos conflictivos, se alineaban con la democracia representada por figuras como Pericles.

a aquéllos. Por eso, naturalmente, lo llaman coturno [pues 404
el coturno parece adaptarse a ambos pies y mira en ambas 31
direcciones] [24]. Mira, Terámenes, el hombre digno de vivir no puede ser animoso para empujar a sus compañeros a las acciones, para luego, si se presenta un obstáculo, echarse atrás inmediatamente, sino que tiene que esforzarse, como en una nave, hasta que se orienta al viento favorable. Si no, ¿cómo iban a llegar nunca a donde tienen que llegar si, al encontrarse un obstáculo, inmediatamente se pusie-
ran a navegar en dirección contraria? Naturalmente, todos 32
los cambios de constituciones son fuente de mortandad, pero tú, por ser muy cambiante, eres cómplice de que haya perecido muchísima gente de la oligarquía a manos del pueblo y muchísima gente de la democracia a manos de los mejores. Este es el que, cuando le ordenaron los estrategos recoger a los atenienses hundidos en la batalla naval cerca de Lesbos, no los recogió y, sin embargo, acusó a los estrategos y los llevó a la muerte para salvarse
él mismo. Todo el que se preocupa constantemente de 33
obtener más beneficio de una manera clara, sin atender para nada ni a la virtud ni a los amigos [25], ¿cómo va a pasar desapercibido nunca?, ¿cómo no va a haber que vigilar, si se conocen sus cambios, que no nos haga lo mismo a nosotros alguna vez?

Nosotros, en efecto, lo acusamos, como conspirador y como traidor a nosotros y a vosotros. En prueba de que obramos de modo consecuente, tened en cuenta lo que
voy a deciros. En verdad parece ser hermosísima la cons- 34
titución de los lacedemonios. Si alguno de los éforos, en vez de obedecer a la mayoría, se pusiera a denostar la autoridad y oponerse a sus acciones, ¿no pensáis que sería

---

Algunos editores suprimen toda la explicación como incluida posteriormente, para quienes ya no conocían este tipo de calzado. Desde «mira», expresión muy oscura, se considera corrupta más frecuentemente.

25 «Virtud» = *Kalón:* el conjunto de los valores morales y físicas de los nobles; «philía»: lazos que unen a los miembros de las diferentes familias o grupos solidarios para acciones religiosas, sociales, políticas, etc., definidas como «amistad», bastante equivalente a la *amicitia* de Cicerón.

404 considerado digno del mayor castigo por parte de los mis-
mos éforos y por la ciudad entera? También vosotros, si
sois prudentes, no os preocuparéis de éste, sino de vos-
otros mismos, porque, si se salva, podría hacer que se
crecieran muchos de los que piensan lo contrario que
vosotros, pero, si perece, cortaría las esperanzas de todos
los de la ciudad y los de fuera.»

35 Tras decir esto se sentó. Entonces Terámenes se levan-
tó y dijo: «Primero recordaré, señores, lo último que dijo
contra mí. Afirma que acusé a los estrategos y los llevé
a la muerte. Desde luego, no fui yo quien empezó la
acusación contra ellos, sino que fueron ellos quienes di-
jeron que, aunque se me había ordenado por su propia
iniciativa, no había recogido a los desafortunados de la
batalla de Lesbos. Cuando alegaba que, a causa de la tem-
pestad, ni siquiera era posible navegar, no digo ya reco-
ger a los hombres, a la ciudad le pareció que lo que decía
era lógico, mientras que ellos daban la impresión de acu-
sarse a sí mismos, pues, al tiempo que decían que era
posible salvarlos, los dejaban perecer y realizaban la tra-
36 vesía de regreso. Claro que no me sorprende que Critias
haya actuado contra la ley[26], pues, precisamente, cuando
esto sucedía, no estaba presente, sino que, en Tesalia, con
Prometeo, preparaba la democracia y armaba a los pe-
37 nestas[27] contra sus señores. Ojalá aquí no pasara nada
parecido a lo que él pretendía promover allí.

Pero hay algo, por lo menos, en lo que sí estoy de
acuerdo con él. Si alguien quiere desposeeros del poder
y hace fuertes a los que conspiran contra vosotros, es
justo que obtenga el mayor castigo. Ahora bien, quién es
el que actúa así, yo creo que vosotros estáis en la mejor

---

[26] Traducción según los manuscritos. A partir de una corrección de Wolf, recogida por Brownson y Hatzfeld, estos editores interpretan «no haya comprendido nada» y «está mal informado», respectivamente.

[27] Grupo dependiente comparable, para algunos autores, a los hilotas. La insurrección pudo ser instrumentalizada por ciertos grupos, dentro de las transformaciones que, en Tesalia, dieron lugar a los conflictos del siglo IV y que terminan con la instauración de la tiranía mencionada en libros posteriores.

disposición para decidirlo, sólo con que observéis lo que 404
ha hecho y lo que ahora hace cada uno de nosotros. En 38
efecto, hasta el momento en que os hubisteis instalado en el Consejo, se designaron las magistraturas, y mientras llevabais a juicio a los delatores reconocidos, todos estábamos de acuerdo, pero cuando empezaron a apresar a hombres nobles, desde ese momento yo también empecé
a estar en desacuerdo con ellos. Por ejemplo, sabía que, 39
al morir Leonte de Salamina[28], que era y tenía fama de ser un hombre digno, y no había cometido ninguna injusticia, los que eran como él se iban a asustar y, asustados, se iban a poner en contra de este gobierno. Sabía que, al ser apresado Nicérato, el hijo de Nicias[29], aunque era rico y nunca, ni él ni su padre, habían tenido una actuación de carácter popular, los que eran como él se convertirían
en nuestros enemigos. Pero, encima, cuando a nuestras 40
manos pereció Antifonte, que en la guerra había proporcionado dos trieres buenas para la navegación, comprendí que también los que habían estado dedicados a la ciudad
se volverían todos suspicaces hacia nosotros. Me opuse 41
también cuando dijeron que cada uno tenía que coger a un meteco, pues era evidente que, si éstos perecían, también todos los metecos se convertirían en enemigos del gobierno. Me opuse cuando recogieron las armas de la multitud, pues no creía que fuera conveniente dejar a la ciudad debilitada. Ni siquiera veía claro que los lacedemonios tuvieran esta pretensión cuando nos salvaron, dado que, si éramos pocos, no podíamos servirles de ninguna ayuda y, en cualquier caso, si así lo deseaban, les bastaba con reducirnos por hambre un poco más de tiempo hasta
que no quedara nadie. Ni tampoco me agradaba el que 42
se alquilaran guardias, ya que era posible que, entre los mismos ciudadanos, se nos sumaran otros tantos justamente mientras los gobernantes intentábamos controlar más fácilmente a los gobernados. Cuando veía que mu-

[28] También mencionado por Platón, *Carta VII*, como motivo del cambio de actitud de Sócrates ante los treinta.

[29] Lisias (XVIII, 6) lo considera vinculado, por tradición y por él mismo, a la democracia.

404 chos en la ciudad se hacían enemigos de este gobierno,
que muchos se convertían en exiliados, tampoco me pa-
recía bien que además se exiliaran Trasibulo, Anito y Al-
cibíades, pues sabía que así se fortalecería la oposición,
43 si a la multitud se le sumaban jefes capaces y a los que
querían ser jefes se les presentaban muchos seguidores.
A quien advierte esto con claridad, ¿hay que conside-
rarlo con justicia favorable o traidor? Los que impiden
que muchos se conviertan en enemigos, Critias, y los que
enseñan cómo obtener el mayor número posible de alia-
dos, no son precisamente éstos los que fortalecen a los
enemigos, sino más bien quienes se apoderan de las rique-
zas ilegalmente y matan sin ninguna justificación, éstos
son los que multiplican el número de los contrarios y por
pura ambición traicionan no sólo a los amigos, sino a sus
44 propios intereses. Si a pesar de todo no queda claro que
digo la verdad, fijaos en lo que sigue. ¿Pensáis que Tra-
sibulo, Anito y los demás exiliados prefieren que aquí
pase lo que yo defiendo o lo que éstos hacen? A mi ma-
nera de ver, ahora mismo piensan que todo está lleno de
aliados suyos y, en cambio, si lo mejor de la ciudad nos
fuera favorable, les sería difícil pensar en aproximarse a
45 cualquier lugar del territorio. Por otro lado, con respecto
a lo que dijo de que yo estoy siempre dispuesto a cam-
biar, considerad también lo siguiente. Fue el propio pue-
blo el que votó la constitución de los cuatrocientos, cuan-
do se le enseñó que los lacedemonios confiaban en cual-
46 quier constitución más que en la democracia. Como a
pesar de todo aquéllos no cedían en nada y en cambio
se descubrió que los que desempeñaban la estrategia con
Aristóteles, Melantio y Aristarco lo que hacían era forti-
ficar un abrigo en el muelle en el que pretendían acoger
a los enemigos y asegurarse para ellos mismos y sus com-
pañeros el dominio de la ciudad, si yo me di cuenta y
47 lo impedí, ¿es esto ser traidor a los amigos? Me llama
coturno, porque dice que intento adaptarme a unos y a
otros. Y a quien no gusta a unos ni a otros, a éste, por
los dioses, ¿qué es lo que hay que llamarlo? Pues real-
mente tú, en la democracia, eras considerado el más odio-

so de todos desde el punto de vista del pueblo y, en la 404
aristocracia, te has convertido en el más odioso de todos desde el punto de vista de los hombres honestos. Pero 48
yo, Critias, siempre me he caracterizado por combatir a los que piensan que la democracia no puede ser hermosa antes de que obtengan su dracma [30] los esclavos y los que por su pobreza son capaces de vender la ciudad a cambio de una dracma, pero también soy contrario a los que piensan que la oligarquía no puede ser hermosa antes de conseguir que la ciudad sea tiranizada por pocos. Organizar la constitución con la ayuda de todos los que pueden servirla gracias a sus caballos y sus escudos, eso es lo que antes consideraba mejor y ahora no he cambiado mi postura [31]. Si puedes decir, Critias, en qué ocasión yo, 49
con la colaboración de los populares o de los tiránicos, he intentado privar del ejercicio de la ciudadanía [32] a los hombres de bien, dilo, pues si se demuestra que ahora o en alguna otra ocasión he hecho tal cosa, estoy de acuerdo en que sería justa mi muerte después de experimentar los peores sufrimientos.»

Una vez que hubo terminado de hablar y el Consejo 50
se mostró con sus aclamaciones claramente favorable, Critias, al darse cuenta de que saldría absuelto si dejaba que el Consejo decidiera con su voto, cosa que consideraba intolerable, se acercó a los treinta y, tras una pequeña conversación con ellos, salió a dar orden a los de los puñales de que se colocaran a la vista del Consejo junto a las barreras [33]. Cuando volvió a entrar dijo: «Yo, conse- 51

Texto normalmente considerado corrupto. Corregido por Schmidt, Keller, Brownson: «participen de ella»; por Wyttenbach, Hatzfeld: «participen del gobierno». Sin embargo, el texto podría aludir al cobro por funciones públicas que caracterizaría a la democracia radical. «Obtener la dracma» permite que gobiernen los que no deben participar en el sistema político, y caracterizaría el tipo de democracia al que se oponía Terámenes.

Definición del sistema «moderado», aristocracia con participación de caballeros y de hoplitas.

32 Término polivalente: ciudadanía y derechos políticos, pero, también, régimen político o forma de gobierno.

33 Se colocaban entre las columnas de la sala del Consejo para separar a los consejeros del público.

404 jeros, creo que es labor propia de un dirigente como es
debido, si ve que sus amigos están siendo engañados, no
permitirlo. Por tanto, voy a actuar en consecuencia. En
esa misma línea, ésos que están ahí apostados dicen que
no nos permitirán dejar libre a un hombre que perjudica
de modo patente a la oligarquía. Está entre las nuevas
leyes que ninguno de los tres mil sea condenado a muerte
sin vuestro voto, pero los treinta son soberanos para ma-
tar a los de fuera del catálogo. Así pues», dijo, «ahora
mismo borro a este Terámenes del catálogo, con el con-
sentimiento de todos vosotros, y seremos nosotros quie-
52 nes lo condenaremos a muerte». Al oír esto, Terámenes
subió al altar[34] y dijo: «Por mi parte sólo puedo supli-
caros lo que no es más que la pura legalidad, que no
quede en manos de Critias la capacidad de borrarme a mí
ni a cualquiera de vosotros, sino que, tanto para vosotros
como para mí, la decisión se tome de acuerdo con la ley
53 que redactaron acerca de los incluidos en el catálogo. Hay
una cosa, por los dioses, que no desconozco, y es que de
ninguna protección me va a servir este altar, pero quiero
poner de manifiesto que ésos no sólo son muy injustos
con los hombres, sino también muy impíos con los dio-
ses. Con respecto a vosotros, en cambio, nobles varones,
me admiro de que no acudáis en vuestra propia defensa,
aunque sabéis que de ninguna manera mi nombre es más
fácil de borrar que el de cada uno de vosotros.»

54 Después de esto el heraldo de los treinta encomendó
a los once que se hicieran cargo de Terámenes. Una vez
que entraron con sus servidores bajo la dirección de Sá-
tiro, el más violento y desvergonzado, dijo Critias: «Os
entregamos a este Terámenes, condenado de acuerdo con
55 la ley. Vosotros, los once, apresadlo, llevadlo a donde
corresponde y haced lo que procede en tales casos.»

Cuando hubo dicho esto, fue a arrancarlo del altar Sátiro, y fueron a arrancarlo también los servidores. Terámenes, como es natural, invocaba a los dioses y a los hombres para que observaran lo que estaba sucediendo.

---

[34] Altar de Hestia.

El Consejo permanecía inmóvil, al ver que los de las barreras eran semejantes a Sátiro y que la delantera de la sala del Consejo estaba llena de guardias, y además no les pasaba desapercibido que se habían presentado con sus 404
puñales. Sacaron al hombre a través del agora mientras 56
manifestaba a grandes voces lo que le ocurría. De él se cuenta una sola frase. Cuando Sátiro le dijo que lo lamentaría si no guardaba silencio, preguntó: «Y si guardo silencio, ¿no lo lamentaré?» Cuando, obligado a morir, bebió la cicuta, dicen que arrojó el resto, como si jugara al cótabo[35], y exclamó: «Sea para el noble Critias»[36].

No me pasa desapercibido que frases como ésta no son dignas de mención, pero juzgo que es admirable, en relación a este hombre, el que cuando se le presentó la muerte, no abandonaron su alma ni la inteligencia ni el sentido del humor.

Así murió Terámenes. Los treinta, por su parte, como 4,1
si ya estuvieran en condiciones de actuar como tiranos sin ningún temor, prohibieron a los excluidos del catálogo que entraran en la ciudad, y se los llevaron de sus propiedades para apoderarse de sus campos ellos mismos y sus amigos. Entonces se convirtió el Pireo en el lugar de refugio, pero, como también de allí se llevaron a muchos, terminaron por llenar Mégara y Tebas de la gente que se retiraba.

Sin embargo, Trasibulo se puso inmediatamente en mo- 2
vimiento desde Tebas con unos setenta y se apoderó de File, lugar fortificado. Los treinta acudieron desde la ciudad con los tres mil y con la caballería, en un día espléndido. Cuando llegaron, algunos de los jóvenes enardecidos se lanzaron sobre el lugar, y no hicieron nada más que recibir heridas y retirarse. Los treinta intentaron estable-

[35] Juego consistente en arrojar la última gota de la copa en determinada dirección, gesto que se acompañaba a veces de una especie de brindis.

[36] «noble» = *kalós:* expresión en que se mezcla el sentido de noble y de bello. Aquí se refleja el ambiente aristocrático, pero también erótico y festivo, que dominaba la institución del banquete.

404 cer un cerco, para ponerles sitio y cerrarles la entrada de las provisiones, pero de noche y al día siguiente cayó una abundante nevada, por lo que tuvieron que retirarse cubiertos de nieve hacia la ciudad, después de haber perdido a muchísimos de los porteadores a manos de los de
4 File. Al darse cuenta de que, si no había ninguna vigilancia, podrían dedicarse a hacer rapiña en los campos, distribuyeron por los confines, a unos quince estadios a partir de File, a los miembros de la guarnición laconia, salvo unos pocos, y dos escuadrones de caballería[37]. Es-
5 tos vigilaban acampados en un territorio frondoso. Por su parte, Trasibulo, cuando ya se habían reunido en File alrededor de setecientos, descendió con ellos de noche. Con las armas preparadas, a unos tres o cuatro estadios de los puestos de guardia, se mantuvo a la expectativa.
6 Cuando se hacía de día y ya empezaban a levantarse para dirigirse cada uno hacia donde debía, lejos de sus armas, mientras los servidores hacían ruido al frotar los caballos, en esto los de Trasibulo tomaron las armas y se lanzaron a la carrera. A algunos de ellos los hirieron, a todos los pusieron en fuga y los persiguieron a lo largo de seis o siete estadios, mataron a más de ciento veinte hoplitas y, de los caballeros, a Nicóstrato, llamado el Hermoso, y a otros dos, a los que sorprendieron todavía en la cama.
7 Volvieron atrás, colocaron un trofeo, reunieron cuantas armas y bagajes habían cogido y regresaron a File. Cuando acudieron los caballeros de la ciudad, ya no vieron a ninguno de los enemigos, esperaron hasta que los allegados recogieron a sus muertos y se retiraron a la ciudad.
8 A partir de aquí los Treinta, como ya no consideraban que las cosas para ellos estaban seguras, concibieron el deseo de apoderarse de Eleusis, de modo que les sirviera de refugio si fuera preciso. Convocaron a los caballeros y marcharon a Eleusis Critias y el resto de los treinta.

---

37 Se trata realmente de la aportación de cada una de las tribus áticas al ejército (*phylé*). Podía equivaler al batallón de infantería o al escuadrón de caballería.

Pusieron en manos de los caballeros[38] la misión de hacer 404
una revista, con el pretexto de que querían saber cuántos eran y qué vigilancia necesitaban añadir, para lo que ordenaron que todos se inscribieran. El que se inscribía salía a través de una pequeña puerta hacia el mar. En la orilla colocaron a los caballeros a uno y otro lado, y al que salía lo encadenaban los servidores. Cuando estaban todos atados, ordenaron al hiparco Lisímaco que se los llevara y los entregara a los once. Al día siguiente, con- 9
vocaron al Odeón a los hoplitas del catálogo, además de los caballeros. Entonces Critias se levantó y dijo: «Nosotros, señores, no pensamos menos en vosotros que en nosotros mismos en el momento de organizar el régimen. Por ello es preciso que vosotros, igual que participaréis de los honores, del mismo modo también participéis de los peligros. Hay que condenar, pues, a los eleusinios apresados para que tengáis las mismas confianzas y temores que nosotros.» Les mostró un lugar y les ordenó llevar a él su voto al descubierto. Los guardias laconios estaban armados en la mitad del Odeón. Con esto también 10
se sintieron complacidos los ciudadanos que sólo estaban interesados por medrar.

Inmediatamente después, Trasibulo, con los cerca de mil que ya había reunido en File, llegó de noche al Pireo. Los Treinta, nada más enterarse, acudieron con los laconios, además de los caballeros y los hoplitas, y avanzaron por el camino que conduce al Pireo. Los de File intenta- 11
ron todavía no dejarlos subir, pero como el recinto, al ser grande, parecía necesitar mucha vigilancia y todavía no eran bastantes, se concentraron en Muniquia. Los de la ciudad fueron al ágora hipodamia y allí, en primer lugar, se alinearon, como para cubrir el camino que lleva al templo de Artemis Muniquia y al Bendideo[39]. Llegó

[38] Esta es la lectura de los manuscritos. Sin embargo, muchos editores prefieren enmendarla: «en armas», «en los muros». Esta última es la preferida de Hatzfeld: «hicieron una revista en los muros».

[39] Muniquia es un monte y un puerto al noreste del Pireo. Entre el monte y el puerto occidental (Cántaro), en el istmo, se cons-

404 a haber un fondo de no menos de cincuenta escudos. Así
12 ordenados se dirigían hacia arriba. Los de File también cubrieron el camino por su lado, pero su profundidad era de no más de diez hoplitas. A continuación colocaron peltóforos[40] y tropas ligeras armadas de jabalinas, y detrás los lanzadores de piedras. Estos sí eran muchos, pues se habían sumado allí mismo.

En tanto se acercaban los contrarios, Trasíbulo, a los que estaban con él les ordenó depositar los escudos y él mismo lo depuso, y con las otras armas se colocó enme-
13 dio y dijo: «Ciudadanos, quiero enseñaros a unos y recordaros a otros que, de los que se acercan, los que ocupan la derecha son los que vosotros pusisteis en fuga y perseguisteis hace cuatro días, y los últimos de la izquierda, éstos son los Treinta, los que nos privaron de la ciudad sin haber cometido ninguna injusticia, nos expulsaron de casa y proscribieron a los más queridos de los nuestros. Pero ahora se han presentado donde ellos nun-
14 ca pensaron y nosotros siempre deseamos. Estamos colocados con las armas frente a ellos, pero los dioses, porque entonces fuimos apresados mientras comíamos o dormíamos o hacíamos nuestros negocios en el ágora, y porque sin haber cometido ningun delito, e incluso sin estar en la ciudad, tuvimos que exiliarnos, ahora están claramente de nuestra parte. Pues en medio del buen tiempo provocan una tempestad cuando a nosotros nos conviene, y cuando atacamos, aunque los contrarios son muchos y
15 nosotros pocos, nos conceden erigir un trofeo. Y ahora nos han llevado a un lugar en que ellos no van a poder usar la lanza ni la jabalina por encima de los que están colocados en primera fila, dado que marchan hacia arriba, mientras que nosotros, como disparamos hacia abajo lanzas, jabalina y piedras, podemos avanzar y herir a muchos
16 de ellos. Cualquiera puede pensar que sería conveniente para los de la primera fila combatir de igual a igual. Pero

truyó el ágora hipodamia. De los muchos santuarios del Pireo, uno era el de Artemis y otro estaba consagrado a Bendis, divinidad tracia de atributos parecidos a los de Ártemis efesia.

[40] Portadores de escudos ligeros, como los peltastas.

ahora, si vosotros, como conviene, disparáis con ánimo, 404
nadie errará entre tantos que llenan el camino, que para protegerse tendrán que esconderse bajo sus escudos, de modo que nos será posible, como si fueran ciegos, golpearlos donde queramos y hacerlos retroceder precipitadamente. Por tanto, señores, hay que actuar de modo que 17
cada uno tenga plena conciencia de ser el máximo responsable de la victoria. Pues ésta, si dios quiere, nos devolverá ahora patria, casas, libertad, honores, hijos a quien los tenga y mujeres. Bienaventurados quienes de nosotros a la victoria puedan añadir el día más grato de su vida. Pero, también, feliz quien muera, pues nadie, por rico que sea, va a obtener un monumento tan hermoso. Empezaré yo el pean en el momento oportuno. Cuando invoquemos a Enialio[41], entonces todos, unánimemente, venguémonos por los ultrajes que hemos sufrido.»

Tras decir esto, se dio la vuelta hacia los adversarios 18
y permaneció a la expectativa, pues el adivino les avisó que no se lanzaran antes de que cayera o fuera herido uno de los suyos. «Cuando esto suceda, os guiaremos nosotros», dijo, «y los que me sigáis obtendréis la victoria, y yo la muerte, según me parece».

Y no se engañó, sino que, cuando tomaron las armas, 19
como llevado por alguna fatalidad, se lanzó, cayó el primero sobre los enemigos y murió, y está enterrado en el paseo del Cefiso. Los demás vencieron y los persiguieron hasta el llano. Murieron entonces, de los Treinta, Critias e Hipómaco, de los diez arcontes del Pireo, Cármides el hijo de Glaucón y, de los demás, alrededor de setenta. Tomaron las armas, pero no despojaron de sus quitones[42] a ninguno de los ciudadanos. Cuando todo terminó e hicieron pactos para devolver los cadáveres, muchos se ponían a dialogar al encontrarse los unos con los otros.

[41] Divinidad identificada con Ares.

[42] *chitón:* túnica. Vestido habitual, con variaciones formales a partir de la época clásica. Se sujeta a un hombro por medio de un broche. En los hombres suele ser más corto que en las mujeres.

404 Cleócrito, el heraldo de los iniciados[43], que tenía muy
20 buena voz, mandó que se hiciera el silencio y dijo: «Ciudadanos, ¿por qué nos expulsáis?, ¿por qué queréis matarnos? Nosotros a vosotros nunca os hicimos ningún mal, hemos participado con vosotros en los ritos y los sacrificios más venerables, y en las fiestas más hermosas, hemos colaborado en los mismos coros, hemos sido condiscípulos, hemos combatido juntos y hemos corrido muchos peligros al lado de vosotros por tierra y por mar, en defensa de la común salvación de unos y otros y de la
21 libertad. Por los dioses de nuestros padres y de nuestras madres, por la consanguinidad, el parentesco y el compañerismo[44], pues muchos compartimos todas estas cosas los unos con los otros, por respeto a los dioses y a los hombres, dejad de faltar a la patria y no hagáis caso a los muy sacrílegos Treinta que, por sus ganancias privadas, poco falta para que hayan matado más atenienses en ocho meses que todos los peloponesios en diez años de
22 guerra. Cuando ya nos es posible convivir en paz, éstos nos arrastran a la guerra más vergonzosa de todas, la más dura, la más impía, la más odiosa a los dioses y a los hombres, la guerra entre nosotros mismos. Pero bien sabéis que de los ahora muertos por nosotros, hay algunos por los que, no sólo vosotros, sino también nosotros, arrojamos lágrimas de dolor.»

Tales fueron sus palabras, pero los arcontes que quedaban, en vez de dejar que los suyos las escucharan, se los llevaron a la ciudad.

23 Al día siguiente, en tanto que los Treinta, muy humillados y aislados, se reunían en el Consejo, en cada uno de los tres mil, sea cual fuera el puesto que estuviera ocupando, surgían diferencias con respecto a los demás. Pues los que tenían miedo por haber actuado del modo más

---

[43] En los misterios de Eleusis.

[44] Los términos griegos utilizados son: *syngeneía* (parentesco de sangre, pertenencia al mismo *genos*), *kedestía* (parentesco resultante de un matrimonio) y *hetairía* (asociación de variado sentido, que reproduce solidaridades aristocráticas, a veces con proyección política).

violento, defendían con vehemencia que no era preciso 404
ceder a los del Pireo, mientras que los que estaban confiados por no haber cometido ninguna injusticia, recapitulaban ellos mismos y enseñaban a los demás que no había ninguna necesidad de estas desgracias, y decían que no había que obedecer a los Treinta ni permitir que destruyeran la ciudad. Finalmente votaron que cesarían a aquéllos y elegirían a otros. Y eligieron diez, uno por tribu.

Los Treinta se retiraron a Eleusis. Los diez, juntamen- 24
te con los hiparcos, se ocupaban de los de la ciudad, que 403
estaban muy alborotados y desconfiaban los unos de los otros. Por otra parte, los caballeros pasaban la noche en el Odeón con sus caballos y sus escudos y, por desconfianza, rondaban desde el atardecer en las murallas con los escudos y, al amanecer, con los caballos, con el constante temor de que se les vinieran encima algunos de los del
Pireo. Estos, como ya eran muchos y de diversas proce- 25
dencias, se hacían armas, unos de madera, otros de mimbre, y las blanqueaban. Antes de que pasaran diez días, después de haber dado garantías a todos los que colaboraran en la guerra, incluso a los extranjeros, de que tendrían igualdad tributaria[45], ya salían muchos hoplitas y muchos gimnetas[46], y contaban además con unos setenta caballeros. Hacían expediciones de forraje y tomaban madera y frutos de la estación, para volver a pasar la noche
de nuevo en el Pireo. De los de la ciudad nadie más 26
salía con armas, salvo los caballeros, que en algún momento capturaban bandas de los del Pireo y causaban bajas a su falange. Cayeron también sobre alguno de los exoneos[47], mientras iban a sus campos a buscar las provisiones. A éstos, Lisímaco el hiparco los degolló, por

---

45 *Isoteleia:* privilegio concedido a algunos extranjeros, que disfrutaban así de los mismos derechos que el ciudadano desde el punto de vista fiscal, es decir, quedaban exentos de los impuestos que sólo afectaban a los no ciudadanos. Lo más frecuente era su concesión a los metecos.

46 Soldados de infantería ligera.

47 Habitantes de un distrito costero del Atica.

403 mucho que hacían súplicas y que la acción les pareció in-
27 admisible a muchos caballeros. Por su parte, los del Pireo mataron a uno de los caballeros que cogieron en el campo, a Calístrato, de la tribu Leóntide, pues ya empezaban a estar confiados, de tal modo que hicieron un asalto a la muralla de la ciudad. También hay que hablar del artillero que estaba en la ciudad, que, cuando supo que iban a acercar las máquinas por el camino del Liceo, ordenó que todas las yuntas se dedicaran a arrastrar enormes piedras y a dejarlas en cualquier lugar del camino. Cuando se hubo hecho esto, cada una de las piedras se convirtió en un auténtico obstáculo.

28 Como los Treinta enviaron embajadores a Lacedemonia desde Eleusis, y los del catálogo desde la ciudad, a pedir que les mandaran ayuda porque el pueblo se había sublevado contra los lacedemonios, Lisandro, sobre el cálculo de que sería posible, con un asedio por tierra y por mar, reducir rápidamente a los del Pireo, si se cortaban los aprovisionamientos, les consiguió un préstamo de cien talentos y que lo enviaran a él como harmosta por tierra
29 y a su hermano Libis como navarco. Nada más salir concentró en Eleusis a muchos hoplitas peloponesios. El navarco vigilaba por mar para que no les llegara ninguna de las provisiones, de modo que, en seguida, los del Pireo se encontraron otra vez sin recursos y, por su parte, los de la ciudad adquirían gran seguridad gracias a Lisandro. Así las cosas, el rey Pausanias, envidioso de Lisandro, de que a causa de sus logros no sólo fuera a adquirir prestigio, sino también a convertir Atenas en algo propio, tras convencer a tres de los éforos salió al frente de un
30 ejército regular[48]. Siguieron su ejemplo todos los aliados, salvo beocios y corintios. Estos decían que no se considerarían fieles al juramento si combatían contra los atenienses sin que hubieran hecho nada contrario al tratado, pero en realidad lo hacían porque estaban viendo que lo

[48] Formado por espartiatas, frente al de los aliados peloponesios o al de mercenarios, como era el caso de Lisandro.

que los lacedemonios pretendían era apropiarse con todas 403
las garantías del territorio de los atenienses.

Pausanias acampó con el ala derecha en el llamado Halípedo, cerca del Pireo, mientras Lisandro ocupaba el ala
izquierda con los mercenarios. Pausanias envió embaja- 31
dores a los del Pireo a decirles que salieran hacia sus casas. Puesto que no se daban por enterados, se acercaban sólo lo necesario para que oyeran el grito de guerra, de modo que no fuera evidente que les era favorable. Al tener que retirarse sin haber obtenido nada del movimiento de aproximación, al día siguiente, con dos regimientos de los lacedemonios y tres escuadrones de la caballería ateniense, se acercó al puerto sordo [49], para ob-
servar por dónde era más accesible el Pireo. Pero como, 32
en el momento de marcharse, algunos lo atacaron y le causaron problemas, irritado, ordenó a los caballeros que se lanzaran contra ellos y que los siguieran las diez promociones más jóvenes [50]. El mismo iba detrás con el resto. Mataron a cerca de treinta de las tropas ligeras y a los
demás los persiguieron hasta el teatro del Pireo. Allí es- 33
taban precisamente poniéndose las armas todos los peltastas y los hoplitas de los del Pireo. Las tropas ligeras, en seguida, tras salir a la carrera, se pusieron a disparar las jabalinas, lanzar piedras, tirar flechas y atacar con las hondas. Los lacedemonios, como habían quedado heridos muchos de ellos, muy apresurados se retiraron retrocediendo, pero los otros se aprovechaban de esta situación para presionar mucho más. Allí murieron Querón y Tíbraco, ambos polemarcos, Lácrates, el vencedor de la Olimpiada, y otros lacedemonios que están enterrados
delante de las puertas del Cerámico. Al ver esto, acudie- 34

Lugar de localización insegura, según unos al norte, según otros al oeste del Pireo. También la denominación se explica de diversas maneras: porque no se oían las olas debido a su especial configuración geográfica o por la situación ocasional de letargo a causa de la guerra.

50 El ejército espartiata estaba organizado por clases de edad, formadas por los que en cada año cumplían veinte. Las diez promociones más jóvenes estarían constituidas por los que tenían entre veinte y treinta años.

403 ron Trasíbulo y los hoplitas y rápidamente se colocaron delante de los demás[51] en fila de a ocho. Pausanias, muy agobiado, después de retirarse unos cuatro o cinco estadios hacia una colina, ordenó a los lacedemonios y a los aliados que se reunieran junto a él. Allí, tras haber agrupado la falange en un orden en que predominaba la profundidad, la condujo contra los atenienses. Estos los recibieron cuerpo a cuerpo, pero luego unos fueron rechazados hacia el pantano de Halas[52] y otros se replegaron. Murieron de ellos unos ciento cincuenta.

35 Pausanias erigió un trofeo y se retiró. Y no por esto se irritó con ellos, sino que a escondidas mandó una embajada a los del Pireo para indicarles lo que era preciso que dijeran cuando le enviaran embajadores a él y a los éforos presentes. Ahora sí le hicieron caso. Además, desunió a los de la ciudad, y les dijo que se reuniera el mayor número posible y acudieran a ellos a manifestarles que no necesitaban para nada hacer la guerra a los del Pireo, sino reconciliarse, y unos y otros en común ser
36 amigos de los lacedemonios. Nauclidas, que era éforo, escuchó esto con agrado, pues, como era costumbre que con el rey fueran a la campaña dos de los éforos, entonces estaban presentes éste y otro, y ambos eran de la opinión de Pausanias más que la de Lisandro. Por eso, naturalmente, fueron partidarios de enviar a Lacedemonia tanto a los del Pireo que estaban encargados de tratar con los lacedemonios como, de los de la ciudad, a los
37 particulares Cefisofonte y Meleto. No obstante, cuando éstos se marcharon a Lacedemonia, también las autoridades de la ciudad enviaron embajadores para decir que ellos entregaban, tanto las murallas que ocupaban como a ellos mismos, en manos de los lacedemonios para que hicieran lo que quisieran, pero, según manifestaron, consideraban lógico que los del Pireo, si decían ser amigos de los
38 lacedemonios, entregaran el Pireo y Muniquia. Después de

---

51 Traducción de acuerdo con los manuscritos. Según corrección de Madvig, aceptada, entre otros por Hatzfeld: «delante de las salinas» (Halas).

52 Hatzfeld: «de las salinas».

oírlos a todos, los éforos y los miembros de la asamblea enviaron quince hombres a Atenas con la orden de conseguir que, con la colaboración de Pausanias, se reconciliaran de la mejor manera posible. La reconciliación se llevó a cabo sobre la base de mantener la paz entre ellos y retirarse cada uno a su casa, excepto los Treinta, los once y los diez arcontes del Pireo. Para los de la ciudad que pudieran estar atemorizados, se decidió que se establecieran en Eleusis. 403

Hecho esto, Pausanias licenció su ejército, mientras los 39
del Pireo subieron con las armas a la Acrópolis e hicieron un sacrificio a Atenea. Cuando bajaron los estrategos, celebraron una asamblea[53] donde habló Trasibulo: «A vosotros», dijo, «hombres de la ciudad, yo os aconsejo conoceros a vosotros mismos. Pero os conoceríais mucho mejor si os pusierais a pensar con qué fundamento os sentís tan orgullosos como para intentar mandar sobre nosotros. ¿Acaso sois más justos? Pero el pueblo, que es más pobre que vosotros, nunca ha cometido ninguna injusticia contra vosotros por dinero. En cambio vosotros, que sois más ricos que nadie, habéis realizado muchas acciones vergonzosas por aumentar vuestras ganancias. Dado que el criterio de justicia no os atañe para nada, observad si tenéis que enorgulleceros de vuestra valentía. 40
¿Qué mejor criterio para esto habría que el de cómo com- 41
batimos unos contra otros? Y en inteligencia, ¿podríais decir que estáis por delante los que, contando con murallas, armas, dinero y aliados peloponesios, habéis sido superados por quienes no tienen nada de eso? ¿Pensáis entonces que debéis fundar vuestro orgullo en los lacedemonios? ¿Cómo?, ¿en ésos que, a la manera de quienes entregan los perros mordedores después de haberlos atado con una cadena, del mismo modo, tras entregaros a vosotros en manos de este pueblo víctima de vuestras injusticias, se marchan y os dejan? Desde luego, yo no 42
considero lógico que vosotros, amigos, paséis por alto lo

[53] «Celebraron una asamblea» no se encuentra en los manuscritos. Se trata de una conjetura de Cobet generalmente aceptada.

403 que habéis jurado, pero sí que, junto a las demás virtudes, mostréis también que sois dignos de crédito y piadosos». Tras decir esto y otras cosas semejantes, y que no era necesario que se produjeran agitaciones, sino que se hiciera uso de las leyes antiguas, levantó la asamblea.

43 Entonces eligieron magistraturas y organizaron la co-
401 munidad. Tiempo después, cuando oyeron que los de Eleusis habían alquilado mercenarios, hicieron una expedición en masa contra ellos, y a sus estrategos, cuando vinieron a dialogar, los mataron, pero a los demás, tras enviarles a sus amigos y allegados, los convencieron para llegar a acuerdos[54]. Hicieron pactos de que no se guardarían rencor y todavía ahora conviven y el pueblo se mantiene viviendo de acuerdo con los pactos.

[54] Jenofonte se salta entero el año 402/1.

Así terminó el conflicto en Atenas. A continuación, 401
Ciro envió mensajeros a Lacedemonia, según los cuales 1,1
consideraba adecuado que los lacedemonios se comporta-
ran con él del mismo modo que él lo había hecho con los
lacedemonios en su guerra con los atenienses. Los éforos
pensaron que lo que decía era justo y ordenaron a Samio,
entonces navarco, que se pusiera al servicio de Ciro para
lo que solicitara. Aquél entonces ejecutó de buena gana
lo que Ciro solicitó, pues con su flota y la de Ciro na-
vegó hasta Cilicia e hizo que el gobernante de Cilicia,
Siénnesis, no pudiera oponerse por tierra a que Ciro se
dirigiera contra el rey. Sobre cómo Ciro reunió un ejér- 2
cito y con él marchó contra su hermano, cómo se pro-
dujo la batalla en que murió, y cómo después de esto
se pusieron a salvo los griegos en dirección al mar, está
escrito por Temistógenes de Siracusa [1].

Sin embargo, cuando Tisafernes, que se había hecho 3
acreedor de un gran prestigio ante el rey en la guerra 400

[1] Seguramente, pseudónimo del propio Jenofonte como autor de la *Anábasis*.

400 contra su hermano, fue enviado como sátrapa de los que
antes estaban bajo su mando y bajo el de Ciro[2], en se-
guida decidió que todas las ciudades jónicas debían que-
dar sometidas a él. Estas, por un lado, querían ser libres,
pero al mismo tiempo temían a Tisafernes, porque habían
preferido a Ciro, cuando estaba vivo, en vez de aquél.
Por ello, no lo acogieron en sus ciudades. En cambio,
enviaron embajadores a Lacedemonia, pues consideraban
lógico, ya que eran los dirigentes de toda Grecia, que
se ocuparan de ellos, de los griegos de Asia, de modo
que su territorio no fuera devastado y pudieran ser libres.
4 Los lacedemonios les enviaron a Tibrón como harmosta
399 y les dieron soldados de los neodamodes[3] hasta mil, y
de los demás peloponesios hasta cuatro mil. Pidió tam-
bién Tibrón a los atenienses trescientos caballeros, con
la promesa de que les proporcionaría una paga. Estos
los enviaron de entre los que habían formado parte de
la caballería de los Treinta, en la idea de que sería un
beneficio para el pueblo que se marcharan, e incluso que
5 perecieran. Cuando llegaron a Asia, reunió soldados tam-
bién de las ciudades griegas del continente, pues todas
las ciudades entonces obedecían lo que mandara un varón
lacedemonio. Con este ejército, al ver[4] la caballería, Ti-
brón no bajaba a la llanura, pero se sentía satisfecho si
podía vigilar para que no fuera devastado por lo menos
6 este territorio donde justamente se encontraba. Pero cuan-
do los que regresaron vivos de la expedición de Ciro
se unieron a él, entonces también en las llanuras hacía
frente a Tisafernes. Se apoderó de la ciudad de Pérgamo
sin resistencia, y de Teutrania y Haliserna, en las que
gobernaban Eurístenes y Procles, los descendientes de

---

[2] Corresponde a las satrapías de Jonia y Lidia, respectivamente.

[3] Antiguos hilotas que han accedido a un *status* superior y forman parte del *damos/demos*, pero su situación jurídica concreta permanece oscura, salvo en el hecho de estar situados en una escala inferior a los espartiatas.

[4] «Al ver» presenta problemas textuales, por lo que algunos editores y traductores no lo tienen en cuenta: «Con este ejército, Tibrón no desplegó la caballería en la llanura» (Daverio Rocchi).

Demarato el lacedemonio. Este territorio le había sido dado por el rey como regalo, a cambio de su colaboración en la campaña contra Grecia. Se le sumaron también Gorgión y Góngilo, que eran hermanos y tenían el uno Gambrio y Palegambrio, y el otro Mirina y Grineo. También estas ciudades fueron regalo del rey a Góngilo, que había sido el único de los eritreos exiliado por ser partidario de los persas. Había otras que, por ser débiles, 399 7
Tibrón las tomó por la fuerza. A Larisa, la llamada Egipcia [5], como no se sometía, le puso sitio con todo su ejército alrededor. Al ver que no podía tomarla de otra manera, tras horadar un pozo abrió unos conductos con la intención de quitarles el agua. Desde la muralla, con frecuencia salían corriendo y arrojaban a la excavación palos y piedras, por lo que hizo una «tortuga» de madera y la colocó sobre el pozo, pero los lariseos salieron de noche y la quemaron. Como no conseguía nada, los éforos le enviaron la orden de abandonar Larisa y dirigirse contra Caria.

Cuando ya estaba en Efeso, en camino hacia Caria, 8
llegó para ponerse al frente de la expedición Dercílidas, que tenía fama de ser un hombre de mucha inventiva, por la que lo llamaron Sísifo [6]. Tibrón regresó a la patria, donde fue condenado al exilio, pues lo acusaban los aliados de permitir al ejército que saqueara a sus amigos. Dercílidas, una vez que recibió el mando de la expedi- 9
ción, al darse cuenta de que entre Tisafernes y Farnabazo existía una mutua desconfianza, se puso de acuerdo con Tisafernes y llevó el ejército al territorio de Farnabazo, pues prefería hacer la guerra a uno de ellos más que a ambos al mismo tiempo. Dercílidas era además, desde antes, hostil a Farnabazo ya que, cuando fue harmosta en Abido, en la época en que Lisandro era navarco, calum-

[5] Al parecer, Ciro el Grande había establecido allí colonias de veteranos de ese origen.

[6] Fundador legendario de Corinto, famoso por su astucia e ingenio, pero más por el castigo que le impuso Zeus, consistente en subir reiterada e indefinidamente una enorme roca hasta la cumbre de una montaña.

399 niado por Farnabazo, fue obligado a permanecer firme con el escudo, lo que al parecer constituye un deshonor para los lacedemonios virtuosos, pues se trata de un castigo
10 de indisciplina. Por ello se dirigió con mucho más gusto contra Farnabazo. En seguida, tanto se diferenció del modo de mandar de Tibrón que hizo pasar su ejército a través del territorio amigo hasta la Eólide de Farnabazo sin hacer ningún daño a los aliados.

Esta era la Eólide de Farnabazo, que tenía como sátrapa[7] de este territorio, mientras vivió, a Cenis Dardaneo. Cuando murió, víctima de una enfermedad, mientras Farnabazo se disponía a dar a otro la satrapía, Manía, la mujer de Cenis, ella también dardánida, preparó una comitiva y se presentó cargada de regalos, con la intención de dárselos al mismo Farnabazo y de ganarse las simpatías de sus concubinas y de los que más poder tenían
11 cerca de Farnabazo. Al entrar en conversación le dijo: «Farnabazo, mi esposo era amigo tuyo en todo y, además, te entregaba los tributos de tal modo que tú lo alababas y lo honrabas. Si yo puedo servirte exactamente igual que él, ¿por qué va a ser necesario que tú nombres sátrapa a otro? Si no te agrado en algo, en tus manos
12 estará siempre quitarme el cargo y dárselo a él.» Al oír esto, Farnabazo pensó que la mujer debía ser sátrapa. Cuando ella se hizo señora del territorio, le entregaba los mismos tributos que su marido y, cada vez que iba a ver a Farnabazo, le llevaba regalos y, cada vez que él se acercaba a su territorio, lo acogía con mucha más gracia
13 y encanto que todos los gobernadores. Además de que le tenía bien vigiladas las ciudades que había recibido, aportó algunas de la costa, hasta entonces no sometidas, como Larisa, Hamáxito y Colonas, tras lanzarse contra sus murallas con una tropa de mercenarios griegos, y ella misma contemplaba el espectáculo desde un carruaje. Sus elogios iban siempre acompañados de dones, de forma tan generosa que su ejército mercenario llegó a poseer el más

[7] Aquí con un valor más restringido, pues se refiere a un territorio dentro de la satrapía de Farnabazo.

brillante equipamiento. Combatía junto con Farnabazo es- 399
pecialmente cuando se dirigía contra los misios y pisidios, porque se dedicaban a devastar el territorio del rey, de modo que Farnabazo la honraba a su vez con gran generosidad y en ocasiones le pedía consejo. Cuando ya 14
tenía más de cuarenta años, Midias, que era marido de su hija, azuzado por algunos con la idea de que era vergonzoso que gobernase una mujer y él permaneciera en la vida privada, habida cuenta de que ella se cuidaba mucho de los demás, como convenía en una tiranía, pero en él confiaba y lo amaba como una mujer ama a su yerno, se dice que entró a verla y la ahogó. Mató también a su hijo, que era hermoso de aspecto y tenía unos diecisiete años. Después de hacer esto, retuvo las ciuda- 15
des fortificadas de Escepsis y Gergis, donde Manía tenía la mayor parte de sus riquezas, pero las demás ciudades no cedieron, sino que las salvaron para Farnabazo las guarniciones que había en ellas. A continuación, Midias envió regalos a Farnabazo con el mensaje de que, según su opinión, debía de poseer el territorio en las mismas condiciones que Manía. Le contestó que los guardara hasta que viniera a recoger los regalos con él incluido, pues decía que no quería vivir sin haber vengado a Manía.

En esta oportunidad llegó Dercílidas e inmediatamen- 16
te, en un solo día, tomó sin resistencia Larisa, Hamáxito y Colonas, las ciudades costeras. Notificó también a las ciudades eolias su consideración de que debían ser libres, así como acogerlo dentro de las murallas y hacerse aliados. Los neandreos, ilieos y cocilitas aceptaron, pues las guarniciones griegas que había entre ellos, desde que murió Manía, no eran muy bien tratadas. En cambio, el que se encargaba de la vigilancia de Cebrén, territorio muy protegido, 17
consideró que, si tenía la ciudad bien vigilada para Farnabazo, recibiría honores de parte de éste, por lo que no acogió a Dercílidas, que, irritado, se preparó para atacarla. Como, en el momento de hacer los sacrificios, los presagios no le fueron favorables el primer día, volvió a hacer sacrificios el segundo y, como tampoco entonces fueron favorables los auspicios, los repitió el tercero. Has-

399 ta cuatro días estuvo insistiendo en el sacrificio, con muy
mal humor, pues tenía prisa por hacerse dueño de toda
18 la Eólide antes de que acudiera Farnabazo. Un tal Até-
nadas, capitán sicionio, que consideraba que Dercílidas
dejaba pasar el tiempo frívolamente, mientras él era capaz
de privar del agua a los cebrenios, acudió a la carrera
con su tropa e intentó obstruir la fuente. Pero los de
dentro salieron a su encuentro, lo hirieron, mataron a dos
y a los demás los hicieron retroceder con golpes y dispa-
ros. Dercílidas se irritó, en la idea de que el ataque sería
ahora menos animoso, pero entretanto salieron de la mu-
ralla de parte de los griegos unos heraldos, a decirle que
no les complacía el modo de obrar de su jefe, y que ellos
querían estar con los griegos más que con el bárbaro.
19 Mientras todavía estaban hablando de esto, vino uno de
parte de su jefe para exponer que cuanto decían los de
antes también a él le parecía bien. Dercílidas, inmediata-
mente, como por fin había recibido vaticinios favorables
en ese día, tras tomar las armas, se puso en marcha hacia
las puertas. Los otros se las abrieron para acogerlo. Des-
pués de establecer también allí guarniciones, al punto
marchó a Escepsis y Gergis.
20 Midias, que mientras esperaba a Farnabazo ya empe-
zaba a tener miedo de los ciudadanos, envió un mensaje
a Dercílidas, según el cual entraría en conversaciones si
recibía rehenes. Este le envió uno de cada ciudad de los
aliados para que de ellos seleccionara cuantos quisiera.
Tras coger a diez salió a reunirse con Dercílidas y le
preguntó con qué condiciones podría llegar a ser su alia-
do. El le contestó que con la de que dejara a los ciuda-
21 danos libres y autónomos. Y nada más decir esto marchó
hacia Escepsis. Midias comprendió que no podría impe-
dírselo en contra de los ciudadanos, y lo dejó entrar.
Dercílidas, después de hacer un sacrificio en la acrópolis
de Escepsis, echó las guarniciones de Midias, entregó la
ciudad a los ciudadanos y les aconsejó que se gobernaran
como era propio de hombres griegos y libres, tras de lo
cual se marchó en dirección a Gergis. Lo escoltaban mu-
chos de los escepsios, al tiempo que le rendían honores

y se congratulaban por lo sucedido. Midias lo acompaña- 399
ba, y aprovechaba para pedirle que le entregara la ciu- 22
dad de los gergitios. Pero Dercílidas le decía que no de-
jaría de obtener nada de lo que en justicia le correspon-
diera. Mientras así hablaba, se dirigía hacia las puertas
junto con Midias y el ejército lo seguía pacíficamente, en
fila de a dos.

Los que estaban en las torres, que eran muy altas, al
ver a Midias con él no dispararon. Dercílidas dijo: «Or-
dena, Midias, que abran las puertas, para que tú me guíes
y yo contigo vaya al templo a hacer un sacrificio a Ate-
nea.» Midias se mostraba reticente para abrir las puertas
pero, como temía que lo fuera a prender inmediatamente,
mandó que las abrieran. Cuando entró, se dirigió con 23
Midias hacia la acrópolis. A los demás soldados les orde-
nó que se colocaran en armas alrededor de las murallas,
y él con los de su escolta hizo un sacrificio a Atenea. Una
vez hecho el sacrificio, dijo que también los lanceros de
Midias se colocaran con sus armas en la vanguardia de
su ejército, y se transformaran en sus mercenarios, pues
Midias ya no tenía nada que temer. Entonces, Midias, 24
sin saber qué hacer, dijo: «Me retiro para prepararte
unos obsequios de hospitalidad», pero él contestó: «No,
por Zeus; sería vergonzoso que yo, después de haber
hecho los sacrificios, recibiera de ti honores de hospitali-
dad y no te los rindiera yo a ti. Quédate con nosotros.
En tanto se prepara la cena nos dedicaremos a examinar
qué tipo de relaciones puede crearse con justicia entre
ambos.»

Cuando se hubieron sentado, preguntó Dercílidas: 25
«Dime, Midias, ¿tu padre te dejó como jefe de la casa?»
«Desde luego», contestó. «¿Y cuántas casas eran?, ¿cuán-
tas tierras?, ¿cuántos pastos?» Cuando él hacía la enu-
meración, los escepsios presentes dijeron: «Este te está
engañando, Dercílidas.» «Vosotros», dijo, «no seáis de- 26
masiado escrupulosos.» Cuando hubo hecho el registro
de su patrimonio, volvió a tomar la palabra: «Dime, y
Manía, ¿de quién era?» Todos dijeron que de Farnabazo.
«Y sus propiedades», dijo, «¿también eran de Farnaba-

399 zo?» «Desde luego», contestaron. «Podrían ser nuestras», dijo, «dado que salimos vencedores, pues Farnabazo es nuestro enemigo. Que alguien me conduzca a donde están
27 los bienes de Manía y de Farnabazo». Cuando los demás lo condujeron a casa de Manía, que la había heredado Midias, éste los acompañó. Desde que entró, Dercílidas llamó a los administradores, dijo a los servidores que los prendieran y les advirtió que si los cogían robando alguno de los bienes de Manía, inmediatamente serían degollados. Ellos se los mostraron. Después de verlo todo, lo
28 encerró, puso un sello y fijó unos guardianes. Cuando salió, a los comandantes y capitanes que encontró en las puertas les dijo: «Soldados, hemos conseguido un salario para el ejército por cerca de un año para ocho mil hombres. Si conseguimos algo más, se añadirá también.» Habló así porque sabía que al oírlo se harían mucho más disciplinados y serviciales. Cuando Midias le preguntó: «¿Dónde tengo yo que vivir, Dercílidas?», contestó: «Donde es muy justo que vivas, Midias, en tu propia patria, Escepsis, y en la casa paterna.»

2,1 Dercílidas, después de haber hecho esto y de haber tomado en ocho días nueve ciudades, pensó cómo podría vivir en territorio amigo sin ser, como Tibrón, gravoso para los aliados y, sobre todo, sin que Farnabazo, con la sensación de superioridad que le daba la caballería, se dedicara a atropellar a las ciudades griegas. En consecuencia, mandó a preguntarle si prefería la paz o la guerra. Entonces, Farnabazo, como pensaba que la Eólide se había convertido en una fortificación erigida contra su propia residencia, Frigia, optó por los pactos.

2 Hecho esto, Dercílidas se marchó a Tracia de Bitinia [8] y allí invernó, lo que desde luego no molestó a Farnabazo, pues muchas veces los bitinios se dedicaban a hacerle la guerra. Dercílidas pasaba el tiempo sin dificultades de ningún tipo, entregado al saqueo de Bitinia y con abundantes provisiones, hasta que se le presentaron desde el

[8] La zona de Bitinia situada entre el Bosforo y Heraclea Póntica.

otro lado, como aliados de parte de Seutes, unos doscien- 399
tos jinetes y como trescientos peltastas de los odrisas, que, después de haber acampado a unos veinte estadios del campamento griego y de haberse rodeado de una empalizada, pidieron a Dercílidas algunos de los hoplitas para que les vigilaran el campamento, mientras salían a hacer rapiña, y cogieron muchos esclavos y objetos de valor. Una vez que ya tenían el campamento lleno con abun- 3
dantes prisioneros, los bitinios, que se habían puesto a observar cuántos salían y cuántos griegos habían dejado como vigilantes, reunidos muchos peltastas y jinetes, al amanecer se lanzaron sobre los hoplitas, que eran como doscientos. Cuando estuvieron cerca, se pusieron a disparar contra ellos con flechas o con jabalinas. En el momento en que empezaron a caer heridos o muertos, recluidos en su empalizada, que era como de la altura de un hombre, no estaban en condiciones de hacer nada, por lo que se dedicaron a arrancar su propia fortificación para poder hacerles frente. Pero, si salían por un sitio, los otros se retiraban, pues, como peltastas, escapaban fácilmente a los hoplitas y, en cambio, les disparaban jabalinas por uno y otro lado y derribaban a muchos de ellos en cada salida. Finalmente, como encerrados en un establo, fueron acribillados con las jabalinas. Consiguieron salvarse en torno a los quince en el campameno griego, y éstos porque, tan pronto como se dieron cuenta de la situación, se retiraron y escaparon en medio de la batalla sin que los bitinios se inquietaran. Los bitinios, inmediatamente después de haber hecho esto y de haber matado también a los guardianes de las tiendas de los odrisas tracios, recogieron a todos los prisioneros y se marcharon, de modo que los griegos, al enterarse, no encontraron a su llegada nada más que cadáveres desnudos en el campamento. Cuando por fin regresaron los odrisas, tras enterrar a los suyos, beber mucho vino en su honor y hacer una carrera de caballos, acamparon junto con los griegos y se dedicaron el resto del tiempo a devastar e incendiar la Bitinia.

398 Al llegar la primavera, Dercílidas se marchó de Bitinia
6 y se dirigió hacia Lámpsaco. Mientras estaba allí, llegaron
de parte de las autoridades de la patria Araco, Náubates
y Antístenes, que vinieron a inspeccionar cómo estaban
todos los asuntos de Asia y especialmente a comunicar a
Dercílidas que permanecía en el mando también el año
siguiente, que los éforos les habían ordenado a ellos mis-
mos reunir a los soldados para decirles que tenían quejas
de lo que antes habían hecho, pero que ahora los alababan
porque ya no cometían ninguna infracción y, con respecto
al tiempo que quedaba, para advertirles que, si reincidían,
no se lo iban a dejar pasar, pero que si observaban un
comportamiento justo con los aliados, los felicitarían pú-
7 blicamente. Cuando, tras haber convocado a los soldados,
hubieron dicho esto, el jefe de los cireos [9] contestó: «La-
cedemonios, nosotros somos los mismos ahora y antes.
El jefe, en cambio, es uno ahora y otro en el pasado. La
responsabilidad de que ahora no cometamos errores y en-
tonces sí, vosotros mismos estáis en disposición de co-
nocerla.»

8 Uno de los de Araco, mientras convivían en la misma
tienda los embajadores de la patria y Dercílidas, recordó
que había dejado en Lacedemonia a unos embajadores de
los quersonesitas. Según dijeron, éstos declaraban que aho-
ra no podían trabajar la tierra del Quersoneso, pues eran
víctimas del pillaje de los tracios, pero que, si se pudiera
hacer una muralla de mar a mar, les sería posible traba-
jar una tierra abundante y buena a ellos y a cuantos lace-
demonios quisieran, de donde concluyeron que no se sor-
prenderían si se les enviaba desde la ciudad a uno de los
9 lacedemonios con un ejército para hacerlo. Dercílidas,
desde luego, no les dijo a ellos cuál era el propósito que
había concebido como consecuencia de haberlos escucha-
do, sino que los envió a Efeso a través de las ciudades
griegas, satisfecho porque iban a observar que vivían fe-
lices en la paz. Mientras se ponían en camino, Dercílidas,
consciente ya de que iba a quedarse, de nuevo envió em-

[9] Puede ser Jenofonte mismo.

bajadores a Farnabazo a preguntarle si prefería conservar la tregua como durante el invierno o hacer la guerra. Como Farnabazo también esta vez optó por la tregua, y así quedaban en paz las ciudades amigas que le estaban próximas [10], atravesó el Helesponto con su ejército hacia Europa y, después de pasar el territorio amigo de Tracia y de recibir la hospitalidad de Seutes, llegó al Quersoneso. Cuando constató que tenía once o doce ciudades, y 398 10
que su territorio era fértil y de excelente calidad, pero que estaba asolado, como se decía, por los tracios, después de medirlo y encontrar que el istmo era de treinta y siete estadios, sin entretenerse más, hizo los sacrificios y se puso a construir la muralla, tras distribuir la zona por partes entre los soldados. Prometió que daría premios a los primeros que hicieran la fortificación, y a los demás según los méritos de cada uno, con lo que, antes del otoño, terminó la muralla que había comenzado en la primavera. Dejó dentro de la muralla once ciudades, muchos puertos, abundantes y excelentes sembrados, abundantes plantaciones, numerosos y hermosísimos pastos para ganados de todas clases. Después de hacer esto, pasó de nuevo 11
a Asia.

Una vez, mientras inspeccionaba las ciudades, vio que en líneas generales se encontraban perfectamente, pero descubrió que Atarnes, lugar fortificado, estaba ocupado por exiliados de Quíos, que desde allí hacían incursiones y devastaban la Jonia y que de eso vivían. Cuando se enteró de que tenían mucho trigo dentro, los rodeó con su ejército y les puso sitio. En ocho meses los sometió, puso como gobernador a Draconte Peleneo, preparó en el territorio todo lo necesario en cantidad abundante para poder tener reposo cada vez que viniera y se marchó a Efeso, que dista de Sardes un camino de tres días [11].

---

[10] En este párrafo existen varios problemas textuales. Algunos editores excluyen (Brownson) o ponen en duda (Hatzfeld) la palabra «amigas». En lugar de «próximas a él», Cobet sugiere la forma neutra del pronombre, que recoge Brownson: «de aquella región».

[11] Desde «que dista...», está colocado entre corchetes por Hatzfeld, como información sin interés.

397 Hasta este momento vivían en paz Tisafernes y Dercí-
12 lidas, los griegos de la zona y los bárbaros, cuando de
repente llegaron a Lacedemonia embajadores de las ciu-
dades jónicas para poner en su conocimiento que estaría
en manos de Tisafernes, si quisiera, dejar autónomas las
ciudades griegas y que, desde luego, si le ocurría algo
malo a Caria, donde estaba la casa de Tisafernes, creían,
según dijeron, que él rápidamente accedería a dejarlos
autónomos. Nada más escuchar esto, los éforos enviaron
un mensaje a Dercílidas con la orden de que pasara con
su ejército a Caria y que el navarco Fárax se quedara
13 costeando con las naves. Ellos así lo hicieron. Pero ocu-
rrió que, en este tiempo, Farnabazo había ido a ver a Ti-
safernes, por una parte, porque Tisafernes había sido
nombrado general en jefe y, por otra parte, para testimo-
niarle que estaba dispuesto a hacer la guerra en común,
a formar alianza y a que expulsaran juntos a los griegos
del territorio del rey. Por lo demás, en el fondo sentía
envidia de Tisafernes a causa de su nuevo cargo y sopor-
taba mal el haberse visto privado de la Eólide. Al escu-
charlo, dijo: «En primer lugar, antes que nada, pasa con-
migo a Caria, y luego trataremos de esos asuntos.»
14 Una vez allí, decidieron que colocarían la vigilancia ne-
cesaria para las fortificaciones y pasarían de nuevo a Jo-
nia. Cuando Dercílidas escuchó la noticia de que había
atravesado otra vez el Meandro, después de exponer a
Fárax sus temores de que Tisafernes y Farnabazo se lan-
zaran sobre un territorio que estaba desprotegido y lo
arrasaran, también él lo atravesó. Mientras avanzaban con
su ejército sin guardar ningún orden, en la creencia de
que los enemigos se les habían adelantado hacia la Efesia,
de repente vieron del otro lado vigías sobre los túmulos.
15 A su vez se subieron en los túmulos cercanos a ellos y en
algunas torres y observaron que estaban alineados en su
camino los carios de blancos escudos, todo el ejército per-
sa que estaba allí presente, el contingente griego que cada
uno de ellos tenía y muchísima caballería, la de Tisafer-
nes en el ala derecha y la de Farnabazo en la izquierda.
16 Cuando Dercílidas se dio cuenta de eso, a los comandan-

tes y a los capitanes les dijo que se ordenaran lo más rá- 397
pidamente posible en fila de a ocho, que los pestastas se
colocaran en los extremos a uno y otro lado, lo mismo
que los jinetes, todos los que tenían sin distinción, y él
se puso a hacer un sacrificio. Todo el ejército procedente 17
del Peloponeso se mantenía a la expectativa y se prepa-
raba para combatir. Pero los de Priene, de Aquileo y de
las islas y ciudades jónicas, unos dejaron las armas en me-
dio del trigo y huyeron, pues estaba alto el trigo en la
llanura del Meandro, pero los que se quedaron, estaba
claro que no iban a aguantar. Según las noticias que lle- 18
gaban, Farnabazo pretendía iniciar el combate, pero Tisa-
fernes tenía en la mente el ejército de Ciro que había
conocido cuando guerreó contra él y pensaba que todos
los griegos eran iguales, por lo que no estaba dispuesto
a combatir, sino que envió un mensaje a Dercílidas para
decirle que quería llegar a tratos con él. Dercílidas tomó
a los de aspecto más fuerte entre los jinetes e infantes
que lo acompañaban, se adelantó hacia los mensajeros y
dijo: «Pero yo ya me había preparado para combatir,
como véis. Sin embargo, ya que él quiere que lleguemos
a un trato, no me voy a oponer. Ahora bien, si hay que
hacerlo, habrá que dar y recibir fianzas y rehenes.» Cuan- 19
do así lo hubieron decidido y puesto en práctica, los ejér-
citos se retiraron, el bárbaro hacia Trales de Caria, el grie-
go hacia Leucofris, donde había un templo de Artemis
muy venerado y un lago de más de un estadio, muy are-
noso, de agua potable y cálida en constante crecimiento.
Así se actuó entonces. Al día siguiente llegaron al lugar
convenido y decidieron informarse mutuamente de las
condiciones para poder hacer la paz. La de Dercílidas 20
consistía en que el rey dejara autónomas las ciudades grie-
gas, las de Tisafernes y Farnabazo en que se fuera el ejér-
cito griego del territorio y los harmostas lacedemonios
de las ciudades. Dicho esto, se hicieron los pactos, hasta
que se anunciaran las condiciones por parte de Dercílidas
en Lacedemonia, por parte de Tisafernes al rey.

Mientras estas actividades tenían lugar en Asia por par- 21
te de Dercílidas, los lacedemonios, en la misma época, 399

399 llevaban ya tiempo irritados con los eleos porque habían
hecho una alianza con los atenienses, los argivos y los
mantineos y porque, con el pretexto de que estaban ha-
ciéndoles cumplir una condena, no los dejaban participar
en la competición hípica ni gimnástica, y no sólo les es-
taba vedado esto, sino que, además, en una ocasión en
que Licas había puesto su carro a disposición de los teba-
nos, como fueron proclamados vencedores, cuando entró
Licas para coronar al auriga, aunque era viejo, lo azotaron
22 y lo expulsaron. Después de esto, una vez que vino Agis
a hacer un sacrificio a Zeus en cumplimiento de un orácu-
lo, le impidieron los eleos que solicitara la victoria en la
guerra, diciendo que desde antiguo era la norma que los
griegos no hicieran consulta en sus guerras contra grie-
23 gos. Y así tuvo que marcharse sin hacer sacrificios. Irri-
tados por todo esto, decidieron los éforos y la asamblea
darles una lección. Enviaron embajadores a Elide a decir
que a las autoridades de los lacedemonios les parecía justo
que ellos dejaran autónomas las ciudades vecinas. Al res-
ponder los eleos que no lo harían, pues tenían las ciu-
dades por derecho de guerra, los éforos decretaron una
movilización. Agis, al mando del ejército, se lanzó a tra-
24 vés de Acaya contra Elea a lo largo del Lariso. Entonces,
justamente cuando estaba el ejército en zona enemiga y
el territorio devastado, sobrevino un terremoto. Agis pen-
só que era una señal divina, por lo que salió de nuevo
del territorio y disolvió el ejército. A consecuencia de
esto, los eleos estaban mucho más animosos y enviaron
embajadores a todas las ciudades que, según sus conoci-
25 mientos, eran hostiles a los lacedemonios. Con el paso del
año [12], los éforos decretaron de nuevo una movilización
contra Elide, y se unieron a Agis, salvo los beocios y co-
rintios, todos los demás aliados, incluidos los atenienses.
Mientras Agis se lanzaba a través de Aulón, en seguida
los lepreatas se separaron de los eleos y se unieron a él,

12 «En el transcurso del año», según Brownson, o sea, dentro del mismo 399. Para Hatzfeld, en cambio: «Al cabo de un año», y correspondería al 399, pero la campaña anterior habría tenido lugar en el año 400.

luego los macisteos y a continuación los epitalieos. Al pa- 399
sar el río, se le unieron los letrinos, los anfídolos y los
marganeos. Cuando llegó a Olimpia, hizo un sacrificio a 26
Zeus Olímpico, pues ya nadie se atrevía a impedírselo. 398
Tras hacer el sacrificio, se dirigió a la ciudad, al tiempo
que devastaba y quemaba el campo, y tomaba muchísimos
rebaños y muchísimos esclavos del territorio, de modo
que, al oírlo, otros muchos de los arcadios y de los aqueos
fueron a unírsele con su ejército voluntariamente y toma-
ron parte de la rapiña. Esta expedición llegó a ser como
una acción de aprovisionamiento para el Peloponeso.
Cuando llegó a la ciudad, los suburbios y los gimnasios, 27
que eran hermosos, quedaban destruidos, mientras la ciu-
dad (pues estaba desguarnecida) se ha pensado que no la
tomó porque no quiso, y no porque no pudiera. Al tiem-
po que se devastaba el territorio y mientras el ejército
estaba cerca de Cilene, los de Jenias, de quienes se decía
que tenían que medir con un medimno[13] el dinero de su
padre, deseosos de unirse por ellos[14] a los lacedemonios,
salen de una casa con puñales y se ponen a hacer una
matanza, y entre los que mataron había uno semejante a
Trasideo, el dirigente del pueblo, por lo que pensaron
que habían matado a Trasideo, de modo que, así como
el pueblo se desanimó y permaneció a la expectativa, los 28
asesinos pensaban que todo estaba hecho y los que com-
partían sus ideas salieron en armas al agora. Pero Trasi-
deo todavía dormía, precisamente en el mismo sitio en
que se había emborrachado. Cuando el pueblo se enteró
de que Trasideo no había muerto, su casa se vio rodeada
por todas partes, como la reina por un enjambre de abe-
jas. Una vez que Trasideo se puso al frente tras reunir 29
al pueblo, hubo una batalla en que venció el pueblo, y
tuvieron que precipitarse en brazos de los lacedemonios

---

[13] Medida de capacidad equivalente a algo más de cincuenta litros.

[14] «Por ellos» plantea dificultades que hacen que algunos editores se limiten a señalar en el texto la posible corrupción, pero otros siguen la hipótesis de Lowenklaü que suponía «la ciudad»: «de que la ciudad se uniera a los lacedemonios a través de ellos».

398 los que se habían dedicado a hacer la matanza. Cuando
Agis se marchó y atravesó de nuevo el Alfeo, después de
dejar guarniciones en Epitalio cerca del Alfeo, a Lisipo
como harmosta y con él a los exiliados de Elide, disolvió
la expedición y él volvió a casa.
30 El resto del verano y el invierno siguiente, Lisipo y los
397 suyos se dedicaron a devastar el territorio de los eleos.
Al otro verano[15]. Trasideo envió un mensaje a Lacede-
monia en que aceptaba arrasar la muralla de Fea y Cile-
ne[16]. dejar las ciudades trifílidas, Erixa y Epitalio, y a
los letrinos, anfídolos y marganeos y, además de éstos,
a los acrorios y Lasión, la que era disputada por los arca-
dios. Los eleos consideraban justo quedarse con Epeo, la
ciudad que está entre Herea y Macisto, pues dijeron que
habían comprado todo el territorio por treinta talentos a
los que entonces ocupaban la ciudad, y que habían entre-
31 gado todo el dinero. Pero los lacedemonios, como pen-
saban que coger algo de los vencidos de ningún modo era
más justo si se compraba a la fuerza que si se quitaba
por la fuerza, los obligaron a dejar también ésta. En cam-
bio, de estar al frente del templo de Zeus Olímpico, aun-
que no era de los eleos de antiguo, no los privaron, en
la idea de que los que lo pretendían eran campesinos y
no iban a ser capaces de estar al frente[17]. Cuando se
aceptaron tales condiciones, nació la paz y una alianza
entre los eleos y los lacedemonios. Y así terminó la gue-
rra de los lacedemonios y los eleos.
3,1 Más tarde, Agis, después de haber ido a Delfos a ofre-
cer en sacrificio el diezmo, al volver, en Herea, ya viejo,
cayó enfermo. Aunque lo llevaron a Lacedemonia todavía
vivo, allí en seguida murió y recibió una sepultura más
venerable de lo que es propio de los hombres. Una vez
que hubieron pasado los días adecuados para la purifica-

---

15 Para Hatzfeld, éste es el verano correspondiente al año 398.

16 El genitivo de Cilene responde a una enmienda de O. Müller. Según los manuscritos, sería un acusativo: «dejar Cilene y las ciudades...», lectura aceptada por Hatzfeld.

17 Se trata de los pisatas, que habían controlado el santuario hasta el año 580.

ción y se hizo necesario nombrar un nuevo rey, compitieron por la realeza Leotíquidas, que alegaba que era hijo 397
de Agis, y Agesilao como hermano. Leotíquidas dijo: 2
«Pero la ley, Agesilao, no ordena que reine el hermano del rey, sino su hijo. Si no hubiera hijo, entonces reinaría su hermano.»

«Tendría que reinar yo.»

«¿Cómo, si estoy yo?»

«Porque el mismo al que tú llamas padre dijo que tú no eras suyo.»

«Pero sí mi madre, que lo sabía mucho mejor que él, y todavía ahora lo afirma.»

«Sin embargo, Posidón ha puesto de manifiesto que tú estás completamente engañado, en el momento en que durante un seísmo expulsó a tu padre del tálamo a la vista de todos. Tuvo a su favor al testigo que se considera más verídico, el tiempo. Pues, a partir del momento en que te engendró y fue descubierto en el tálamo [18], al décimo [19] mes naciste.»

Tales cosas decían. Diopites, notable intérprete de 3
oráculos, que hablaba en favor de Leotíquidas, dijo que, según un oráculo de Apolo, había que guardarse de la realeza coja. Lisandro, en favor de Agesilao, le replicó que no pensaba que el dios ordenara guardarse de esto, de que no fuera cojo el rey por haberse herido en un pie, sino más bien de que no reinara alguien que no perteneciera al linaje, pues la realeza estaría enteramente coja cuando no dirigieran la ciudad los descendientes de Heracles. Después de escuchar tales palabras, la ciudad eligió 4
rey de entre ambos a Agesilao.

Cuando Agesilao todavía no había pasado un año en la realeza, mientras hacía uno de los sacrificios preceptivos en favor de la ciudad, el adivino dijo que los dioses mostraban una conspiración de las más terribles. Al hacer de nuevo el sacrificio, afirmó que los signos se mostra-

---

[18] De acuerdo con un manuscrito aislado, cabe la lectura: «desde que fue expulsado del tálamo». En una interpretación mixta, Hatzfeld lee: «desde que lo vieron salir del tálamo».

[19] Método inclusivo, empleado con ordinales: a los nueve meses.

397 ban todavía más terribles. Sacrificó entonces por tercera vez y explicó: «Agesilao, como si estuviéramos entre los mismos enemigos, así son las señales que me hacen.» En consecuencia, hicieron sacrificios a los tutelares y a los salvadores y no cesaron hasta que con dificultad consiguieron presagios favorables. Dentro de los cinco días siguientes a la terminación del sacrificio, hubo alguien que denunció ante los éforos una conspiración y a Cinadón
5 como iniciador de la misma. Esta era de aspecto juvenil y fuerte de espíritu, pero no de los «iguales»[20]

Al preguntarle los éforos cómo decía que se iba a poner en práctica, dijo el denunciante que Cinadón lo había llevado al extremo del ágora y le había propuesto que contara cuántos espartiatas había en ella. «Y yo», explicó, «tras contar al rey, a los éforos, a las ancianos[21] y como a otros cuarenta, le pregunté: ¿Por qué me has dicho que los cuente, Cinadón?, y él contestó: Date cuenta de que éstos son tus enemigos, y todos los demás que están en el ágora, más de cuatro mil, son aliados». Añadió que él explicaba cómo en las calles se encontraban aquí uno, allá dos enemigos, y que todos los demás eran aliados. De cuantos había en las fincas de los espartiatas, el único enemigo era el dueño, y en cada una había mu-
6 chos aliados. Al preguntarle los éforos cuántos decía que conocían el plan, acerca de esto afirmó que, según él, no eran muchos los que podían estar en contacto con ellos, los organizadores, pero sí los que eran dignos de confianza. En cambio ellos, decían, estaban en contacto con todos, hilotas y neodamodes, los «inferiores» y los periecos. Pues en cualquier momento en que entre éstos surgía

[20] En Esparta, éste era el modo de denominar a los espartiatas, que disfrutaban plenamente de los derechos de ciudadanía en todas sus facetas, y cuyo número tendía a reducirse a causa de las guerras y de las especiales condiciones sociales, económicas y legales de la ciudad.

[21] El término *gérontes* tiene un contenido institucional y socioeconómico más que puramente generacional. Eran los que formaban la *gerousia,* que se había convertido en órgano aristocrático, aunque seguía siendo preciso el haber superado la edad militar que llegaba hasta los sesenta años (cuarenta años de servicio).

alguna voz acerca de los espartiatas, nadie podía ocultar 397
que no le sería desagradable incluso comérselos crudos.
Cuando le preguntaron de dónde habían dicho que obten- 7
drían las armas, contestó que «los que ya estamos en filas
ya tenemos armas», y con respecto a la multitud, lo llevó
al mercado del hierro y dijo que le había mostrado mu-
chas espadas, muchos puñales, muchos cuchillos, muchas
hachas y de varios tipos, muchas hoces. Según contó, le
había explicado que todo esto eran armas para cuantos
hombres trabajaban la tierra, la madera y las piedras, y
que la mayoría de las demás técnicas pueden considerar
que sus instrumentos son armas, suficientes en cualquier
circunstancia, pero especialmente contra hombres desar-
mados. Cuando de nuevo se le preguntó en cuánto tiempo
iba a poner esto en práctica, dijo que ya se le había dado
el aviso de que estuviera presente en la ciudad.

Los éforos pensaron que lo que habían oído contar res- 8
pondía a algo cuidadosamente preparado y se quedaron
estupefactos, por lo que ni siquiera convocaron la llamada
pequeña asamblea[22], sino que, por el contrario, después
de convocar a los ancianos cada uno por su cuenta, deci-
dieron enviar a Cinadón a Aulón con otros jóvenes y or-
denarle que trajera al volver a algunos de los aulonitas
y de los hilotas, los inscritos en la escítala[23]. Le ordena-
ron también traer a cierta mujer que allí tenía fama de
ser la más hermosa y de corromper a los lacedemonios
que llegaban, tanto viejos como jóvenes. Cinadón había 9
hecho ya otros servicios tales a los éforos, por lo que

---

22 Organo cuya naturaleza sigue siendo objeto de discusión, debido a que ésta es la única referencia existente. Parecería mayor que la *gerousia* pero más restringida que la *apella,* en la que participaban todos los espartiatas. No está claro ni cuáles son los criterios electivos ni si tenía carácter excepcional o se reunía de modo periódico.

23 La comunicación secreta entre las autoridades, cuando una de ellas está fuera de la ciudad, se lleva a cabo por medio de un sistema consistente en la posesión de dos bastones exactamente iguales. El remitente envuelve un papiro en uno de ellos para escribir el mensaje, que sólo podrá leerse cuando se vuelva a enrollar en torno al otro bastón.

397 también le dieron la escítala, en la que estaban escritos
los que había que prender. Cuando preguntó qué jóvenes
debía llevar consigo, le dijeron: «Ve, y di al más anciano
de los hipágretas[24] que envíe contigo a seis o siete de
los que están presentes.»

Se habían preocupado de que el hipágreta supiera a
quiénes había que enviar y de que los enviados también
supieran que había que apresar a Cinadón. Dijeron a Ci-
nadón que enviarían tres carros, para no traer a pie a
los apresados, con lo que guardaban en secreto lo mejor
10 que podían que todos iban sólo contra él. No lo apresa-
ron en la ciudad porque no sabían cuál era la magnitud
del proyecto, y querían primero escuchar de boca de Ci-
nadón quiénes eran sus colaboradores, antes de que se
enteraran de que los había denunciado, para que no pu-
dieran huir. Los que lo prendieron iban a retenerlo y,
al conocer a sus confabulados, los anotarían y lo notifi-
carían rápidamente a los éforos. En tal situación estaban
los éforos con respecto al asunto que enviaron un regi-
11 miento de caballería en apoyo de los de Aulón. Cuando,
cogido el hombre, vino un caballero con los nombres de
los que Cinadón había registrado, inmediatamente cogie-
ron al adivino Tisámeno y a los otros más importantes.
Una vez que trajeron a Cinadón y le hicieron las acusa-
ciones, estuvo de acuerdo en todo y mencionó a los con-
fabulados. Finalmente, a la pregunta de qué pretendía
hacer con esto, contestó que no ser menos que nadie en
Lacedemonia. Así pues, con las manos encadenadas y con
un collar en el cuello, azotado y aguijoneado, él y los su-
yos fueron llevados por la ciudad. Así recibieron su
castigo.

4,1 Después de esto, Herodas, un siracusano que estaba
396 en Fenicia con un armador, al ver las trieres fenicias que
arribaban desde otro sitio, o se encontraban allí ya dota-
das, o bien, finalmente, estaban todavía preparándose, y
al escuchar además que tendrían que llegar a ser trescien-

[24] Tres magistrados, al mando de los trescientos caballeros que formaban la guardia real.

tas, se embarcó en el primer navío que salía hacia Grecia 396
y dio la noticia a los lacedemonios como si fueran el rey y Tisafernes quienes estaban preparando esta expedición, pero dijo que no sabía en absoluto hacia dónde. Cuando 2
los lacedemonios, vivamente excitados, reunieron a los aliados y se pusieron a deliberar acerca de lo que había que hacer, Lisandro, como consideraba que los griegos eran muy superiores en la flota y hacía sus cálculos con respecto a la infantería sobre las condiciones en que se había salvado la que marchó con Ciro, convenció a Agesilao para que se encargara de hacer una expedición a Asia con la condición de que le dieran treinta espartiatas, hasta dos mil neodamodes y seis mil del contingente de los aliados. Más allá de este cálculo, también deseaba acompañarlo para restaurar de nuevo, de acuerdo con Agesilao, las decarquías que habían sido establecidas por él en las ciudades y expulsadas por la intervención de los éforos, los cuales habían proclamado las constituciones patrias. Al asumir Agesilao la responsabilidad de la expe- 3
dición, los lacedemonios le concedieron cuanto había pedido y trigo para seis meses. Cuando partió, después de haber hecho todos los sacrificios necesarios, entre otros los propios para emprender el paso de la frontera[25], envió mensajeros a las ciudades para decirles cuántos tenían que proporcionar de cada sitio y dónde habían de presentarse. Mientras tanto, él quiso ir a hacer un sacrificio en Aulis, donde había sacrificado Agamenón cuando zarpó hacia Troya. Una vez allí, al enterarse los beotarcos[26] de 4
que estaba haciendo sacrificios, enviaron jinetes para decirle que no siguiera sacrificando, y arrojaron del altar las víctimas que ya estaban consagradas. Por su parte, puso por testigos a los dioses y montó en cólera, subió a la triere y zarpó. Cuando llegó a Gerasto y hubo reuni-

[25] Sacrificios ofrecidos a Zeus y Atenea antes de cruzar la frontera de Lacedemonia.

[26] Magistrados de la confederación beocia, elegidos anualmente por cada una de las ciudades que la formaban. Tebas era la única ciudad que elegía dos beotarcos.

396 do allí un ejército lo más numeroso que pudo, emprendió la navegación hacia Efeso.

5 Cuando llegó, en primer lugar Tisafernes envió a preguntarle qué era lo que venía a buscar. El dijo: «que las ciudades de Asia sean autónomas, como las de la Grecia próxima a nosotros». A esto le contestó Tisafernes: «Si quieres concluir un pacto hasta que yo envíe un mensajero al rey, pienso que tú, si lo desearas, podrías marcharte nada más haberlo concluido.»

«Yo lo desearía, desde luego», dijo, «si no pensara que iba a ser víctima de tu engaño».

«Está en tus manos», replicó, «recibir garantías de que sin engaños [yo lo cumpliré».

«Y en tus manos está», dijo, «recibir garantías de mi parte de que sin engaño] [27], si tú cumples, no vamos a cometer ningún desafuero en tu provincia mientras duren los pactos».

6 Después de estas palabras, Tisafernes prestó juramento ante los enviados, Herípidas, Dercílidas y Megilo, de que haría la paz sin engaño, y ellos juraron a su vez en nombre de Agesilao a Tisafernes que, si él actuaba así, respetaría los pactos. Pero Tisafernes violó en seguida lo que había jurado. Pues, en vez de mantener la paz, hizo venir de parte del rey un gran ejército además del que tenía antes. En cambio, Agesilao, a pesar de haberse enterado, de todas maneras se mantuvo fiel a los pactos.

7 Mientras Agesilao pasaba su tiempo en Efeso con tranquilidad y ocio, como las constituciones de las ciudades estaban alteradas y ni había democracia como en época de los atenienses, ni decarquías como en la de Lisandro, era a éste a quien acudían para reclamar que de parte de Agesilao se atendiese lo que pedían. Por esto siempre lo acompañaba una multitudinaria masa en actitud servicial, de modo que Agesilao parecía un ciudadano privado y
8 Lisandro un rey. Que esto verdaderamente enfureció a Agesilao lo puso al descubierto después. Pero los otros

[27] Se trata de una hipótesis de Cobet para cubrir una laguna. Hatzfeld la admite como la más verosímil.

treinta, a causa de la envidia, no guardaban silencio, sino 396
que decían a Agesilao que Lisandro actuaba ilegalmente al comportarse de modo más ostentoso que la realeza misma. Cuando Lisandro comenzó a presentar a algunos a Agesilao, a todos aquéllos a quienes sabía que él apoyaba los despedía humillados. Al ver que siempre, para Lisandro, resultaba lo contrario de lo que quería, se dio cuenta de lo que pasaba, por lo que ya no permitió que lo siguiera la multitud y dijo claramente a los que solicitaban su apoyo que se hallarían en peores condiciones si él estaba presente. Pero como soportaba con dificultad su 9
deshonra, se acercó a él y le dijo: «Agesilao, tú por lo menos sabes humillar a tus amigos.» «Sí, por Zeus», replicó, «a los que quieren parecer más grandes que yo. En cambio, a los que me exaltan, si no supiera honrarlos adecuadamente, me avergonzaría». Lisandro dijo: «En verdad, probablemente tú obras de modo más conveniente de lo que yo actuaba. Hazme, pues, ahora este favor; para que yo no me avergüence por mi impotencia ante ti ni te sirva de obstáculo, envíame a alguna parte, pues donde me encuentre intentaré estar en el lugar oportuno para ti.» Dicho esto, le pareció bien a Agesilao actuar 10
de ese modo y lo envió al Helesponto. Allí, Lisandro, al enterarse de que Espitrídates el persa había sido humillado por Farnabazo, dialogó con él y lo convenció de que se separara con sus hijos, sus riquezas y unos doscientos jinetes. Todo lo demás lo dejó en Cícico, pero a él y a su hijo los embarcó y vino con ellos a ver a Agesilao. Al verlo, Agesilao se alegró con la operación e inmediatamente pasó a informarse acerca del territorio y de la provincia de Farnabazo.

Cuando Tisafernes, muy seguro de sí mismo gracias al 11
ejército que le había venido de parte del rey, declaró que haría la guerra a Agesilao si no se iba de Asia, los demás aliados y los lacedemonios presentes se mostraron visiblemente agobiados, pues consideraban que la actual fuerza de Agesilao era inferior al equipamiento del rey, pero Agesilao, con el rostro muy iluminado, mandó que los embajadores anunciaran a Tisafernes que le estaba muy

396 agradecido porque, al haber incumplido los juramentos, se había ganado la enemistad de los dioses y los había convertido en aliados de los griegos. Inmediatamente después de esto, ordenó a los soldados que se prepararan para una expedición, y a las ciudades hasta las que era forzoso llegar en la marcha hacia Caria las avisó para que prepararan un mercado. Ordenó también a los jonios, eolios y helespontios que le enviaran a Efeso a los que
12 hubieran de unirse a la expedición. Tisafernes, como Agesilao no tenía caballería y Caria era tierra inadecuada para los caballos, y además pensaba que estaba irritado con él a causa de su traición, dedujo que en realidad se iba a dirigir contra su casa, a Caria, por lo que transportó allí toda la infantería, y a la caballería la hizo dar un rodeo hasta la llanura del Meandro, en la creencia de que sería capaz de aplastar con ella a los helenos, antes de llegar a territorios que le fueran poco favorables. Pero Agesilao, en vez de ir a Caria, inmediatamente se dio la vuelta en dirección opuesta y marchó sobre Frigia, sometió las ciudades del camino[28] y, al atacarlas de manera inesperada, recogió muchísimo botín. El resto del tiempo
13 avanzó sin problemas. Pero cuando Dascilio ya no estaba lejos, mientras avanzaba[29], se lanzaron hacia una colina, para ver de antemano qué había más allá. Por algún azar, los jinetes de Farnabazo que iban con Ratines y su hermano bastardo Bageo, y que eran similares en número a los helenos, se lanzaron también ellos enviados por Farnabazo hacia esta misma colina. Al ver unos y otros que ni siquiera distaban cuatro pletros[30], al principio ambos permanecieron quietos, los jinetes griegos como una falange, ordenados de a cuatro, mientras los bárbaros tenían

---

[28] Si se acepta una hipótesis de Valckenaer, como hacen Brownson y Hatzfeld: «Se llevó consigo las fuerzas que encontraba en el camino, destruyó las ciudades...»

[29] Según una corrección de Lowenclaü, aceptada por Brownson y Hatzfeld: «los jinetes, que avanzaban delante de él...» o «los jinetes de su vanguardia...».

[30] El pletro equivale a cien pies griegos, o sea, cerca de treinta metros.

en primera fila no más de doce, pero eran muchos en 396
profundidad. Luego se lanzaron hacia adelante los bárbaros. Cuando llegaron al cuerpo a cuerpo, a todos los grie- 14
gos que conseguían golpear a alguien se les rompían las lanzas, mientras los persas con sus lanzas de cornejo mataron a doce jinetes y dos caballos. Por ello los jinetes helenos se dieron la vuelta. Sin embargo, cuando acudió en su ayuda Agesilao con los hoplitas, retrocedieron a su vez los bárbaros y [de los persas] uno de ellos murió. Después de esta batalla ecuestre, a Agesilao, cuando 15
hizo al día siguiente los sacrificios para seguir avanzando, le ocurrió que al hígado de las víctimas le faltaba un lóbulo[31]. Con estas señales, se dio la vuelta y se dirigió hacia el mar. Al darse cuenta de que, si no conseguía suficiente caballería, no podría hacer la expedición por los llanos, pensó que esto habría de arreglarse, dado que no era conveniente hacer la guerra como un fugitivo. Así pues, a los más ricos de todas las ciudades de la zona los inscribió para que mantuvieran la caballería y proclamó que a quien proporcionara un caballo, armas y el hombre adecuado, le estaría permitido no participar en el ejército, y así consiguió que se hiciera en un tiempo tan breve como grande es el entusiasmo con que cualquiera buscaría a uno que muriera en su lugar.

Después de esto, cuando llegó la primavera, reunió 16
todo el ejército en Efeso. Como quería que se ejercitara, 395
propuso premios para la formación hoplítica que mostrara las más excelentes condiciones físicas y para la de caballería que cabalgara mejor; también propuso premios para cuantos peltastas y arqueros se mostraran mejores en las acciones que les son propias. A consecuencia de esto se presentó la ocasión de ver todos los gimnasios llenos de hombres que se ejercitaban, el hipódromo lleno de jinetes y a los lanceros y a los arqueros haciendo prácticas. Hizo digna de contemplación la ciudad entera en la 17

[31] En general, la forma y color del lóbulo eran significativos, pero la ausencia de uno de ellos era una señal especialmente grave.

395 que se encontraba [Efeso], pues el agora estaba llena de todas las clases de caballos y de armas en venta, y los trabajadores del bronce, los carpinteros, los forjadores, los curtidores y los pintores todos disponían las armas para el combate, de modo que podía pensarse que la ciudad era realmente un taller trabajando para la guerra.
18 Cualquiera se confortaría al ver aquello, en primer lugar a Agesilao, luego a todos los demás soldados, salir de los gimnasios coronados y ofrecer las coronas a Artemis. Pues, donde los hombres veneran a los dioses, practican las artes bélicas y se preocupan de la disciplina, ¿cómo no va a ser natural que allí todo se encuentre colmado de
19 buenas esperanzas? En la idea de que despreciar al enemigo también proporciona alguna fuerza para el combate, ordenó a los heraldos que pusieran en venta, desnudos, a los bárbaros capturados por los piratas. En efecto, los soldados, al verlos blancos por no haberse desnudado nunca, blandos e inertes por estar siempre en carros, consideraron que la guerra no sería diferente si tuvieran que combatir con mujeres.

20 En este tiempo ya había pasado el año desde que se marchó Agesilao, de modo que los treinta de Lisandro volvieron a casa y se presentaron sus sucesores con Herípidas. De éstos, a Jenocles y a otro [32] los puso al frente de la caballería, a Escites al frente de los hoplitas neodamodes, a Herípidas de los cireos, a Migdón de los soldados de las ciudades, y les anunció que inmediatamente iba a conducirlos por el camino más corto hacia la zona mejor del territorio, para que allí prepararan sus cuerpos y su espíritu de tal manera que pudieran entrar en lucha.
21 Por su parte, Tisafernes creyó que decía esto con la intención de engañarlo de nuevo, pero que ahora en realidad se dirigía a Caria y, como antes, trasladó allí la infantería y colocó la caballería en la llanura del Meandro. Pero Agesilao no mintió, sino que, como había anunciado, se dirigió inmediatamente hacia el campo Sardiano. Durante tres días, al tiempo que avanzaba a través de un territo-

[32] Cabe la posibilidad de que en lugar de «otro» sea «Adeo» (Hatzfeld).

rio desierto de enemigos, obtuvo muchas provisiones para 395
el ejército, pero al cuarto vinieron los jinetes de sus adversarios. Al jefe de los cargadores le dijo [33] que acampara 22
una vez pasado el río Pactolo, y aquéllos, al ver que los acompañantes de los griegos se dispersaban en busca de botín, les mataron una buena cantidad. Nada más darse cuenta, Agesilao mandó que la caballería acudiera en su ayuda. Los persas, por su parte, cuando vieron llegar el refuerzo, se reunieron y se colocaron enfrente con la mayoría de las unidades de su caballería. Entonces Agesilao 23
comprendió que los enemigos todavía no contaban con la infantería y como a él, en cambio, no le faltaba ninguno de los preparativos, consideró que estaba ante una oportunidad de emprender combate, si podía. Después de haber hecho un sacrificio, condujo en seguida la falange contra los jinetes que estaban ya colocados en fila, ordenó que los hoplitas de las diez promociones más jóvenes corrieran sobre ellos, a los peltastas les dijo que marcharan delante a la carrera y ordenó también a los jinetes que atacaran en la seguridad de que los seguirían él y todo el ejército. Los persas recibieron a la caballería, pero, 24
como se les presentaron todos los peligros al mismo tiempo, se plegaron y unos cayeron al río y otros huyeron. Los griegos, en su persecución, tomaron también su campamento. Los peltastas, como es normal, se lanzaron al pillaje. Agesilao, al acampar en círculo, dejó a todos en medio, amigos y enemigos. Muchas fueron las riquezas capturadas, pues encontró más de sesenta talentos, pero también fueron capturadas entonces las camellas que Agesilao llevó a Grecia.

Cuando tuvo lugar esta batalla, Tisafernes se encontra- 25
ba en Sardes, de modo que los persas lo acusaron de que los había traicionado. Como el mismo rey de los persas creyó que Tisafernes era culpable de que fueran mal sus asuntos, envió a Titraustes a cortarle la cabeza. Después de hacerlo, Titraustes envía embajadores a Agesilao con el siguiente mensaje: «Agesilao, el culpable de todo, tanto

[33] Muchos de los editores, incluidos Brownson y Hatzfeld, insertan un término equivalente a «su jefe superior», «su guía».

25 para vosotros como para nosotros, ya tiene su merecido. El rey cree que tú debes irte a casa, y que las ciudades de Asia, aun siendo autónomas, deben pagarle el antiguo
26 tributo.» Como Agesilao le respondiera que no podía hacer esto sin contar con las autoridades de la patria, dijo: «Por lo menos tú, hasta que tengas noticias de la ciudad, vete a la tierra de Farnabazo, ya que yo he castigado a tu enemigo.» «Entonces, mientras hago el camino hasta allí», dijo Agesilao, «tendrás que darme las provisiones para el ejército». Titraustes le dio treinta talentos. El los
7 cogió y se marchó a la Frigia de Farnabazo. Mientras estaba en la llanura que se encuentra más allá de Cime, le llegó de parte de las autoridades de la patria la orden de que se pusiera también al frente de la flota del modo que creyera oportuno y que nombrara navarco a quien él quisiera. Los lacedemonios lo habían hecho de acuerdo con la siguiente consideración: si estaba al frente de ambos ejércitos, la infantería sería mucho más potente, al estar unidas ambas fuerzas, y lo mismo la flota, porque
8 la infantería podía presentarse donde fuera preciso. Cuando escuchó esto, Agesilao, en primer lugar, anunció a las ciudades de las islas y a las costeras que construyeran trieres, tantas cuantas cada ciudad quisiera, y llegó a haber, entre las que las ciudades prometieron y los privados hacían por el deseo de agradar, hasta ciento veinte nue-
29 vas. Nombró navarco a Pisandro, el hermano de su mujer, hombre ambicioso y fuerte de espíritu, pero bastante inexperto para organizar las cosas como era conveniente. Pisandro se marchó a encargarse de la flota y Agesilao, cuando se puso en movimiento, se dirigió a Frigia.

1 Por su parte, Titraustes, como creía haber observado que Agesilao despreciaba los asuntos del rey y que de ninguna manera pensaba marcharse de Asia, sino que más bien tenía grandes esperanzas de vencer al rey, sin saber cómo enfrentarse a los problemas, envió a Grecia a Timócrates el rodio, después de darle oro hasta el valor de cincuenta talentos de plata, y le encargó que intentara, siempre que recibiera las mayores garantías, entregárselo

a los dirigentes de las ciudades a cambio de que prome- 395
tieran declarar la guerra a los lacedemonios. Al llegar, les
dio dinero, en Tebas, a Androclidas, Ismenias y Galaxi-
doro; en Corinto, a Timolao y Poliantes; en Argos, a
Cilón y los suyos. Los atenienses, aunque no tuvieron 2
ninguna participación en este dinero, se mostraron igual-
mente dispuestos para la guerra, pues consideraban que
tendría que ponerse a su servicio[34]. Los que recibieron
el dinero se pusieron a calumniar a los lacedemonios den-
tro de sus propias ciudades. Cuando las hubieron inducido
al odio contra ellos, reunieron incluso a las mayores ciu-
dades en una sola postura solidaria.

Al comprender los dirigentes de Tebas que, si nadie 3
empezaba la guerra, los lacedemonios no iban a querer
romper los pactos con los aliados, convencieron a los lo-
crios opuntios para que recaudaran dinero del territorio
disputado entre los focidios y ellos mismos, considerando
que los focidios, si esto ocurría, se dirigirían contra la
Lócride. Y no se engañaron, sino que inmediatamente los
focidios se dirigieron contra la Lócride y se apoderaron
de muchísimas riquezas. Los de Androclidas rápidamente 4
convencieron a los tebanos para que acudieran en ayuda
de los locrios, como si no se hubieran dirigido contra un
territorio disputado, sino contra Lócride, con quien se
había llegado al acuerdo de ser amigo y aliado. Cuando
los tebanos se dirigieron a su vez contra la Fócide y de-
vastaron su territorio, en seguida los focidios enviaron
embajadores a Lacedemonia y pidieron que acudieran en
su ayuda, con el argumento de que no habían iniciado la
guerra, sino que habían ido contra los locrios para de-
fenderse.

[34] Ante esta oscura frase, Marchant recoge tres hipótesis: «que era propio de ellos mandar» (Laves, aceptada por Brownson); «que era propio de ellos tener el imperio» (Liebhold); «que de nuevo obtendrían el imperio» (Simon). Hatzfeld, que conserva el texto, aun reconociendo su carácter corrupto, recoge también la hipótesis de Lowenklaü: «que por lo menos serían dueños de ellos mismos».

395 Los lacedemonios, por su parte, recibieron con gusto
5 el pretexto para combatir contra los tebanos, pues desde
hacía tiempo estaban irritados con ellos por haber recla-
mado el diezmo de Apolo en Decelia y por no haber que-
rido acompañarlos al Pireo. Los acusaban, además, de
haber convencido a los corintios para que no se unieran
a la expedición. Se acordaban también de cómo en Aulis
no habían dejado a Agesilao hacer sacrificios y habían
arrojado del altar las víctimas consagradas, y de que tam-
poco acompañaron a Agesilao a Asia. Calculaban que era
una hermosa oportunidad de mandar el ejército contra
ellos y terminar con su soberbia. Además, lo de Asia
les iba muy bien, Agesilao seguía triunfante y ninguna
6 otra guerra en la Hélade les servía de obstáculo. Como
así pensaba la ciudad de los lacedemonios, los éforos de-
cretaron la movilización, enviaron a Lisandro ante los
focidios y le ordenaron que se presentara con los mis-
mos focidios, los eteos, heracleotas, melieos y enianas en
Haliarto. También Pausanias, que iba a ser el jefe, acor-
dó presentarse allí en el día señalado, con los lacedemo-
nios y los demás peloponesios. Lisandro, además de cum-
plir todas las órdenes, consiguió separar a los orcomenios
7 de los tebanos. En cambio, Pausanias, después de hacer
los sacrificios, asentado en Tegea, después de distribuir a
los jefes de tropas aliadas esperaba a los soldados de los
vecinos. Cuando ya para los tebanos fue evidente que
los lacedemonios iban a atacar su territorio, enviaron em-
bajadores a Atenas a decir lo siguiente:
8 «Atenienses, reprocharnos que votamos lo peor para
vosotros en el desenlace de la guerra, no es el resultado
de un recto juicio. Pues no lo votó la ciudad, sino que
lo dijo un hombre solo, que precisamente entonces estaba
sentado entre los aliados, pero, cuando nos convocaron
los lacedemonios para atacar el Pireo, entonces toda la
ciudad votó en contra de acompañarlos en la expedición.
Así pues, dado que es por vuestra culpa por lo que los
lacedemonios están igualmente irritados contra nosotros,
consideramos justo que vosotros acudáis en ayuda de
9 nuestra ciudad. Y con mucho más motivo creemos que,

cuantos estuvisteis entre los de la ciudad[35], debéis ir con 395 entusiasmo contra los lacedemonios. Pues ellos, después de colocaros en un sistema oligárquico y en una situación odiosa para el pueblo, cuando vinieron con fuerza abundante como aliados vuestros, lo que hicieron fue entregaros en manos de la multitud. De modo que, en lo que de ellos dependía, habríais perecido, y en cambio este pueblo fue el que os protegió. Que querríais, atenienses, 10 recuperar el imperio que antes teníais, todos lo sabemos. ¿Qué manera más natural puede haber para que esto se produzca que si vosotros acudís en ayuda de las víctimas de las injusticias cometidas por ellos? No os asustéis por el hecho de que tienen dominados a muchos, pues precisamente por eso sois mucho más fuertes, si tenéis en el ánimo que también vosotros, cuando teníais a muchísimos dominados, entonces contabais con muchísimos enemigos. Mientras no tenían a dónde dirigirse, ocultaban el odio hacia vosotros, pero, cuando los lacedemonios se pusieron al frente, entonces manifestaron todo lo que pensaban sobre vosotros. Ahora, si llega a saberse que nosotros y 11 vosotros unimos nuestras armas contra los lacedemonios, sabedlo bien, se pondrá de manifiesto que son muchos los que los odian. De que decimos la verdad, si reflexionáis, os daréis cuenta en seguida. Pues ¿quién se queda todavía a su lado de buena gana? ¿No han sido siempre los argivos sus enemigos? Como colofón, ahora los eleos, 12 privados de gran cantidad de territorio y de ciudades, se han sumado a sus enemigos. ¿Qué podemos decir de los corintios, arcadios y aqueos? En la guerra contra vosotros, presionados por ellos, colaboraron en todos los esfuerzos, peligros y gastos y, una vez que hicieron lo que los lacedemonios habían querido, ¿de qué poder u honor, de qué riquezas los han hecho partícipes? Consideran oportuno nombrar harmostas a los hilotas, pero, desde que la fortuna les ha sonreído, se han manifestado como déspotas de los aliados, sin tener en cuenta que son libres. Desde luego, a los que se separaron de vosotros está 13

[35] Los treinta.

395 claro que los han engañado, pues, en vez de la libertad,
les han procurado una doble esclavitud, ya que están bajo
la tiranía de los harmostas y, además, de los diez hom-
bres que Lisandro nombró en cada ciudad. Y el rey de
Asia, que colaboró muchísimo con ellos para venceros a
vosotros, ahora ¿qué diferencia existe para él con que
14 hubiera combatido con vosotros contra ellos? ¿Cómo no
va a ser natural, si vosotros os ponéis al frente de los
que tan claramente han sufrido injusticia, que ahora vos-
otros lleguéis a ser mucho más grandes que nunca? Pues,
cuando erais los primeros, sólo teníais la hegemonía de
los del mar. Ahora podríais llegar a ser los jefes de todos,
de nosotros y de los peloponesios, de los que antes go-
bernabais y del propio rey, que es quien tiene la fuerza
mayor. En realidad, éramos aliados dignos de mucho apre-
cio también para aquéllos, como vosotros sabéis. Pero
ahora es natural que nosotros estemos en todo más fuer-
temente aliados a vosotros que entonces a los lacedemo-
nios. Pues no iremos en auxilio de los isleños o de los
siracusanos, ni de gente ajena, como entonces, sino de
nosotros mismos, porque somos víctimas de la injusticia.
15 Esto, desde luego, hay que saberlo bien, que la ambición
de los lacedemonios es mucho más fácil de destruir de lo
que fue vuestro imperio. Pues vosotros teníais una flota
y mandabais sobre quienes no la tenían, mientras que
ésos son pocos y buscan dominar a quienes son varias ve-
ces más numerosos, pero no se encuentran peor armados.
Eso es lo que nosotros decimos. Sabed bien, en efecto,
atenienses, que, según creemos, os llamamos para un bien
mucho mayor para vuestra ciudad que para la nuestra.»
16 Así terminó tras decir esas cosas. La mayor parte de
los atenienses se manifestó favorablemente y todos vota-
ron enviarles ayuda. Trasibulo dio como respuesta la
votación y señaló que, aunque el Pireo estaba sin forti-
ficar, de igual modo correrían el riesgo de hacerles un
beneficio mayor del que recibían. «Pues vosotros», dijo,
«os limitasteis a no sumaros a la guerra contra nosotros,
mientras que nosotros combatiremos contra aquéllos si se
dirigen contra vosotros».

Los tebanos, cuando se retiraron, se pusieron a prepa- 395
rarse con vistas a su propia defensa; los atenienses, en 17
cambio, con ánimo de ir en su ayuda. Los lacedemonios, por su parte, ya no se demoraban más, sino que el rey Pausanias marchó a Beocia con el ejército de su patria y el del Peloponeso, excepto los corintios, que no les acompañaban. Lisandro, al frente del ejército de los focidios y de Orcómeno, y de los lugares vecinos, estuvo
antes que Pausanias en el Haliarto. Al llegar, ya no es- 18
pero con tranquilidad al ejército de Lacedemonia, sino que, con los que tenía, marchó hacia la muralla de los haliartios. En primer lugar, los convenció de que se rebelaran y se hicieran autónomos, pero, como algunos de los tebanos que estaban en la fortificación se lo impidie-
ron, atacó la fortificación. Al oír los tebanos esto, acu- 19
dieron a la carrera tanto los hoplitas como la caballería. Qué fue lo que pasó, si cayeron sobre Lisandro sin que éste se diera cuenta o si, aunque se dio cuenta de que venían, esperó en la idea de que iba a derrotarlos, no está claro. Lo que sí es evidente es que la batalla tuvo lugar junto a la fortificación y que hay un trofeo situado junto a las puertas de los haliartios. Cuando, al morir Lisandro, huyeron los demás hacia el monte, los persi-
guieron con violencia los tebanos. Continuaron la perse- 20
cución hasta que, cuando estaban en un lugar alto, donde tanto el mal terreno como la estrechez les servían de obstáculo, los hoplitas se dieron la vuelta y comenzaron a arrojarles dardos y piedras. Al caer los dos o tres primeros, como sobre los restantes hacían rodar piedras por la pendiente e insistían con mucho entusiasmo, los tebanos se dieron la vuelta desde la pendiente y murieron de
ellos más de doscientos. Ese día los tebanos se desani- 21
maron, pues pensaban que no habían sufrido menos daño del que habían hecho, pero, al día siguiente, cuando se dieron cuenta de que se habían retirado en la noche los focidios y todos los demás, cada uno a su casa, entonces ya adquirieron más confianza en la situación. Ahora bien, cuando apareció Pausanias con el ejército de Lacedemonia, de nuevo pensaron que estaban en un gran peligro,

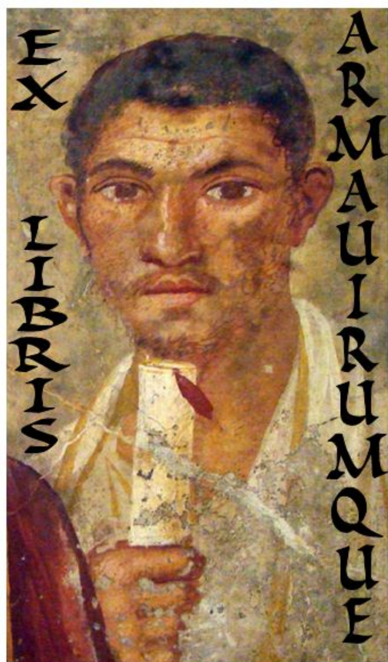
395 y contaban que había mucho silencio y abatimiento en su ejército.

22 En cambio, desde el momento en que, al otro día, al llegar los atenienses, se alinearon junto a ellos y Pausanias ni avanzó ni combatió, entonces fue mucho más elevado el ánimo de los tebanos. Pausanias, por su parte, convocó a los polemarcos y penteconteres[36] y les consultó si emprendía la batalla o proponía un pacto para recoger
23 a Lisandro y a los que habían caído con él. Como Pausanias y las demás autoridades de los lacedemonios calculaban que Lisandro estaba muerto y que su ejército se había retirado derrotado, que los corintios no los acompañaban de ninguna manera y los presentes no estaban en la campaña con mucho ánimo, calculaban también que la caballería contraria era grande y que la de ellos era pequeña, pero lo más importante era que los cadáveres yacían al pie de la fortificación, de modo que ni aun estando en mejores condiciones les sería fácil recogerlos a causa de los que estaban en las torres, por todo esto decidieron recoger los cadáveres por medio de un pacto.
24 Pero los tebanos dijeron que no entregarían los cadáveres si no era con la condición de que se retiraran del territorio. Ellos lo escucharon con gusto, recogieron los cadáveres y se marcharon de Beocia. Hecho esto, los lacedemonios se marcharon con desánimo y los tebanos con mucha soberbia, tanta que, si alguno penetraba mínimamente en una de sus propiedades, lo golpeaban y lo empujaban hasta los caminos. Así se terminó esta expedición de los lacedemonios.

25 Pausanias, por su parte, cuando llegó a casa, fue condenado a muerte, acusado de haber llegado a Haliarto después de Lisandro, cuando habían quedado en presentarse el mismo día, de recoger los cadáveres mediante un pacto sin haberlo intentado a través de una batalla y de

[36] El polemarco era jefe de una *mora* o batallón de ochocientos hombres. La octava parte de la *mora* estaba bajo el mando del *penteconter*.

que, cuando había cogido al pueblo de los atenienses en el Pireo, lo había dejado ir, y además de esto no se presentó en el juicio, pero su muerte se sentenció igual. Escapó a Tegea y allí murió de enfermedad. Esto fue lo que pasó en Grecia. 395



Cuando, a principios del otoño, Agesilao llegó a la Frigia de Farnabazo, se dedicó a quemar y devastar el territorio, y tomaba unas ciudades por la fuerza y otras con su consentimiento. 395 1,1
Como Espitrídates le dijera que si venía a Paflagonia con él le procuraría una audiencia con el rey de los paflagonios para llegar a una alianza, allá fue entusiasmado, pues su deseo desde hacía tiempo era apartar algún pueblo del dominio del rey. 2

Cuando llegó a Paflagonia, vino Otis e hizo una alianza, pues, aunque el rey lo llamaba, no había acudido. Convencido por Espitrídates, Otis dejó a Agesilao mil jinetes y dos mil peltastas. 3

Agradecido por esto, Agesilao dijo a Espitrídates: «Dime, Espitrídates, ¿no querrías entregar tu hija a Otis?» «Desde luego», replicó, «mucho más de lo que él estaría dispuesto a recibir a la hija de un exiliado, ya que es el rey de un gran territorio y muy poderoso». En aquel momento sólo se habló esto acerca del matrimonio. 4
Pero, cuando Otis iba a marcharse, vino a saludar a Agesilao, que tomó la palabra en presencia de los treinta, 5

395 después de hacer salir a Espitrídates, y dijo: «Cuéntame,
6 Otis, ¿cuál es el linaje de Espitrídates?» El contestó que
no era inferior a ninguno de los persas. «¿Has visto qué
hermoso es su hijo?», preguntó. «¿Cómo no voy a ver-
lo?, anoche mismo cené con él.» «Pues dicen que la hija
es más hermosa todavía.» «Por Zeus», dijo Otis, «sí que
7 es hermosa». «Por mi parte, ya que te has convertido
en nuestro amigo, te aconsejaría que la hicieras tu mu-
jer, pues, si es hermosa, ¿qué puede ser más grato para
un hombre?, y su padre es además muy noble, con un
poder tan grande que, víctima de la injusticia de Farna-
bazo, de tal modo se venga en él que lo ha obligado a
exiliarse de todo el territorio, como ves. Date cuenta»,
8 continuó, «de que así como puede vengarse de él por
ser su enemigo, de igual modo podría favorecer a un
amigo. Piensa que, de llevarse esto a cabo, no sólo crea-
rías lazos con él, sino también conmigo y los demás la-
cedemonios, pero, como nosotros somos los que contro-
lamos Grecia, también con el resto de Grecia. Además,
9 si lo hicieras, ¿quién iba a poder casarse nunca de modo
más grandioso que tú? ¿A qué novia la escoltaron nunca
tantos jinetes, peltastas y hoplitas como podían escoltar
10 a tu mujer hasta tu casa?». Otis preguntó: «¿Y dices,
Agesilao, que esto le parece bien a Espitrídates?» «Por
los dioses», dijo Agesilao, «a mí por lo menos no me ha
pedido que lo dijera, pero yo, aunque me alegro mucho
cuando castigo a un enemigo, me da la impresión de que
me complazco mucho más cuando descubro algo bueno
11 a los amigos». «¿Por qué no te enteras de si también
él lo desea?» Agesilao replicó: «Id vosotros, Herípidas,
y aleccionadlo para que desee lo mismo que nosotros.»
12 Ellos se levantaron y fueron a aleccionarlo. Como se re-
trasaban, dijo: «¿Quieres, Otis, que lo llamemos aquí?
Yo al menos pienso que podría dejarse convencer por ti
mucho mejor que por todos los demás.» Agesilao llamó
13 inmediatamente a Espitrídates y a los otros. Al punto
se presentaron y dijo Herípidas: «De todo lo que se ha
hablado, Agesilao, ¿por qué nadie va a tener que hacer
un largo discurso? En resumen, dice Espitrídates que ha-

ría con gusto todo lo que tú creyeras conveniente.» «Yo, 395
desde luego», dijo Agesilao, «creo conveniente que tú, 14
Espitrídates, entregues en buena hora tu hija a Otis, y
tú la recibas. Pero a la niña antes de la primavera no
podríamos traerla por tierra». «Pero sí, por Zeus», dijo
Otis, «en seguida se la podría enviar por mar, si tú qui-
sieras». Después de estrecharse las manos a este propósito 15
despidieron a Otis.

Inmediatamente Agesilao, al darse cuenta de que esta-
ba impaciente, dotó una triere y ordenó a Calias el lace-
demonio que llevara a la niña mientras él se iba a Das-
cilio, donde se encontraba el palacio de Farnabazo, en
torno al que había muchas y grandes aldeas que tenían
provisiones en abundancia y fieras hermosísimas, unas en
jardines apartados, otras en lugares abiertos. Pasa además 16
un río lleno de peces de todas clases. Había un crecido
número de aves, suficientes para que pudieran cazar to-
dos los que se dedican a ello. Allí pasaba el invierno y
también de allí, junto con las expediciones de forraje,
obtenía las provisiones para el ejército. Una vez, mientras 17
los soldados se dedicaban a recoger los alimentos segu-
ros de sí mismos y sin precaverse porque antes nunca
habían tenido ningún percance, dispersos por la llanura
los sorprendió Farnabazo, que venía con dos carros pro-
vistos de hoces y unos cuatrocientos jinetes[1]. Los grie- 18
gos, cuando lo vieron avanzar, acudieron a la carrera
como hasta setecientos. Pero no dudó, sino que colocó
delante los carros, mientras él mismo con los jinetes es-
taba detrás, desde donde ordenó que se avanzara contra
ellos. Cuando los carros en su embestida hubieron dis- 19
persado la aglomeración, rápidamente los jinetes abatie-
ron como hasta cien hombres, y los demás se refugiaron
junto a Agesilao, pues se encontraba cerca con los ho-
plitas.

Luego, al tercero o cuarto día, Espitrídates se enteró 20
de que Farnabazo estaba acampado en una aldea grande,

[1] Laves sitúa aquí el párrafo 25, modificación aceptada por Hatzfeld.

395 Cave, que distaba unos ciento sesenta estadios, y rápida-
21 mente se lo comunicó a Herípidas, que, como estaba de-
seoso de ejecutar algo brillante, le pidió a Agesilao hasta
dos mil hoplitas y otros tantos peltastas, además de los
jinetes de Espitrídates y los paflagonios, y a cuantos de
22 los griegos pudiera convencer. Cuando se lo hubo pro-
metido, se puso a hacer sacrificios, hasta que, por la tar-
de, tras obtener presagios favorables, puso fin a la cere-
monia. Luego, después de cenar, ordenó que se presen-
taran delante del campamento. Como ya estaba oscuro,
23 no salió ni la mitad de cada contingente. Para que no se
rieran de él los otros treinta si se volvía atrás, marchó
24 con la fuerza que tenía. Al amanecer, cayó sobre el cam-
pamento de Farnabazo, en cuyos puestos avanzados, ocu-
pados por los misios, hubo muchas bajas, pero ellos esca-
paron a la desbandada y el campamento fue tomado, así
como copas y otras pertenencias propias de Farnabazo,
25 además de muchas armas y animales de carga. En efecto,
por temor a que, si se establecía en algún lugar, pudiera
ser sitiado y rodeado, se dirigía a una y otra parte del
territorio, como los nómadas, y con ello mantenía ocultas
26 sus posiciones[2]. Cuando los paflagonios y Espitrídates
volvieron con las riquezas capturadas, Herípidas colocó
en su camino comandantes y capitanes y les quitó todo
a Espitrídates y a los paflagonios, para poder entregar
muchas presas a los comandantes encargados de la venta.
27 Aquéllos, sin embargo, no soportaron que les hicieran tal
cosa, sino que, con la conciencia de que habían sido víc-
timas de una injusticia y de un deshonor, se prepararon
de noche y se marcharon a Sardes junto a Arieo, en quien
pusieron su confianza, porque también Arieo se había se-
28 parado del rey y había hecho la guerra contra él. Para
Agesilao nada hubo más gravoso en la expedición que el
abandono de Espitrídates, Megabates y los paflagonios.
29 Había un tal Apolófanes ciciceno, que era de antiguo
huésped[3] de Farnabazo y en aquel tiempo había sido

[2] Ver nota anterior.

[3] La hospitalidad define, en principio, las relaciones entre familias aristocráticas, cuya tradición se remonta por lo menos hasta

acogido en hospitalidad por Agesilao. Este le dijo a Age- 395
silao que pensaba reunir con él a Farnabazo para tratar
acerca del nacimiento de una posible amistad. Como le 30
hizo caso, tras recibir los juramentos y estrecharse las manos, se presentó con Farnabazo en un lugar prefijado, donde, mientras Agesilao y los treinta que lo acompañaban esperaban sentados en el suelo en un prado, vino Farnabazo con una vestimenta valorada en gran cantidad de oro. Cuando los criados le colocaron unos tapices, en que los persas acostumbraban a sentarse cómodamente, sintió vergüenza de entregarse a la molicie, al ver la pobreza de Agesilao, y se recostó también él en el suelo
como estaba. En primer lugar se saludaron mutuamente; 31
luego, cuando Farnabazo le tendió la mano, también se la tendió a su vez Agesilao. A continuación comenzó su discurso Farnabazo, que era más viejo.

«Agesilao y todos los lacedemonios presentes, cuando 32
combatíais con los atenienses, yo llegué a ser vuestro amigo y aliado, os proporcioné dinero para reforzar vuestra flota y, en tierra, yo mismo con la caballería combatí a vuestro lado y perseguí a los enemigos hasta el mar. Nunca podrías acusarme, como a Tisafernes, de haceros
ni deciros ningún doblez. A pesar de ser así, ahora, por 33
vuestra culpa, me encuentro en tal situación que no tengo ni comida en mi propio territorio si no recojo algo de lo que vosotros dejáis, igual que los animales. La hermosa casa y los jardines llenos de árboles que me dejó mi padre y con los que yo disfrutaba, todo eso lo veo arrasado y quemado. Por si yo no conozco ni qué es lo santo ni qué es lo justo, enseñadme vosotros cómo puede ser esto propio de hombres que saben devolver favores.»

Eso dijo. Todos los treinta sintieron vergüenza ante 34
él y guardaron silencio. En un momento dado, Agesilao dijo: «Creo que tú, Farnabazo, sabes que en las ciudades

---

la época de los poemas homéricos. Por ella, a través del intercambio de regalos, se creaban obligaciones y derechos que facilitaban los viajes y las estancias en lugares distintos a los de procedencia de cada familia. La institución se prolonga, con adaptaciones varias, a lo largo de toda la historia del mundo clásico.

395 griegas los hombres se hacen huéspedes unos de otros. Estos, cuando las ciudades se hacen enemigas, participan en la guerra al lado de su patria, incluso contra sus huéspedes y, si así se presenta la ocasión, hay veces en que tienen que matarse entre sí. Por tanto, nosotros, que ahora estamos en guerra con vuestro rey, nos vemos obligados a considerar hostil todo lo suyo. Desde luego, en lo que a ti respecta, pondríamos todo nuestro interés en
35 hacernos tus amigos. Si fuera necesario que tú, para dejar de tener al rey como señor, nos tomaras a nosotros como señores a cambio, yo no te lo aconsejaría. Pero ahora a ti sí te es posible quedarte con nosotros sin reverenciar a nadie ni tener un señor, y vivir disfrutando libremente de lo que te pertenece. En efecto, yo pienso que ser libre
36 es equivalente a todas las riquezas juntas. Por supuesto, no te pedimos que seas pobre pero libre, sino que nos tengas a nosotros como aliados para aumentar, no el poder del rey, sino el tuyo propio y someter a tus actuales compañeros de esclavitud de modo que se conviertan en tus subditos. En efecto, si al mismo tiempo fueras libre y te hicieras rico, ¿qué necesitarías para ser totalmente feliz?»
37 «Entonces», dijo Farnabazo, «¿os respondo claramente lo que voy a hacer?». «Te conviene, desde luego.» «Pues yo», dijo, «si el rey manda a otro estratego y a mí me ordena quedarme como subordinado, decidiré hacerme vuestro amigo y aliado. Si, en cambio, me ofrece el mando (tan fuerte es, al parecer, la noble ambición), es necesario que sepáis claramente que os haré la guerra lo
38 mejor que pueda». Al oír esto, Agesilao le tomó la mano y dijo: «Ojalá, excelentísimo señor, tal como eres, llegaras a ser amigo nuestro. Ten, pues, en cuenta una sola cosa», prosiguió, «que ahora yo me voy tan pronto como pueda de tu territorio, y en el futuro, aunque haya guerra, mientras podamos combatir contra otro, prescindiremos de ti y de los tuyos».
39 Dicho esto, disolvió la reunión. Farnabazo subió a su caballo y se fue, pero un hijo suyo y de Parapita, que todavía tenía la hermosura de la juventud, se quedó

atrás, corrió hacia aquél y le dijo: «Te hago mi huésped, 395
Agesilao.» «Y yo lo acepto.» «Acuérdate», gritó. E inmediatamente, su jabalina (y la tenía hermosa) se la dio a Agesilao. El la tomó, y como su escriba Ideo tenía una hermosísima cimera en el caballo, la cogió y se la dio a cambio. Entonces el joven se subió al caballo y siguió a
su padre. Como, en ausencia de Farnabazo, su hermano 40
privó de su poder y desterró al hijo de Parapita, Agesilao se ocupó de él en todo y, cuando se enamoró de un ateniense hijo de Evalces, consiguió que fuera admitido por su mediación en el estadio de Olimpia, pues era el más grande de los niños[4].

Entonces, como le había dicho a Farnabazo, inmedia- 41
tamente se marchó de su territorio. Y ya casi lucía la 394
primavera. Al llegar a la llanura de Tebe, acampó cerca del templo de Artemis Astirene y allí, además del que tenía, reunió un ejército completo de todas las procedencias, ya que se preparaba para avanzar lo más posible hacia el interior, pues pensaba que el rey perdería todos los pueblos que en su marcha quedaran detrás.

En éstas estaba Agesilao. Entretanto, los lacedemo- 2,1
nios, cuando se dieron cuenta claramente de que el dinero había llegado a Grecia y de que las mayores ciudades se habían reunido para la guerra contra ellos, consideraron que su ciudad estaba en peligro y decidieron que era for-
zoso emprender una campaña. Se pusieron a prepararla, 2
e inmediatamente enviaron a Epicídidas a ver a Agesilao. Cuando llegó, le dio el parte de cómo estaba la situación y le comunicó que la ciudad le ordenaba acudir en ayuda de la patria lo más rápidamente posible.

Agesilao, nada más escucharlo, con muy poca resigna- 3
ción, se puso a pensar de qué honores y de qué esperanzas se veía privado, pero, de todos modos, convocó a los

---

[4] Hatzfeld entiende que el niño en cuestión habría de ser excluido por ser mayor que los demás y poder obtener así una victoria fácil: «aunque era el mayor de los niños (que concursaban)», mientras que Brownson dice que la exclusión se debía a que se trataba de una carrera para hombres: «precisamente porque era mayor que los demás niños».

394 aliados para hacerles ver cuáles eran las órdenes de la
ciudad, y dijo que era forzoso acudir en defensa de la
patria. «Pero si aquello va bien», dijo, «sabed, aliados,
que no voy a olvidarme de vosotros, sino que de nuevo
4 estaré aquí para lo que necesitéis». Al oír esto, muchos
lloraron, y todos votaron acudir con Agesilao en ayuda
de Lacedemonia. Si allí todo fuera bien, de nuevo vol-
5 verían con él a Asia. Así pues, en efecto, se preparaban
con la intención de acompañarlo. Agesilao dejó en Asia
a Euxeno como harmosta, y de guarnición con él a no
menos de cuatro mil, para que pudiera proteger las ciu-
dades. Pero, al ver que la mayoría de los soldados deseaba
quedarse más que hacer una expedición contra griegos,
como quería llevarse consigo a los mejores además del
mayor número posible, estableció unos premios para la
ciudad que mejor ejército proporcionara y para el capitán
de los mercenarios que hiciera la expedición con la com-
pañía mejor armada, tanto de hoplitas como de arqueros
y peltastas. Anunció también a los jefes de caballería que
iba a darle otro premio a quien de ellos proporcionara
6 la unidad de mejores caballos o de mejores armas. Dijo
que tomaría la decisión cuando pasaran de Asia a Europa,
en el Quersoneso, de modo que supieran bien que debían
7 elegir con cuidado a los expedicionarios [5]. Los premios
consistían, en su mayoría, en armas elaboradas cuidado-
samente de manera ornamental, tanto hoplíticas como de
caballería. Había también coronas de oro. El valor de to-
dos los premios no era menor de cuatro talentos. Con
tales gestos, sin embargo, se prepararon armas de mu-
8 chísimo valor para la campaña. Cuando atravesó el Heles-
ponto, se nombraron jueces, de los lacedemonios, a Me-
nasco, Herípides y Orsipo y, de los aliados, a uno por
ciudad. Agesilao, después de dar el resultado, tomó con
su ejército el mismo camino que el rey cuando hizo la
expedición contra Grecia.

[5] Hatzfeld acepta una conjetura de Madvig: «sólo los contingentes que formaran parte de la expedición serían admitidos a concurso».

En esto, los éforos decretaron una movilización. La ciudad, como Agesípolis era todavía pequeño, decidió que 394 9
se pusiera al frente de la expedición Aristodemo, que
perteneciá al linaje y era tutor del niño. Cuando partieron 10
los lacedemonios, ya se habían reunido sus adversarios y, una vez juntos, deliberaban sobre cómo podían emprender la batalla del modo que les fuera más conveniente.
El corintio Timolao dijo: «A mí me parece, aliados, que 11
el proceder de los lacedemonios es similar al de los ríos. Pues los ríos cerca de las fuentes no son grandes, sino fáciles de vadear, pero cuanto más lejos están, acuden
otros ríos que hacen su corriente más intensa. Del mismo 12
modo, los lacedemonios, donde empiezan están ellos solos, pero avanzan y van acogiendo a las ciudades, con lo que se hacen más numerosos y más difíciles de combatir. Yo, por mi parte, veo», añadió, «que todo el que desea exterminar a las avispas, si intenta cazarlas cuando salen, recibe muchas picaduras, pero si prenden fuego cuando todavía están dentro, sin que les pase nada, dominan a las avispas. Con estas ideas en la mente, considero que es mucho mejor llevar la batalla a la misma Lacedemonia
o, si no, lo más cerca posible». Como pareció que hablaba 13
con razón, votaron a favor de su propuesta.

Mientras trataban acerca de la jefatura y convenían en qué formación habían de colocar el conjunto del ejército para que las ciudades no hicieran las falanges demasiado profundas, con lo que proporcionarían a los enemigos la posibilidad de crear un círculo a su alrededor, entre tanto los lacedemonios, ya en compañía de tegeatas y mantineos, salieron al istmo[6]. Según avanzaban, casi al mismo 14
tiempo, los que iban con los corintios estaban en Nemea y los lacedemonios y sus aliados en Sición. Mientras éstos entraban por la Epiecea, en primer lugar, las tropas ligeras de los adversarios al disparar y lanzarles flechas desde las posiciones más favorables a su derecha, les causaron
mucho daño. Pero, cuando llegaron al mar, se adelantaron 15

[6] Texto que por algunos (Hatzfeld) se considera corrupto y que, desde luego, hace difícil la localización precisa del lugar.

394 por aquí a través de la llanura, al tiempo que devastaban
y quemaban el territorio. En cambio, los otros se mar-
charon y acamparon de modo que tenían delante el lecho
del río. Una vez que, en su avance, los lacedemonios ya
no distaban diez estadios de los enemigos, también ellos
acamparon allí y permanecieron inactivos.

16 Me voy a referir ahora al contingente de cada uno.
Se reunieron, hoplitas de los lacedemonios, hasta seis mil;
de los eleos, trifilios, acrorios y lasionios, cerca de tres
mil; de los sicionios, mil quinientos; de los epidaurios,
trecenios, hermioneos y halieos llegó a haber no menos
de tres mil. Además de éstos, los acompañaban alrede-
dor de seiscientos jinetes de los lacedemonios, unos tres-
cientos arqueros cretenses, y también honderos de los
marganeos, letrinos y anfidolos, no menos de cuatrocien-
tos. En cambio, no participaban fliasios, pues dijeron que
tenían una tregua sagrada[7]. Esta era la fuerza de los la-
17 cedemonios. La que se reunió por parte de sus enemigos
era de uno seis mil hoplitas atenienses; de los argivos se
decía que alrededor de siete mil; de los beocios, como
no estaban los orcomenios, alrededor de cinco mil; de
los corintios hasta tres mil y de toda Eubea no menos
de tres mil. Tal era el ejército hoplítico. Los jinetes de
los beocios [como no estaban los orcomenios] eran hasta
ochocientos, de los atenienses hasta seiscientos, de los cal-
cideos de Eubea hasta cien, de los locrios opuntios hasta
cincuenta. De las tropas ligeras, las más abundantes eran
las que estaban con los corintios, pues junto a ellos se
encontraban los locrios ozolas, melieos y acarnanios.

18 Esta era la fuerza de cada bando. Los beocios, mien-
tras ocupaban el ala izquierda, no hacían ningún esfuerzo
por emprender la batalla. Pero cuando los atenienses es-
tuvieron frente a los lacedemonios[8], con lo que ellos ocu-
paron el ala derecha y se colocaron frente a los aqueos,
en seguida dijeron que los sacrificios eran favorables y

---

[7] La que se establece con motivo de algún festival, preferentemente panhelénico.

[8] Hatzfeld deduce de aquí que se habría llegado a un sistema rotativo para solucionar el problema del mando.

anunciaron que se prepararan para una batalla inminente. 394
Al principio, se despreocuparon de la formación de dieci-
séis y dieron a la falange una profundidad excesiva, y
además la llevaron hacia la derecha, para poder sobrepa-
sar el ala de los enemigos. Los atenienses, para que no se
rompiera la continuidad, los seguían, aun a sabiendas de
que corrían el peligro de verse rodeados. Entretanto, los 19
lacedemonios no se daban cuenta de que se acercaban
los enemigos, pues el terreno estaba cubierto de vegeta-
ción. Desde el momento en que entonaron el peán, en-
tonces ya sí lo comprendieron, e inmediatamente dieron
la orden de que todos se prepararan para el combate.
Cuando estuvieron alineados según a cada uno lo habían
colocado sus comandantes, dieron la orden de seguir a
la avanzada, mientras los lacedemonios los dirigieron tam-
bién hacia la derecha, y así extendieron mucho el ala, de
modo que, de los atenienses, seis tribus estaban frente
a los lacedemonios y cuatro frente a los tegeatas. Cuando 20
ya no distaban ni un estadio, los lacedemonios, según es
costumbre, sacrificaron una cabra a la Agrótera y se diri-
gieron hacia sus contrincantes, después de haber curvado
el extremo en círculo. Al llegar al cuerpo a cuerpo, todos
los aliados de los lacedemonios fueron derrotados por
sus adversarios, salvo los peleneos, que seguían comba-
tiendo frente a los tespieos, y por parte de uno y otro
bando hubo caídos en el terreno. Los propios lacedemo- 21
nios fueron superiores a la parte de los atenienses que
les correspondió, los rodearon por las zonas extremas y
mataron a muchos de ellos, hasta que, sin haber sufrido
ninguna pérdida, se marcharon en perfecta formación.
A las cuatro tribus de los atenienses las sobrepasaban
antes de que volvieran sobre sus pasos de la persecución,
de modo que, de su lado, sólo hubo muertos en el ata-
que de los tegeatas. En cambio, a los argivos, cuando se 22
retiraban, los lacedemonios les cayeron encima y se dice
que, como el primer polemarco dudaba en encontrarse
con ellos de frente, hubo uno que lanzó un grito para
que dejaran pasar a los primeros. Al hacerlo así, se dedi-
caron a golpearlos por el lado desprotegido mientras pa-

394 saban corriendo, y de este modo mataron a muchos. También atacaron a los corintios en el momento de la retirada. Todavía vinieron los lacedemonios sobre algunos de los tebanos que volvían de la persecución y también
23 de ellos mataron un buen número. Cuando esto pasó, los derrotados primero se refugiaron en los muros. Luego, al rechazarlos los corintios, de nuevo montaron las tiendas en el primitivo campamento. Los lacedemonios, a su vez, hicieron la retirada a donde en primer lugar se habían enfrentado con sus enemigos y erigieron un trofeo. Así se desarrolló esta batalla.

3,1 Agesilao acudió apresuradamente desde Asia. Mientras estaba en Anfípolis, le anunció Dercílidas que los lacedemonios eran ahora vencedores y que habían muerto ocho de ellos y, de los enemigos, muchísimos. Pero le mostró que también habían caído no pocos de los alia-
2 dos. Al preguntarle Agesilao: «¿Entonces, Dercílidas, sería oportuno que las ciudades que nos han enviado a sus soldados se enteraran de la victoria lo más rápidamente posible?», Dercílidas contestó: «Es natural, desde luego, que al oírlo se sientan más animados.» «¿Y no eres tú, que estuviste presente, el más indicado para anunciárselo?» El lo escuchó con placer, pues siempre le gustó viajar, y dijo: «Si tú lo mandas.» «Lo mando», respondió, «y también te ordeno anunciar que, si esto va bien, de
3 nuevo estaremos a su lado, como dijimos». Dercílidas marchó en primer lugar al Helesponto.

Agesilao dejó Macedonia y se dirigió a Tesalia. Los lariseos, cranonios, escotuseos y farsalios, que eran aliados de los beocios, y todos los tesalios, excepto cuantos de ellos se encontraban entonces exiliados, se dedicaron
4 a estorbarlo a lo largo del camino. Hasta entonces llevaba la tropa en formación rectangular, con la mitad de la caballería delante y la mitad en la retaguardia, pero, como los tesalios les impedían avanzar al atacarlos por detrás, envió a la retaguardia también la caballería del frente,
5 salvo los que lo acompañaban a él personalmente. Cuando estuvieron colocados unos frente a otros, los tesalios, en la idea de que no estaban en buena situación para

combatir a caballo frente a los hoplitas, se dieron la vuelta y se retiraron al paso. Los otros los seguían muy prudentemente. Agesilao, cuando comprendió cuál era el error de cada uno, envió a los jinetes que lo acompañaban personalmente, que eran muy robustos, con la orden, para ellos mismos y para los demás, de emprender la persecución lo más rápidamente posible sin darles ya la posibilidad de volverse. Los tesalios, al verlos avanzar inesperadamente, unos huyeron, otros se dieron la vuelta, otros, al intentar hacerlo, eran cogidos con los caballos atravesados. Policarmo el farsalio, que era jefe de la caballería, se dio la vuelta y murió en el combate con los suyos. Cuando esto sucedió, los tesalios perdieron el control en la fuga, de modo que unos morían, otros eran apresados, y no pararon hasta que estuvieron en el monte Nartacio. Entonces Agesilao colocó un trofeo entre Prante y Nartacio, y se quedó allí, muy satisfecho de su obra, porque había vencido, a quienes más presumían de su habilidad ecuestre, con la caballería que él mismo había reunido. Al día siguiente atravesó los montes acaicos de Ftía e hizo el resto del recorrido a través de territorio amigo hasta llegar a las fronteras de Beocia.

394
6
7
8
9

Cuando estaba en la entrada, el sol pareció que se mostraba en forma de media luna [9], y le llegó la noticia de que los lacedemonios habían sido derrotados en la batalla naval y de que había muerto el navarco Pisandro. También se contaba de qué manera había tenido lugar la batalla. El enfrentamiento se había producido en torno a Cnido. Farnabazo estaba como navarco con los fenicios y Conón, con la flota griega, se encontraba colocado delante de él. Cuando Pisandro se alineó enfrente y se vio claro que el número de naves que tenía consigo era mucho menor que el de la flota griega de Conón, los aliados del ala izquierda se le escaparon rápidamente y él mismo, después de entrar en contacto con los enemigos, con la triere acribillada, consiguió refugiarse en tierra, pero, mientras todos los demás que consiguieron ponerse a salvo

10
11
12

[9] Eclipse de sol del 14 de agosto de 394.

394 dejaron las naves y escaparon por donde pudieron en di-
rección a Cnido, él murió combatiendo sobre su nave.
13 Agesilao, al enterarse de esto, al principio lo soportó con
dificultad, pero luego, cuando se hizo a la idea de que
la mayor parte del ejército era capaz de participar con
gusto si le iban las cosas bien, pero si encontraban alguna
dificultad no se veían obligados a tomar parte, desde ese
momento cambió y dijo que se anunciara la muerte de
Pisandro, pero también que había vencido en la batalla
14 naval. Al mismo tiempo que decía esto, se puso a hacer
un sacrificio de bueyes para celebrar la buena noticia y
distribuyó las víctimas entre muchos, de modo que, al
producirse una escaramuza frente a los enemigos, vencie-
ron los de Agesilao gracias a la fuerza de la palabra, por-
que habían vencido los lacedemonios en la batalla naval.
15 Los que se alinearon frente a Agesilao eran beocios,
atenienses, argivos, corintios, enianes, eubeos y de las
dos Lócrides. Con Agesilao estaba el regimiento de los
lacedemonios que había venido de Corinto y la mitad del
de Orcómeno, pero también los neodamodes de Lacede-
monia que habían hecho la expedición con él, además de
los del ejército extranjero que mandaba Herípidas y los
de las ciudades griegas de Asia y de Europa que había ido
acogiendo al hacer la travesía. Allí se añadieron hoplitas
orcomenios y focidios. Los peltastas de Agesilao eran
muchos más. Los jinetes de unos y de otros eran, en
cambio, muy similares en número. Así estaba constituida
16 la fuerza de ambos. También describiré la batalla y cómo
se desarrolló de modo no comparable a ninguna otra de
nuestros tiempos. Pues bien, se encontraron en la llanura
de Coronea los de Agesilao desde el Cefiso y los de los
tebanos desde el Helicón. Ocupaba Agesilao el ala dere-
cha de su ejército y los orcomenios eran los últimos a su
izquierda. Los tebanos, por su parte, estaban colocados
a la derecha y los argivos ocupaban su izquierda.

Hasta el momento del encuentro, era grande el silen-
17 cio por ambas partes. Pero, en el momento en que dista-
ban entre sí como un estadio, los tebanos se pusieron a
gritar y se lanzaron adelante a la carrera. Cuando todavía

mediaban tres pletros, salieron corriendo, desde la falange de Agesilao, los extranjeros de Herípidas y, con ellos, jonios, eolios y helespontios; todos éstos estuvieron entre los que se lanzaron al ataque y, al llegar al cuerpo a cuerpo, rechazaron lo que tenían enfrente. Los argivos, por su parte, no hicieron frente a los de Agesilao, sino que huyeron hacia el Helicón. Entonces, algunos de los extranjeros iban a coronar ya a Agesilao, pero alguien le anunció que los tebanos, después de atravesar las filas de los orcomenios, estaban en medio de los bagajes. Inmediatamente hizo rotar a la falange y la llevó contra ellos. Los tebanos, a su vez, cuando vieron que sus aliados se habían refugiado en el Helicón, con el deseo de escapar junto a los suyos, se aglomeraron y así avanzaban con todas sus fuerzas. 394 18

Puede decirse que entonces Agesilao fue indudablemente valiente. Por lo menos, desde luego, no eligió lo que era más seguro. En efecto, le era posible dejar pasar a los que escapaban y seguirlos para echar mano a los de atrás, y sin embargo no lo hizo, sino que resistió de frente a los tebanos y, al atacar, chocaban los escudos, combatían, mataban y morían. Por fin, de los tebanos, unos escaparon hacia el Helicón, pero muchos murieron en la retirada. Cuando la victoria ya estaba en manos de Agesilao y lo habían llevado herido hasta la falange, algunos de los jinetes se presentaron al galope a decirle que había unos ochenta enemigos con armas bajo el templo y a preguntarle qué tenían que hacer. Aunque sufría muchas heridas, sin embargo, no se olvidó de la divinidad, sino que ordenó que los dejaran salir a donde quisieran y no permitió que se violara la justicia. Entonces, como ya era tarde, cenaron y se fueron a acostar. Por la mañana ordenó a Gilis el polemarco que alineara el ejército y se elevara un trofeo, que todos se coronaran en honor del dios y que tocaran los flautistas. Y así lo hicieron. Los tebanos enviaron heraldos a pedir una tregua para enterrar los cadáveres. De este modo, se acordaron los pactos y Agesilao se fue a Delfos a consagrar al dios el diezmo del botín, no menos de cien talentos. 19 20 21

394 Gilis el polemarco se retiró con el ejército a Fócide, y de
22 allí se lanzó sobre la Lócride. El resto del día los soldados se dedicaron a robar utensilios y alimentos de las aldeas. Cuando ya atardecía, al retirarse los últimos lacedemonios, se pusieron a acosarlos los locrios disparando dardos y jabalinas. Los lacedemonios los hicieron retroceder y los persiguieron al tiempo que hirieron a algunos, por lo que entonces dejaron de perseguirlos por detrás, pero les disparaban desde emplazamientos dominantes
23 por la derecha [10]. Ellos se pusieron entonces a perseguirlos hasta la pendiente, pero, cuando sobrevino la oscuridad y comenzaron a retirarse, unos caían por la dificultad del terreno, otros porque no veían lo que había delante, otros bajo los dardos, y así murieron Gilis el polemarco, uno de sus auxiliares, Peles y, en total, unos dieciocho de los espartiatas, por golpes de piedras y otras heridas. Si no llegan a acudir en su ayuda los del campamento que estaban cenando, habrían corrido el riesgo de perecer en su totalidad.

4,1 Después de esto, el resto de la expedición se retiró a
393 sus ciudades y Agesilao zarpó hacia la patria. Desde entonces, hacían la guerra, de un lado, los atenienses, los beocios, los argivos y sus aliados, que partían de Corinto, y de otro los lacedemonios y sus aliados, desde Sición. Al ver los corintios que, mientras sus territorios eran devastados y a ellos los mataban por el hecho de estar siempre cerca de los enemigos, los demás aliados vivían ellos mismos en paz y sus territorios permanecían productivos, los más numerosos y mejores de ellos empezaron a desear la paz, y se reunían y difundían estas ideas los unos
2 a los otros. Al darse cuenta los argivos, los atenienses,
392 los beocios y, de los corintios, los que habían tomado parte de las riquezas enviadas por el rey, así como los que se habían hecho más responsables de la guerra, de que, si no se mostraban firmes frente a los que estaban inclinados a la paz, la ciudad correría de nuevo el riesgo

[10] Es el lado que, en la formación hoplítica, no va protegido por el escudo.

de pasarse a los lacedemonios, se empeñaron, como con- 392
secuencia, en hacer una matanza. En primer lugar decidieron cometer la mayor profanación. Pues los demás no matan a nadie en plena fiesta, ni siquiera a un condenado. En cambio, ellos eligieron para la matanza el último día de la Eucleas [11], porque pensaban que cogerían a más
gente en el ágora. Los que sabían a quiénes había que 3
matar, cuando se les dio la señal, sacaron las espadas y atacaron a uno que estaba de pie en un círculo, a otro sentado, a otro en el teatro, incluso a uno que estaba formando parte de un jurado. Cuando se tomó conciencia del asunto, los más nobles huyeron inmediatamente, unos junto a las estatuas de los dioses en el ágora, otros en dirección a los altares. Entonces, los más sacrílegos, con un desprecio absoluto por las normas, tanto los que mandaban como los que obedecían, se dedicaron a degollarlos incluso junto a los lugares sagrados, de modo que algunos de los que ni siquiera recibieron heridas, pero que eran hombres legales, atormentaban sus almas al ver tal im-
piedad. Así murieron muchos de los ancianos, pues eran 4
precisamente los que más estaban en el ágora, mientras que los jóvenes, dado que Pasimelo sospechaba lo que iba a ocurrir, permanecieron quietos en el Craneo. Cuando percibieron el alboroto, y llegaron a su lado algunos que huían de la situación, inmediatamente subieron a la carrera al Acrocorinto y rechazaron a los argivos y a los
otros que se lanzaban hacia ellos. Mientras deliberaban 5
qué había que hacer, se cayó el capitel de una columna sin que mediara ni seísmo ni acción del viento. En el momento de hacer los sacrificios, los vaticinios eran tales que, según los adivinos, era mejor retirarse del lugar. Antes que nada, se marcharon fuera de la Corintia con la intención de exiliarse, pero, como vinieron sus amigos, madres y hermanos y los convencieron, y hubo quienes, de los que estaban en el poder, prometieron mediante

[11] Euclea, la Gloria, recibe culto en varias ciudades griegas. En algunas se identifica como Artemis Euclea y en su fiesta hacían un sacrificio las jóvenes antes del matrimonio.

392 juramento que no habían de sufrir ningún daño, así vol-
6 vieron a la ciudad algunos de ellos. Ahora bien, al ver que los que estaban en el poder se comportaban como tiranos, cuando se dieron cuenta de que la ciudad se esfumaba mediante la retirada de los límites y de que su patria se llamaba Argos en vez de Corinto, obligados a participar en la ciudadanía de Argos, lo que en absoluto deseaban, y con menos fuerza en la ciudad que si fueran metecos, nació entre algunos la idea de que no era forma de vivir, y de que, en consecuencia, con la intención de hacer de Corinto su patria, como había sido desde el principio, y de dejarla libre y limpia de asesinos, y siempre en la buena legalidad, merecería la pena, si podían lograrlo, convertirse en los salvadores de la patria, y si no podían, en su pretensión de conseguir los bienes más hermosos y más grandes, por lo menos alcanzar la muerte
7 más digna de alabanza. Así, se pusieron a la obra dos hombres, Pasimelo y Alcímenes, que se deslizaron por un torrente para reunirse con Praxitas, el polemarco de los lacedemonios, que precisamente se encontraba con su regimiento de guarnición en Sición, y le dijeron que podían facilitarle la entrada en las murallas que se extienden hasta Lequeo. Como sabía de antemano que los hombres eran dignos de confianza, los creyó y, después de disponer que se quedara el regimiento que iba a salir de Sición,
8 se puso a preparar la entrada. Cuando a los dos hombres, gracias a la suerte tanto como a su habilidad, les tocó hacer guardia junto a las puertas donde está erigido el trofeo, en tales circunstancias avanzó Praxitas con su regimiento, con los siconios y con todos los corintios que estaban exiliados por esta coyuntura. Pero, cuando se encontraba junto a las puertas, le dio miedo entrar y quiso enviar a un hombre de confianza a inspeccionar el interior. Lo guiaron los dos y lo informaron con tanta exactitud que, según contó luego, todo era francamente tal
9 como decían. Entonces entró. Como distaban mucho los muros unos de otros, les pareció que, una vez alineados, resultaban pocos, por lo que hicieron una empalizada y una fosa, adecuada a sus posibilidades, delante de ella,

hasta que los aliados vinieran en su ayuda. Había tam- 392
bién detrás de ellos en el puerto un puesto de guardia de los beocios. El día siguiente a la noche en que entraron lo pasaron sin combatir, pero al otro llegaron los argivos con toda su fuerza a prestar ayuda. Al encontrar que los lacedemonios estaban colocados a su derecha, a continuación los sicionios y unos ciento cincuenta exiliados de los corintios junto al muro oriental, se colocaron enfrente [y][12], a continuación del muro occidental, los mercenarios de Ifícrates y, junto a ellos, los argivos. Ocupaban su ala izquierda los corintios de la ciudad. Con- 10
fiados en el número se lanzaron inmediatamente. Vencieron a los sicionios y, después de destrozar la empalizada, los persiguieron hasta el mar y allí mataron a muchos de ellos. Pasímaco, el comandante de caballería, con no muchos jinetes, cuando vio a los sicionios agobiados, después de atar los caballos a los árboles, les cogió los escudos y marchó con los voluntarios contra los argivos. Estos, al ver las sigmas sobre los escudos, pensaron que eran sicionios y no tuvieron miedo. Se dice que entonces dijo Pasímaco: «Por los dos dioses[13], argivos, os engañarán estas sigmas», y marchó a su encuentro. De este modo, mientras combatía con pocos frente a muchos, murió, al igual que otros de los que estaban con él. En cambio, los 11
exiliados corintios, tras vencer a los que salieron a su encuentro, se introdujeron hacia la parte alta y llegaron a estar cerca del círculo que rodea la ciudad. Los lacedemonios, por su parte, cuando se dieron cuenta de que estaban siendo superadas las fuerzas correspondientes a los sicionios, salieron en su ayuda, con la empalizada a su izquierda. Pero los argivos, nada más oír que los lacedemonios estaban detrás, se volvieron de nuevo a la carrera y se precipitaron fuera de la empalizada. Los últimos de ellos, a la derecha, entraron en lucha por el lado desprotegido[14] y murieron a manos de los lacedemonios, pero

---

[12] Muchos editores creen que aquí hay una laguna. Hatzfeld: «con los mercenarios de Ifícrates junto al muro del este».
[13] Cástor y Pólux.
[14] El lado derecho, no protegido por los escudos.

392 los que estaban apelotonados junto a la muralla se retiraron hacia la ciudad con mucho tumulto. Cuando se encontraron con los exiliados corintios y advirtieron que eran enemigos, se dieron de nuevo la vuelta. Pero entonces, unos, que se subieron en las escalas, saltaron desde la muralla y perecieron, otros murieron cerca de las escalas empujados y golpeados, y los demás se ahogaban
12 pateados los unos por los otros. Los lacedemonios no se encontraban con problemas para matar, pues les concedió entonces el dios la posibilidad de realizar una hazaña como nunca ni siquiera se hubieran atrevido a pedir. En efecto, el haber caído en sus manos una multitud de enemigos asustada, abatida, que ofrecía los flancos descubiertos, de la que nadie se volvió para combatir y todos se ponían a su entera disposición para perecer, ¿cómo podría pensarse que no era algo divino? Entonces, naturalmente, en poco espacio cayeron tantos que, hombres acostumbrados a ver montones de trigo, de madera, de piedra, esta vez contemplaron montones de cadáveres. Murieron también los vigilantes beocios del puerto, unos subidos a las murallas, otros a los techos de los arsena-
13 les. Después de esto, los corintios y argivos negociaron los cadáveres mediante un pacto, mientras acudían los aliados de los lacedemonios. Cuando se hubieron reunido, Praxitas pensó primero practicar una abertura en las murallas para que hubiera un paso suficiente para la tropa y, sucesivamente, al hacerse cargo de la expedición, la condujo rumbo a Mégara y, al asalto, tomó Sidunte y luego Cromión. En estas murallas estableció guarniciones y se marchó de nuevo. Después de fortificar Epiecea, para que los aliados tuvieran una guarnición delante del territorio amigo, disolvió el ejército, y él mismo se marchó a Lacedemonia.

14 Desde entonces, habían dejado de actuar grandes ejér-
91 citos de una y otra parte, mientras las ciudades enviaban guarniciones, unas a Corinto, otras a Sición, y vigilaban las fortificaciones. Como cada una tenía sus mercenarios, gracias a sus servicios guerreaban con fuerza.

Entonces, también Ifícrates, después de hacer una in- 391
cursión en Fliunte y quedarse emboscado, al tiempo que 15
hacía rapiña en pequeños grupos, cuando acudieron los de la ciudad sin tomar precauciones, mató a tantos que los fliasios, que antes no habían recibido a los lacedemonios dentro de la muralla, por temor a que apoyaran la vuelta de los acusados de laconismo, en este momento, en cambio, de tal manera se asustaron ante los que venían de Corinto que llamaron a los lacedemonios y les entregaron la ciudad y la acrópolis para su protección. Pero los lacedemonios, aunque eran favorables a los exiliados, sin embargo, durante el tiempo en que ocuparon su ciudad, ni siquiera se acordaron en absoluto de su retorno, sino que, cuando parecía que la ciudad volvía a cobrar fuerza, se marcharon y devolvieron la ciudad y sus leyes
tal cual las habían tomado. Por su parte, los de Ifícrates 16
atacaban en muchos lugares de Arcadia, hacían pillaje y se acercaban hasta las murallas, pues los hoplitas de los arcadios en ninguna parte les salían al encuentro en el exterior. De tal manera habían cogido miedo a los peltastas[15]. En cambio, a los lacedemonios de tal manera los temían a su vez los peltastas que no se acercaban a los hoplitas dentro del alcance de su jabalina, pues ya una vez, desde tal distancia, en su persecución, los más jóvenes de los lacedemonios habían cogido a algunos de ellos
y los habían matado. Pero, si los lacedemonios despre- 17
ciaban a los peltastas, tanto más despreciaban a sus propios aliados. En efecto, una vez que los mantineos fueron en su ayuda contra unos peltastas que se habían lanzado[16] desde el muro que se extiende hasta Lequeo, al recibir los disparos de las jabalinas, se dieron la vuelta y muchos de ellos murieron en la huida, de modo que los lacede-

---

[15] Ifícrates organizó en Atenas un cuerpo de peltastas profesionales que significó una importante transformación en los contingentes militares de la ciudad e incluso en el papel social del ejército.

[16] Corrección de Madvig. Según los códices: «después de lanzarse» o «que se lanzaron», pero concertando con los mantineos. Así lo admite Hatzfeld.

391 monios incluso se atrevían a burlarse de que los aliados temieran a los peltastas como los niños al coco [17]. Ellos se lanzaron desde Laqueo con un regimiento y los exiliados corintios y se dedicaron a hostigar [18] en círculo en
18 torno a su ciudad. En lo que respecta a los atenienses, atemorizados ante la fuerza de los lacedemonios, no fuera a ser que, por haberse quebrado los grandes muros de los corintios, marcharan contra ellos, consideraron que lo mejor era restaurar los muros rotos por Praxitas. Acudieron en masa con canteros y carpinteros y restauraron muy bien en pocos días la parte que da a Sición y a poniente, y la de levante la fortificaron con más tranquilidad.
19 Los lacedemonios llegaron a la conclusión de que los argivos, mientras pudieran seguir cosechando los frutos propios, estaban encantados con la guerra, por lo que hicieron una expedición contra ellos. Agesilao, que iba a su cabeza, después de haber devastado todo su territorio y de haber franqueado inmediatamente el camino que va por Tenea en dirección a Corinto, se apoderó de las murallas reconstruidas por los atenienses. Junto a él se presentó su hermano Teleutias por mar, con unas doce trieres. De modo que su madre podía estar feliz, porque, en el mismo día, uno de los que engendró se había apoderado por tierra de las murallas de los enemigos y el otro, por mar, de sus naves y de sus arsenales. Entonces, después de hacer esto, Agesilao disolvió el ejército de los aliados y devolvió a casa el contingente ciudadano.
5,1 Luego, los lacedemonios, al oír de boca de los exilia-
390 dos que <los> de la ciudad tenían todos los animales y los conservaban a salvo en el Pireo [19] y que eran muchos los que se aprovisionaban allí, hicieron de nuevo una expedición hacia Corinto, también entonces bajo el mando

[17] En griego, Mormo, figura de mujer que asustaba a los niños. Se explica que era una reina de los lestrigones que, por haber perdido a sus hijos, se había dedicado a matar a los de los demás.
[18] O «acamparon», según corrección de Schneider, aceptada por Hatzfeld.
[19] Península montañosa del istmo de Corinto, que penetraba en el Golfo y en cuya extremidad se encontraba el templo de Hera.

de Agesilao. Primero vino hasta el Istmo, pues era el mes 390
en que se celebran las Istmias, y allí se encontraban pre-
cisamente los argivos haciendo el sacrificio a Posidón, en
la idea de que Corinto era Argos. Cuando se enteraron
de que se acercaba Agesilao, dejaron los sacrificios y las
comidas con muchísimo miedo y se retiraron a la ciudad
por el camino que va a Cencreas. Pero Agesilao, aunque 2
los vio, no se puso a perseguirlos, sino que, después de
acampar en el santuario, él mismo hizo sacrificios al dios
y esperó mientras los exiliados corintios celebraban el
sacrificio y el certamen en honor de Posidón. También
los argivos, al retirarse Agesilao, celebraron de nuevo des-
de el principio las Istmias, con lo que en aquel año hubo
pruebas en las que fue vencido dos veces cada participan-
te y otras en que los mismos fueron proclamados dos
veces por los heraldos. Al cuarto día, Agesilao condujo 3
el ejército hacia el Pireo. Al ver que estaba muy vigilado,
se retiró después de la comida a la ciudadela, como si la
ciudad le fuera a ser entregada, de modo que los corin-
tios, por temor a que la ciudad fuera traicionada por
algunos, mandaron a buscar a Ifícrates con la mayoría
de los peltastas. Al enterarse Agesilao de que se habían
presentado por la noche, se retiró al despuntar el día y
se dirigió al Pireo. Mientras él avanzaba por las termas,
hizo pasar un regimiento por la parte más alta. Esa noche
acampó junto a las termas, mientras el regimiento pasó
la noche ocupado en el control de las alturas. Allí Age- 4
silao alcanzó gloria gracias a una pequeña, pero oportuna,
muestra de reflexión. Pues resultó que ninguno de los
que llevaban las provisiones al regimiento había traído
fuego. Como hacía frío porque estaban en una parte muy
alta y había caído agua y granizo hasta el atardecer, y
además habían subido con vestidos ligeros de verano, se
sentían helados y, en la oscuridad, no les apetecía tomar
la cena. Por ello, Agesilao mandó a no menos de diez
que trajeran fuego en vasos de arcilla. Cuando subieron,
cada uno por un sitio diferente, y se hicieron grandes
hogueras en abundancia porque había allí mucha madera,
todos se ungieron y muchos se animaron por fin a tomar

390 la cena. Fue notorio también esa noche el incendio del templo de Posidón, pero por qué causa se quemó nadie
5 lo sabe. Cuando se enteraron los del Pireo de que las alturas estaban ocupadas, ya no se empeñaron en defenderse, y escaparon al Hereo, hombres y mujeres, esclavos y libres, con la mayoría de los animales. Agesilao con el ejército avanzó junto al mar. Al mismo tiempo, el regimiento, al bajar de las alturas, ocupó Enoe, el recinto que estaba fortificado, tomó lo que había en él y todos los soldados en este día recogieron de las propiedades muchas provisiones. Los que se habían refugiado en el Hereo salieron para dejar en manos de Agesilao que decidiera lo que sería de ellos. Entonces les dio a conocer que a cuantos se encontraban entre los asesinos los entregaría
6 a los exiliados y el resto sería vendido. Luego, mientras salían del Hereo las abundantísimas presas y se presentaban muchas embajadas, de los beocios vinieron a preguntarle qué podían hacer para conseguir la paz. Agesilao, en actitud muy orgullosa, ni siquiera parecía verlos, aunque estaba entre ellos Fárax el próxeno para introducirlos. Sentado en un recinto redondo en torno al lago observaba las muchas cosas que se sacaban. Lacedemonios armados sólo con las lanzas iban al lado de los prisioneros como guardianes, muy observados por los presentes, pues los afortunados y poderosos siempre parecen ser de algún modo dignos de contemplación.

7 Cuando todavía estaba sentado Agesilao, y con la imagen de quien resplandece con las acciones cometidas, apareció un jinete con su caballo sudando muy intensamente. Aunque muchos le preguntaban qué venía a anunciar, a nadie le contestó, sino que, cuando estaba cerca de Agesilao, después de bajar del caballo y correr hacia él, muy triste le contó lo que le había pasado al regimiento de Lequeo. Al oírlo, en seguida bajó de su asiento, tomó la lanza y mandó al heraldo que llamara a los polemarcos,
8 penteconteres y jefes de extranjeros. Cuando éstos acudieron, les dijo a todos, pues no habían almorzado todavía, que comieran lo que pudieran y vinieran lo más

rápidamente posible, pero él con los del consejo real[20] 390
se puso en marcha en ayunas. Los doríferos[21] con sus armas se apresuraron a seguirlo; él iba al frente, los otros detrás. Cuando ya había hecho la travesía de las termas hasta la llanura del Lequeo, le salieron al encuentro tres jinetes a anunciarle que los cadáveres habían sido recogidos. Ante esta noticia, mandó deponer las armas y, tras haber descansado poco tiempo, hizo volver de nuevo al ejército hasta el Hereo. Al día siguiente vendió el botín.

Los embajadores de los beocios, cuando los convocó y 9
les preguntó a qué venían, de la paz ya no se acordaban y, en cambio, dijeron que, si nada se lo impedía, querían entrar en la ciudad para unirse a sus propios soldados. Entonces, sonrió y dijo: «Sé que no queréis ver a los soldados, sino observar hasta dónde ha llegado la buena suerte de vuestros amigos. Esperad», continuó, «pues yo mismo os llevaré y, al estar conmigo, conoceréis mejor
qué es lo que ha sucedido». Y no los engañó, sino que, 10
al día siguiente, después de hacer un sacrificio, condujo el ejército a la ciudad. No destruyó el trofeo, pero todo árbol que quedaba lo iba abatiendo y quemando, con lo que demostraba que no había nadie en disposición de salirle al paso. Después de hacer esto, acampó junto al Lequeo. En cambio, a los embajadores de los tebanos no los subió a la ciudad, sino que los envió por mar a Creusis. Como tal desgracia era desacostumbrada para los lacedemonios, había mucho dolor en el ejército laconio, excepto entre aquellos a quienes se les habían muerto en el terreno hijos, padres o hermanos, pues éstos se paseaban como vencedores resplandecientes y relucientes con su propio sentimiento.

---

20 Los que compartían con el rey la tienda pública (*damosía*) y lo acompañaban en las campañas militares. Estaba compuesto por seis polemarcos y otros tres de los «iguales», además de un séquito de servicio. Probablemente compartieran también la tienda pública los dos éforos que solían acompañar al rey.

21 «Portadores de lanza.» Formarían una especie de cuerpo de guardia.

390 El drama del regimiento se produjo de la siguiente
11 manera. Los amicleos siempre regresan habitualmente
en las Jacintias[22] para el peán, tanto si se encuentran en
una campaña como si, por algún otro motivo, están lejos
de su tierra. En esta ocasión, a los amicleos de todo el
ejército los dejó Agesilao en Lequeo. El polemarco encar-
gado de la guardia destinó a las guarniciones de los alia-
dos a vigilar la muralla y él, con el regimiento de los
hoplitas y el de la caballería, condujo a los amicleos cerca
12 de la ciudad de los corintios. Cuando estaban a unos vein-
te o treinta estadios de Sición, el polemarco con los ho-
plitas, que eran como seiscientos, se marchó de nuevo a
Lequeo y ordenó al comandante de caballería que, con el
batallón de los jinetes, cuando llevaran a los amicleos
hasta donde ellos les dijeran, volvieran a su encuentro
por el mismo camino. Que en Corinto había muchos pel-
tastas y muchos hoplitas, en absoluto lo ignoraban, pero
a causa de la suerte anterior tenían la presunción de que
13 a ellos nadie podía atacarlos. Los de la ciudad de Corin-
to, Calias hijo de Hipónico, que era estratego de los
hoplitas atenienses, e Ifícrates, que estaba a la cabeza de
los peltastas, al ver que no eran muchos y venían sin pel-
tastas ni caballeros, consideraron que era una buena opor-
tunidad para atacarlos con su contingente de peltastas,
pues, si avanzaban por el camino, perecerían atacados con
jabalinas por la parte descubierta y, si intentaban perse-
guirlos, los peltastas, más ligeros, podrían fácilmente es-
14 capar de los hoplitas. Con esta idea se pusieron en mar-
cha. Calias alineó a los hoplitas no lejos de la ciudad,
mientras Ifícrates con los peltastas atacó el regimiento.
Los lacedemonios, cuando, bajo los disparos de jabalina,
uno resultaba herido, el otro caía, ordenaron a los escu-

[22] Festival celebrado anualmente en honor de Jacinto, divinidad de origen prehelénico y de carácter ctónico, cuya integración en el culto de Apolo queda reflejada, en el mito, por la muerte involuntaria que éste le causó y, en la disposición simbólica del monumento, por el hecho de que su tumba quedó situada en el pedestal de la estatua del dios. Se consideraba la fiesta más importante de toda Laconia.

deros[23] que los llevaron cogidos hasta Lequeo. Y éstos 390
fueron los únicos del regimiento que en realidad se salvaron. El polemarco ordenó a los de las diez promociones más jóvenes que rechazaran a los ya mencionados[24]. Pero 15
cuando se pusieron a perseguirlos, no cogieron a ninguno dentro del alcance de la jabalina, pues eran hoplitas detrás de peltastas, y habían recibido la orden de retroceder antes de que los hoplitas se encontraran junto a ellos. Cuando ya se retiraban dispersos, porque en la persecución cada uno había ido tan deprisa como podía, los de Ifícrates se dieron la vuelta y se pusieron de nuevo a disparar la jabalina de frente, aunque también lo hacían desde el costado hacia la parte descubierta, sin dejar de correr. Rápidamente, en la primera persecución, hirieron con la jabalina a nueve o diez de ellos, pero, cuando sucedió esto, ya atacaron mucho más violentamente. Como 16
les iba muy mal, el polemarco volvió a dar la orden de que salieran en su persecución todos los incluidos en las quince últimas promociones, pero en su retirada cayeron todavía más que antes. Cuando ya habían perecido los mejores, se les presentaron los caballeros y en unión de éstos emprendieron de nuevo la persecución. Pero, al replegarse los peltastas, en este momento los jinetes ataca-*
ron mal, pues no los persiguieron hasta que hubieran matado a algunos de ellos, sino que, junto con los infantes que se salían de las formaciones en las escaramuzas, en el mismo frente avanzaban y retrocedían. Al hacer y soportar lo mismo que éstos una y otra vez, ellos se hicieron cada vez menos y más débiles, mientras los enemigos eran más fuertes y cada vez más los que atacaban. Desconcertados, se reunieron en una pequeña colina, que 17
distaba del mar como dos estadios y del Lequeo como dieciséis o diecisiete estadios. Al enterarse los del Lequeo

---

23 «hipaspistas», esclavos al servicio de los hoplitas.

24 Texto considerado corrupto. Según conjetura de Dobree, aceptada por Brownson: «a los atacantes». Otra conjetura, del mismo Dobree, afecta al verbo anterior: en lugar de «rechazaran», «se lanzaran en su persecución». Esta es la aceptada por Hatzfeld, que prescinde de «los ya mencionados».

390 subieron a unas pequeñas embarcaciones y fueron cos-
teando hasta que se encontraron junto a la colina. Estos,
que ya estaban desconcertados porque se encontraban en
una situación horrible y tenían la muerte encima, no po-
dían hacer nada, pero, al ver que además se les acercaban
los hoplitas, se pusieron a retroceder. Unos cayeron al
mar y unos pocos con sus caballos se pusieron a salvo en
18 Lequeo. En todos los enfrentamientos y en la huida mu-
rieron alrededor de doscientos cincuenta. Esto así había
sucedido.

Luego Agesilao se marchó con el regimiento que había
sido derrotado y dejó otro en Lequeo. Al hacer la trave-
sía en dirección a casa, descendía sobre las ciudades lo
más tarde posible y volvía a salir lo más temprano posi-
ble. Como partió de Orcomeno antes del amanecer, pasó
de largo por Mantinea todavía a oscuras. Tan duro creía
que iba a ser para los soldados contemplar a los mantineos
19 disfrutando de su desgracia. Después de esto, también en
lo demás tuvo mucho éxito Ifícrates, pues, aunque Praxi-
tas había establecido unas guarniciones en Sidunte y Cro-
mión, nada más tomadas estas fortalezas, y Agesilao había
hecho lo mismo en Enoe, cuando se apoderó del Pireo,
él tomó todos estos lugares. Sin embargo, Lequeo lo con-
servaban los lacedemonios y sus aliados. Por su parte, los
exiliados de los corintios ya no se presentaban por tierra
desde Sición a causa de la desgracia del regimiento, sino
que venían navegando y allí anclaban, aunque desde lue-
go tenían que hacer frente a tantos problemas como los
que intentaban crearles.

6,1 Más tarde, los aqueos, que controlaban Calidón, anti-
389 guamente posesión de Etolia, y habían integrado a los
calidonios en la ciudadanía, se vieron obligados a poner
una guarnición, pues los acarnanios hacían incursiones
contra ellos, a las que se unían algunos de los atenienses
y beocios por ser aliados suyos. Oprimidos por ellos, los
aqueos enviaron embajadores a Lacedemonia. Al llegar,
dijeron que no recibían un trato justo de los lacedemo-
2 nios, «pues nosotros», añadieron, «con que nos llaméis,
hacemos las campañas con vosotros y os seguimos a don-

de nos llevéis. En cambio, vosotros no prestáis ninguna 389
atención al hecho de que estemos sitiados por los acarna-
nios y sus aliados los atenienses y los beocios. Desde
luego, nosotros no vamos a poder hacer frente a una
situación así. Por tanto, o dejamos la guerra en el Pelo-
poneso y pasamos todos a hacer la guerra a los acarnanios
y sus aliados, o haremos la paz de la manera que po-
damos».

Esto era lo que decían como forma de amenazar a los 3
lacedemonios con separarse de la alianza si no los ayuda-
ban. Como consecuencia de sus palabras, pareció a los
éforos y a la asamblea que era necesario hacer una expe-
dición con los aqueos contra los acarnanios, por lo que
enviaron a Agesilao, con dos regimientos y la parte co-
rrespondiente de los aliados. Los aqueos, en cambio, par- 4
ticipaban en masa. Cuando Agesilao hizo la travesía, todos
los acarnanios de los campos huyeron a las ciudades y se
llevaron lejos todos los rebaños para que no los capturara
el ejército. Agesilao, cuando estuvo en los límites del
territorio enemigo, envió un mensaje a Estrato para la
comunidad de los acarnanios, según el cual, si no rompían
la alianza con beocios y atenienses y optaban por ellos y
sus aliados, devastaría toda su tierra inmediatamente y
no dejaría nada. Como no le hicieron caso, así lo cum- 5
plió, pero no avanzaba más de diez o doce estadios al
día, pues se dedicaba a arrasar constantemente todo el
territorio. Los acarnanios, entonces, en la creencia de que
la situación estaba segura a causa de la lentitud de la
campaña, bajaron los rebaños de los montes y se pusieron
a trabajar la mayor parte del territorio. Cuando a Agesi- 6
lao le pareció que ya estaban suficientemente confiados,
al decimoquinto o decimosexto día después de que hu-
biera iniciado la invasión, hizo un sacrificio por la mañana
y avanzó antes de la tarde ciento sesenta estadios hasta
el lago en torno al que se encontraba casi todo el ganado
de los acarnanios, y se apoderó de una gran cantidad de
bueyes, caballos y toda clase de animales, y de muchos
esclavos. Con todo lo que había cogido, se quedó allí al
día siguiente y vendió en subasta el botín. Sin embargo, 7

389 aparecieron muchos peltastas de los acarnanios y, como
Agesilao estaba acampado junto al monte, se dedicaron
a atacar con arcos y hondas desde la cumbre del mismo
sin que les pasara nada, con lo que obligaron al ejército
a descender a la llanura, aunque ya estaban preparándose
para la cena. Hacia el anochecer, los acarnanios se retiraron, y los soldados se pusieron a dormir tras dejar establecidas las guardias.
8 Al día siguiente, Agesilao retiró el ejército. La salida
de la pradera y de la llanura que bordean el lago formaba
un paso estrecho a través de las montañas que están a su
alrededor en círculo. Los acarnanios, cuando atacaban
desde las alturas, disparaban con flechas y jabalinas, pero,
al descender poco a poco hasta el borde inferior de las
montañas, acosaban al ejército y le creaban dificultades
9 para poder avanzar. Los hoplitas y los caballeros, que intentaban perseguirlos al margen de la falange, no conseguían hacer ningún daño a los que los acosaban, pues
los acarnanios, en cuanto se retiraban, se encontraban
rápidamente en lugar seguro. Agesilao pensó que era difícil salir a causa de la estrechez del camino mientras
tuvieran que soportar todo esto, por lo que decidió perseguir a los que los atacaban por la izquierda, aunque
eran muchos más, pues este monte ofrecía mejores con-
10 diciones para hoplitas y caballeros. En el momento en
que hacía el sacrificio, más aún acosaban los acarnanios
con flechas y jabalinas, y se acercaban y herían a muchos.
Pero, en cuanto dio la orden, corrieron los hoplitas de
las quince promociones más jóvenes, avanzaron los caba-
11 lleros y él los siguió con los demás. Los acarnanios, que
habían descendido y seguían disparando, rápidamente tuvieron que replegarse y algunos morían en su huida hacia
las zonas escarpadas. Ahora bien, sobre la parte más alta
estaban los hoplitas de los acarnanios, colocados en formación, y la mayor parte de los peltastas, y allí resistían
y disparaban toda clase de proyectiles, e incluso, cuando
se pusieron a disparar con sus lanzas, hubo caballeros que
recibieron heridas y también hubo algunos caballos muertos. Sin embargo, cuando ya faltaba poco para llegar al

cuerpo a cuerpo con los hoplitas lacedemonios, retrocedie- 389
ron y murieron de ellos en aquel día alrededor de trescien-
tos. Después de estos sucesos, Agesilao erigió un trofeo. 12
Luego hizo un recorrido por el territorio al tiempo que
lo devastaba y quemaba. También atacó algunas de las
ciudades, presionado por los aqueos, pero no se apoderó
de ninguna. Cuando ya se acercaba el otoño, se marchó 13
del territorio. Los aqueos pensaban que realmente no había hecho nada, porque no había tomado ninguna ciudad ni por las buenas ni por las malas, y le pidieron que, si no algo más, por lo menos permaneciera tanto tiempo como para impedir la siembra a los acarnanios. El respondió que lo que decían era lo contrario de lo conveniente, «pues yo», dijo, «vendré en expedición de nuevo aquí el verano próximo, y éstos, cuanto más siembren,
tanto más desearán la paz». Después de decir esto, se 14
marchó por tierra a través de Etolia, por caminos tales que ni muchos ni pocos podrían recorrerlos contra la voluntad de los etolios. En cambio, dejaron que él los recorriera, pues esperaban que les ayudara a recuperar Naupacto. Cuando llegó frente a Río, hizo por aquí la travesía y se marchó a casa, pues los atenienses, con asaltos desde Eníadas, obstaculizaban la salida de Calidón hacia el Peloponeso.

Cuando pasó el invierno, de acuerdo con lo que había 7,1
prometido a los aqueos, nada más empezar la primavera, 388
de nuevo decretó la movilización contra los acarnanios. Desde que éstos se enteraron, en la idea de que, al estar sus ciudades en el interior, se encontrarían sitiados por los que les destruían la cosecha del mismo modo que si los sitiaran asentados en un campamento, enviaron embajadores a Lacedemonia, e hicieron la paz con los aqueos y una alianza con los lacedemonios. Así habían concluido los asuntos de Acarnania.

A continuación, los lacedemonios, sobre la posibilidad 2
de atacar a los atenienses o a los beocios, no se sentían seguros, por el hecho de que tendrían que dejar detrás la ciudad de los argivos, limítrofe con Lacedemonia, hostil y demasiado grande. En consecuencia, decretaron la

388 movilización contra Argos. Agesípolis, cuando supo que él había de ponerse al frente de la expedición y hubo celebrado los sacrificios propios del paso de la frontera, se dirigió a Olimpia y consultó el oráculo para preguntarle al dios si era justo que él no respetara las treguas de los argivos, porque, no cada vez que llegaba el momento adecuado, sino cada vez que los lacedemonios iban a atacarlos, entonces era cuando utilizaban como pretexto los meses sagrados [25]. El dios le hizo saber que era justo no respetar las treguas que se habían puesto como pretexto indebidamente. Desde allí, inmediatamente se fue a Delfos y le preguntó también a Apolo si él pensaba sobre las treguas lo mismo que su padre. Y le contestó
3 exactamente lo mismo. Así, Agesípolis, en consecuencia, emprendió la invasión a través de Nemea, después de recoger el ejército en Fliunte, donde lo tenía reunido mientras él salía hacia los santuarios. Los argivos, cuando vieron que no iban a poder impedirlo, enviaron, según era su costumbre, dos heraldos coronados que señalaran la existencia de la tregua. Pero Agesípolis, después de contestarles que a los dioses no les parecía que fuera justo ponerlos como pretexto, no respetó la tregua, sino que se lanzó hacia adelante y provocó mucho desconcierto y espanto tanto a través de los campos como en la ciudad.
4 La primera tarde tomó la cena en la Argea y, durante las libaciones que se hacen ya después de la cena, el dios provocó una sacudida. Todos los lacedemonios, empezando por los oficiales del séquito real, entonaron el peán a Posidón. Los soldados en general pensaron retirarse, porque también Agis, una vez que hubo un seísmo, se había retirado de la Elide. Pero Agesípolis dijo que, si hubiera provocado sacudidas cuando iba a hacer la invasión, habría creído que le estaba poniendo impedimentos, pero una vez que ya la había iniciado pensaba que lo que
5 hacía era animarlo. Así, al día siguiente, después de hacer

---

25 Las características de los calendarios antiguos permitían el desplazamiento de las fechas consagradas a las festividades, en las que habitualmente se respetaban las treguas.

un sacrificio a Posidón, avanzó no[26] lejos dentro del territorio. 388
Como Agesilao había hecho recientemente una expedición a Argos, una vez que Agesípolis se enteró por los soldados hasta dónde los había conducido Agesilao en dirección a la muralla, hasta dónde había devastado el territorio, igual que si se tratara de un pentatlo, intentaba superarlo en todo hasta el máximo. Una vez, cuando 6
ya empezaba a recibir disparos desde las torres, atravesó de nuevo las fosas que rodeaban la muralla, pero hubo un momento en que, al partir la mayoría de los argivos hacia Laconia, tan cerca de las puertas llegó que los argivos que estaban junto a ellas se las cerraron a los jinetes beocios que querían entrar, por temor a que cayeran sobre las puertas los lacedemonios junto con ellos, de modo que se vieron obligados los caballeros a pegarse a los muros bajo las atalayas como murciélagos. Si entonces no se hubiera dado el caso de que los cretenses[27] habían desembarcado en Nauplia, muchos hombres y caballos habrían sido víctimas de las flechas. Luego, cuando acampaba en 7
los lugares protegidos[28], le cayó un rayo en el campamento. Unos murieron por las heridas, otros víctimas de la conmoción. En seguida, como quería fortificar una guarnición en los accesos a Celusa, hizo un sacrificio, pero las víctimas se le mostraron de mal agüero por falta de un lóbulo en el hígado. Ante esto, hizo volver el ejército y lo disolvió, tras hacer mucho daño a los argivos, porque se arrojó sobre ellos inesperadamente.

Así se desarrollaba la guerra por tierra. En tanto que 8,1
ocurría todo esto, voy a contar lo que sucedía por mar y en las ciudades costeras, pero escribiré sobre los asuntos más dignos de recuerdo y pasaré por alto los que no merecen mención.

En primer lugar, en efecto, Farnabazo y Conón, después de haber vencido a los lacedemonios en la batalla naval, se pusieron a navegar por las islas y las ciudades 394

[26] Hatzfeld admite la corrección de Tillmans: en vez de «no», «siguió avanzando».
[27] Arqueros auxiliares de los peloponesios.
[28] O bien *Eirktas*, como nombre propio (Hatzfeld).

394 costeras, mientras expulsaban de ellas a los harmostas lacedemonios y les daban satisfacción, pues no iban a for-
2 tificar las acrópolis y las iban a dejar autónomas. Al oír esto, se quedaban contentas, mostraban sus alabanzas y enviaban entusiasmadas dones de hospitalidad a Farnabazo. Conón, en efecto, le había enseñado que, si actuaba así, todas las ciudades serían sus amigas, pero si quedaba claro que quería esclavizarlas, decía que cada una sería capaz de causarle muchos problemas y existiría el peligro de que los griegos se confabularan en cuanto se dieran
3 cuenta. Farnabazo parecía convencido. Cuando desembarcó en Efeso, después de dar a Conón cuarenta trieres, dijo que lo volvería a encontrar en Sesto, y él se dirigió a su provincia por tierra.

Dercílidas, que era enemigo suyo desde hacía tiempo, se encontraba precisamente en Abido cuando tuvo lugar la batalla naval y no la había dejado, como los demás harmostas, sino que retuvo Abido y la conservó como amiga de los lacedemonios. Conque convocó a los abidenos y les dijo lo siguiente:

4 «A vosotros, que ya antes erais amigos de nuestra ciudad, ahora os es posible incluso aparecer como benefactores de los lacedemonios. Desde luego, no es nada sorprendente mostrarse fieles en las circunstancias favorables, pero cuando alguien, al encontrarse los amigos en situaciones desdichadas, se muestra firme, esto es digno de memoria para siempre. Pero las cosas no son de tal manera que, por haber sido derrotados en la batalla naval, hayamos quedado reducidos a la nada ya de ahora en adelante, sino que también anteriormente, como es bien sabido, cuando los atenienses dominaban el mar, nuestra ciudad era capaz de hacer bien a sus amigos y mal a sus enemigos. Cuanto más nos volvieron la espalda las otras ciudades junto con la suerte, tanto mayor valor cobra el hecho de conservar vuestra fidelidad. Pero si alguien tiene miedo de que aquí seamos sitiados por tierra y por mar, tenga en cuenta que todavía no hay flota griega en el mar y, si los bárbaros intentaran dominarlo, no lo so-

portaría Grecia, de modo que, por ayudarse a sí misma, 394
también llegaría a ser vuestra aliada.»

Cuando oyeron esto, no de mala gana, sino con entu- 5
siasmo, se dejaron convencer. A los harmostas que llegaban los acogían amistosamente, y a los que estaban ausentes los invitaban a venir. Dercílidas, una vez que se hubo reunido buen número de hombres valiosos dentro de la ciudad, después de pasar a Sesto, que está enfrente de Abido y dista no más de ocho estadios, agrupó a cuantos habían obtenido tierra en Quersoneso gracias a los lacedemonios y también acogió a cuantos harmostas fueron expulsados de las ciudades de Europa, pues les decía que no les convenía desanimarse, en la idea de que, por ejemplo, Temnos, ciudad no grande, así como los egeos[29] y otros territorios, pueden constituir poblaciones incluso en Asia, que pertenece al imperio del rey, sin ser súbditos del rey. «En efecto», dijo, «¿qué localidad más fuerte que Sesto podríais ocupar? ¿Cuál más difícil de asediar? Considerad que hacen falta naves e infantería si se pretende someterla a un asedio».

Con tales palabras impidió que se quedaran abatidos. 6
Farnabazo, cuando se encontró con la situación de Abido y Sesto, les anunció que, si no expulsaban a los lacedemonios, llevaría la guerra contra ellos. Como no le hicieron caso, encargó a Conón que les impidiera navegar por mar, mientras él se dedicaba a devastar el territorio de los abidenos. Como en nada avanzaba su plan de someterlos, se marchó a casa y dijo a Conón que se conciliara a las ciudades del Helesponto, para que en la primavera pudiera reunirse la mayor flota posible, pues, irritado con los lacedemonios a causa de lo que le había pasado, consideraba prioritario ir contra su territorio y
vengarse como pudiera. Y pasaban el invierno en tales 7
vicisitudes. Al llegar la primavera, después de dotar mu- 393
chas naves y alquilar un ejército mercenario, Farnabazo, y Conón con él, navegó a través de las islas hasta Melos, de donde partieron rumbo a Lacedemonia. Llegó en pri-

[29] Hatzfeld acepta la corrección de Valckenaer: Egas.

393 mer lugar a Feras y devastó su territorio, luego seguía
desembarcando en uno y otro lugar de la costa, donde
hacía todo el daño posible. Asustado por la falta de puer-
tos del territorio, los problemas de posibles refuerzos y
la escasez de alimentos, rápidamente se dio la vuelta y, al
alejarse, ancló en Fenicunte, en Citeria.
8 Cuando los que ocupaban la ciudad de los citerios,
asustados de que pudieran ser cogidos por la fuerza, aban-
donaron las murallas, les permitió ir a Laconia mediante
un pacto y él, después de restaurar las murallas, dejó
guarniciones y al ateniense Nicofemo como harmosta en-
tre los citerios. Hecho esto, cuando llegó al istmo de
Corintia, tras haber exhortado a los aliados a hacer la
guerra con entusiasmo y mostrarse como hombres fieles
al rey, les dejó todo el dinero que tenía y se marchó a
9 casa navegando. Conón le propuso que, si le dejaba con-
servar la flota, la aprovisionaría gracias a las islas y que
navegaría hacia su patria para reconstruir los grandes
muros para los atenienses, así como la muralla que rodea
el Pireo, de lo que dijo saber que para los lacedemonios
nada podría ser más gravoso. «Y con esto», explicó, «tú
serás objeto de agradecimiento por parte de los atenien-
ses y te vengarás de los lacedemonios, pues aquello en
lo que más se esforzaron, tú se lo dejarías sin ninguna
eficacia». Farnabazo, al oír esto, lo envió con mucho gusto
a Atenas y le proporcionó dinero para la reconstrucción
10 de las murallas. Cuando llegó, levantó una gran parte de
la muralla, para lo que proporcionaba sus propias tripu-
laciones, daba la paga a carpinteros y albañiles y hacía
todo el gasto que fuera necesario. Hubo, desde luego,
partes de la muralla que los mismos atenienses, los beo-
cios y otras ciudades colaboraron a construir voluntaria-
mente. Los corintios en cambio, con el dinero que Far-
nabazo les había dejado, se dedicaron a dotar naves, a
cuyo frente pusieron como navarco a Agatino, y domina-
ban el mar en el golfo, en las proximidades de Acaya y
Lequeo. También dotaron naves por su parte los lacede-
11 monios, y a su frente estaba Podánemo. Como éste murió
en el curso de un ataque y, por su parte, Polis, que era

el lugarteniente, se retiró herido, se hizo cargo de estas 393
naves Herípidas. Por otro lado, el corintio Proeno, des-
pués de hacerse cargo de las naves de Agatino, abandonó
Río, del que se apoderaron los lacedemonios. Después de
esto, Teleutias vino a encargarse de las naves de Herípi-
das, y de nuevo pasó a controlar el golfo.
Los lacedemonios, al oír que Conón estaba levantando 12
la muralla de los atenienses con el dinero del rey y que, 392
mientras abastecía la flota con el mismo dinero, se con-
graciaba para los atenienses las islas y las ciudades cos-
teras del continente, consideraron que, si se lo comuni-
caban a Tiribazo, que era estratego del rey, o Tiribazo
se inclinaría de su lado o, por lo menos, terminaría con
el aprovisionamiento de la flota de Conón. Con esta idea,
enviaron a Antálcidas a ver a Tiribazo, con el encargo
de que le diera a conocer la situación y de intentar conse-
guir para la ciudad la paz con el rey. Al enterarse de esto, 13
los atenienses enviaron a su vez como embajadores, junto
con Conón, a Hermógenes, Dion, Calístenes y Calime-
donte. También hicieron que se sumaran a la convocato-
ria embajadores de parte de los aliados, y se presentaron
de parte de los beocios, de Corinto y de Argos. Cuando 14
estaban allí, Antálcidas dijo a Tiribazo que venía a pedir
para su ciudad la paz con el rey, y que ésta sería tal
como el rey hacía tiempo la deseaba, pues con respecto
a las ciudades griegas de Asia los lacedemonios no com-
petían con el rey y les complacía que todas las islas y
las demás ciudades fueran autónomas. «En efecto», dijo,
«si tales son nuestros deseos, ¿con qué motivo frente a
nosotros [los griegos o] el rey tendría que hacer la gue-
rra o gastar dinero? Pues no es posible hacer una expe-
dición contra el rey, ni para los atenienses si nosotros
no tenemos el mando, ni para nosotros si las ciudades
son autónomas». A Tiribazo le agradaron enormemente 15
las palabras de Antálcidas. Pero, para los otros, los mo-
tivos de oposición eran estos: lo que los atenienses te-
mían de la posibilidad de que se llegara al acuerdo de
dejar autónomas las islas era verse privados de Lemnos,
Imbros y Esciro, los tebanos, que los obligaron a dejar

392 autónomas las ciudades beocias y, con respecto a los de-
seos de los argivos, no pensaban que pudieran seguir
teniendo Corinto como si fuera Argos si existían tales
acuerdos y pactos. Así, se quedó sin realizar esta paz y
cada uno regresó a su casa.

16 Pero Tiribazo pensaba que, sin el rey, colaborar con
los lacedemonios no era nada seguro para él y, a escon-
didas, dio dinero a Antálcidas con el objeto de que, si
se armaba una flota por parte de los lacedemonios, los
atenienses y sus aliados se sintieran más dispuestos a
pedir la paz. Así, encerró a Conón como si hubiera co-
metido algún delito contra el rey y como si los lacedemo-
nios dijeran la verdad. Después de hacer esto, se fue a
ver al rey para contarle lo que decían los lacedemonios
y que había apresado a Conón por haberse comportado
injustamente, así como para preguntarle lo que había que
17 hacer con respecto a todo este asunto. El rey, mientras
391 Tiribazo estaba en el interior con él, envió a Estrutas
a encargarse de los asuntos del mar. El tal Estrutas se
inclinaba vehementemente en favor de los atenienses y
sus aliados, pues se acordaba de todos los males que había
experimentado el territorio del rey por culpa de Age-
silao.

Los lacedemonios, cuando vieron que Estrutas se mos-
traba hostil con ellos y amistosos con los atenienses, en-
viaron a hacer la guerra contra él a Tibrón, que, después
de la travesía, tomó como punto de partida Efeso y las
ciudades de la llanura del Meandro, Priene, Leucofris y
18 Aquileo, y se dedicó a saquear el territorio del rey. Con
el paso del tiempo, cuando Estrutas se dio cuenta de
que Tibrón acudía en cada caso de forma desordenada
y muy seguro de sí mismo, envió unos caballeros a la lla-
nura con la orden de que bajaran a la carrera, los rodea-
ran y los acosaran todo lo que pudieran. Tibrón se encon-
traba precisamente en su tienda[30] después de almorzar,

[30] Traducción de acuerdo con los códices. Según la corrección de Rieckher, aceptada por Brownson y Hatzfeld, sería «jugando al disco».

con Tersandro el flautista, pues era Tersandro no sólo 391
un buen flautista, sino también capaz de competir en
cualidades físicas, como buen amigo de los laconios. Es- 19
trutas, al ver que los primeros acudían desordenadamente
y en escaso número, se presentó con muchos jinetes perfectamente ordenados, y mataron antes que nada a Tibrón y a Tersandro. Cuando éstos cayeron y retrocedió el resto del ejército, corrieron en su persecución e hirieron a una buena cantidad, aunque de los que se pusieron a salvo hubo quienes lo hicieron en las ciudades amigas, pero los más, simplemente por haberse enterado tarde del movimiento de apoyo, pues muchas veces, y también entonces, el movimiento se ejecutaba sin haberlo anunciado. Y esto fue lo que sucedió.

Cuando llegaron a Lacedemonia los rodios que habían 20
sido expulsados por el pueblo, mostraron que no sería digno mostrarse indiferentes ante el hecho de que los ateniense tuvieran sometida Rodas y estuvieran acumulando tanta fuerza. Al darse cuenta los lacedemonios de que, si el pueblo triunfaba, Rodas entera sería de los atenienses y si, en cambio, triunfaban los más ricos, sería de ellos, les dotaron ocho naves y pusieron como navarco a
Ecdico. Enviaron además al mando de estas naves a Dí- 21
fridas. Le ordenaron que, cuando hiciera la travesía hasta Asia, mantuviera a salvo las ciudades que habían acogido a Tibrón y, después de recuperar lo que había sobrevivido del ejército y de reunir otro, donde pudiera, hiciera la guerra a Estrutas. Dífridas así lo hizo y, entre otras cosas, le sucedió que, cuando Tigranes, el que tenía como esposa a la hija de Estrutas, vino a Sardes, lo capturó con su mujer y los liberó por mucho dinero, de modo que entonces estuvo ya en condiciones de pagar salarios.
Era este hombre no menos agraciado que Tibrón, pero 22
como estratego era ordenado y más emprendedor, pues no lo dominaban los placeres del cuerpo, sino que siempre se dedicaba principalmente a la labor en que estaba empeñado.

Por su parte, Ecdico, cuando llegó a Cnido y se enteró de que el pueblo de Rodas controlaba la situación com-

391 pletamente y de que era poderoso por tierra y por mar [hacen la travesía] con el doble de trieres de las que él
23 tenía, se quedó tranquilo en Cnido. Los lacedemonios, una vez que notaron que su fuerza no era suficiente para servir de utilidad a sus amigos, ordenaron a Teleutias que, con las doce naves que tenía en el golfo de Acaya y Lequeo, diera un rodeo para reunirse a Ecdico, que lo hiciera volver, y que él se ocupara de los que querían ser amigos e hiciera todo el mal que pudiera a los enemigos. Teleutias, cuando llegó a Samos, tomó allí na-
24 ves[31] y se dirigió a Cnido, y Ecdico a casa. Marchó a Rodas ya con veintisiete naves. Durante el viaje se encontró con Filócrates, el hijo de Efialtes, que navegaba con diez trieres desde Atenas a Chipre con motivo de la alianza con Evágoras, y se apoderó de todas, con lo que ambos actuaban del modo más contrario a sus propios intereses, pues los atenienses, que tenían al rey como amigo, sostenían una alianza con Evágoras, que estaba en guerra con el rey, y Teleutias, mientras los lacedemonios estaban en guerra con el rey, se dedicaban a destruir a los que navegaban para hacerle la guerra. Después de ir a Cnido y vender lo que había capturado, al llegar de nuevo a Rodas acudió en auxilio de los de su misma ideología.

25 Los atenienses, ante la impresión de que los lacede-
390 monios de nuevo se estaban haciendo fuertes en el mar, reaccionaron enviando a Trasibulo el estirieo[32] con cuarenta naves. Cuando partió, dejó de lado la ayuda a Rodas, en la idea de que no iba a poder castigar fácilmente a los amigos de los lacedemonios, que ocupaban una fortificación, sobre todo porque estaba presente con sus naves su aliado Teleutias, y de que tampoco sus propios amigos iban a quedar en manos de los enemigos, pues tenían de su parte las ciudades, eran muchos más y por
26 lo menos habían vencido en una batalla. Como, mientras

<Siete>, en Hatzfeld, según hipótesis de Hartmann.

[32] El mismo mencionado hasta ahora, distinto en cambio de Trasibulo de Colito, que aparecerá en el libro V.

navegaba hasta el Helesponto, no se le presentó nadie 390
enfrente, pensó que podría realizar algo bueno para la
ciudad. Así, en primer lugar, al enterarse de que se en-
contraban enfrentados Amédoco, el rey de los odrisas, y
Seutes, su jefe de la marina, los puso de acuerdo entre
sí y los hizo amigos y aliados de los atenienses, con la
idea de que las ciudades griegas asentadas en Tracia, si
éstos eran amigos, orientarían más su voluntad hacia los
atenienses. Cuando este asunto se encontró en situación 27
favorable, así como también las ciudades de Asia, por ser
el rey amigo de los atenienses, navegó a Bizancio, les
entregó en arriendo el diezmo de los que navegaban desde
el Ponto y transformó de oligarquía en democracia el sis-
tema político de los bizantinos, de manera que el pueblo
no veía con aflicción la presencia de tantos atenienses en
la ciudad.

Hecho esto, después de haberse ganado la amistad de 28
los calcedonios, se marchó fuera del Helesponto. Cuando
se encontró en Lesbos con que todas las ciudades salvo
Mitilene se habían pasado a los laconios, no fue a nin-
guna de ellas hasta que, después de haber organizado en
Mitilene a los cuatrocientos hoplitas de sus naves y a
los exiliados de las ciudades, cuantos se habían refugiado
en Mitilene, tras seleccionar a los más fuertes de los
mismos mitilenios y darles esperanzas, a los mitilenios
de que, si se apoderaba de las ciudades, serían los diri-
gentes de toda Lesbos, a los exiliados de que, si iban
unidos contra cada una de las ciudades, serían suficientes
todos juntos para volver sanos y salvos a sus patrias res-
pectivas, y a los marineros de que, si se atraían la amistad
de Lesbos, conseguirían gran abundancia de bienes para
la ciudad, con estos estímulos y una buena organización
los condujo a Metimna.

Terímaco, que era entonces harmosta de los lacedemo- 29
nios, cuando escuchó la noticia de que se acercaba Trasi-
bulo, después de tomar a los marinos de sus propias na-
ves, a los mismos metimneos y a todos los exiliados de
Mitilene que se encontraban allí, fueron a su encuentro
a las fronteras. Entonces tuvo lugar una batalla donde

390 murió Terímaco y, aunque los demás huyeron, también
30 murieron muchos. Gracias a esto se atrajo a algunas de las ciudades y, en las que no se unieron, por medio de la rapiña consiguió riquezas para sus soldados. Luego se marchó apresuradamente hacia Rodas. Para poder hacer allí a su ejército lo más poderoso posible, aunque también se dedicó a recaudar dinero de las demás ciudades, se dirigió especialmente a Aspendo y ancló en el río Eurimedonte. Cuando ya había obtenido el dinero de parte de los aspendios, como los soldados cometieron algunos desafueros en los campos, los aspendios, irritados, lo atacaron de noche y lo mataron en su tienda.

31 Así murió Trasibulo, que tenía mucha fama de ser un hombre bueno. Los atenienses eligieron en su lugar a Agirrio y lo enviaron al frente de las naves. Al enterarse los lacedemonios de que el diezmo de las naves del Ponto había sido vendido a Bizancio por los atenienses, de que ocupaban Calcedonia y de que las demás ciudades helespontinas estaban en buenas relaciones con ellos al ser su amigo Farnabazo, se dieron cuenta de que había que
32 tener cuidado. A Dercílidas, desde luego, nada le reprochaban. Pero Anaxibio, como los éforos eran amigos suyos, consiguió que lo enviaran a él como harmosta a Abido. Si tenía un contingente y naves, prometía hacer la guerra a los atenienses, de modo que se les acabara el éxito en el Helesponto.

33 Así, le dieron tres trieres y medios para reclutar mil mercenarios, y enviaron a Anaxibio al frente. Cuando llegó, por un lado, después de reunir un ejército de tierra de mercenarios, le arrancó a Farnabazo algunas de las ciudades eolias, marchó contra las que habían hecho la expedición a Abido y, mientras avanzaba, devastó su territorio. Por otro lado, después de dotar las naves que tenía, consiguió otras tres de Abido y, además, tomó alguna que otra embarcación de los atenienses o de sus
34 aliados. Al enterarse de esto los atenienses, y por temor a que se les viniera abajo lo que Trasibulo había dispuesto en el Helesponto, enviaron a su vez a Ifícrates con ocho naves y hasta mil doscientos peltastas. La mayoría

era de los que había tenido a sus órdenes en Corintio. 389
En efecto, cuando los argivos habían convertido a Corin-
to en Argos, le dijeron que no necesitaban nada de los
suyos, pues había matado a algunos de los partidarios
de Argos. Así, se marchó a Atenas y entonces se encon-
traba en su casa. Cuando llegó al Quersoneso, en primer 35
lugar Anaxibio e Ifícrates se dedicaban a hacerse la gue-
rra mutuamente por medio del envío de piratas. Pero, an-
dando el tiempo, cuando Ifícrates se enteró de que Ana-
xibio se dirigía hacia Antandro con los mercenarios, con
sus propios laconios y con doscientos hoplitas abidenos,
y al oír que se había atraído la amistad de Antandro,
como se le despertaron las sospechas de que, después de
establecer allí la guarnición, regresaría de nuevo y se lle-
varía a los abidenos a casa, hizo la travesía de noche so-
bre la parte de la Abidene que estaba más desierta y se
acercó a las montañas, donde dispuso una emboscada.
A las trieres que lo habían transportado les ordenó que
navegaran al amanecer junto al Quersoneso, por la parte
alta para que pareciera que, como era costumbre, estaban
haciendo una navegación para recaudar dinero. Y al ac- 36
tuar así no se equivocó, ya que Anaxibio partió, según
se dijo, aunque ni siquiera le habían sido favorables los
sacrificios aquel día, sino completamente confiado en sí
mismo, porque atravesaba territorios amigos e iba hacia
una ciudad amiga, y porque oía de los que venían de
frente que Ifícrates había zarpado por el camino del Pro-
coneso, por lo que marchaba sin ninguna preocupación.
Sin embargo, Ifícrates, mientras el ejército de Anaxibio 37
estaba en el terreno llano, no se puso en movimiento.
Pero cuando los abidenos, que marchaban en cabeza, ya
estaban en la llanura próxima a Cremaste, donde tenían
las minas de oro, el ejército que los seguía estaba en la
pendiente y Anaxibio bajaba precisamente con sus laco-
nios, en ese momento Ifícrates levantó la emboscada y
se lanzó a la carrera contra él. Anaxibio, cuando se dio 38
cuenta de que no había esperanza de salvación porque
su ejército estaba muy extendido en una fila extremada-
mente estrecha, como comprendía que los que habían pa-

389 sado antes no iban a poder acudir en su ayuda hacia la
parte alta, y además todos habían quedado estupefactos
cuando vieron la emboscada, dijo a los presentes: «Sol-
dados, a mí me resulta hermoso morir aquí. Pero vos-
otros, antes de enzarzaros con los enemigos, esforzaos
39 por vuestra salvación.» Esto dijo, tomó el escudo de ma-
nos del escudero y murió combatiendo allí mismo sobre
el terreno. Sin embargo, su joven amigo permaneció jun-
to a él y, de los lacedemonios que lo acompañaban pro-
cedentes de las ciudades en que había harmostas, murie-
ron en el combate como doce. Los restantes cayeron en
la huida, pues los persiguieron hasta la ciudad. De los
demás murieron como doscientos y de los hoplitas abide-
nos alrededor de cincuenta. Después de hacer esto, Ifí-
crates se retiró de nuevo al Quersoneso.

Así estaban las cosas en el Helesponto para atenienses 389
y lacedemonios. Sin embargo, cuando Eteónico estuvo 1,1
de nuevo en Egina, aunque durante el tiempo anterior
los eginetas cultivaban las relaciones comerciales con los
atenienses, como la guerra se desarrollaba claramente por
mar, envió voluntarios a saquear el Atica con el consen-
timiento de los éforos. Los atenienses, bloqueados por 2
ellos, enviaron hoplitas a Egina y a Pánfilo como estra-
tego, para ponerles sitio, por tierra, con la construcción
de un muro de asalto y, por mar, con diez trieres. En-
tonces Teleutias, en el momento de llegar a las islas por
la recaudación de dinero, recibió noticias relativas al ase-
dio y acudió en auxilio de los eginetas. Consiguió expul-
sar la flota, pero Pánfilo conservó las fortificaciones.

Luego llegó Hiérax como navarco de parte de los la- 3
cedemonios, se encargó de la flota y Teleutias regresó
muy felizmente a casa. En efecto, cuando se hizo a la
mar en dirección a su patria, no hubo soldado que no lo
saludara, uno lo coronaba, otro lo adornaba con cintas,
y otros, aunque llegaron tarde a su partida, arrojaban

389 coronas al mar y le formulaban muchos buenos deseos.
4 Sé que en esto no describo ningún gasto, ni peligro, ni
artificio digno de mención. Pero sí, por Zeus, me parece
que es digno de un hombre reflexionar sobre qué es lo
que había hecho Teleutias para tener tan bien dispues-
tos a los gobernados, pues como obra humana ésta es
más digna de mención que muchas otras, tocantes a las
riquezas o a los peligros.
5 Por su parte, Hiérax, cuando recibió las demás naves,
puso de nuevo rumbo a Rodas, y en Egina dejó doce
trieres y a su lugarteniente Gorgopas como harmosta.
Como consecuencia de esto se sentían más sitiados los
atenienses de la fortificación que los habitantes de la
ciudad. De modo que, por un decreto, los atenienses do-
taron numerosas naves y recogieron de Egina, al quinto
mes, a los de la guarnición. Así las cosas, los atenienses
volvieron a tener problemas a causa de los piratas y de
Gorgopas, por lo que volvieron a dotar trece naves y eli-
6 gieron a Eunomo como su navarco. Cuando Hiérax es-
388 taba en Rodas, los lacedemonios enviaron a Antálcidas
como navarco, pues pensaban que, al hacerlo así, se harían
especialmente gratos a Tiribazo. Antálcidas, al llegar a
Egina, se hizo cargo de las naves de Gorgopas y marchó
a Efeso, de donde volvió a enviar a Gorgopas a Egina
con las doce naves y al frente de las demás puso a su lu-
garteniente Nicóloco. Nicóloco, para ayudar a los abide-
nos, se puso en camino hacia allí, pero se desvió hacia
Ténedo, devastó su territorio y, ya con dinero, partió
7 hacia Abido. Los estrategos de los atenienses se reunieron
desde Samotracia, Tasos y los territorios próximos para
acudir en auxilio de Ténedo. Sin embargo, cuando se en-
teraron de que Nicóloco había desembarcado en Abido,
partieron del Quersoneso a poner sitio a sus veinticinco
naves con las treinta y dos de ellos. Gorgopas entonces,
al salir de Efeso, se encontró con Eunomo, por lo que
se refugió en Egina poco antes de ponerse el sol. Nada
8 más desembarcar ofreció la cena a los soldados. Eunomo,
tras esperar un poco de tiempo, partió de nuevo. Al llegar
la noche, guiaba las naves con luz, como es costumbre,

para que no se perdieran las que lo seguían. Gorgopas 388
embarcó y se puso inmediatamente en su persecución gra-
cias a la antorcha, un poco retrasado para no ser visto
ni hacerse notar, mientras los jefes de los remeros daban
las señales con piedras y no con la voz y se preocupaban
del ruido de los remos al salir del agua. Cuando los de 9
Eunomo estaban junto a la tierra del Atica, cerca de Zos-
ter, dio con la trompeta la orden de abordar. Y justo
en ese momento ya empezaban a desembarcar de algunas
de las naves de Eunomo, pero había quienes todavía esta-
ban anclando y otros se acercaban a la costa. En la batalla
naval que tuvo lugar a la luz de la luna, Gorgopas se
apoderó de cuatro trieres, las unió a las suyas y se mar-
chó con ellas a Egina. Las restantes naves de los atenien-
ses se pusieron a salvo en el Pireo.

A continuación, Cabrias zarpó hacia Chipre en ayuda 10
de Evágoras, con ochocientos peltastas y diez trieres, des-
pués de añadir otras naves y hoplitas procedentes de
Atenas. De noche desembarcó en Egina y, en un lugar
quebrado, más lejano que el Heracleo, tendió una embos-
cada con los peltastas. Al amanecer, como se había con-
venido, vinieron los hoplitas de los atenienses, de los que
era jefe Deméneto, y subieron unos dieciséis estadios más
allá del Heracleo, donde se encuentra la llamada Tripir-
gia. Al oír esto, Gorgopas acudió con los eginetas, los 11
marinos de sus naves y, de los espartiatas, los ocho que
estaban presentes por casualidad. Anunció que acudieran
todos los libres presentes en las tripulaciones de las na-
ves y, en efecto, acudieron muchos, cada uno con el arma
que podía. Cuando los primeros hubieron sobrepasado la 12
emboscada, se alzaron los de Cabrias y en seguida se pu-
sieron a disparar dardos y flechas. También acudieron los
hoplitas que habían bajado de las naves. Los primeros,
que ni siquiera llegaron a reunirse, murieron rápidamen-
te, entre ellos Gorgopas y los lacedemonios. Cuando éstos
cayeron, los demás se dieron la vuelta. Murieron, de los
eginetas, como ciento cincuenta, y no menos de doscien-
tos entre extranjeros, metecos y marinos, que habían ba-
jado a la carrera. Después de esto, los atenienses nave- 13

388 gaban por el mar del mismo modo que si estuvieran en
paz, pues ni siquiera a Eteónico querían los marineros
servirle de remeros por más que los forzaba, ya que no
les daba dinero.

Luego, los lacedemonios de nuevo en esta ocasión[1]
envían a Teleutias como navarco al mando de estas na-
ves. Cuando los marineros lo vieron venir, se alegraron
sobremanera. El los convocó y les dijo lo siguiente:
14 «Soldados, yo no vengo con dinero, pero, si dios quie-
re y vosotros actuáis con entusiasmo, intentaré proporcio-
naros la mayor cantidad de provisiones posible. Sabedlo
bien: cuando yo os mando, deseo que vosotros viváis
como yo mismo y, con respecto a las provisiones, tal vez
os sorprenderíais si dijera que quiero que vosotros ten-
gáis más que yo. Pero, por los dioses, aceptaría mejor
estar yo mismo sin alimentos dos días que vosotros uno
solo. Desde luego, mi puerta está abierta desde hace tiem-
po para que entre quien necesite de mí, y ahora seguirá
15 abierta. De modo que, cuando tengáis las necesidades sa-
tisfechas, sólo entonces me veréis vivir con mayor abun-
dancia. Ahora bien, si me veis firme en el frío, en el
calor, en la vigilia, pensad que todo esto también vos-
otros lo resistiréis, pues yo no os voy a ordenar hacer
nada para que os quedéis exhaustos, sino para que ob-
16 tengáis algún bien. Nuestra ciudad, soldados, que se con-
sidera próspera, sabéis bien que no obtuvo su gloria en
la molicie, sino porque estaba dispuesta a esforzarse y
correr peligro cada vez que era necesario. Desde luego,
vosotros también erais antes, según yo sé, hombres va-
lientes, pero ahora es preciso que intentéis haceros toda-
vía mejores, para que nos esforcemos juntos con gusto
17 y con gusto alcancemos la prosperidad. ¿Qué es más grato
que no tener que halagar a ninguno de los hombres, ni
griego ni bárbaro, por causa del salario, sino que cada
uno sea capaz de proporcionarse sus propias provisiones,
y esto de donde es más hermoso obtenerlas? Pues la

[1] Hatzfeld acepta la corrección de Desrousseux: «a Teleutias con un mando autónomo», por lo que elimina «como navarco».

abundancia arrancada a los enemigos en la guerra sabed 388
bien que procura, al mismo tiempo que alimento, gloria
entre todos los hombres.»

Esto dijo, y todos gritaron que les ordenara lo que fue- 18
ra necesario para poder ponerse a su servicio. Cuando
hubo puesto fin a los sacrificios, dijo: «Adelante, solda-
dos, cenad de la misma manera que pensabais hacerlo y
tenedme dispuesta de antemano la comida de un día.
Luego, id a las naves inmediatamente, para que navegue-
mos a donde dios quiere, con ánimo de llegar en el mo-
mento oportuno.»

Cuando vinieron y los embarcó en las naves, mientras 19
se dirigía de noche hacia el puerto de los atenienses, unas
veces cesaba la marcha y los dejaba dormir, otras era
llevado por los remos. Y si alguien sospecha que era una
insensatez navegar con doce trieres contra los que eran
poseedores de muchas naves, tenga en cuenta su razona-
miento, pues él consideraba que estaban muy despreocu- 20
pados de la flota del puerto por haber perecido Gorgo-
pas y, aunque hubiera trieres ancladas, pensó que era más
seguro navegar contra veinte naves que estaban en Atenas
que contra diez en otro lugar. En efecto, de los de fuera
sabía que los marineros permanecían en su nave, mientras
que de los de Atenas conocía que los trierarcos dormían
en casa y los marineros acampaban cada uno en un sitio
distinto. Por tanto, navegaba después de haberse hecho 21
estas reflexiones. Cuando estaba a cinco o seis estadios
de distancia del puerto, se estuvo tranquilo y descansó.
Al llegar el día, él se puso en marcha y los demás lo
siguieron. No permitía que hundieran ni dañaran ningún
barco mercante con sus naves, pero, si en alguna parte
veía una triere anclada, intentaba dejarla inútil para la
navegación. A las naves de carga, incluso llenas, las ata-
ban y las llevaban fuera, pero, en lo que hacía a las ma-
yores, se subían por donde podían y cogían a sus hom-
bres. Hubo algunos que saltaron al Digma[2], se apodera-

---

[2] Lugar de exposición de las mercancías en los puertos comerciales. En el Pireo, estaba formado por un conjunto de pórticos próximo al muelle.

388 ron de algunos comerciantes y armadores y los llevaron
22 a las naves. Ya se encontraba en plena faena cuando los atenienses, los que empezaron a sentir algo desde dentro, salían a la carrera para ver en qué consistía el alboroto, mientras que los de fuera corrían a casa a buscar las armas o a dar la noticia a la ciudad. Al fin acudieron todos los atenienses, hoplitas y caballeros, en la idea de que
23 el Pireo había sido tomado. Por su parte, envió los mercantes a Egina y mandó que los escoltaran tres o cuatro de las trieres, mientras él, cuando se puso a costear con las otras por el Atica, al salir fuera del puerto, capturó muchos pesqueros y transportes llenos de hombres que navegaban desde las islas. En dirección a Sunio, tomó también barcazas, unas llenas de trigo, otras de mercan-
24 cías. Después de haber hecho esto, regresó a Egina. Cuando hubo vendido el botín, adelantó a los soldados el salario de un mes. Por lo demás, mientras seguía dando vueltas, tomó todo lo que pudo. Al actuar así, consiguió tener las naves llenas y que los soldados se pusieran a su servicio con agrado y diligencia.

25 Antálcidas regresó con Tiribazo después de haber con-
387 seguido que el rey se aliara con ellos si los atenienses y sus aliados no querían disfrutar de la paz que él proponía. Cuando escuchó la noticia de que Nicóloco con sus naves estaba sitiado en Abido por Ifícrates y Diotimo, marchó por tierra hacia Abido. Allí tomó la flota y avanzó de noche, tras difundir la noticia de que lo reclamaban los calcedonios. Atracado en Percote se mantenía a la ex-
26 pectativa. Al enterarse los de Deméneto, Dionisio, Leóntico y Fanias, lo persiguieron en la dirección del Proconeso. Pero él, como aquéllos pasaron de largo y había oído que Políxeno navegaba hacia Abido con veinte naves de los siracusanos y de Italia, se dio la vuelta en esa dirección con ánimo de hacerse cargo también de ellas. Luego llegó de Tracia Trasibulo Coliteo, que quería unir-
27 se a las demás naves áticas. Antálcidas, una vez que los vigías le señalaron que se acercaban ocho trieres, después de embarcar a los marineros en las doce naves que mejor navegaban y de ordenar que las completaran con los que

se quedaban si faltaba alguien, tendió una emboscada lo 387
más ocultamente que pudo. Cuando pasaron cerca salió en su persecución. Al verlo emprendieron la fuga. No obstante, inmediatamente había alcanzado a las que navegaban más despacio con las que navegaban mejor. Pero después de ordenar a los que navegaban los primeros de entre los que iban con él que no atacaran a las de la última fila, se dedicó a perseguir a las más avanzadas. Cuando se hizo con ellas, al ver los últimos que eran capturados los que iban delante de ellos, les entró el desánimo y fueron cogidos incluso por las más lentas, de
modo que todas fueron capturadas. En el momento en que 28
le llegaron las veinte naves de los siracusanos, llegaron también las de Jonia, de la zona que controlaba Tiribazo, y fueron dotadas con la colaboración de la zona de Ariobarzanes, pues era huésped desde antiguo de Ariobarzanes, y Farnabazo se fue porque ya había sido llamado al interior, precisamente cuando se casó con la hija del rey. Antálcidas, con todas las naves, más de ochenta, era dueño del mar, tanto que a las naves del Ponto no las dejaba dirigirse a Atenas y las conducía hasta sus propios aliados.

Los atenienses entonces, al ver que eran muchas las 29
naves enemigas, por temor a ser derrotados como antes, teniendo en cuenta que el rey se había hecho aliado de los lacedemonios, y acorralados desde Egina por los piratas, por todo ello deseaban firmemente la paz. Por su parte, los lacedemonios, que hacían guardia con un regimiento en Lequeo, con otro en Orcómeno, que vigilaban las ciudades, tanto aquéllas en las que confiaban, para que no sucumbieran, como las otras, de las que desconfiaban, para que no hicieran defección, que en relación con Corinto tenían que soportar tantas dificultades como las que eran capaces de crear, empezaban a estar hartos de la guerra. Los argivos, que sabían que se había decretado una movilización contra ellos y conocían que el pretexto de los meses ya no les sería de ninguna utilidad, también
éstos estaban dispuestos a la paz. De modo que, cuando 30
anunció Tiribazo que se presentaran los que querían aco-

387 ger la paz que el rey proponía, todos se presentaron rápidamente. Una vez reunidos, Tiribazo mostró los sellos del rey y leyó lo que había escrito. Decía así:

31 «El rey Artajerjes considera justo que las ciudades de Asia sean suyas y, de las islas, Clazómenas y Chipre, y dejar autónomas las demás ciudades griegas grandes y pequeñas, excepto Lemnos, Imbros y Esciro. Que éstas, como antes, sean de los atenienses. A los que no acepten esta paz, a éstos yo les haré la guerra con los que sí la desean, por tierra y por mar, con naves y con dinero.»

32 Tras oír esto, los embajadores lo anunciaron cada uno a su propia ciudad. Todos los demás juraron que la acatarían, pero los tebanos consideraron que debían jurar en nombre del conjunto de los beocios. Agesilao dijo que no aceptaba los juramentos, si no juraban, como decía el escrito, que serían autónomas las ciudades grandes y pequeñas. Los embajadores de los tebanos respondieron que lo que se les había encargado no era esto. «Id, pues», replicó Agesilao, «y preguntad, y anunciadles de paso que si no lo hacen quedarán excluidos del tratado». Ellos se marcharon.

33 Pero Agesilao, a causa de su odio contra los tebanos, no esperó, sino que convenció a los éforos e inmediatamente hizo un sacrificio. Como resultaron favorables los sacrificios de paso, al llegar a Tegea mandó que algunos de los caballeros se distribuyeran entre los periecos para darles prisa y envió también jefes de tropas extranjeras a las ciudades. Antes de que partiera de Tegea, se presentaron los tebanos a decir que dejaban las ciudades autónomas. Así los lacedemonios regresaron a casa y los tebanos fueron obligados a entrar en los pactos tras de-
34 jar autónomas las ciudades de Beocia. Los corintios, por su parte, no expulsaron la guarnición de los argivos. Pero Agesilao les hizo saber que, si los unos no expulsaban a los argivos, y si los otros no se iban de Corinto, llevaría la guerra contra ellos. Cuando, asustados ambos, se marcharon los argivos y la ciudad de los corintios llegó a ser ella misma, los asesinos y sus cómplices, en un rasgo de prudencia, se marcharon de Corinto. Los demás ciu-

dadanos admitieron de buena gana a los anteriormente 387
exiliados.

Cuando esto se hizo y habían jurado las ciudades per- 35
manecer en la paz que el rey había propuesto, desde ese momento se disolvieron los ejércitos de infantería, así como los navales. De este modo, para los lacedemonios y atenienses y para sus aliados, después de la guerra que siguió a la destrucción de los muros de Atenas, fue la primera vez que hubo paz. Mientras en las guerras habían 36
tenido una actuación más equilibrada con sus contrarios, los lacedemonios llegaron a ser más gloriosos después de la paz llamada de Antálcidas. En efecto, al convertirse en los dirigentes de la paz propuesta por el rey y al ser los ejecutores de la autonomía para las ciudades, tomaron como aliada a Corinto, hicieron a las ciudades beocias autónomas de los tebanos, algo que deseaban desde hacía tiempo, e impidieron que los argivos se apropiaran de Corinto, al haber convocado una movilización dirigida contra ellos si no se marchaban de allí.

Como todo había transcurrido tal como ellos deseaban, 2,1
decidieron castigar a cuantos aliados habían resultado in- 386
seguros[3] en la guerra y más favorables a los enemigos que a Lacedemonia, y ponerlos en disposición de que no pudieran volver a ser infieles. En primer lugar, enviaron embajadores a los mantineos con la orden de que desmantelaran la muralla y el mensaje de que de otro modo no podrían confiar en que no iban a ponerse de acuerdo con sus enemigos. Decían, en efecto, haberse dado cuenta de 2
que enviaban trigo a los argivos mientras ellos les hacían la guerra y que había momentos en que ni siquiera los habían acompañado en la expedición con el pretexto de un armisticio, pero, cuando los acompañaban, tenían una participación más bien negativa. Además, según afirmaron, sabían que ellos les tenían envidia cada vez que les ocurría algo bueno y que, en cambio, se complacían si les sobrevenía alguna desgracia. Decían también que en este año habían expirado para los mantineos los pactos

[3] Hatzfeld prefiere otra lectura: «se habían distanciado».

386 de treinta años que se habían firmado después de la ba-
talla de Mantinea.
3 Como no querían desmantelar la muralla, decretaron
una movilización contra ellos. Agesilao entonces pidió a
la ciudad que lo eximiera de esta campaña, pues decía
que la ciudad de los mantineos le había prestado muchos
servicios a su padre en las guerras contra Mesena, así
385 que fue Agesípolis quien condujo la expedición, y eso
que su padre Pausanias era muy amigo de los dirigentes
4 del pueblo de Mantinea. Cuando llegó, lo primero que
hizo fue devastar la tierra. Como ni aun así desmantela-
ban las murallas, excavó una fosa en círculo alrededor
de la ciudad, con la mitad de los soldados apostados con
sus armas delante de los que estaban excavando, mientras
la otra mitad trabajaba. Cuando se terminó el foso, ya
tuvo seguridad para ponerse a edificar un muro en círculo
alrededor de la ciudad. Al enterarse de que dentro de la
ciudad había mucho trigo, porque había sido buena la co-
secha del año anterior, y en la idea de que iba a haber
dificultades, si la ciudad y sus aliados tenían que gastar
mucho tiempo en las campañas, cortó el río que pasa a
5 través de la ciudad, que es de buenas dimensiones. Obs-
truida la corriente, el agua se elevó por encima de los
cimientos de las casas y de los de la muralla. Al inun-
darse los ladrillos de abajo y dejar sin apoyo a los de
arriba, en primer lugar se quebró la muralla, y luego se
cayó. Ellos, durante un tiempo, apoyaron maderos y se
dedicaron a idear cómo evitar que la torre se derrumbara.
Pero, cuando se sentían vencidos por el agua, por temor
a que, si por cualquier lado caía el muro circular, se
convertirían en cautivos de guerra, convinieron en que
la desmantelarían. Los lacedemonios dijeron que no lle-
garían a ningún pacto si no se dispersaban en aldeas. Por
su parte, consideraron que era inevitable, y dijeron que
6 así lo harían. Cuando los partidarios de los argivos y los
dirigentes del pueblo ya pensaban que iban a morir, fue
su padre quien consiguió de parte de Agesípolis que les
diera garantías, con tal de que se fueran de la ciudad los
sesenta que formaban el grupo. De ambos lados del ca-

mino, a partir de las puertas, se colocaron los lacedemo- 385
nios con sus lanzas para observar a los que salían. Y a
pesar de su odio hacia ellos se mantenían apartados con
más facilidad que los aristócratas mantineos. Esto sea di-
cho como gran testimonio de disciplina.

Luego se derrumbó la muralla y Mantinea pasó a di- 7
vidirse en cuatro asentamientos, como vivían primitiva-
mente. Al principio estaban irritados porque había que
destruir las casas existentes y edificar otras. Pero los pro-
pietarios, como pasaban a vivir más cerca de las haciendas
de su propiedad que tenían alrededor de las aldeas, ade-
más de gozar de un régimen aristocrático y quedar aleja-
dos de los molestos demagogos, estaban encantados con
los sucesos. Los lacedemonios les enviaron, no en conjun-
to, sino a cada aldea, un jefe de tropas extranjeras. Ellos
colaboraban en el ejército con contingentes de las aldeas
con mucho más entusiasmo que cuando vivían en la de-
mocracia. Así se habían solucionado los asuntos de Man-
tinea, y allí por lo menos los hombres se hicieron más
sabios, pues aprendieron a no hacer pasar el río a través
de las murallas.

Los exiliados de Fliunte, al enterarse de que los lace- 8
demonios estaban inspeccionando en cada caso quiénes 384
de los aliados habían estado con ellos en la guerra, con-
sideraron que era su oportunidad para ir a Lacedemonia
y hacer ver que, mientras ellos estaban en casa, la ciudad
acogía a los lacedemonios dentro de las murallas y los
acompañaban en sus expediciones a donde quiera que los
llevasen, pero que, cuando los expulsaron, ya no querían
seguirlos a ninguna parte, y a los lacedemonios era a los
únicos que no admitían dentro de las puertas. Oído esto, 9
a los éforos les pareció digno de atención. Enviaron em-
bajadores a la ciudad de los fliasios a decir que los exi-
liados eran amigos de la ciudad de los lacedemonios y
que habían sido expulsados sin haber cometido ninguna
injusticia. Afirmaban que era justo que lo dispusieran
todo para que volvieran no por la fuerza, sino por propia
voluntad. Al oírlo, los fliasios sintieron miedo de que, si
hacían una campaña contra ellos, algunos de los de dentro

384 los dejarían entrar en la ciudad, pues había en el interior
muchos parientes de los exiliados y personas simplemente
bien dispuestas, pero, además, como en la mayoría de
las ciudades, algunos, deseosos de renovar la situación
10 política, querían que regresaran las gentes del exilio. Con
tales temores, votaron que se admitiese a los exiliados,
a quienes devolverían las posesiones visibles[4] y, a los que
las hubieran comprado, que se les restituyese su precio
del erario público. Si surgía alguna dificultad entre unos
y otros, que se dirimiera en un juicio. Esto fue lo que
ocurrió en relación con los exiliados fliasios en aquel
tiempo.

11 Desde Acanto y de Apolonia, que son las mayores de
383 las ciudades próximas a Olinto, también llegaron embajadores
a Lacedemonia. Después de escuchar los éforos
los motivos por los que venían, los introdujeron ante la
12 asamblea y ante los aliados. Allí Clígenes, acantio, dijo:
«Lacedemonios y aliados, pensamos que os pasa desapercibido
algo grande que está ocurriendo en Grecia. En
efecto, que la mayor ciudad de Tracia es Olinto casi todos
lo sabéis. Esos se anexionaban las ciudades sobre la
base de que tuvieran las mismas leyes y de compartir
la ciudadanía, y últimamente incluso se apoderaron de
algunas de las mayores. Luego intentaron liberar del poder
de Amintas, rey de los macedonios, a las ciudades
13 de Macedonia. Una vez que se les sometieron las más próximas
a ellos, inmediatamente marcharon hacia las más
lejanas y mayores. Cuando nosotros los dejamos, además
de otras muchas, ya tenían Pela, que es precisamente la
mayor de las ciudades de Macedonia, y nos enteramos
de que Amintas se retiraba de sus ciudades y, en seguida,
prácticamente había sido ya expulsado de todo el territorio
de Macedonia. También a nosotros y a los apoloniatas,
los olintios nos enviaron embajadores para anunciarnos
que, si no nos presentábamos a combatir junto
a ellos, vendrían contra nosotros.

[4] Adjetivo normalmente aplicado a los bienes muebles, por ser controlables desde el punto de vista fiscal, frente a los invisibles, sobre los que no era fácil ejercer ningún tipo de control.

Nosotros, lacedemonios, queremos tener nuestras leyes 383
patrias y ser ciudadanos autónomos. Pero si nadie nos 14
ayuda, nos vamos a ver forzados a unirnos a ellos. En
efecto, ahora ya tienen no menos de ochocientos hopli-
tas, muchos más peltastas, y los jinetes, si nosotros nos
unimos a ellos, serán más de mil. Dejamos también allí 15
embajadores de los atenienses y de los beocios, y oíamos
que ya se había votado por los mismos olintios que de
regreso los acompañaran embajadores enviados a estas
ciudades con el objeto de llegar a una alianza. «Desde lue-
go, si tal potencia se añade a la fuerza de los atenienses
y tebanos, mirad», dijo, «que ya aquello no será para
vosotros fácil de controlar. Y como también tienen Po-
tidea, que está en el istmo de Palene, considerad que las
ciudades que están en el interior se convertirán en súb-
ditos suyos. Sírvaos como testimonio de que estas ciuda-
des están fuertemente asustadas el hecho de que, a pesar
de odiar muchísimo a los olintios, sin embargo no se
atrevieron a enviar con nosotros embajadores para infor-
maros de estas cosas. Tened en cuenta también lo siguien- 16
te: ¿cómo va a ser natural que vosotros os preocupéis
de Beocia, para que no forme una ciudad, y os descuidéis
de la concentración de una fuerza mucho mayor y que se
hace poderosa no sólo por tierra, sino también por mar?
¿Cuál es el obstáculo, habida cuenta de que en esa tierra
hay madera para la construcción de naves, ingresos eco-
nómicos de muchos puertos y de muchos mercados, y
que existe superpoblación gracias a la abundancia de tri-
go? Pero también con sus vecinos los tracios, pueblo sin 17
rey, que ahora sirven ya a los olintios. Si llegaran a estar
bajo su poder, mucha iba a ser la fuerza que se les aña-
diría. Si éstos los acompañan, hasta las minas de oro de
Pangeo se pondrían en sus manos. Nada decimos nosotros
de ellos que no se haya dicho miles de veces entre el
pueblo de los olintios. Y de su ambición, ¿qué iba a po- 18
der decir nadie? [5] Pues, seguramente, hizo el dios que,

[5] Hatzfeld acepta como óptima la propuesta de Chamonard: «a su ambición, ¿qué se podría objetar?»

383 junto con el poder, también aumentara la ambición de
los hombres.
Nosotros al menos, lacedemonios y aliados, os advertimos de cómo están las cosas allí. Vosotros decidid si os
parece digno de preocupación. Pero es preciso que vosotros también sepáis que la fuerza de cuya grandeza hemos
hablado todavía no es irresistible. Pues las ciudades que
involuntariamente comparten la ciudadanía, éstas, si ven
19 una alternativa, se separarán rápidamente. Ahora bien,
si llegan a encontrarse aprisionadas por los derechos mutuos de matrimonio y de propiedad que han votado, y se
convencen de que es beneficioso seguir con los que tienen
la fuerza, del mismo modo que los arcadios, cuando van
con vosotros, salvan lo suyo y roban lo ajeno, ya nada
será igualmente fácil de deshacer».
20 Cuando se hubo dicho esto, los lacedemonios dieron la
palabra a los aliados y les pidieron que aconsejaran lo
que cada uno creyera mejor para el Peloponeso y para
los aliados. Entonces muchos estuvieron de acuerdo en
hacer una expedición, principalmente los que querían
mostrarse gratos a los lacedemonios, y decidieron que
cada ciudad enviara un contingente determinado hasta
21 llegar a diez mil. Hubo argumentos a favor de que fuera
posible, para la ciudad que quisiera, dar dinero en vez
de hombres, un trióbolo egineta[6] por cada hombre y, si
alguna proporcionaba jinetes, que se daría el salario al
22 jinete por valor del de cuatro hoplitas. No obstante, si
alguna de las ciudades abandonaba la expedición, les
sería posible a los lacedemonios fijar una multa de un
23 estater[7] por hombre al día. Una vez que decidieron todo
esto, se levantaron los acantios de nuevo para mostrar
que estas decisiones estaban bien, pero que no era posible
llevarlas a la práctica con rapidez. Dijeron que era mejor,
en tanto que se hacía todo este preparativo, que lo más

---

6 Tres óbolos equivalen a media dracma. El trióbolo egineta tenía casi un gramo más de peso que el ático. Esta cantidad era la paga diaria más frecuente en Atenas por funciones públicas, tanto civiles como militares.

7 El doble de la dracma.

rápidamente posible saliera un hombre al mando de una 383
fuerza de Lacedemonia, la mayor que pudiera salir en se-
guida, así como de las demás ciudades, pues de este modo
las ciudades que todavía no se habían sumado se resis-
tirían y las unidas por la fuerza colaborarían con menos
entusiasmo en la alianza. Así lo decidieron, y los lace- 24
demonios enviaron a Eudámidas acompañado de neoda-
modes y, de los periecos y esciritas, como dos mil hom-
bres. Eudámidas, al salir, pidió a los éforos que su her-
mano Fébidas, después de reunir a los que quedaban de
los que se habían confiado a su mando, lo siguieran a
continuación. Por su parte, cuando llegó a los territorios
de Tracia, envió guarniciones a las ciudades que se lo
pedían, puso a su lado voluntariamente a Potidea, aun-
que ya era aliada de aquéllos, y de allí partió a hacer la
guerra como es natural que la haga el que tiene una fuer-
za menor.

Fébidas, cuando se le unieron los de Eudámidas que 25
habían quedado, partió con ellos. Una vez que estuvieron
en Tebas, acampó fuera de la ciudad cerca del gimnasio.
En ese momento había un conflicto interno entre los te-
banos y los polemarcos eran precisamente Ismenias y
Leontíades, que mantenían diferencias entre ellos y es-
taba cada uno al frente de una hetería. Ismenias, desde
luego, a causa del odio que sentía por los lacedemonios,
ni siquiera se acercó a Fébidas. Por el contrario, Leon-
tíades, se dedicó a atenderlo y, una vez que fue admitido
en su intimidad, le dijo lo siguiente: «En este día, Fébi- 26
das, tienes ante ti la posibilidad de conseguir los mayores
bienes para tu patria. Pues, si me acompañas con los ho-
plitas, yo te introduciré hasta la acrópolis. Siendo así,
piensa que Tebas estará totalmente a la disposición de los
lacedemonios y de nosotros, vuestros amigos. Ahora, como 27
ves, se ha prohibido públicamente que ninguno de los
tebanos marche contigo contra los olintios. Pero si tú
actúas con nosotros como te digo, inmediatamente envia-
remos contigo muchos hoplitas y muchos caballeros, de
modo que acudirás en apoyo de tu hermano con mucha
fuerza y, en lo que aquél se dispone a someter Olinto,

83 tú habrás sometido Tebas, ciudad mucho mayor que Olin-
8 to.» Al oír esto, Fébidas se llenó de ilusiones, pues estaba mucho más deseoso de hacer algo brillante que de vivir y, en cambio, no parecía ser hombre calculador ni siquiera muy inteligente. Una vez que convino en esto, le indicó que siguiera adelante, dado que estaba preparado para partir. «Cuando sea el momento oportuno, vendré a buscarte», dijo Leontíades, «y yo mismo te guiaré».
9 En el momento en que el Consejo estaba reunido en el pórtico del ágora, porque las mujeres celebraban las tesmoforias[8] en la Cadmea, y por ser verano y mediodía estaban completamente desiertas las calles, en ese momento se presentó a caballo Leontíades, hizo volver a Fébidas y lo condujo directamente a la acrópolis. Tras instalar allí a Fébidas y a los suyos, entregarle la llave de las puertas e indicarle que no se presentara en la acrópolis nadie a quien él no se lo hubiera ordenado, inme-
30 diatamente se marchó al Consejo. Al llegar, dijo lo siguiente: «No os desaniméis por el hecho de que los lacedemonios ocupen la acrópolis, pues dicen que no vienen como enemigos de nadie que no ame la guerra. Por mi parte, como la ley prescribe que el polemarco, si alguien da la impresión de obrar de manera que merezca la muerte, tiene el poder de detenerlo, detengo a este Ismenias como partidario de hacer la guerra. Vosotros, los capitanes y los que junto a ellos estáis formados, levantaos, apresadlo y llevadlo a donde se ha dicho.» Los que
31 ya conocían el plan, se presentaron y, obedeciendo la orden, lo detuvieron. De los que no lo conocían, adversarios del grupo de Leontíades, unos huyeron en seguida fuera de la ciudad por temor a morir, otros se retiraron primero a sus casas. Cuando se enteraron de que Ismenias estaba encerrado en la Cadmea, entonces se retiraron a Atenas los que estaban de acuerdo con Androclidas e Ismenias, aproximadamente trescientos.

---

[8] Fiestas celebradas en todo el mundo griego, en honor de Deméter, por las mujeres casadas.

Una vez que esto hubo terminado, eligieron otro po- 383
lemarco en vez de Ismenias, y Leontíades marchó inme- 32
diatamente a Lacedemonia. Allí encontró que los éforos y la masa de la población estaba enfrentada a Fébidas, porque había actuado sin recibir previamente órdenes de la ciudad al respecto. Agesilao, sin embargo, decía que, si su acción había resultado perjudicial para la ciudad, era justo que lo castigaran, pero, si había resultado favorable, según una antigua norma de la ciudad se permitía la improvisación en tales casos. «Exactamente esto», dijo, «es lo que conviene examinar, si lo que ha hecho es bueno o malo».

Entonces llegó Leontíades y dijo a los reunidos lo si- 33
guiente: «Lacedemonios, que los tebanos eran enemigos vuestros antes de que sucediera lo que acaba de ponerse en práctica, vosotros también lo decíais. Naturalmente, veíais que siempre eran los amigos de vuestros enemigos y los enemigos de vuestros amigos. ¿No es cierto que no quisieron acompañaros en las campañas contra el pueblo del Pireo, que era vuestro mayor enemigo, y en cambio atacaron a los focidios porque veían que vosotros los
apoyabais? Además, al saber que vosotros llevabais la 34
guerra contra los olintios, hicieron una alianza con ellos, y desde entonces vosotros siempre estabais atentos al momento en que tendríais que escuchar que habían forzado a la Beocia a estar bajo su dominio. En cambio ahora, hecho esto, nada tenéis que temer de los tebanos, sino que os bastará una pequeña escítala para que allí todo se someta a vuestras necesidades, si os ocupáis de nosotros
del mismo modo que nosotros de vosotros.» Tras escu- 35
char esto, los lacedemonios decidieron conservar la acrópolis como estaba después de su ocupación y someter a juicio a Ismenias, por lo que enviaron tres jueces de los lacedemonios y uno de cada una de las ciudades aliadas, fueran pequeñas o grandes. Reunido el jurado, acusaron a Ismenias de que, además de actuar en beneficio de los bárbaros, había sido huésped del persa sin ninguna buena intención en lo que a Grecia se refiere y de que había recibido dinero del rey, así como de que él y Androclides

383 eran los principales culpables de toda la agitación que
36 había en Grecia. Por su parte, se defendió contra todo
esto, pero no pudo convencer de que no era un ambicioso y un malhechor, por lo que fue condenado a muerte. Los de Leontíades ocuparon la ciudad y se ponían a disposición de los lacedemonios aún más de lo que se les había indicado.

37 Conseguido esto, los lacedemonios enviaron con mucho
382 más ánimo la expedición contra Olinto. Mandaron a Teleutias como harmosta, con todos los que ellos tenían que aportar al contingente de los diez mil, y enviaron escítalas a las ciudades aliadas, con la orden de acompañar a Teleutias según la norma de la alianza. Todos se ponían de buena gana a las órdenes de Teleutias, pues no parecía ser desagradecido con los subordinados, pero destacó la ciudad de los tebanos, que, influida por el hecho de que era hermano de Agesilao, contribuyó entusiasmada
38 a la expedición con hoplitas y caballeros. El no marchaba con demasiada prisa, preocupado por avanzar sin hacer ningún daño a los amigos y por reunir la mayor fuerza posible. Envió por delante un mensaje a Amintas, en que le explicaba que, si quería recuperar el poder, debía contratar mercenarios y dar dinero a los reyes vecinos para que se hicieran aliados. También envió un mensaje a Derdas, que gobernaba la Elimia, donde le explicaba que los olintios habían aplastado la potencia mayor, que era la de Macedonia, y no iban a dejar la que era menor si
39 nadie los hacía desistir de su actitud de soberbia. Gracias a que hacía esto, marchó a unirse a sus aliados con un ejército muy considerable. Cuando llegó a Potidea, desde allí avanzó en formación hacia territorio enemigo y, al llegar a la ciudad, no se puso a quemarla ni a arrasarla, en la idea de que, si hacía algo de esto, todo se convertiría para él en un impedimento, tanto al entrar como al salir. Al retirarse de la ciudad, entonces sería el momento adecuado para cortar los árboles que pudieran ser-
40 vir de obstáculo si alguien venía detrás. Cuando no estaba ni a diez estadios de la ciudad, dispuso las armas, él ocupó la izquierda, pues así le correspondía ir por las puertas

por donde salían los enemigos, y el resto de la falange 382
de los aliados se extendía a la derecha. A los caballeros
laconios, tebanos y todos los macedonios que estaban pre-
sentes los colocó a la derecha, pero junto a sí tenía a
Derdas, para que estuviera allí presente con gusto. Cuan- 41
do los enemigos vinieron a colocarse en formación en-
frente al pie de la muralla, sus caballeros se concentraron
y atacaron a los laconios y beocios. A Policarmo, el hi-
parco lacedemonio, lo arrojaron del caballo y le ocasiona-
ron muchísimas heridas cuando ya yacía en el suelo, a otros
los mataron y, por fin, hicieron retroceder a la caballería
colocada en el ala derecha. Una vez que los caballeros se
pusieron en fuga, también retrocedió la infantería, que
venía a continuación de ellos, y el ejército entero habría
corrido el riesgo de ser derrotado si Derdas, con su ca-
ballería, no se hubiera lanzado inmediatamente hacia las
puertas de los olintios. También acudió Teleutias con los
suyos en formación. Cuando los caballeros olintios se die- 42
ron cuenta de esto, por temor a quedar apartados de las
puertas, se volvieron y retrocedieron a toda prisa. Enton-
ces Derdas les mató a muchísimos caballeros cuando pa-
saban a su lado. También se retiró la infantería de los
olintios hacia la ciudad. Pero no murieron muchos de
ellos, porque la muralla estaba cerca. Erigido un trofeo, 43
Teleutias, al retirarse como vencedor, cortó los árboles.
Después de esta campaña, ocurrida durante el verano,
dispersó el ejército macedónico y el de Derdas. No obs-
tante, con mucha frecuencia seguían los olintios haciendo
incursiones contra las ciudades aliadas de los lacedemo-
nios, a las que saqueaban y mataban a sus hombres.

A la llegada de la primavera, los caballeros olintios, 3,1
que eran aproximadamente seiscientos, habían hecho una 381
incursión sobre Apolonia en mitad del día y, después de
dispersarse, se dedicaron a devastarla. Precisamente ese
día, Derdas había venido con su caballería y estaba to-
mando el almuerzo en Apolonia. Al ver la incursión, se
mantuvo quieto, pero con los caballos preparados y los
caballeros en armas. Cuando ya los olintios avanzaban
muy seguros de sí mismos hasta las afueras de la ciudad

381 y hasta las puertas mismas, entonces salió a su encuentro
con sus hombres en formación. Nada más verlo, se lan-
2 zaron a la fuga. Pero él, una vez que los hizo retroceder,
no dejó de perseguirlos, dando muerte a sus hombres a
lo largo de noventa estadios hasta que llegó a la misma
muralla de los olintios. Se decía que Derdas había matado
en esta ocasión alrededor de ochenta jinetes. Después, los
enemigos se estuvieron más bien encerrados en sus muros
y sólo una pequeña porción del territorio la trabajaban
3 enteramente. Al pasar el tiempo, y después de haber he-
cho Teleutias una expedición contra la ciudad de los olin-
tios, en la que se dedicaba a destruir todo árbol que
quedara en pie y lo que estaba labrado por los enemigos,
salió la caballería olintia con un paso lento, atravesó el
río que pasa por la ciudad, para seguir avanzando tran-
quilamente hacia el ejército contrario. En el momento en
que los vio Teleutias, irritado por su audacia, inmediata-
mente ordenó a Tlemónidas, el jefe de los peltastas, que
4 se dirigiera hacia ellos a la carrera. Los olintios, al ver
que los peltastas se acercaban a la carrera, se dieron la
vuelta, retrocedieron tranquilos y atravesaron de nuevo el
río. Los otros los siguieron con toda osadía y, como si
ellos los hubieran puesto en fuga, lo atravesaron detrás
para continuar la persecución. Entonces, los caballeros
olintios, cuando ya les pareció que los que habían atra-
vesado el río eran fáciles de prender, se dieron la vuelta,
cayeron sobre ellos y mataron al mismo Tlemónidas y,
5 de los demás, a más de cien. Cuando Teleutias vio lo
que sucedía, irritado, tomó las armas, rápidamente se puso
al frente de los hoplitas y ordenó a los peltastas y a los
jinetes que no los dejaran de perseguir. Igual que muchos
otros que llegaron en su persecución más cerca de la mu-
ralla de lo oportuno tuvieron que volverse de mala ma-
nera, así también les ocurrió a ellos, pues, como recibían
los disparos desde las torres, se vieron obligados a volver
6 de modo tumultuoso y a protegerse de los dardos. En
esto, los olintios sacaron fuera a los jinetes con el apoyo
de los peltastas. Por fin, también los hoplitas salieron a
la carrera y cayeron sobre la falange, que ya se encontraba

en estado de agitación. Teleutias murió entonces en el 381
combate. Ante ello, inmediatamente los suyos se retiraron y nadie permaneció ya firme, sino que huyeron todos, unos en dirección a Espartolo, otros a Acanto, otros hacia Apolonia, y la mayoría hacia Potidea. Como cada uno huía por un sitio diferente, así los enemigos también se pusieron a perseguirlos todos ellos en diferentes direcciones, y aniquilaron a muchísimos hombres y todo lo que había de útil dentro del ejército.

Conviene que, a partir de sucesos como éste, [como] 7
yo digo, los hombres se eduquen mejor y no castiguen por ira ni siquiera a los esclavos [9], pues muchas veces los amos irritados sufren mayores males de los que causan. Pues bien, dejarse llevar con los contrincantes por la ira y no por la reflexión es un error total. La ira es imprevisible y la reflexión mira no sólo que no se sufra ningún mal, sino también cómo procurar algún daño a los enemigos.

A los lacedemonios, cuando se enteraron del suceso, 8
en sus deliberaciones les pareció que había que enviar una fuerza no pequeña para que la confianza de los que habían vencido se apagara y no se convirtiera en inútil lo que se había hecho. Con este pensamiento, envían como jefe al rey Agesípolis, y con él treinta espartiatas,
como Agesilao en Asia. Muchos de los periecos nobles 9
los acompañaban voluntariamente, así como extranjeros de los llamados «criados» [10] y bastardos de los espartiatas, de muy buen aspecto y no ajenos a las ventajas de la ciudad [11]. También se unieron voluntarios de las ciu-

[9] Según el texto de Stephanus, señalado por Marchant en el aparato crítico, y admitido por Brownson y Hatzfeld: «digo que, a partir de tales sucesos, los hombres aprenden mejor que no conviene castigar por ira ni siquiera a los esclavos».

[10] Venidos todavía niños y que han recibido la educación espartana. Su situación jurídica permanece ajena a la ciudadanía plena, pero parecen disfrutar de derechos a los que no acceden los extranjeros propiamente dichos.

[11] Como bastardos, quedan fuera de los derechos propios del ciudadano, aunque tal vez se beneficiaran del sistema educativo y de algún otro privilegio reservado a los hijos legítimos.

381 dades aliadas, caballeros de los tesalios, que deseaban ser
conocidos por Agesípolis, y Amintas y Derdas con más
entusiasmo que antes todavía. Con esto contaba Agesí-
polis cuando partió hacia Olinto.
10 Los fliasios, elogiados por Agesípolis porque rápida-
mente le habían dado mucho dinero para la expedición,
con el pensamiento de que si Agesípolis estaba fuera no
saldría hacia ellos Agesilao, ni debería de ocurrir que
ambos reyes estuvieran al mismo tiempo lejos de Espar-
ta, tenían la audacia de no poner en práctica nada de lo
debido a los repatriados. Efectivamente, los exiliados con-
sideraban justo que los bienes en disputa se dirimieran
en un jurado equilibrado, pero ellos los forzaban a so-
meterse a juicio en la misma ciudad y, cuando los repa-
triados preguntaban qué clase de justicia era esa donde
los que habían cometido el delito se convertían en los
11 jueces, no les prestaban atención. Por eso precisamente
llegaron a Lacedemonia los repatriados para hacer acusa-
saciones contra su ciudad, y los acompañaban otros de
los de casa, para confirmar que a muchos de los ciudada-
nos no les parecía que los estuvieran tratando con justi-
cia. Irritado con ellos, la ciudad de los fliasios multó a
todos cuantos fueron a Lacedemonia sin haberlos enviado
12 ella. Los condenados dudaban en volver a casa y, mien-
tras esperaban, enseñaron que los que habían cometido
esta violencia eran los mismos que los expulsaron a ellos
y rechazaron a los lacedemonios. Estos eran también los
que habían comprado sus propiedades y usaban la vio-
lencia para no devolverlas, y asimismo eran ellos los que
ahora habían conseguido que los castigaran por haber ido
a Lacedemonia, para que en adelante nadie se atreviera a
13 ir a mostrar lo que sucedía en la ciudad. Como en reali-
dad parecía que los fliasios se comportaban con desme-
sura, los éforos decretaron una movilización contra ellos.
Esto no le produjo contrariedad a Agesilao, pues los hués-
pedes de su padre Arquidamo eran los de Podánemo, que
entonces estaban entre los repatriados, y los suyos eran
14 los de Procles, el hijo de Hipónico. Como, al serle favo-
rables los rituales de paso, partió sin esperar más, muchas

embajadas empezaron a venir a su encuentro y a darle 381
dinero, para ver si así no llevaba a cabo la invasión. Pero
él contestó que no la llevaba a cabo con la intención de
cometer injusticia, sino para acudir en ayuda de quienes
eran víctimas de ella. Finalmente decían que estaban dis- 15
puestos a cualquier cosa, pero pedían que no realizara la
invasión. A su vez, les respondía que no confiaba en sus
palabras, pues ya antes habían mentido, y dijo que ne-
cesitaba algun hecho digno de confianza. Cuando le pre-
guntaban cuál podría ser, de nuevo contestó: «Lo mismo
que hicisteis antes, y no fuisteis víctimas de ninguna in-
justicia por nuestra parte.» Se trataba de entregar la acró- 16
polis. Como esto no querían hacerlo, entró en su terri-
torio, inmediatamente los rodeó con un muro y les puso
sitio. Muchos lacedemonios decían que, por culpa de unos
pocos hombres, odiarían a la ciudad más de cinco mil y,
en efecto, para que fuera evidente, los fliasios celebraban
sus asambleas a la vista de los de fuera. No obstante,
Agesilao, ante esto, ideó otra cosa. Cada vez que salía 17
alguno, o por amistad o por parentesco con los exiliados,
a cuantos quisieran ejercitarse, les enseñaba a disponer
sus propias comidas comunes y a aportar lo suficiente
para el aprovisionamiento. Ordenaba que se les propor-
cionaran armas a todos y que no dudaran en tomar pres-
tado dinero para ello. Resultó que se sometieron a esto
más de mil hombres, que tenían su cuerpo en perfecta
forma, bien disciplinados y muy bien armados, de modo
que al final los lacedemonios dijeron que necesitaban ta-
les compañeros de campaña.

Mientras Agesilao estaba en estos asuntos, por su par- 18
te Agesípolis avanzó inmediatamente desde Macedonia 380
y dispuso las armas ante la ciudad de los olintios. Como
nadie le salía al encuentro, entonces se dedicó a devastar
lo que quedaba en Olintia y a ir a destruir la cosecha de
las ciudades aliadas. Así, atacó Torona y la tomó por la
fuerza. Cuando estaba dedicado a esto, en el centro del 19
verano, lo dominó una ardiente fiebre. Hacía poco que
había visto el santuario de Dioniso en Afites y ahora se
apoderó de él la nostalgia de sus rincones umbríos, de

380 sus aguas resplandecientes y frías. Allí lo llevaron todavía
vivo, pero al séptimo día después de caer enfermo murió
fuera del santuario. Colocado en miel y transportado a
la patria, obtuvo la sepultura real.

20 Agesilao, cuando oyó la noticia, no se alegró, como
podría pensar alguien, por el hecho de que fuera su rival,
sino que lloró y echó de menos su compañía. Pues, como
reyes, habitaban en la misma tienda cuando estaban en
casa. Además, Agesípolis era el hombre adecuado para
compartir con Agesilao las conversaciones propias de la
juventud, la caza, la hípica y los jóvenes amantes. Ade-
más de eso, lo respetaba dentro de la vida en común,
como es natural por ser el más viejo. Los lacedemonios,
entonces, enviaron en su lugar a Olinto como harmosta a
Polibíades.

21 Agesilao había superado ya el plazo para el que se de-
379 cía que había trigo en Fliunte. En efecto, tan diferente
puede ser la continencia de la gula que los fliasios habían
votado consumir la mitad del trigo que antes y, al hacerlo
así, fueron capaces de resistir sitiados el doble de tiempo
22 del que era natural. Hay veces en que la audacia difiere
tanto de la cobardía que un tal Delfión, que gozaba de
brillante fama, después de tomar consigo trescientos hom-
bres de los fliasios, fue capaz de oponerse a los que que-
rían hacer la paz, fue capaz también de encerrar y de
tener bajo vigilancia a aquellos en los que no tenía con-
fianza, y pudo obligar a la masa a acudir a las guardias y,
al hacer la ronda, conseguir que todos fueran de su con-
fianza. Muchas veces, con los que tenía consigo, salía
corriendo y apartaba a los guardianes por uno u otro lu-
23 gar del círculo que los rodeaba. Pero cuando estos elegi-
dos, por mucho que buscaban, no encontraban trigo en
la ciudad, entonces enviaron un mensaje a Agesilao a
pedirle que les concediera una tregua para ir en embajada
a Lacedemonia, pues decían que les había parecido bien
dirigirse a las autoridades de los lacedemonios para que
24 hicieran lo que quisieran. Irritado porque prescindían de
su autoridad, mandó un mensaje a sus amigos de la ciu-
dad y consiguió que se dejaran en sus manos los asuntos

de Fliunte. Luego concedió la tregua para la embajada. 379 Con una vigilancia aún más fuerte que antes, puso atención para que no saliera ninguno de los de la ciudad. Sin embargo, a pesar de todo, por lo menos Delfión y un esclavo estigmatizado [12], que había robado muchas armas de los sitiadores, escaparon de noche. Cuando vinieron de 25 Lacedemonia con el anuncio de que la ciudad ponía en manos de Agesilao que decidiera sobre los asuntos de Fliunte de acuerdo con su parecer, Agesilao decidió de este modo: que cincuenta hombres de los repatriados y cincuenta de los del interior, en primer lugar, determinaran quién, en la ciudad, era justo que viviera y quién era justo que muriera. Luego, que se establecieran leyes por las cuales se gobernarían. Hasta que pusieran en práctica tales decisiones, dejó una guarnición y la paga de seis meses para ella. Después de hacer esto, despidió a los aliados y devolvió a la patria al contingente de ciudadanos. Así se acabaron los asuntos de Fliunte en un año y ocho meses.

Polibíades, como los olintios estaban en una situación 26 totalmente insoportable por el hambre, porque no recogían alimentos de la tierra ni se lo llevaban por mar, los obligó a enviar a Lacedemonia una embajada a tratar de la paz. Los que fueron como embajadores plenipotenciarios fijaron acuerdos para considerar amigo o enemigo a los mismos que los lacedemonios, acompañarlos a donde los llevaran y ser sus aliados. Tras jurar que esto quedaría así, regresaron a casa.

Como las cosas marchaban bien para los lacedemonios, 27 de tal modo que los tebanos y los demás beocios estaban totalmente en sus manos, los corintios se habían hecho muy fieles, los argivos se habían humillado porque ya no les era de ninguna utilidad el pretexto de los meses [13], y los atenienses se habían quedado aislados, castigados además los aliados que les habían sido hostiles, ya les parecía

[12] *Stigmatías:* esclavo marcado con hierro al rojo vivo con motivo de algún castigo.

[13] Explicación considerada interpolada por Hatzfeld, de acuerdo con Schafer.

379 que en todos los aspectos su poder estaba perfecta y firmemente establecido.

4,1 Cualquiera podría dar muchos ejemplos más, tanto griegos como bárbaros, de cómo los dioses no se olvidan ni de los impíos ni de los sacrílegos, pero ahora voy yo a contar el que tengo delante. En efecto, los lacedemonios, que, a pesar de haber jurado dejar autónomas las ciudades, ocuparon luego la acrópolis de Tebas, recibieron su castigo exclusivamente de parte de los mismos que habían sido víctimas de su injusticia, y eso que ellos antes nunca habían sido dominados por ninguno de los hombres. Con respecto a los ciudadanos que los introdujeron en la acrópolis y que deseaban esclavizar la ciudad a los lacedemonios para poder tiranizarla ellos mismos, bastaron para derrocar su gobierno sólo siete de los exiliados. Voy a contar cómo sucedió esto.

2 Había un tal Fílidas, secretario de los polemarcos que gobernaban con Arquias, que al parecer prestaba siempre excelentes servicios, pero una vez que vino a Atenas por algún asunto, se reunió con él Melón, conocido suyo desde antes, que ahora se encontraba entre los exiliados en Atenas y, al preguntarle por el gobierno de Arquias el polemarco y por la tiranía de Filipo, se dio cuenta de que odiaba la situación patria más aún que él, por lo que se prestaron fidelidad y se pusieron de acuerdo sobre los
3 detalles. En consecuencia, Melón reunió a los seis exiliados de más confianza armados exclusivamente con puñales y, como primera medida, se dirigió de noche hacia el territorio. Luego, después de pasar el día en un lugar desierto, marcharon hacia las puertas, como si regresaran del campo precisamente cuando los últimos volvían de las tareas. Una vez que entraron en la ciudad, pasaron aquella noche en casa de un tal Carón, donde también
4 pasaron el día siguiente. Fílidas, a la sazón, en el momento de celebrar las Afrodisias [14], se ocupaba de todos los asuntos de los polemarcos que salían de sus cargos, por

[14] Fiestas en honor de Afrodita que, en Tebas, se celebraban en el mes de diciembre.

lo que, aprovechando que había prometido hacía tiempo 379
llevarles las mujeres más espléndidas y hermosas de Tebas, dijo que entonces era la ocasión de llevárselas. Ellos, como eran así, esperaban pasar la noche muy agradablemente. Cuando hubieron cenado y, gracias a su colabora- 5
ción, se habían emborrachado rápidamente, al recibir la orden de traer a las heteras [15], salió y trajo a los de Melón, tres vestidos como señoras y los otros como siervas.
Los introdujo hasta la antedespensa del polemarqueo y 6
él volvió a decirles a los de Arquias que las mujeres se negaban a entrar si había dentro algún sirviente. Entonces ordenaron salir a todos rápidamente, y Fílidas les dio vino y los dejó ir a la vivienda de uno de los servidores. Luego introdujo a las heteras y las sentó junto a cada uno de ellos. El acuerdo era que, cuando estuvieran sentados,
los golpearían nada más descubrirse. Unos dicen que 7
ellos murieron así y otros que los de Melón entraron como comastas [16] y mataron a los polemarcos. Fílidas tomó luego a tres de aquéllos y se dirigió a casa de Leontíadas. Golpeó la puerta y dijo que quería anunciar algo de parte de los polemarcos. El precisamente se había retirado a tumbarse después de la cena y su mujer trabajaba la lana sentada a su lado. Como consideraba a Fílidas hombre de confianza, le dijo que entrara. Una vez dentro, a él lo mataron y a su mujer la asustaron para que guardara silencio. Al salir le dijeron que la puerta estuviera cerrada y la amenazaron con que, si la encontraban abierta, matarían a todos los de la casa.

Hecho esto, Fílidas, con dos de los hombres, fue a la 8
prisión y dijo al carcelero que traía a uno para encerrar de parte de los polemarcos. Cuando abrió, al punto lo mataron y liberaron a los prisioneros. A éstos en seguida los armaron con las armas que cogieron del pórtico, los

[15] Este tipo de cortesana ejercía su profesión y estaba situada más alta en la escala social que la *porné*, encerrada en casas de prostitución.

[16] En principio, miembros del *Komos*, o séquito que participaba en el culto de Dioniso. Como derivación, simple juerguista.

379 llevaron al Anfeo[17] y les dijeron que tuvieran las armas
9 dispuestas. Luego, inmediatamente, anunciaron que tenían que salir todos los tebanos, caballeros y hoplitas, pues habían muerto los tiranos. Los ciudadanos, mientras era de noche, permanecían desconfiados. Pero cuando llegó el día y fue patente lo sucedido, rápidamente acudieron los hoplitas y los caballeros con sus armas. Los que se habían repatriado enviaron jinetes a buscar a los dos estrategos atenienses[18] que estaban en las fronteras. Al conocer el asunto por el que los habían enviado, acudieron en su ayuda[19].
10 El harmosta de la acrópolis, cuando sintió la proclama nocturna, inmediatamente mandó a buscar ayuda a Platea y Tespias. Al enterarse los caballeros de los tebanos de que venían los de Platea, les salieron al encuentro y mataron a más de veinte. Cuando volvieron a entrar después de haber hecho esto, y se habían presentado ya los atenienses de las fronteras, se lanzaron hacia la acrópolis.
11 Como los de la acrópolis fueron conscientes de que eran pocos y vieron el entusiasmo de todos los que se acercaban, debido a que los heraldos anunciaban grandes promesas para los primeros que llegaran, asustados por todo esto, dijeron que se irían si les daban seguridad de poder salir con las armas. Los otros les dieron con gusto lo que pedían, hicieron libaciones, juraron sobre ellas y los de-
12 jaron ir. Pero al salir, a cuantos reconocían específicamente como adversarios, los apresaban y los mataban. Hubo algunos que, gracias a los atenienses que habían acudido de las fronteras, escaparon y se pusieron a salvo. Pero los tebanos, incluso a los hijos de los muertos, cuando los había, los apresaban y los desgollaban.

---

17 Templo dedicado al héroe Anfión, fundador de Tebas, según algunas versiones.

18 En las mismas fuentes, no hay acuerdo sobre si contaban o no con el apoyo oficial de la ciudad.

19 «acudieron en su ayuda»: hipótesis de Dobrée, recogida con reservas en la traducción de Brownson y en el aparato crítico de Hatzfeld, que prefiere conservar la laguna.

Desde que se enteraron de esto, los lacedemonios, al 379
harmosta que había abandonado la acrópolis y no había 13
esperado las tropas de refresco, lo mataron y decretaron
una movilización contra los tebanos. Agesilao declaró en-
tonces que ya había sobrepasado los cuarenta años de
servicio y, de igual modo que para los demás de su edad
ya no había obligación de salir a combatir fuera de su
tierra, así también señaló que para los reyes existía la
misma norma, y con esta declaración ya no tomó parte
en la campaña. En realidad, no se quedaba por esta ra-
zón, sino porque sabía bien que, si se ponía al frente
del ejército, los ciudadanos dirían que Agesilao, para
acudir en auxilio de los tiranos, causaba problemas a la
ciudad. Así pues, dejaba que decidieran lo que quisieran
acerca de estas cosas. Los éforos, informados por los que 14
habían sido objeto de expulsión, después de la matanza
de Tebas, cuando ya era pleno invierno, enviaron a Cleóm-
broto, que entonces por primera vez actuaba como jefe.
Pues bien, Cabrias, con peltastas de los atenienses, vigi-
laba el camino por Eléuteras, pero Cleómbroto subió por
el que lleva a Platea. En su avance, los peltastas se en-
contraron con que sobre la cima montaban guardia los
liberados de la prisión, que eran aproximadamente ciento
cincuenta. A todos éstos, salvo que escapara alguno, los
mataron los peltastas. El bajó hacia Platea, que todavía 15
era amiga. Cuando llegó a Tespias, de allí partió hacia
Cinoscéfalas, que era de los tebanos, y acampó. Después
de permanecer en ese lugar alrededor de dieciséis días,
regresó de nuevo a Tespias, donde dejó como harmosta
a Esfodrias y la tercera parte de cada uno de los aliados.
Le entregó todo el dinero que traía de casa y le encargó
que reclutara un ejército mercenario. Esfodrias así lo
hizo. Cleómbroto llevó a sus soldados a casa por el cami- 16
no de Creusis sin que ni siquiera supieran bien si había
paz o guerra con los tebanos, pues había llevado el ejér-
cito hasta el territorios de Tebas, pero regresó después
de haber causado tan poco daño como pudo. Al volver, 17
se produjo un fuerte viento, que algunos veían como un
presagio significativo de los sucesos futuros, pues su vio-

379 lencia fue tal que, además de mostrarse de otros muchos modos, cuando superaban con su ejército desde Creusis el monte que domina el mar, precipitó desde lo alto muchos asnos con sus cargas y muchas armas que habían sido
18 requisadas las arrojó al mar. Finalmente, muchos, que no podían avanzar con sus armas, las dejaron en uno u otro punto de la cima después de llenar de piedras sus escudos vueltos hacia arriba. Entonces, en Egóstena, de la Megáride, cenaron como pudieron y, al día siguiente, vinieron a recoger las armas. Después ya cada uno regresó a su casa, pues Cleómbroto los dejó ir.

19 Los atenienses, al ver la fuerza de los lacedemonios y que en Corinto ya no había guerra, sino que ahora los lacedemonios pasaban por el Atica para invadir Tebas, de tal modo se asustaron que, a los dos estrategos que estaban en el secreto del levantamiento de Melón contra los de Leontíades, los sometieron a juicio y a uno lo mataron y al otro, como no se presentó, lo desterraron.

20 Los tebanos, por su parte, también asustados de que
378 ningún otro más que ellos hiciera la guerra a los lacedemonios, encontraron la siguiente estratagema. Persuadieron a Esfodrias, el harmosta de Tespias, por medio de dinero, según se sospechaba, de que invadiera el Atica, con la intención de empujar a los atenienses a hacer la guerra a los lacedemonios. El se dejó convencer y, con la aspiración de apoderarse del Pireo porque no estaba cerrado con puertas, hizo que los soldados cenaran temprano y los llevó desde Tespias, con la promesa de que
21 antes del amanecer llegarían hasta el Pireo. Pero al día siguiente se presentó en Tría, y entonces no hizo nada para pasar desapercibido, sino que, cuando se dio la vuelta, se dedicó a robar ganado y quemar casas. Naturalmente, algunos de los que se encontraban con ellos de noche salieron huyendo hacia la ciudad y anunciaron a los atenienses que se acercaba un gran ejército. Tanto caballeros como hoplitas se armaron rápidamente y se
22 pusieron a hacer la guardia de la ciudad. Se dio el caso de que estaban como embajadores de los lacedemonios en Atenas, en casa de Calias el próxeno, Etímocles, Aris-

tóloco y Ocilo. Los atenienses, cuando recibieron noticias 378
del episodio, los apresaron y les pusieron vigilancia, como
si también fueran partícipes de la estratagema. Pero real-
mente estaban sorprendidos ante el suceso y se defendían
con el argumento de que, de haber sabido que proyec-
taban atacar el Pireo, no iban a ser tan insensatos como
para ofrecerse ellos a modo de fáciles presas, y encima
en casa del próxeno, donde rápidamente los habrían en-
contrado. Además, decían que incluso quedaría claro para 23
los atenienses que ni siquiera la ciudad de los lacedemo-
nios era cómplice de este asunto. Con respecto a Esfo-
drias, afirmaron que, con toda seguridad, tendrían infor-
mación de que había perecido a manos de la ciudad. Así,
sometidos a juicio, se estimó que no sabían nada y los
dejaron libres. Los eforos llamaron a Esfodrias, para 24
quien proponían la pena de muerte. Pero él, por miedo,
no se presentó. Y sin embargo, aunque no se presentó
al juicio, fue absuelto. A muchos les pareció éste el jui-
cio que se resolvió del modo más injusto en Lacedemonia.
La causa fue la siguiente.

Hijo de Esfodrias era Cleónimo, que estaba justamente 25
al final de la edad infantil y era, al mismo tiempo, el
más hermoso y el más prestigioso de los de su edad.
Precisamente se enamoró de él Arquidamo, el hijo de
Agesilao. Desde luego, los amigos de Cleómbroto, por ser
camaradas [20] de Esfodrias, se mostraban indulgentes con
él, pero temían a Agesilao y a sus amigos, e igualmente
a los neutrales, pues lo que había hecho resultaba exce-
sivo. Por ello, Esfodrias dijo a Cleónimo: «Está en tus 26
manos, hijo, salvar a tu padre, sólo con pedirle a Arqui-
damo que Agesilao se muestre benévolo conmigo en el
juicio.» Al oír esto, se atrevió a ir a ver a Arquidamo
y a pedirle que se convirtiera en el salvador de su padre.
Por su parte, Arquidamo, al ver llorar a Cleónimo, se 27
compadeció y se puso a llorar a su lado, pero, al oír lo

---

[20] «Camaradas» = *hetairoi*; «amigos»: *philoi*. Se trata de un episodio en que se ve el importante papel que desempeñan las relaciones de este tipo dentro de la ciudad de Esparta.

378 que le pedía, contestó: «Por favor, Cleónimo, date cuenta
de que yo a mi padre no puedo ni siquiera mirarlo de
frente y, cuando quiero conseguir algo en la ciudad, se
lo pido a todos antes que a mi padre. Sin embargo, pues-
to que me lo pides tú, considera que yo pondré todo mi
28 entusiasmo en conseguírtelo.» Entonces, desde la comida
común, se dirigió a su casa y descansó. Se levantó antes
del amanecer para vigilar que su padre no se le escapara
en el momento de marcharse. Cuando lo vio salir, pri-
mero, si se presentaba alguno de los ciudadanos, lo de-
jaba que dialogara con él, luego también lo hacía si había
algún extranjero y finalmente incluso cedía el lugar a los
servidores si se lo pedían. Por último, cuando Agesilao,
a la vuelta del Eurotas, llegó a casa, se volvió y marchó
sin habérsele acercado. Al día siguiente hizo lo mismo.
29 Agesilao sospechaba para qué venía, pero no le pregun-
taba nada, sino que lo dejaba hacer. Por su parte, Arqui-
damo deseaba, como es natural, ver a Cleónimo, pero no
podía ir a su lado sin haber hablado con su padre de lo
que aquél le había pedido. Los de Esfodrias, como no
veían a Arquidamo, mientras que antes venía frecuente-
mente, estaban preocupados por si hubiera recibido los
30 reproches de Agesilao. Por fin, Arquidamo se atrevió a
acercársele y le dijo: «Padre, Cleónimo me dice que te
pida la salvación de su padre, y yo te pido lo mismo, si
es posible.» El contestó: «Desde luego, a ti, yo, por mi
parte, te concedo el perdón, pero yo mismo no veo cómo
podría conseguir el perdón de parte de la ciudad si no
castigo a un hombre culpable de actuar en perjuicio de
31 ella para recibir dinero.» Entonces, ante este argumento,
nada dijo, sino que se marchó vencido por lo que era de
justicia. No obstante, más tarde, o bien por propia refle-
xión, o bien adoctrinado por alguien, volvió y dijo: «Pa-
dre, que si Esfodrias no hubiera cometido ninguna injus-
ticia, lo habrías absuelto, eso lo sé. Ahora bien, si la ha
cometido, que sea por nosotros por lo que obtenga de
ti el perdón.» Y él replicó: «Desde luego, si eso va a ser
para nosotros bueno, así será.» Al oír esto, salió muy
32 desesperanzado. Uno de los amigos de Esfodrias, cuando

dialogaba con Etimocles, le dijo: «Vosotros, creo, todos 378
los amigos de Agesilao, vais a matar a Esfodrias.» Etimocles contestó: «Por Zeus, no actuaremos en ese caso como Agesilao, ya que él a todos aquellos con los que habla les dice lo mismo, que es imposible negar que Esfodrias ha cometido injusticia, pero a cualquiera que, de niño, adolescente o joven, en toda su vida, haya actuado siempre del modo más hermoso, a un hombre así es difícil matarlo, pues Esparta necesita de esta clase de soldados.»
Nada más escucharlo, fue a contárselo a Cleónimo que, 33
muy contento, marchó inmediatamente a ver a Arquidamo y le dijo: «Ya sabemos que te preocupas de nosotros, pero tú también tienes que saber, Arquidamo, que nosotros intentaremos preocuparnos de que nunca tú te avergüences de nuestra amistad.» Y no le mintió, sino que durante su vida hizo todo lo que en Esparta es hermoso y, en Leuctra, combatió delante del rey con Dinón el polemarco, cayó tres veces y fue el primero de los ciudadanos que murió en medio de los enemigos. En verdad, causó aflicción a Arquidamo, pero, como había prometido, no lo avergonzó, sino que más bien le produjo satisfacción. De esta manera, Esfodrias salió absuelto.

Entonces, los atenienses partidarios de los beocios en- 34
señaron al pueblo cómo los lacedemonios no habían castigado a Esfodrias, sino que lo habían ensalzado por haber atacado Atenas. En consecuencia, los atenienses dotaron de puertas el Pireo, construyeron naves y con todo su
entusiasmo fueron en ayuda de los beocios. Los lacede- 35
monios, por su parte, decretaron una movilización contra los tebanos y, como creían que Agesilao los conduciría de modo más inteligente que Cleómbroto, le pidieron que llevara la expedición. Después de exponer que no se opondría a nada de lo que a la ciudad le pareciera bien, se
preparó para la marcha. Al darse cuenta de que, si nadie 36
controlaba de antemano el Citerón, no sería fácil introducirse en Tebas, cuando supo que los cletorios hacían la guerra a los orcomenios y mantenían un ejército mercenario, tuvo una entrevista con ellos, para que se le
uniera el ejército mercenario si lo necesitaba. Como los 37

378 ritos fronterizos fueron favorables, después de enviar, antes de estar él en Tegea, un mensaje al jefe de los mercenarios de los cletorios, y darles el salario de un mes, les dijo que se apoderaran del Citerón. A los orcomenios les indicó que, mientras durara la campaña, detuvieran la guerra. Dijo que si alguna ciudad, estando el ejército fuera, atacaba a otra ciudad, iría primero contra ella de
38 acuerdo con el tratado de los aliados. Cuando hubo superado el Citerón, fue a Tespias y, de allí, partió para dirigirse al territorio de los tebanos. Como encontró que la llanura estaba rodeada por una fosa y cerrada por una empalizada circular, al igual que la parte mejor del territorio, se dedicó a acampar cada vez en un sitio distinto y, después del almuerzo, salía a devastar la parte del territorio que daba hacia su lado, fuera de la empalizada y de la fosa, pues los enemigos, donde aparecía Agesilao, le salían al encuentro dentro del cercado con ánimo de
39 defenderse. Una vez, cuando se retiraba ya en dirección al campamento, la caballería de los tebanos, hasta entonces invisible, de repente se lanzó a través de las salidas abiertas en el cercado, y los atacaron cuando, como es lógico en el momento de volver para la cena, los peltastas hacían los preparativos. Los jinetes estaban unos todavía en tierra, mientras otros se encontraban en el momento de montar. Hirieron a numerosos peltastas, entre los caballeros a Cleas y Epicididas, espartiatas, a uno de los periecos, Eudico, y algunos exiliados de los tebanos,
40 que todavía no habían subido a los caballos. Cuando Agesilao volvió sobre sus pasos y acudió con los hoplitas, la caballería iba contra la caballería y los hoplitas de diez promociones corrían con ellos. La caballería de los tebanos se parecía a quienes han bebido en mitad del día, pues aguardaban a los que los atacaban como si fueran a disparar las lanzas, pero no acertaban. Al darse la vuelta
41 de tal posición, murieron doce de ellos. Cuando se dio cuenta Agesilao de que siempre después del almuerzo aparecían los enemigos, tras hacer un sacrificio al amanecer, avanzó tan rápidamente como le fue posible y se metió por un lugar desierto dentro de los cercados. Entonces se

dedicó a cortar y quemar todo el interior hasta la ciudad. 378
Tras hacer esto y regresar de nuevo a Tespias, les fortificó la ciudad. Allí dejó a Fébidas como harmosta y, después de hacer la travesía hasta Mégara de nuevo, disolvió las tropas aliadas y llevó a casa el ejército ciudadano.

Luego Fébidas se dedicó a enviar grupos de bandidos 42
para expoliar a los tebanos y a organizar expediciones que destrozaban su territorio. Por su parte, los tebanos, que pretendían vengarse, hicieron una campaña en masa contra el territorio de Tespias. Cuando estaban en el territorio, Fébidas se puso a hostigarlos con los peltastas y no dejó de ninguna manera que la falange se desplegase, de modo que los tebanos, muy descontentos, hicieron la retirada más deprisa que la incursión, y los muleros, mientras arrojaban el fruto que habían cogido, empujaban hacia casa; tan terrible fue el miedo que cayó
sobre su ejército. En esta situación, él presionaba con 43
audacia, con el ejército de los peltastas a su alrededor, después de ordenar al de los hoplitas que le siguiera en formación. Llegó a concebir la esperanza de poner en fuga a los hombres, pues guiaba con energía, a los demás les indicaba que atacaran y a los hoplitas de Tespias les or-
denó que lo acompañaran a él. Cuando, en su retirada, 44
la caballería de los tebanos se encontró en un valle sin salida, primero se reunieron y luego se dieron la vuelta, al no saber por dónde podrían pasar. Los peltastas, que iban delante, como eran pocos, se asustaron ante ellos y huyeron. Los caballeros, en cambio, cuando vieron esto, gracias a los que huían comprendieron que era mejor ata-
carlos. Fébidas y dos o tres que lucharon junto a él mu- 45
rieron, pero los mercenarios huyeron ante lo que pasaba. Cuando en su huida llegaron frente a los hoplitas de Tespias, también ellos, que, desde mucho antes, estaban muy seguros de que no cederían ante los tebanos, huyeron sin sufrir ninguna persecución, pues ya era tarde. Y no murieron muchos, pero sin embargo los tespieos no se
detuvieron antes de encontrarse en la muralla. Ahora se 46
encendió de nuevo el ánimo de los tebanos y emprendieron una expedición contra Tespias y las demás ciudades

378 vecinas, donde el pueblo se pasó del lado de Tebas. En efecto, en todas las ciudades estaban establecidos poderes autoritarios, como había pasado en Tebas, de modo que los amigos de los lacedemonios en estas ciudades también necesitaban ayuda. Después de la muerte de Fébidas, los lacedemonios enviaron por mar un polemarco y un regimiento para vigilar Tespias.

47 Cuando llegó la primavera, de nuevo los éforos decre-
377 taron una movilización contra Tebas y pidieron a Agesilao, como antes, que se pusiera al frente. Como pensaba lo mismo acerca de la invasión, sin haber hecho los sacrificios fronterizos, envió un mensaje al polemarco de Tespias para decirle que controlara de antemano la cima que está sobre el camino del Citerón y la vigilara hasta
48 su llegada. Cuando lo hubo atravesado y ya estaba en Platea, fingió que de nuevo iba primero a Tespias y envió un mensaje para decir que prepararan un mercado y que las embajadas esperaran allí, de modo que los teba-
49 nos vigilaban fuertemente el paso desde Tespias. Sin embargo, Agesilao, al día siguiente, al amanecer, después de los sacrificios, avanzó por el camino de Eritras. Al haber acabado en un día un viaje que a una expedición normalmente le lleva dos, atravesó la empalizada que daba a Escolo antes de que los tebanos acudieran desde el puesto por el que antes había entrado. Después de hacer esto, se dedicó a devastar los campos al este de la ciudad de los tebanos hasta el límite de Tanagra, pues todavía entonces tenían Tanagra los de Hipatodoro, que eran amigos de los lacedemonios. Luego se marchó de-
50 jando la muralla a su izquierda. Los tebanos lo siguieron hasta hacerle frente en el Pecho de la Vieja y dejaron atrás la fosa y la empalizada, en la idea de que era mejor afrontar el peligro en este lugar, pues el territorio era por aquí convenientemente estrecho e inaccesible. Al verlo Agesilao, no marchó contra ellos, sino que hizo un
51 quiebro y se fue hacia la ciudad. Por su parte, los tebanos temieron por su ciudad, que estaba desierta, por lo que dejaron el lugar donde estaban en formación y salieron a la carrera hacia ella por el camino de Potnias, que era

más seguro. Pero resultó hermosa la estratagema de Age- 377
silao, porque al alejarse de los enemigos los había hecho retirarse a la carrera. Sin embargo, algunos de los polemarcos atacaron con los regimientos a los que los superaban en la carrera. Con todo, los tebanos desde las co- 52
linas seguían disparando las lanzas, y así murió Alipeto, uno de los polemarcos, herido por una lanza. Pero, de igual modo, también de esta colina se retiraron los tebanos, de manera que, al subir los escíritas y algunos de los caballeros, hirieron a los últimos de los tebanos que se dirigían a la ciudad. Cuando ya estuvieron cerca de 53
la muralla, los tebanos se dieron la vuelta. Los escíritas, al verlos, se retiraron y no precisamente al paso. Aunque no murió ninguno de ellos, de todos modos los tebanos erigieron un trofeo, por la retirada de los que habían subido. Agesilao, cuando llegó el momento, se retiró y 54
acampó precisamente donde había visto que los enemigos estaban alineados. Al día siguiente, regresó por el camino de Tespias. Como los peltastas, los que eran mercenarios de los tebanos, les seguían los pasos valientemente e interpelaban a Cabrias porque no los acompañaba, los caballeros de los olintios, que ya estaban colaborando según los juramentos, después de darse la vuelta, los persiguieron hasta la subida, por el camino por el que los habían acompañado, y mataron a un gran número, pues en una cuesta arriba accesible a la caballería los de a pie son alcanzados rápidamente por los jinetes. Cuando Age- 55
silao estuvo en Tespias, al encontrar que había conflicto entre los ciudadanos y los que se decían partidarios de Lacedemonia querían matar a sus contrincantes, entre los que estaba Menón, no lo permitió, sino que, después de reconciliarlos y obligarlos a prestarse juramento mutuamente, sólo entonces se marchó de nuevo a través del Citerón por el camino de Mégara. Allí disolvió las tropas aliadas y se llevó a casa el ejército ciudadano.

Muy agobiados los tebanos por la escasez de trigo, 56
debida a que no habían recogido en dos años el fruto de la tierra, envían a Pagasas, en dos trieres, después de darles diez talentos, a unas personas encargadas de buscarlo.

377 Alcetas el lacedemonio, que vigilaba Oreo, en tanto que
aquéllos compraban el trigo, equipó tres trieres preocu-
pado de que no se corriera la noticia. Cuando el trigo
era transportado de vuelta, Alcetas se apoderó de las
trieres que lo llevaban, tomó vivos a los hombres, no
menos de trescientos, y los encerró en la acrópolis donde
57 él pernoctaba. Como disfrutaba de la compañía de un
joven de los oreítas, según decían, muy hermoso y de
noble estirpe, solía bajar de la acrópolis y pasarse el tiem-
po con él. Al notar los prisioneros la falta de cuidado, se
apoderaron de la acrópolis y la ciudad se cambió de ban-
do, de modo que ya los tebanos tuvieron trigo en abun-
dancia.

58 A la llegada de la nueva primavera, Agesilao se en-
376 contraba enfermo. Pues, cuando el ejército volvió de Te-
bas, en Mégara, al subir desde el Afrodisio a la residencia
oficial, se le rompió, al parecer, una vena y le fluyó la
sangre del cuerpo hasta la pierna sana. Como el tobillo
estaba hinchado y los dolores se hacían insoportables, un
médico siracusano le abrió la vena junto al talón. Desde
el momento en que empezó, la sangre le seguía fluyendo
noche y día y, por mucho que hacían, no podían contener
la hemorragia, hasta que se desvaneció. Entonces sí cesó.
De este modo, transportado a Lacedemonia, permaneció
enfermo el resto del verano y durante el invierno.

59 Los lacedemonios, cuando llegó la primavera, de nuevo decretaron una movilización y decidieron poner al frente a Cleómbroto. Una vez que estuvo con su ejército junto al Citerón, avanzaron delante de él los peltastas con ánimo de controlar la parte alta del camino, pues algunos de los tebanos y atenienses que ocupaban las alturas los dejaban subir entretanto, pero cuando estuvieron en ellas, se pusieron en movimiento, los persiguieron y mataron alrededor de cuarenta. Ante este suceso, Cleómbroto, en la idea de que era imposible penetrar en el territorio de los tebanos, se volvió y disolvió la expedición.

60 Reunidos los aliados en Lacedemonia, hubo discursos por parte de éstos en el sentido de que, por comodidad, iban a encontrarse agotados por la guerra, pues les era

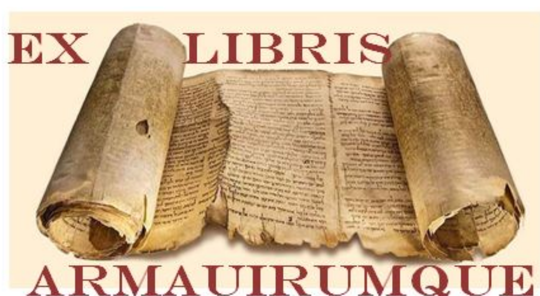
posible, si equipaban muchas más naves que los atenienses, tomar por hambre la ciudad, y también les era posible en estas mismas naves transportar una expedición a Tebas, si querían, por el camino de los focidios y, si lo preferían, por el de Creusis. Con estos cálculos, equiparon sesenta trieres, y su navarco fue Polis. Desde luego, no se vieron defraudados los que pensaban de este modo, sino que los atenienses fueron sometidos a asedio. Las naves cargadas de trigo llegaban a Gerasto, pero desde allí ya no querían seguir costeando, al encontrarse la flota de los lacedemonios en los alrededores de Egina, Ceos y Andros. Al darse cuenta los atenienses de la presión existente, se embarcaron ellos en las naves y, tras emprender una batalla naval en que el jefe era Cabrias, vencieron a Polis[21]. Y de este modo el trigo volvió a llegar a los puertos de los atenienses. Cuando los lacedemonios se pusieron a hacer preparativos para emprender una campaña contra los beocios, le pidieron los tebanos a los atenienses que enviaran una expedición alrededor del Peloponeso, pues consideraban que, si se hacía esto, no les sería posible a los lacedemonios, al mismo tiempo, guardar su propio territorio y las ciudades aliadas situadas en aquellos lugares, y además transportar un ejército suficiente contra ellos.

(marginal numbers: 376 at line 1; 61 at "lo preferían… equi-"; 62 at "vencieron a Polis"; 375 at "llegar a los puertos")

Los atenienses, que, en efecto, estaban irritados con los lacedemonios por la acción de Esfodrias, enviaron con mucho gusto sesenta naves alrededor del Peloponeso, después de haberlas equipado y de haber elegido como su estratego a Timoteo. Como los enemigos no habían podido llevar a cabo la invasión de Tebas, ni en el año en que Cleómbroto condujo el ejército, ni en el que Timoteo se dedicó a hacer su periplo, los tebanos realizaron una enérgica campaña contra las ciudades vecinas y de nuevo se apoderaron de ellas. Por su parte, Timoteo, después de hacer el periplo, en seguida puso a Corcira bajo su control personal, pero ni la esclavizó, ni deportó a sus hombres, ni cambió las leyes, por lo que a todas las ciu-

[21] La batalla de Naxos.

375 dades de alrededor las tuvo en muy buena disposición.
65 Los lacedemonios, de otro lado, equiparon también una flota y enviaron como navarco a Nicóloco, hombre muy valiente. Cuando vio las naves de Timoteo, no se contuvo, aunque le faltaban seis naves ambraciotas, sino que, con cincuenta y cinco naves, emprendió la batalla contra las sesenta de Timoteo. Entonces fue vencido y Timoteo
66 erigió un trofeo en Alicía. Ahora bien, cuando estaban en tierra las naves de Timoteo en proceso de reparación, una vez que se le presentaron las seis trieres ambraciotas, navegó sobre Alicía, donde estaba Timoteo. Como no le salió al encuentro, también él por su parte erigió un trofeo en las islas cercanas. Pero Timoteo, desde que reparó las que tenía y equipó otras de Corcira, como ya tenía en total más de setenta, era realmente muy superior en la flota. Sin embargo, tuvo que mandar a buscar dinero a Atenas, pues necesitaba mucho dado que tenía muchas naves.



En esto estaban los lacedemonios y los atenienses. Por 375
su parte, los tebanos, cuando hubieron sometido las ciu- 1,1
dades de Beocia, hicieron también una expedición contra
Fócide. Entonces los focidios enviaron una embajada a 374
Lacedemonia para decir que, si no acudían en su ayuda, no iban a poder dejar de someterse a los tebanos, por lo que los lacedemonios hicieron pasar por mar hasta la Fócide al rey Cleómbroto con cuatro regimientos y, de los aliados, la misma proporción de hombres[1]

Aproximadamente por este tiempo llegó también de 2
Tesalia a la asamblea de los lacedemonios el farsalio Polidamante. Este, en toda Tesalia, estaba muy bien considerado, pero, en su propia ciudad, tenía tal fama de hombre noble que los farsalios, cuando surgió entre ellos el conflicto interno, pusieron en sus manos la acrópolis y lo encargaron de la percepción de los ingresos para que, según la cantidad que estaba escrita en las leyes, los gastara en las ceremonias sacras y en el resto de la admi-

[1] El equivalente a dos tercios del ejército de cada uno.

374 nistración. Entonces él, con este dinero, les puso a salvo
3 la acrópolis gracias a su vigilancia y ofrecía cada año las
cuentas del resto de la administración. Cuando faltaba
algo, lo añadía de su propio dinero y, cuando sobraba
parte de los ingresos, lo recuperaba. Era por lo demás hos-
pitalario y magnánimo a la manera tesalia. Pues bien,
cuando llegó a Lacedemonia, dijo lo siguiente:
4 «Yo, lacedemonios, que soy vuestro próxeno y bene-
factor, como todos los antepasados que recordamos, con-
sidero lógico, si tengo algún problema, venir a vosotros,
y si algo se os presenta complicado en Tesalia, señalá-
roslo. Bien sé que también vosotros habéis oído, con toda
seguridad, el nombre de Jasón, pues el hombre tiene un
gran poder y es muy conocido. Este, después de concertar
5 una tregua, se reunió conmigo y dijo lo siguiente: "Po-
lidamente, que yo podría someter vuestra ciudad, [Fár-
salo], aunque no queráis, te es posible imaginártelo de
acuerdo con lo que te voy a decir: pues yo", continuó,
"tengo como aliadas la mayoría, y las más grandes, de
las ciudades tesalias. Me apoderé de ellas mientras vos-
otros combatíais en su ayuda contra mí. Además, sabes
que poseo unos seis mil mercenarios extranjeros, con los
que, según yo creo, ninguna ciudad podría enfrentarse
fácilmente. Un número no menor, desde luego, podría
venir de cualquier otro sitio, pero los ejércitos de las
demás ciudades comprenden a los que ya han pasado de
la edad y a los que todavía no están en su mejor mo-
mento. Aparte de que son muy pocos los que ejercitan
su cuerpo en cada ciudad. En cambio, en mi caso, no
cobra salario nadie que no sea capaz de esforzarse lo mis-
6 mo que yo". El es, pues es preciso deciros la verdad,
fuerte de cuerpo y notablemente laborioso. En verdad,
cada día hace un examen de los que están con él, pues
se pone al frente con las armas y en los ejercicios gim-
násticos, igual que cuando se halla en plena campaña.
A los mercenarios que encuentra blandos, los expulsa, y
a los que ve que son esforzados y arriesgados para la
guerra los recompensa con el doble, el triple o el cuá-
druple de lo normal, y con otros regalos, con el cuidado

de sus enfermedades y el ornamento de sus tumbas, de 374 modo que todos los mercenarios que están con él saben que su virtud guerrera les permite alcanzar la vida más valiosa y más opulenta.

Y me mostró, aunque lo sabía, que ya eran sus súb- 7 ditos los máracos, dólopes y Alcetes, el gobernador del Epiro. "Por tanto", dijo, "¿qué es lo que yo puedo temer para no pensar en someteros fácilmente a vosotros? En seguida se le ocurriría a cualquiera que no me conozca: ¿Qué es lo que piensas, que no haces ya una expedición contra los farsalios? En efecto, en todos los sentidos, por Zeus, me parece que es mejor atraeros voluntaria que involuntariamente. Pues, violentados, vosotros intentaríais todo el mal que pudierais contra mí, y yo querría que fuerais lo más débiles posible. Pero, si estáis de mi parte gracias a la persuasión, es evidente que nos potenciaríamos mutuamente lo que pudiéramos. Sé, Polida- 8 mente, que tu patria tiene sus ojos puestos en ti. Si la predispones para acogerme amistosamente, yo te prometo", siguió, "hacerte, junto conmigo, el más grande de toda Grecia. Escucha de qué cosas te ofrezco el segundo lugar y no confíes en mí en lo que, según tus cálculos, no te parezca cierto. Desde luego, para nosotros es evidente que, si se añade Fársalo y las ciudades que dependen de vosotros, yo me erigiría felizmente como el jefe[2] de todos los tesalios; que, cuando Tesalia tenga un jefe, los soldados de caballería llegarán a seis mil y se reclutarán unos diez mil hoplitas. En efecto, después de ob- 9 servar sus cuerpos y su valor, pienso que, si alguien se ocupa convenientemente de ellos, no habrá pueblo al que los tesalios consideren lógico estar sometidos. Además, al ser muy llana la tierra tesalia, todos los pueblos de alrededor se encuentran sometidos cuando un jefe se es-

[2] *Tágos:* jefatura militar de los tesalios, sólo vigente en caso de guerra y comparada por Dionisio de Halicarnaso con el *dictator* romano, que, en principio, era el jefe militar de los latinos en caso de guerra. Con Jasón, la situación en Tesalia cambió y el *tágos* se convirtió de hecho en un jefe con prerrogativas más amplias y más duraderas, comparables con las del rey de Macedonia.

374 tablece allí. Casi todos son lanzadores de jabalina, de
modo que naturalmente nuestra potencia deberá ser su-
10 perior también en el ejército de peltastas. En verdad, los
beocios y todos los demás que están en guerra con los
lacedemonios son mis aliados y están dispuestos a acom-
pañarme, sólo con que los libere de los lacedemonios.
En cuanto a los atenienses, sé bien que harían cualquier
cosa con tal de convertirse en nuestros aliados, pero yo
no pienso en fomentar la amistad con ellos, pues creo que
podría apoderarme todavía más fácilmente del imperio
marítimo que del terrestre.

11 Si mis cálculos son verosímiles, obsérvalo", añadió,
"también en esto. Con Macedonia de nuestra parte, de
donde los atenienses se llevan la madera, seremos en ade-
lante mucho más capaces que ellos de hacer naves. Y de
dotarlas de hombres, ¿acaso es lógico que los atenienses
sean más capaces que nosotros, cuando tenemos tantos
penestas y de tal clase? Y de alimentar a los hombres,
¿no es razonable que nosotros, que por nuestra abundan-
cia mandamos trigo a otros lugares, seamos más capaces
que los atenienses, que no tienen suficiente ni para ellos,
12 sino que lo compran? Es natural que nosotros disponga-
mos de riquezas claramente más abundantes sin necesidad
de mirar a las islas, sino porque recogemos los frutos de
pueblos continentales. Pues todos los de alrededor apor-
tarán su tributo, cuando los de Tesalia se encuentren
bajo una jefatura. Sabes, sin duda, que el rey de los per-
sas es el más rico de los hombres, porque no saca los
frutos de las islas, sino del continente y, según creo, es
todavía más fácil hacerlo súbdito a él que a Grecia. Pues
sé que todos los hombres de allí excepto uno están más
experimentados en la esclavitud que en la acción. Y sé
en qué clase de fuerza, tanto por la que acompañó a Ciro
como por la que fue con Agesilao, se apoyó el rey para
llegar a todo lo que ha llegado".

13 Cuando, después de decir esto, yo le contesté que todo
lo demás que decía era digno de consideración, pero que
los amigos de los lacedemonios se pasaran a los contra-

rios sin tener nada que reprocharles, esto, dije, me parecía que era absurdo, él, después de alabarme y de decir que yo merecía tener más, por ser como era, me dejó venir a deciros a vosotros la verdad: que pensaba hacer una expedición contra los farsalios si no le hacíamos caso. Dijo además que pidiera ayuda de vuestra parte. "Y si a ti", concluyó, "te la dan como para convencerte de que envían una alianza suficiente para hacer la guerra contra mí, entonces, adelante, y aceptemos lo que salga de la guerra. Pero, si te parece que no te ayudan de manera suficiente, ¿no sería ya justamente irreprochable si, para la patria que te honra, tú consiguieras lo mejor?". 374

Por esto vengo a vosotros a contaros todo lo que allí 14 yo mismo veo y he escuchado de su parte. Y creo que es así, lacedemonios, que si enviáis una fuerza que no sólo a mí, sino a los demás tesalios, parezca suficiente para hacer la guerra contra Jasón, las ciudades se separarán de él, pues todas temen hasta dónde puede llegar alguna vez el poder de este hombre. Pero, si pensáis que con neodamodes y un hombre particular[3] va a ser suficiente, os aconsejo quedaros tranquilos. Pues, sabedlo bien, la 15 guerra será contra una gran potencia y contra un hombre que es tan inteligente estratego que, en cuanto se propone pasar desapercibido, tomar la iniciativa o emplear la violencia, no es fácil que se equivoque, pues es capaz de aprovechar la noche como el día y, cuando tiene prisa, igualmente trabaja mientras almuerza y cena. Pero también piensa que hay que descansar cuando llega a donde se ha propuesto y cuando lleva a cabo lo necesario, y ha acostumbrado a esto a los que están con él. Sabe además satisfacer las aspiraciones de los soldados cuando éstos se esfuerzan por hacer algo bien, de modo que todos los suyos han aprendido que de los esfuerzos nace la comodidad. Es, desde luego, el más sobrio de los que yo 16 conozco en los placeres del cuerpo, de modo que ni siquiera por esto le falta tiempo para hacer en cada caso

[3] Que no sea rey.

374 lo necesario. Vosotros, por tanto, después de examinar
la cuestión, decidme, según os conviene, qué podéis y
pensáis hacer.»
17 Así habló. Los lacedemonios entonces aplazaron la res-
puesta. Después de calcular, al día siguiente y al tercero,
cuántos regimientos tenían fuera, y cuántos había alrede-
dor de Lacedemonia frente a las trieres de los atenienses
y en la guerra contra los vecinos, contestaron que, en el
presente, no podían enviarle bastante ayuda, pero le pi-
dieron que se fuera a poner en orden lo mejor posible
18 sus asuntos y los públicos. Después de alabar la franqueza
de la ciudad, se marchó. Pidió a Jasón que no lo obligara
a entregar la acrópolis de los farsalios para poder salvar
lo que se le había confiado. Le entregó, en cambio, a sus
hijos como rehenes, después de prometerle que conven-
cería a la ciudad para que se hiciera aliada voluntaria-
mente y para que colaborara a su designación como jefe.
Cuando se hubieron dado las garantías entre sí, inme-
diatamente los farsalios vivieron en paz y en seguida
Jasón fue nombrado por consenso jefe de los tesalios.
19 Cuando se convirtió en jefe, dispuso el contingente de
caballería y del ejército hoplítico que cada ciudad fuera
capaz de proporcionar. Llegó a tener, con los de los alia-
dos, más de ocho mil jinetes, de los hoplitas se calcularon
no menos de veinte mil, y del ejército de peltastas basta
con decir que era suficiente para enfrentarse a todos los
hombres, pues ya sería una buena tarea el mero hecho de
contar con sus ciudades. Ordenó a todos los vecinos que
pagaran el tributo, como se había establecido en tiempos
de Escopas. Así se puso en práctica todo esto. Y yo de
nuevo vuelvo a donde lo dejé para contar los asuntos
de Jasón.
2,1 Pues bien, los lacedemonios y sus aliados se congrega-
ron a la llamada de los focidios, mientras los tebanos,
después de retirarse a su propio territorio, vigilaban los
accesos. A los atenienses, al ver que gracias a ellos pros-
peraban los tebanos y, en cambio, no aportaban dinero
para la flota, mientras ellos se agotaban por culpa de las

contribuciones en dinero, de la piratería de Egina y de 374
la vigilancia del territorio, les entró el deseo de que se acabara la guerra, por lo que enviaron embajadores a Lacedemonia e hicieron la paz.

Inmediatamente partieron de allí mismo dos de los 2
embajadores con un mandato de la ciudad para comunicar a Timoteo que regresara a casa porque se había hecho la paz. Entonces, al volver, desembarcó en su territorio a los exiliados de Zacinto.

Como los zacintios de la ciudad enviaron mensajeros ante los lacedemonios a contarles lo que había hecho Timoteo, en seguida los lacedemonios consideraron que los atenienses estaban jugando sucio, por lo que prepararon de nuevo la flota y dispusieron hasta sesenta naves de la misma Lacedemonia, y también de Corinto, Léucade, Ambracia, Elide, Zacinto, Acaya, Epidauro, Trecén, Hermione y Halieas. Nombraron navarco a Mnasipo, al que en- 4
cargaron de todo lo correspondiente a aquellas aguas y, especialmente, de hacer una expedición contra Corcira. Enviaron además un mensaje a Dionisio para hacerle saber que también para él sería útil que Corcira no cayera en manos de los atenienses.

Entonces Mnasipo, cuando tuvo la flota reunida, navegó hasta Corcira. Además de los lacedemonios que hacían la expedición con él, disponía de no menos de mil quinientos mercenarios. Cuando desembarcó, se hizo dueño de la tierra y se dedicó a devastar el territorio, que se encontraba completamente labrado y plantado, así como las excelentes viviendas y las bodegas acondicionadas sobre los campos, de modo que, según decían, los soldados llegaron a tal punto de sibaritismo que no querían beber si no había vino de agradable aroma. También se cogieron de los campos muchísimos esclavos y rebaños. Luego 7
acampó con la infantería sobre una colina que distaba de la ciudad como cinco estadios y que estaba delante del territorio, para que, si alguno de los corcirenses salía hacia el territorio, quedara interceptado desde allí. La flota atracó al otro lado de la ciudad, donde pensaba que,

374 si alguien se acercaba navegando, se enteraría y podría
impedírselo. Además de esto, también atracaba en el ac-
8 ceso al puerto cuando no se lo impedía el mal tiempo.
De este modo tenía sitiada la ciudad.
Como los corcirenses no recibían nada de la tierra,
porque por tierra estaban dominados, y no les llegaba
nada por mar por estar dominados por las naves, se en-
contraban en situación muy precaria.
9 Por ello, enviaron un mensaje a los atenienses para
pedirles que acudieran en su ayuda y para hacerles saber
que perderían una gran ventaja, si se veían privados de
Corcira, y a los enemigos en cambio les proporcionarían
un gran poder, pues de ninguna ciudad salvo de Atenas
saldrían más naves ni más dinero. Además, se encontraba
situada Corcira en un lugar favorable para el golfo de
Corinto y para las ciudades que dan a éste, en un lugar
favorable para perjudicar el territorio laconio, y en un
lugar muy favorable para el Epiro, que está enfrente, y
10 para la navegación desde Sicilia al Peloponeso. Al oír
esto, los atenienses consideraron que había que preocu-
parse seriamente, por lo que enviaron como estratego a
Ctesicles[4] con unos seiscientos peltastas y pidieron a Al-
11 cetas que hiciera la travesía con ellos. Transportados de
noche a algún lugar del territorio, entraron en la ciudad.
Decretaron también equipar sesenta naves y votaron como
12 estratego a Timoteo. Como no podía equipar las naves
373 allí mismo, navegó hacia las islas, donde intentaba ha-
cerlo, en la idea de que no era cosa simple hacer un pe-
riplo a la aventura para enfrentarse a naves ejercitadas.
Pero los atenienses, como pensaron que estaba gastando
el tiempo de la estación propia para la marcha, no tu-
vieron consideración con él, sino que lo destituyeron de
14 la estrategia y eligieron a Ifícrates. Una vez nombrado
estratego, con toda rapidez equipó las naves y forzó a los
trierarcos. De parte de los atenienses también añadió al-

[4] Se trata de una enmienda basada en Diodoro de Sicilia y aceptada por Marchant y Brownson. Hatzfeld conserva la lectura de los manuscritos.

gunas naves que se encontraban navegando alrededor del 373
Ática, además de la *Páralo* y la *Salaminia,* pues decía
que, si allí las cosas iban bien, les remitiría muchas naves.
En total tenía unas setenta.

En este tiempo, los corcirenses se encontraban tan ex- 15
tremadamente hambrientos que, a causa de la multitud
de los que desertaban, Mnasipo proclamó que quien lo
hiciera sería vendido. Como, de todas maneras, no deja-
ban de desertar, acabó por devolverlos después de haber-
los azotado. Pero los de dentro no admitían a los esclavos
de nuevo en el interior de las murallas, por lo que muchos
morían fuera. Entonces Mnasipo, al ver esto, pensó que 16
en seguida tomaría la ciudad y se dedicó a hacer inno-
vaciones en relación con los mercenarios. A algunos de
ellos los había despedido y a los que permanecían les
debía ya el salario de dos meses, y eso que no carecía
de dinero, según se decía, pues muchas ciudades le en-
viaban dinero en vez de hombres, dado que se trataba
de una campaña ultramarina. Los de la ciudad, al obser- 17
var desde las torres que las guardias se hacían peor que
antes y que los hombres se encontraban dispersos por
el territorio, en una salida a la carrera cogieron a algunos
de ellos e hirieron a otros. Cuando se dio cuenta Mnasi- 18
po, él mismo se armó, acudió con todos los hoplitas que
pudo llevar consigo y ordenó a los capitanes y coman-
dantes que hicieran salir a los mercenarios. Al contestarle
algunos capitanes que no era fácil hacerlos obedecer sin
darles las provisiones, a uno lo golpeó con un bastón, a
otro con la punta de la lanza. De este modo, acudieron
todos, aunque estaban desanimados y lo odiaban, que es
lo menos conveniente para una batalla.

Cuando hubo organizado la formación, puso en fuga a 20
los enemigos que estaban en las puertas y corrió en su
persecución. Pero, una vez que estuvieron cerca del muro,
se dieron la vuelta y, desde las tumbas, se dedicaron a
arrojar lanzas y jabalinas, mientras otros salían a la ca-
rrera por otra puerta y atacaban en masa por los extre-
mos. Alineados de a ocho, en la idea de que el extremo 21

373 de la falange estaba débil, intentaron darse la vuelta[5].
Cuando empezaron a retroceder, los enemigos, como si
huyeran, les cayeron encima, y ellos ya no pudieron se-
guir dando la vuelta. Los que estaban a continuación se
22 lanzaron a la fuga. Mnasipo a los acorralados ya no podía
socorrerlos a causa de los que se venían encima, pero
cada vez se quedaban con menos. Finalmente, los enemi-
gos, reunidos en masa, se lanzaron todos sobre los de
Mnasipo, que ya eran muy pocos. Los ciudadanos tam-
23 bién salieron, al ver lo que sucedía. Cuando lo mataron
a él, todos ya salieron en persecución. Los perseguidores
habrían estado a punto de apoderarse incluso del cam-
pamento con la empalizada, si no se hubieran dado la
vuelta al ver la multitud de mercaderes, y la de los sier-
vos y esclavos, y creer que se trataba de algo de valor.
24 Entonces los corcirenses erigieron un trofeo y devolvie-
ron los cadáveres mediante un pacto. Como consecuencia,
los de la ciudad se habían hecho más fuertes y los de
fuera se encontraban en una total desesperación, pues se
decía que Ifícrates estaría presente en seguida y los cor-
25 cirenses estaban de hecho dedicados a equipar naves. Hi-
pérmenes, que era precisamente el lugarteniente de Mna-
sipo, colaboró allí a equipar la flota que había y, después
de navegar alrededor hasta la empalizada, despidió todos
los barcos llenos de esclavos y de objetos. Por su parte,
con los marinos y los soldados que habían sobrevivido,
26 se dedicó a proteger la empalizada. Por fin, también és-
tos, muy alborotados, subieron a las trieres y se marcha-
ron, pero hubieron de dejar mucho trigo, mucho vino,
muchos esclavos y los soldados enfermos, pues tenían un
miedo atroz a ser capturados por los atenienses en la
isla. Así, se pusieron a salvo en Léucade.
27 Ifícrates, una vez que inició la travesía, al tiempo que
navegaba se dedicaba a prepararlo todo para una batalla

---

[5] Se trata de una operación complicada debido a la estructura de la formación hoplítica. Primero hay que deshacer las líneas para poder moverse sin que las lanzas estorben a los demás soldados. En el caso presente, los enemigos impidieron que se completara la maniobra.

naval, pues en seguida dejó sus grandes velas, como quien 373
se encamina a tal batalla, y hacía poco uso de las velas
auxiliares, aunque el viento fuera propicio. Al llevar la
navegación a remo, conseguía que los hombres mantu-
vieran sus cuerpos en buena forma y que las naves sur-
caran mejor. Muchas veces, en el lugar donde la expe- 28
dición fuera a almorzar o cenar, podía colocarla en
columna frente a esos lugares, de espaldas a tierra. En-
tonces, daba la vuelta, disponía las trieres de frente y, a
una señal, las dejaba competir en dirección a la costa.
Constituía el premio de la victoria el hecho de ser los
primeros en coger agua y todo lo que necesitaran, y de
almorzar los primeros. Para los últimos en llegar, era un
gran perjuicio el quedar por detrás en todas estas cosas,
porque, además, tenían que partir al mismo tiempo, cuan-
do se diera la señal. Sucedía, pues, que los primeros en
llegar lo hacían todo con tranquilidad y los últimos a
toda prisa. Si se daba el caso de que almorzaban en terri- 29
torio enemigo, establecía unas guardias en tierra, como
era conveniente, y en las naves levantaban otra vez los
mástiles y desde ellos vigilaba, pues así veían mucho más
que desde la superficie, al vigilar desde un lugar más
alto. En el campamento donde cenaba y dormía no en-
cendía fuego de noche, pero delante del ejército ponía
una luz, para que nadie se acercara sin ser visto. Muchas
veces, si hacía buen tiempo, partía inmediatamente des-
pués de la cena y, si soplaba la brisa, seguían avanzando
mientras descansaban. Si había que remar, hacía que los
marineros descansaran por turnos. En las navegaciones de 30
día, a una señal, unas veces las hacía avanzar en colum-
na, otras en falange, de modo que, al mismo tiempo que
navegaban, iban a llegar al mar que, según pensaban,
estaba controlado por los enemigos, después de haber
practicado y con todos los conocimientos necesarios para
una batalla naval. Muchas veces almorzaban y cenaban en
territorio enemigo, pero, gracias a que hacían sólo lo im-
prescindible, se ponían en movimiento antes de que acu-
dieran sus tropas y rápidamente se marchaban.

373 En el momento de la muerte de Mnasipo, ya se encon-
31 traba en Laconia, cerca de Esfagias. Al llegar a Elea, pasó de largo por la desembocadura del Alfeo y atracó bajo el llamado Ictis[6]. Al día siguiente, de allí se dirigió a Cefalenia, alineado de tal modo y con tal forma de navegar que, si era necesario, podía enfrentarse a la batalla porque tenía preparado todo cuanto precisaba, pues, de lo referente a Mnasipo, no había escuchado a ningún testigo presencial y sospechaba que se decía para engañarlo, por lo que andaba con precauciones. Pero, cuando llegó a Cefalenia, allí se informó claramente y la expedición terminó.

32 Sé, desde luego, que todo esto los hombres lo practican y ensayan cuando piensan hacer una batalla naval. Sin embargo, lo alabo, porque cuando era necesario llegar rápidamente a donde se pensaba que iba a tener lugar la batalla con los enemigos, se encontró con que ni por culpa de la travesía eran desconocedores de lo relativo a la guerra naval, ni por ejercitarse en ello marcharon más lentamente.

33 Después de someter las ciudades de Cefalenia, se dirigió a Corcira. Allí, en primer lugar, al oír que se acercaban diez trieres que venían de parte de Dionisio a ayudar a los lacedemonios, después de ir a observar de qué parte del territorio era posible ver a los que se acercaban y serían visibles las señales que hicieran a la ciudad, en
34 ese lugar estableció a los vigías. Convino con ellos en que, cuando se acercaran y atracaran, tenían que hacerle señales. Dispuso que veinte de los trierarcos tenían que acompañarlo cuando se lo anunciaran. Advirtió que, si alguno no lo acompañaba, no se quejara del castigo. Cuando se dio la señal de que se aproximaban y se hizo el llamamiento, la presteza fue digna de observación. Nadie subió a las naves, de los que iban a navegar, que no
35 lo hiciera a la carrera. Al llegar a donde estaban las trieres enemigas, capturó de las demás a los hombres que habían bajado a tierra, pero Melanipo el rodio aconsejó

6 «El Pez».

a los restantes no esperar y él mismo preparó su nave y 373
partió. A pesar de encontrarse con las naves de Ifícrates, así y todo logró escapar. En cambio, las naves de los siracusanos fueron cogidas todas con sus hombres. Ifícra- 36
tes, después de cortar los espolones a las trieres, las llevó a remolque hasta el puerto de los corcirenses, y sucedió que cada uno le pagó un dinero establecido, salvo Crinipo el arconte. A éste lo guardaba como si tuviera intención de conseguir mucho dinero o de venderlo. Pero, a causa del dolor, murió de muerte voluntaria, y a los demás Ifícrates los dejó ir, después de recibir corcirenses como garantes del dinero.

A los marineros los mantenía alimentados porque, en 37
su mayoría, trabajaban la tierra para los corcirenses, mientras con los peltastas y los hoplitas de las naves pasó a Acarnania. Allí se dedicó a ayudar a las ciudades amigas, si alguna necesitaba algo, y hacía la guerra a los tirieos, hombres muy vigorosos y que ocupaban un lugar sólido. Después de recoger la flota de Corcira, de aroximada- 38
mente noventa naves, en primer lugar navegó a Cefalenia 372
y recaudó dinero, dado unas veces voluntaria y otras involuntariamente. Luego se preparó para arruinar el territorio de los lacedemonios y, con respecto a las demás ciudades que por aquellas zonas eran enemigas, a anexionar voluntariamente a unas y a hacer la guerra a otras que no se sometieran.

Yo, esta estrategia de los de Ifícrates no la dejo de 39
alabar, y también el haber dicho que se le sumara Calístrato, el orador popular, que no le era muy favorable, y Cabrias, estratego muy estimado. En efecto, si, porque los juzgaba inteligentes, quiso tomarlos como consejeros, me parece que actuó de manera prudente y, si lo hizo porque los consideraba contrincantes, sin parecer que perdía fuerza ni se descuidaba, me parece propio de un hombre muy seguro de sí mismo. Esto fue lo que él hizo.

Los atenienses, al ver que los plateenses, que eran 3,1
amigos suyos, habían sido expulsados de Beocia y habían 371
buscado refugio junto a ellos y que los de Tespias acudían como suplicantes para que no miraran con indife-

371 rencia el hecho de que se hubieran quedado sin ciudad, dejaron de alabar a los tebanos, pero lo que es hacer la guerra contra ellos, por una parte, les daba vergüenza y, por otra, calculaban que no iba a ser conveniente. Desde luego, ya no querían compartir con ellos lo que hacían, porque los veían dirigir sus campañas contra los focidios, antiguos amigos suyos, y aniquilar ciudades fie-
2 les en la guerra contra el bárbaro y asimismo amigas. Por ello, cuando el pueblo votó hacer la paz, enviaron en primer lugar embajadores a Tebas a plantearles si querían acompañarlos a Lacedemonia con el fin de tratar de la paz, pero luego enviaron embajadores por su cuenta. Entre los elegidos estaban Calias hijo de Hipónico, Autocles hijo de Estrombíquides, Demóstrato hijo de Aristofonte,
3 Aristocles, Cefisódoto, Melanopo y Liceto. [Cuando se presentaron ante los miembros de la asamblea de los lacedemonios y ante los aliados][7], <y>[8] también estaba presente Calístrato, el orador público, pues, como ya había prometido a Ifícrates que, si lo dejaba ir, o le enviaría dinero para la flota o haría la paz, por eso mismo se encontraba en Atenas y actuaba en favor de la paz. Cuando se presentaron ante los miembros de la asamblea lacedemonia y ante los aliados, de ellos habló primero Calias el daduco[9]. Este era un hombre capaz de disfrutar no menos con sus propias alabanzas que con las de los demás. Entonces empezó, más o menos, así:
4 «Lacedemonios, vuestra proxenia no la tengo yo solo, sino que el padre de mi padre, que ya la tenía como patrimonio, la transmitió a su linaje. Quiero mostraros así cuál es, a lo largo del tiempo, la actitud de la ciudad con respecto a nosotros. En efecto, cuando hay guerra, nos elige estrategos y, cuando desea tranquilidad, nos envía como negociadores de la paz. En cuanto a mí, ya he venido antes dos veces para tratar del final de la guerra

[7] Casi todos los editores prescinden de esta frase.
[8] Añadido por Kopper y normalmente admitido.
[9] Portador de la antorcha en los ritos de Eleusis, cargo monopolizado por el linaje de los Cérices al que pertenecía la familia de Calias.

y en ambas embajadas conseguí la paz para vosotros y 371
para nosotros. En esta ocasión vengo por tercera vez
y creo que ahora será con mucho el momento más ade-
cuado para alcanzar un acuerdo. Desde luego, no veo 5
que nosotros pensemos una cosa y vosotros otra, sino que
vosotros estáis irritados igual que nosotros con la destruc-
ción de Platea y de Tespias. Entonces, ¿cómo no va a
ser natural que, si tenemos las mismas opiniones, seamos
entre nosotros amigos más que enemigos? Sin duda, lo
propio de los sabios es ni siquiera emprender la guerra
aunque hubiera pequeñas diferencias. Ahora bien, si fué-
ramos de la misma opinión, ¿no sería propio de los muy
excéntricos no hacer la paz? Lo justo sería que no tomá- 6
ramos las armas los unos contra los otros, puesto que,
según se dice, Triptólemo, nuestro antepasado, a los pri-
meros extranjeros a los que enseñó los ritos mistéricos
de Deméter y Core fue a Heracles, vuestro fundador, y
a los Dioscuros, ciudadanos de vuestra ciudad, y la si-
miente del fruto de Deméter fue llevada como regalo en
primer lugar al Peloponeso. ¿Cómo va a ser justo que
vosotros vayáis al territorio de aquéllos de quienes reci-
bisteis la semilla a destruirles lo que ahora es su fruto
y que nosotros no queramos que aquéllos a quienes se la
dimos tengan la mayor abundancia posible de alimentos?
Si, en verdad, está señalado por los dioses que haya gue-
rras entre los hombres, es preciso que nosotros la empren-
damos con la mayor calma posible y, cuando aparezca, la
concluyamos lo más rápidamente posible.»
Después de él, Autocles, que tenía fama de ser un 7
orador muy firme, empezó así: «Lacedemonios, que lo
que voy a decir no será dicho según vuestro gusto, no lo
ignoro, pero me parece que quienes desean, cuando hacen
entre sí una amistad, que ésta dure el mayor tiempo po-
sible, tienen que enseñarse el uno al otro las causas de
las guerras. Vosotros siempre decís: es preciso que las
ciudades sean autónomas, pero vosotros mismos sois el
principal obstáculo para la autonomía, pues fijáis para
las ciudades aliadas, en primer lugar, la obligación de
acompañaros a donde vosotros las llevéis. ¿Es que esto 8

371 se compagina con la autonomía? Os procuráis enemigos
sin comunicárselo a los aliados, y los lleváis contra ellos,
de modo que, muchas veces, los que se dicen autónomos
se ven obligados a hacer una expedición contra quienes
les son más favorables. Además, lo que es más opuesto
que nada a la autonomía, establecéis en unos sitios decar-
quías, en otros triacontarquías [20], y os ocupáis de estos
magistrados no para que gobiernen legalmente, sino para
que puedan controlar la ciudad por la fuerza, de modo
que parece que os complacéis más con las tiranías que
9 con los gobiernos constitucionales. Cuando el rey ordenó
que las ciudades fueran autónomas, muy claramente ex-
pusisteis la opinión de que, si los tebanos no dejaban
que cada una de las ciudades se gobernara por sí misma
y se sirviera de las leyes que quisiera, no estarían actuan-
do de acuerdo con el escrito del rey. Sin embargo, cuando
tomasteis la Cadmea, ni a los mismos tebanos les permi-
tisteis ser autónomos. Es preciso que los que van a ser
amigos no consideren que es normal ser tratados con jus-
ticia por parte de los demás, mientras ellos mismos se
adueñan claramente de lo más que pueden.»

10 Al decir esto, provocó en todos el silencio e hizo que
se alegraran los que estaban irritados con los lacedemo-
nios. Después de él habló Calístrato: «Lacedemonios,
que no ha habido errores ni por vuestra parte ni por la
nuestra, yo creo que no podría decirlo nadie. Sin embar-
go, según mi opinión, no es preciso que haya que romper
definitivamente las relaciones con los que los cometen,
pues veo que ninguno de los hombres pasa la vida sin
errar. Incluso me parece que, algunas veces, son más acce-
sibles los hombres que han errado, sobre todo si han sido
11 castigados por sus errores, como nosotros. En cuanto a
vosotros, yo veo que, por lo realizado de modo incons-
ciente, a veces os habéis encontrado con muchas repercu-
siones. Tal es el caso de la ocupación de la Cadmea de
Tebas. Ahora, por ejemplo, como os esforzasteis en que
las ciudades fueran autónomas, de nuevo todas, cuando

[20] Sólo se conocen los Treinta de Atenas.

los tebanos fueron víctimas de la injusticia, vuelven a 371
estar junto a ellos. De modo que en este momento, en consecuencia, espero que, por haber aprendido que el querer demasiado reporta poco provecho, nosotros seamos moderados en la amistad recíproca. Con respecto a 12
lo que nos reprochan algunos deseosos de evitar la paz, que nosotros no buscamos la amistad, sino que sólo venimos por temor a que Antálcidas vuelva con dinero de parte del rey, podéis estar seguros de que son disparates. El rey, en efecto, ya escribió que todas las ciudades de Grecia eran autónomas y nosotros, si decimos y hacemos lo mismo que él, ¿por qué íbamos a temer al rey? ¿O es que alguien piensa que desea gastar dinero para hacer grandes a otros más bien que, sin gasto, lograr lo que a su manera de ver es mejor?

Bien. ¿Por qué venimos? Que no es por estar en la 13
indigencia, podríais saberlo, si queréis, con dirigir la mirada a la situación por mar y, si queréis, a la situación por tierra en el presente. †¿Por qué es entonces? Evidentemente, el hecho de que algunos de los aliados hacen cosas no agradables para nosotros o agradables para vosotros†[11]. Igualmente querríamos mostraros de modo adecuado nuestro reconocimiento por el hecho de que nos salvarais cuando hubo ocasión. Para recordar también el 14
lado positivo, de todas las ciudades evidentemente hay unas que comparten vuestros intereses y otras que comparten los nuestros y, en cada ciudad, unos son partidarios de los laconios, otros de los áticos. Si nosotros fuéramos amigos, ¿de dónde podríamos esperar normalmente ningún peligro? Pues, por tierra, si vosotros sois amigos, ¿quién iba a ser capaz de inquietarnos? Y por mar, ¿quién podría dañaros en nada si nosotros somos vuestros colaboradores? Sin embargo, que siempre, en 15
algún momento, se producen guerras y que se terminan, todos lo sabemos, y también que nosotros, si no ahora,

[11] Brownson sigue una hipótesis de Kurz: «es evidente que algunos de los aliados hacen cosas no agradables para nosotros». A pesar de que existen otras conjeturas, Hatzfeld prefiere conservar la laguna.

371 en adelante, en algún momento, desearemos la paz. ¿Por
qué hay que esperar ese momento, hasta que nos dejemos
abatir por las desgracias, en vez de hacer la paz lo más
rápidamente posible, antes de que nada llegue a ser irre-
16 mediable? En realidad, yo no alabo ni a los que, por
ser buenos atletas y haber obtenido ya muchas victorias,
por la fama que poseen aman de tal modo el triunfo que
no cesan antes de que, derrotados, ven disuelta su forma
de vida, ni a los jugadores que, si obtienen un solo triun-
fo, se ponen a jugar doblando la apuesta, pues veo que
la mayor parte de los que así actúan quedan absoluta-
17 mente anulados. Es preciso que nosotros lo comprenda-
mos de este modo y nunca entremos en un juego tal como
para tomarlo todo o perderlo todo, sino que, mientras
nos conservemos fuertes y tengamos buena fortuna, sea-
mos amigos los unos de los otros. Así, nosotros, gracias
a vosotros, y vosotros, gracias a nosotros, podríamos ha-
cernos en Grecia todavía más fuertes que en el tiempo
pasado.»

18 Como pareció que había hablado convenientemente,
votaron también los lacedemonios aceptar la paz, con la
condición de retirar los harmostas de las ciudades, disol-
ver los ejércitos, tanto las flotas como los de infantería,
y dejar las ciudades autónomas. Si alguien actuaba de
modo contrario, el que quisiera acudiría en ayuda de los
que fueran víctimas de un trato abusivo, en cambio,
el que no quisiera, no tenía obligación de aliarse con ellos.
19 Sobre tales condiciones, juraron los lacedemonios por
ellos mismo y por sus aliados y los atenienses y sus alia-
dos cada uno por ciudades. Después de haber firmado
también los tebanos entre las ciudades que habían jura-
do, se presentaron de nuevo al día siguiente sus embaja-
dores a decir que corrigieran en el sentido de que, en vez
de los tebanos, habían jurado los beocios. Agesilao con-
testó que no corregiría nada de lo que antes habían jurado
y firmado. No obstante, si no querían participar en los
20 pactos, dijo que los borrarían si se lo pedían. Así, como
los demás habían hecho la paz y sólo hubo discordancia
de parte de los tebanos, ahora renacía, en opinión de los

atenienses, la esperanza de que los tebanos pagaran el diezmo establecido, y los mismos tebanos se marcharon totalmente desanimados. 371

A partir de entonces, los atenienses levantaron las guarniciones de las ciudades, hicieron volver a Ifícrates y sus naves y lo obligaron a devolver todo lo que había tomado con posterioridad a los juramentos que tuvieron lugar en Lacedemonia. Por su parte, los lacedemonios, si bien es verdad que retiraron a los harmostas y las guarniciones de las ciudades, en cambio a Cleómbroto, que estaba al mando del ejército de Fócide y preguntó a las autoridades de la patria qué había de hacer, después de hablar Prótoo en el sentido de que, según su parecer, había que disolver el ejército de acuerdo con los juramentos y transmitir la orden a las ciudades de que aportaran al templo de Apolo cuanto cada una quisiera, y sólo más tarde, si alguien no permitía que las ciudades fueran autónomas, convocar entonces de nuevo a cuantos quisieran acudir en apoyo de la autonomía para llevarlos contra sus opositores. En efecto, según dijo, pensaba que así los dioses serían más favorables y las ciudades se irritarían menos. La asamblea, al escuchar esto, consideró que desvariaba, pues ya, según parece, lo arrastraba todo la fuerza divina, y ordenaron a Cleómbroto que no disolviera el ejército, sino que en seguida se dirigiera contra los tebanos, si no dejaban las ciudades autónomas. [Cleómbroto, cuando se enteró de que se había hecho la paz, envió un mensaje a los éforos a preguntar qué había de hacer. Ellos le dijeron que marchara contra los tebanos si no dejaban autónomas las ciudades beocias] [12]. Al darse cuenta de que no dejaban las ciudades y ni siquiera disolvían su ejército, [como se alineaban contra ellos] [13], en consecuencia, condujo su ejército contra Beocia.

4,1 (margin, beside "A partir de entonces"); 2 (beside "lugar en Lacedemonia"); 3 (beside "rían menos")

Los tebanos esperaban que hiciera la expedición desde Fócide y vigilaban en un lugar estrecho, pero él no em-

[12] Viene a ser una especie de resumen aclaratorio de la complicada frase anterior.

[13] Según la corrección de Brodaeus, aceptada por Brownson: «con ánimo de alinearse contra él».

371 prendió la invasión por ese camino, sino que avanzó por un paso elevado e imprevisible a través de Tisbas, llegó a Creusis, tomó la muralla y se apoderó de doce trieres de los tebanos.

4 Después de hacer esto, ya lejos del mar, acampó en Leuctras de la Téspica. Los tebanos acamparon en la colina de enfrente, a no mucha distancia, sin tener más aliados que los beocios. Entonces los amigos se acercaron
5 a decirle a Cleómbroto: «Cleómbroto, si dejas ir a los tebanos sin combatir, correrás el riesgo de que en la ciudad te condenen a la última pena, pues se acordarán de cuando, al llegar a Cinoscéfalas, no llevaste a cabo ningún tipo de saqueo en el territorio de los tebanos y de cuando, en la ulterior expedición, te impidieron la entrada, mientras Agesilao siempre había pasado a través del Citerón. Si te preocupas por ti mismo y si echas de menos a tu patria, tienes que dirigirte contra ellos.»

Esto le dijeron sus amigos. Los adversarios, en cambio, decían: «Ahora mostrará el hombre si, en realidad, siente preocupación por los tebanos, como se dice.»

6 Cleómbroto, al escuchar esto, se sintió estimulado a emprender la batalla. Por su parte, los que estaban al frente de los tebanos calculaban que, si no combatían, se les separarían las ciudades vecinas y ellos serían sitiados. Por otro lado, si el pueblo tebano no contaba con sus provisiones, correrían el riesgo de que la ciudad se pusiera contra ellos. En fin, por haber estado antes exiliados, muchos consideraban que era mejor morir en el
7 combate que exiliarse de nuevo. Además de esto, los animó también el oráculo, de acuerdo con el cual los lacedemonios debían ser derrotados allí donde estaba la tumba de las doncellas que, según se dice, se suicidaron por haber sido violadas por unos lacedemonios. Así pues, antes de la batalla, los tebanos adornaron esta tumba. Les anunciaron además desde la ciudad que todos los templos se habían abierto solos y las sacerdotisas decían que los dioses les señalaban así la victoria. También afirmaron que las armas habían desaparecido del Heracleo, como si Heracles hubiera partido para la batalla. Algunos cuentan

que todo esto fueron artimañas de los dirigentes. Pero, 371
en realidad, en la batalla todo fue contrario a los lace- 8
demonios, mientras para ellos todo estuvo dirigido por
la suerte. En efecto, Cleómbroto celebró después del al-
muerzo el último consejo previo a la batalla y, como ha-
bían bebido al mediodía, decían que el vino los había
excitado. En el punto en que cada uno de los ejércitos 9
se estaba armando y ya era evidente que se iba a produ-
cir la batalla, en primer lugar, cuando ya habían empren-
dido la marcha del ejército beocio los que habían prepa-
rado el mercado, algunos cargadores y los que no querían
combatir, entonces, los mercenarios de Hierón, los pel-
tastas focidios y, de la caballería, los heracleotas y flia-
sios, en un movimiento envolvente, se lanzaron sobre
ellos en el momento de la retirada, les hicieron dar la
vuelta y los persiguieron hasta el campamento de los beo-
cios, de modo que hicieron mucho mayor y más denso
que antes el contingente de los mismos. Luego, como 10
había una llanura en medio, los lacedemonios colocaron
delante de su propia falange a los caballeros y los teba-
nos colocaron enfrente también a los suyos. La caballería
de los tebanos estaba entrenada por la guerra contra los
orcomenios y los tespieos y, en cambio, en esa época, la
caballería de los lacedemonios era muy pobre. A los ca- 11
ballos los criaban los más ricos y, cuando se proclamaba
el reclutamiento, entonces venía el individuo designado,
que tomaba su caballo y las armas que se le dieran de
modo improvisado en campaña. Además, de los soldados,
los de cuerpo menos fuerte y los menos deseosos de glo-
ria eran los que estaban en la caballería. Tal era el con-
tingente ecuestre de cada uno. De la falange decían que 12
los lacedemonios formaban las secciones de a tres y, de
esta manera, no llegaban a tener más de doce en profun-
didad [14]. Los tebanos se habían organizado en grupos de
no menos de cincuenta escudos [15], pues calculaban que, si

[14] Las secciones estaban formadas por «media compañía» (*enomotía*) de treinta y seis hombres.

[15] Primera indicación, en Jenofonte, de la falange oblicua, la gran innovación de Epaminondas. Los mejores, colocados a la iz-

371 vencían a la parte que estaba situada alrededor del rey, todo el resto sería fácil de dominar.

13 Cuando Cleómbroto empezó la marcha contra los enemigos, en primer lugar, antes de que su ejército se enterara de que él estaba al frente, las caballerías ya se habían encontrado y, rápidamente, había sido derrotada la de los lacedemonios. Al huir se habían tropezado con sus propios hoplitas y, además, les cayeron encima las compañías de los tebanos. Sin embargo, que los de Cleómbroto al principio eran superiores en la batalla, cualquiera podría saberlo por este evidente testimonio: pues no habrían podido cogerlo y llevárselo vivo si los que combatían delante de él no hubieran sido vencedores en ese
14 momento. Pero, cuando murieron Dinón el polemarco, Esfodrias, de los consejeros del rey, su hijo Cleónimo, los caballos [16] y los llamados lugartenientes del polemarco, los demás, rechazados por la masa, se retiraban y los que ocupaban el ala izquierda de los lacedemonios, cuando vieron que la derecha era rechazada, retrocedieron. Aunque habían muerto muchos, cuando, derrotados, atravesaron la fosa que tenían precisamente delante del campamento, dispusieron las armas en el territorio desde el que habían hecho el asalto. El campamento no estaba, sin embargo, en una superficie muy plana, sino más bien en una subida. Después de esto, hubo algunos lacedemonios que, al considerar la desgracia intolerable, dijeron que era necesario impedir que los enemigos erigieran un trofeo y que no deberían recoger los cadáveres mediante pactos, sino que tenían que intentarlo por medio de un combate.
15 Los polemarcos, al ver que habían muerto cerca de mil del conjunto de los lacedemonios y que de los espartiatas mismos, que eran allí como setecientos, habían muerto alrededor de cuatrocientos, y al darse cuenta de que todos

---

quierda, reforzados en profundidad, se convertían en el ala de choque, contrariamente a la práctica habitual.

Brownson admite la hipótesis de Stephanus: los caballos; Hatzfeld con una †, la de Madvig: *ménippoi*, que no traduce, pero lo explica como un término, tal vez mal transcrito, que puede designar una formación de estado mayor.

los aliados se encontraban sin ánimos para combatir y 371
algunos de ellos ni siquiera estaban irritados con lo sucedido, reunieron a los más importantes para decidir qué había que hacer. Como a todos les pareció bien que se recogieran los cadáveres mediante pactos, enviaron un heraldo a hacer una proclama relativa a los mismos. En consecuencia, los tebanos, después de esto, erigieron un trofeo y entregaron los cadáveres mediante pactos.

Una vez hecho esto, el que fue a anunciar el suceso a 16
Lacedemonia llegó cuando acababan las Gimnopedias[17] y estaba dentro el coro masculino. Los éforos, cuando escucharon lo que había sucedido, sintieron dolor, como es forozoso, creo. Pero no hicieron salir el coro, sino que dejaron que celebraran el concurso. Luego entregaron los nombres de cada uno de los muertos a sus familiares, pero ordenaron a las mujeres que no lanzaran gritos, sino que en silencio soportaran su dolor. Al día siguiente había que ver a los parientes de los muertos pasearse relucientes y esplendorosos a la luz del día, pero a los que se les había anunciado que estaban vivos, de éstos podían verse pocos, dando vueltas sombríos y desdichados.

A consecuencia de esto, los éforos decretaron la mo- 17
vilización de los dos regimientos restantes hasta completar las cuarenta promociones[18]. También enviaron, de los regimientos que estaban fuera, hasta los de la misma edad, pues antes, hacia Fócide, habían marchado hasta treinta y cinco promociones. Decretaron también que los acompañaran los que habían quedado entonces al cargo de las
magistraturas. Agesilao todavía no se había repuesto de 18
su enfermedad, por lo que la ciudad decidió que se pusiera al frente su hijo Arquidamo. A él se sumaron con gusto los tegeatas, pues todavía vivían los de Estasipo, partidarios de los laconios y no de los menos poderosos

[17] Juegos introducidos, según la tradición, por Taletas de Creta en el 668, en honor de Apolo Piteo, consistentes en danzas de jóvenes desnudos en torno a las estatuas de Apolo, Artemis y Leto, al son de los cánticos compuestos por poetas como el propio Taletas y Alcmán.

[18] Hasta los hombres de sesenta años.

371 de la ciudad. Con mucha energía, también se les unieron los mantineos, con un ejército reclutado a través de las aldeas. Precisamente se gobernaban por un sistema aristocrático. Corintios, sicionios, fliasios y aqueos los acompañaron también con mucho gusto, y otras ciudades enviaron soldados. Equiparon trieres los mismos lacedemonios y los corintios, y pidieron a los sicionios que colaboraran en el equipamiento, pues pensaban que la expedición
19 había de hacer la travesía en sus naves. Y Arquidamo hizo los sacrificios correspondientes para una travesía.

Los tebanos, inmediatamente después de la batalla, enviaron a Atenas un mensajero coronado para, por una parte, contarles la grandeza de la victoria y, por otra, para solicitar que acudieran en su ayuda, con el mensaje de que ahora sería posible vengarse de todo lo que les habían hecho los lacedemonios. Precisamente, el consejo
20 de los atenienses estaba reunido en la acrópolis. Cuando escucharon lo sucedido, se hizo evidente para todos que habían quedado muy perplejos, pues ni llamaron al heraldo a los rituales de hospitalidad, ni contestaron nada acerca del envío de auxilio. Así se marchó de Atenas el heraldo. Entonces los tebanos mandaron a toda prisa un mensaje a Jasón, que era aliado suyo, a pedirle que les enviara ayuda, pues trataban de calcular por dónde transcurriría el porvenir.

21 En seguida equipó trieres, con la intención de prestarles ayuda por mar, pero, después de reunir el ejército mercenario y los caballeros propios, a pesar de que los focidios le hacían la guerra sin declararlo, marchó por tierra hacia Beocia y , en muchas de las ciudades, lo vieron llegar sin que se hubiera anunciado su venida. En efecto, antes de que se hubieran reunido desde diversos puntos, ya se alejaba de antemano, con lo que demostraba que, muchas veces, la rapidez consigue lo que se busca más que la fuerza.

22 Cuando llegó a Beocia, al decirle los tebanos que era la oportunidad de lanzarse sobre los lacedemonios, él desde arriba con el ejército mercenario, ellos cara a cara, Jasón les hizo desistir, con lo que les enseñó que, cuando

se ha realizado una hermosa acción, no es lógico arries- 371
garse, pues es cierto que se puede realizar algo todavía
mayor, pero también verse privado incluso de la victoria
obtenida. «¿No veis», dijo, «que también vosotros, una 23
vez que os encontrasteis en una situación de necesidad,
fuisteis capaces de convertiros en vencedores? Es preciso
pensar que los lacedemonios, si se vieron forzados a † so-
brevivir, combatirían a la desesperada[19]. El dios, según
parece, muchas veces se complace en hacer a los peque-
ños grandes y a los grandes pequeños.» Con estas pala- 24
bras disuadió a los tebanos de exponerse a nuevos peli-
gros. En cambio, a los lacedemonios les enseñó lo que
era un ejército vencido y lo que era un ejército vencedor.
«Si queréis olvidar el sufrimiento pasado», dijo, «os acon-
sejo que toméis un respiro, descanséis y os hagáis más
fuertes, y sólo así vayáis a la batalla contra los que no
han sido vencidos. Pero ahora», añadió, «sabéis bien que
entre vuestros aliados existen conversaciones acerca de la
posible amistad con los enemigos. De cualquier modo,
intentad conseguir pactos. Esto es lo que yo deseo», ter-
minó, «porque quiero salvaros, debido a la amistad de
mi padre con vosotros y por el hecho de ser vuestro pró-
xeno». Tales cosas decía, pero, sin embargo, actuaba de 25
modo que éstos, mientras siguieran siendo rivales entre
sí, tuvieran ambos necesidad de él. Los lacedemonios, al
oírlo, le pidieron que actuara en favor de una tregua.
Cuando se anunció que existía la tregua, los polemarcos
ordenaron que se prepararan todos después de la cena,
con la intención de emprender la marcha de noche y su-
bir al Citerón al amanecer. Después de cenar, antes de
irse a dormir, les anunciaron que tenían que seguirlos
y, en seguida, desde la caída de la tarde, los condujeron
por el camino de Creusis, con más confianza en pasar
desapercibidos que en la tregua. Con mucha dificultad 26
para avanzar, pues se retiraban atemorizados en medio

---

[19] Texto difícil. Entre las hipótesis: «si se vieran forzados, combatirían sin preocuparse de vivir» (Brownson); «si se vieran forzados para vivir» (Marchant, en aparato crítico).

371 de la noche, por un camino difícil, llegaron a Egóstena
de la Megáride. Allí se encontraron con el ejército de
Arquidamo. En ese lugar esperó hasta que todos los alia-
dos se hubieran reunido y, de una vez, sacó el ejército
completo hasta Corinto. Desde allí disolvió el ejército de
los aliados y se llevó a los ciudadanos a casa.
27 Por su parte, Jasón se marchó a través de la Fócide, se
apoderó de las afueras de Hiámpolis, devastó el territorio
y produjo una enorme matanza. El resto de la Fócide lo
recorrió sin realizar ninguna actividad. Al llegar a He-
raclea, derribó la muralla de los heracleotas, pues evi-
dentemente no tenía miedo de que, al abrirse esta entra-
da [20], avanzaran contra sus dominios, sino que más bien
prestaba atención a que nadie pudiera tomar Heraclea,
que estaba en un lugar estrecho, e impedirle el paso cuan-
28 do quisiera ir a cualquier lugar de Grecia. Una vez que
volvió de nuevo a Tesalia, sin duda era ya grande por
haberse establecido como jefe de los tesalios por ley, y
por mantener muchos mercenarios en torno a sí, tanto de
infantería como de caballería, y éstos suficientemente en-
trenados para ser los más fuertes, pero era todavía más
grande por sus muchos aliados, unos que ya lo eran y
otros que querían llegar a serlo. Y era el más grande de
los de su tiempo porque no había ni uno que fácilmente
pudiera considerarlo objeto de indiferencia.
29 Cuando se acercaban las Pitias, anunció a las ciudades
370 que prepararan bueyes, ovejas, cabras y cerdos como para
un sacrificio. Se comentaba que, a pesar de haber hecho
una petición muy moderada para cada ciudad, obtuvo no
menos de mil bueyes y, de los demás animales, más de
diez mil. Proclamó también que había una corona de oro
como premio para la ciudad que ofreciera al dios el buey
30 guía más hermoso. Anunció además a los tesalios que
tenían que prepararse para hacer una expedición en tor-
no a la época de la Pitias, pues pensaba, según dijeron,
que él mismo iba a constituir tanto la asamblea en honor
del dios como los juegos. Realmente, qué es lo que pen-

[20] Las Termópilas.

saba acerca de los tesoros sagrados, sigue siendo todavía 370
un misterio, pero se dice que, al preguntar los delfios
qué había que hacer si se apoderaba de las riquezas del
dios, éste contestó que él se preocuparía de eso. Como 31
el hombre era de tal naturaleza y tenía tan grandes y
tales pensamientos, una vez, después de pasar revista y
evaluar la caballería de los fereos, cuando ya estaba sen-
tado dispuesto a emitir juicio si alguien venía por alguna
consulta, fue degollado y descuartizado por obra de siete
jovencillos que entraron como si existiera entre ellos
alguna diferencia. Cuando, apresuradamente, acudieron 32
en su ayuda los lanceros que estaban cerca, uno que to-
davía estaba golpeando a Jasón murió herido por una
lanza, otro fue cogido al subir al caballo y murió tras
recibir muchas heridas, pero los demás se lanzaron sobre
los caballos que tenían preparados y consiguieron esca-
par. A cualquiera de los ciudades griegas adonde llega-
ron, en la mayoría recibían honores, en lo que se hizo
evidente que los griegos habían tenido mucho miedo de
que se convirtiera en tirano.

Después de su muerte, sus hermanos Polidoro y Po- 33
lifrón se convirtieron en jefes. Polidoro, cuando ambos
iban a Larisa, de noche, mientras dormía, murió, al pa-
recer, a manos de su hermano Polifrón, pues la muerte
se le presentó de repente y sin ninguna explicación clara.
Por su parte, Polifrón gobernó un año e hizo de la jefa- 34
tura una especie de tiranía. En efecto, en Fársalo mató a
Polidamente y a los otros ocho ciudadanos más poderosos
y de Larisa exilió a muchos. Tal era su forma de actuar 35
cuando él también murió a manos de Alejandro, que ac- 369
tuaba como si fuera a vengar a Polidoro y disolver la
tiranía. Pero cuando se hizo cargo del poder, como jefe
llegó a ser insoportable para los tesalios y, como enemi-
go, insoportable para los tebanos y atenienses, pirata
injusto por tierra y por mar.

Como era así, también él murió por la propia mano 358
de los hermanos de su mujer, pero por decisión de ella
misma. En efecto, a los hermanos les anunció que Ale- 36
jandro conspiraba contra ellos y los ocultó dentro todo

358 el día. Cuando recibió a Alejandro, estaba borracho y, una vez que se hubo dormido, con la lámpara encendida, le sacó la espada. Pero al darse cuenta de que sus hermanos se retrasaban en entrar en la habitación para atacar a Alejandro, dijo que, si no lo hacían ya, lo despertaría. Cuando entraron, tiró de la puerta y la retuvo
37 del picaporte hasta que su marido murió. Se dice que el odio hacia su marido había nacido, según algunos, porque, una vez que Alejandro prendió a su propio favorito, un hermoso joven, al pedirle ella que lo liberara, lo sacó y lo degolló. Otros dicen que, como no tenía hijos de ella, envió embajadores a Tebas con la pretensión de tomar como mujer a la de Jasón. Así se cuentan las causas de la conspiración por parte de su mujer. De los que lo pusieron en práctica, hasta que este libro se ha escrito [21], tuvo el poder Tisífono, que era el mayor de los hermanos.

5,1 Los asuntos de Tesalia, lo que tuvo lugar en la época
371 de Jasón y después de su muerte hasta el gobierno de Tisífono, quedan así expuestos. Ahora vuelvo a donde, para ello, lo dejé. Pues bien, cuando Arquidamo volvió a traer el ejército después de su participación en Leuctra, los atenienses, convencidos de que los peloponesios todavía pensaban que tenían que acompañarlo y de que los lacedemonios de ninguna manera se encontraban en la misma situación en la que habían colocado a los atenienses, convocaron a todas las ciudades que quisieran
2 participar de la paz que el rey había propuesto. Cuando se reunieron, tomaron la decisión, con los que querían participar, de prestar juramento al siguiente compromiso. «Respetaré los pactos que el rey propuso y los decretos de los atenienses y de los aliados. Si alguien ataca alguna ciudad de las que han aceptado este juramento, acudiré en su ayuda con todas mis fuerzas.»

Todos los demás estaban satisfechos con el juramento, pero los eleos se oponían con el argumento de que no

---

[21] Entre 358, fecha de la muerte de Alejandro, y 354, probable fecha de la muerte de Jenofonte.

debían hacer autónomos ni a los marganeos, ni a los 371
esciluntios, ni a los trifilios, pues estas ciudades eran
suyas. Los atenienses y los demás, después de votar a 3
favor de que, como el rey había escrito, fueran autónomas por igual las ciudades pequeñas y grandes, enviaron a los comisionados con el encargo de que en cada ciudad las más altas autoridades prestaran el juramento, y juraron todos excepto los eleos.

A partir de ahora, los mantineos, en la idea de que ya eran totalmente autónomos, se reunieron todos y decretaron hacer de Mantinea una sola ciudad y fortificarla,
Los lacedemonios, en cambio, pensaron que sería intole- 4
rable que hicieran esto sin su consentimiento. En consecuencia, enviaron a Agesilao como embajador ante los mantineos, ya que lo consideraban antiguo amigo por su familia. Cuando llegó, los magistrados de los mantineos no quisieron reunir al pueblo y le pidieron que les dijera a ellos lo que quería. El les prometió que, si ahora suspendían la fortificación, conseguiría que, con el consentimiento de Lacedemonia y sin grandes gastos, se llevara
a cabo la fortificación. Como le contestaron que era im- 5
posible suspenderla, porque existía un decreto que obligaba a toda la ciudad a hacer ya la fortificación, entonces Agesilao se marchó irritado. Sin embargo, no le parecía posible hacer una expedición contra ellos, pues existía una paz que protegía la autonomía. Algunas de las ciudades arcadias mandaron gente para colaborar en la fortificación con los mantineos, y los eleos les enviaron tres talentos de plata para el gasto de la muralla. En esto estaban ocupados los mantineos.

De los tegeatas, entretanto, los de Calibio y Próxeno 6
estaban empeñados en que se uniera toda la Arcadia y 370
en que lo que triunfara en la comunidad tuviera vigencia también para las ciudades. Pero los de Estasipo promovían que la ciudad se dejara como estaba, circunscrita
a su territorio, y que utilizara las leyes patrias. Al ser 7
derrotados, entre los magistrados, los de Próxeno y Calibio, en la idea de que, si se reunía al pueblo, serían mucho más fuertes por su número, terminaron tomando

370 las armas. Al ver esto los de Estasipo, también ellos se armaron por su parte, y en número no[22] resultaron ser menos. Cuando se lanzaron al combate, mataron a Próxeno y a otros pocos con él, pero a los demás, aunque los hicieron retroceder, no los persiguieron. Por su forma de ser, Estasipo no quería matar a muchos de los ciudada-
8 nos. Los de Calibio, primero, se refugiaron en la muralla y las puertas que miran hacia Mantinea y, luego, como los adversarios dejaron de acosarlos, se reunieron y permanecieron a la expectativa. Antes había enviado una embajada a Mantinea a pedir ayuda, pero con los de Estasipo hablaban acerca de la reconciliación. Sin embargo, cuando se vio que se presentaban los mantineos, algunos se lanzaron hacia la muralla a pedirles que acudieran en su ayuda lo más rápidamente posible y reclamaban a gritos que se dieran prisa, mientras otros les abrieron las
9 puertas. Los de Estasipo, cuando se dieron cuenta de lo que sucedía, cayeron sobre las puertas que llevan a Palantio y, antes de ser capturados por sus perseguidores, se adelantaron a refugiarse en el templo de Artemis, donde se encerraron y quedaron a la expectativa. Los enemigos, en su persecución, después de subir al templo y abrir el techo, los golpeaban con las tejas. Cuando comprendieron que era inevitable, pidieron que cesaran y dijeron que saldrían. Los adversarios, al tenerlos en sus manos, los encadenaron, los subieron al carro y los llevaron a Tegea. Allí, con la colaboración de los mantineos, los condenaron y los mataron.

10 En medio de estos sucesos, huyeron a Lacedemonia alrededor de ochocientos de los tegeatas de Estasipo. En consecuencia, a los lacedemonios les pareció que, por los tegeatas muertos y expulsados, había que acudir de acuerdo con los juramentos. Así, hicieron una campaña contra los mantineos porque habían atacado con armas a los tegeatas en contra de los juramentos. Los éforos decretaron una movilización y la ciudad decidió que estuviera

[22] La negación, a partir de Dobrée, ha sido eliminada por algunos editores, como Brownson.

a su frente Agesilao. Todos los arcadios se reunieron en 370
Asea salvo los orcomenios, que no querían participar en 11
la comunidad arcadia por su enemistad con los manti-
neos, sino que habían admitido en la ciudad el contin-
gente mercenario reunido en Corinto, del que era jefe
Polítropo. Con esta preocupación, los mantíneos perma-
necieron en casa. Hereos y lepreatas por su parte se unie-
ron a los lacedemonios frente a los mantineos. Agesilao, 12
cuando le resultaron favorables los sacrificios fronterizos,
inmediatamente marchó hacia Arcadia. Al tomar la ciu-
dad de Eutea, que estaba en la frontera, y encontrar que
allí vivían en sus casas los ancianos, las mujeres y los
niños, pero que los que se encontraban en edad militar
habían ido a unirse a la comunidad arcadia, de todos
modos no hizo ningún daño a la ciudad, sino que los
dejó en paz y, cuanto les era necesario, lo compraban.
Pero como, de todos modos, se había hecho alguna ra-
piña en el momento de entrar en la ciudad, lo descubrió
y lo devolvió. Se dedicó a restaurarles la muralla cuanto
era necesario, mientras allí pasaba el tiempo a la espera
de los mercenarios de Polítropo.

En esto, los mantineos atacaron a los orcomenios. En- 13
tonces tuvieron que retroceder desde la muralla con mu-
cha dificultad y murieron algunos de ellos. Sin embargo,
cuando, en su retirada, se encontraron en Elimia y los
hoplitas orcomenios ya no los perseguían, pero los de
Polítropo presionaban con mucha fuerza, entonces, al
comprender los mantineos que, si no los rechazaban, mu-
chos de ellos serían heridos con las jabalinas, se dieron
la vuelta y marcharon al encuentro de los que presiona-
ban. Polítropo murió allí en el combate. Con respecto a 14
los demás, muchísimos habrían muerto en su huida, si
los jinetes fliasios, al presentarse y atacar la retaguardia
de los mantineos, no los hubieran hecho desistir de la
persecución. Los mantineos después de esto se retiraron
a casa.

Agesilao, al escucharlo, y en la idea de que ya no se 15
le unirían los mercenarios de Orcómeno, se adelantó de
esta manera: el primer día cenó en el territorio de la

370 Tegeátide, al día siguiente atravesó hacia la Mantínica
y acampó al pie de los montes que dan al occidente de
Mantinea. Allí se dedicó a devastar el territorio y sa-
quear los campos. De los arcadios, los que se habían
reunido en Asea se presentaron de noche en Tegea. Al
16 día siguiente, Agesilao acampó a una distancia como de
veinte estadios de Mantinea. De los arcadios de Tegea,
que ocupaban los montes entre Mantinea y Tegea, se pre-
sentaron muchísimos hoplitas con la intención de unirse
a los mantineos. Los argivos, desde luego, no los acom-
pañaban en masa. Había algunos que trataban de con-
vencer a Agesilao para que atacara a éstos separadamente,
pero por el temor de que, en cuanto se dirigiera contra
ellos, los mantineos salieran de la ciudad y por el ala
y por la retaguardia cayeran sobre él, pensó que era me-
jor que se reunieran y, si querían combatir, hacer el com-
bate de manera justa y clara.

17 Los arcadios, por ejemplo, ya estaban en el mismo lu-
gar, en cambio los peltastas de Orcómeno y los jinetes
de los fliasios con ellos, después de haber pasado de noche
junto a Mantinea, al amanecer, mientras Agesilao estaba
haciendo los sacrificios, se les presentaron delante del
campamento e hicieron que todos corrieran a sus forma-
ciones y que Agesilao volviera a las armas. Cuando aqué-
llos se dieron a conocer como amigos y Agesilao había
obtenido auspicios favorables en el sacrificio, después del
almuerzo hizo avanzar el ejército. Al llegar la tarde,
acampó a escondidas en el valle que se encuentra detrás
de Mantínica, que tiene los montes muy cerca y en círcu-
18 lo. Al día siguiente, al amanecer, ya estaba haciendo
los sacrificios delante de la expedición, pero al ver que,
desde la ciudad de los mantineos, se reunían sobre los
montes que estaban a la retaguardia de su propio ejér-
cito, comprendió que había que salir del valle lo más rá-
pidamente posible. En efecto, si él marchaba en cabeza,
temía que los enemigos cayeran sobre la retaguardia. Con
tranquilidad y con las armas cara a los enemigos, mandó
que los de la retaguardia se dieran la vuelta en la direc-
ción de la lanza detrás de la falange y se dirigieran hacia

él. De este modo, al tiempo que sacaba la falange del 370
terreno estrecho, la hacía cada vez más fuerte[23]. Cuando 19
la falange se había doblado, con el contingente hoplítico
así dispuesto, avanzó hacia la llanura y desplegó de nuevo
la formación hasta alcanzar un fondo de nueve o diez escudos. Pero los mantineos ya no volvieron a salir[24], pues
los eleos que estaban con ellos los convencieron de que
no emprendieran una batalla antes de que se presentaran
los tebanos. Dijeron estar seguros de que se presentarían, pues habían recibido en préstamo de su parte diez
talentos en concepto de ayuda. Los arcadios, al oírlo, se 20
mantuvieron a la expectativa en Mantinea. Agesilao, aunque estaba muy deseoso de llevarse el ejército, pues ya
era la mitad del invierno, sin embargo esperó allí tres
días, a no mucha distancia de la ciudad de los mantineos, para que no pareciera que por miedo forzaba la
partida. Pero al cuarto, después de almorzar temprano,
volvió dispuesto a acampar donde anteriormente había
estado su punto de partida desde Eutea. Como no apa- 21
reció ninguno de los arcadios, marchó lo más rápidamente posible hacia Eutea, aunque era muy tarde, porque quería hacer volver a los hoplitas antes de ver las hogueras de los enemigos, para que nadie dijera que se marchaba huyendo. En efecto, después del desánimo anterior, parecía que la ciudad se había recuperado algo, porque ya había hecho la invasión de Arcadia y, mientras devastaba el territorio, nadie había querido combatir. Cuando estuvo en Laconia, envió a los espartiatas a casa y a los periecos a sus ciudades.

Los arcadios, cuando Agesilao se había ido y se ente- 22
raron de que su ejército se había disuelto, como ellos por su parte seguían reunidos, hicieron una expedición

[23] Complicada maniobra de la formación hoplítica, en que, desde la línea de marcha, con las armas frente al enemigo, la retaguardia mueve hacia la derecha (en la dirección de la lanza), con lo que se fortalece la línea y se va saliendo poco a poco de la difícil situación.

[24] «No atacaron», según la conjetura de Cobet, aceptada por Hatzfeld.

370 contra los hereos, porque no querían participar en la
comunidad arcádica y habían invadido Arcadia en colabo-
ración con los lacedemonios. Por ello, los invadieron, que-
maron sus casas y les cortaron los árboles.
Cuando se dijo que los tebanos, que habían venido en
su ayuda, estaban en Mantinea, se apartaron de Herea
23 y se unieron a los tebanos. Una vez que estuvieron jun-
tos, para los tebanos estaba todo muy bien puesto que
habían venido en su ayuda, pero no veían a ningún ene-
migo en el territorio, por lo que se preparaban para mar-
charse. Pero los arcadios, argivos y eleos insistían para que
los condujeran cuanto antes contra Laconia, pues les da-
ban como argumento su propio número y alababan al
ejército de los tebanos. En efecto, los beocios se ejerci-
taban todos en las armas, estimulados por la victoria de
Leuctra. Los acompañaban también focidios, que se ha-
bían convertido en sus súbditos, eubeos de todas las ciu-
dades, locros de ambas Locrias, acarnanios, heracleotas
y melieos. Los acompañaban también jinetes y peltastas
de Tesalia. Con esta perspectiva [25] y la noticia de la deso-
lación de Lacedemonia, les suplicaban que de ninguna
manera se volvieran antes de invadir su territorio.
24 Los tebanos escuchaban esto, pero a cambio argumen-
taban que, según se decía, Laconia era inalcanzable y
creían que había guarniciones colocadas en los lugares
más accesibles. En efecto, estaba Iscolao en Eo de la
Escirítide con una guarnición de neodamodes y los más
jóvenes de los exiliados tegeatas, alrededor de cuatrocien-
tos. Había también en Leuctro sobre la Maleátide otra
guarnición. Esto era lo que calculaban los tebanos, en
la idea también de que, si se reunía rápidamente la fuerza
de los lacedemonios, no combatirían en ninguna parte
mejor que en su propia tierra. Con todos estos cálculos
25 no estaban muy inclinados a ir contra Lacedemonia. No
obstante, cuando vinieron desde Carias y contaron la de-

---

[25] Traducción basada en la conjetura de Dindorf, aceptada por Marchant y Brownson. Hatzfeld prefiere conservar el texto como corrupto: «satisfechos» (?).

solación que había, junto con la promesa de que ellos 370
los guiarían y el ofrecimiento de dejarse degollar si se
descubría algún engaño, y cuando además se presentaron
algunos de los periecos a los que habían llamado y les
dijeron que se rebelarían sólo con que se presentaran en
el territorio, y añadieron que ahora los periecos eran
llamados por los espartiatas y no querrían acudir en su
apoyo, al escuchar todo esto y de parte de todos, los
tebanos se dejaron persuadir, y ellos se introdujeron por
Carias y los arcadios por Eo de la Escirítide.

Si en medio de su avance por los accesos difíciles hu- 26
biera aparecido Iscolao, según se decía, nadie habría su-
bido por allí. Ahora bien, como quería hacer aliados a
los eatas, esperó en la aldea, mientras que los arcadios
subieron en masa. Entonces se pusieron a luchar frente
a frente, y vencían los de Iscolao. Pero cuando, después
de subir por detrás, los golpeaban y disparaban sobre
ellos desde el flanco y desde las casas, allí murió Iscolao
y todos los demás, salvo alguno que pudiera escapar sin
que lo vieran. Tras este éxito, los arcadios marcharon 27
rumbo a Carias a unirse a los tebanos. Los tebanos, desde
que se enteraron de lo que habían hecho los arcadios,
descendían con mucha más confianza. Inmediatamente se
pusieron a quemar y devastar la Selasia. Cuando se en-
contraron en la llanura, en el santuario de Apolo, enton-
ces acamparon. Al día siguiente, siguieron la marcha.

Ahora bien, ni siquiera intentaron atravesar el puente
hasta la ciudad, pues en el templo de Alea aparecieron
en frente los hoplitas. Pasaron, en cambio, de largo, dejan-
do el Eurotas a su derecha, mientras quemaban y devas-
taban casas llenas de muchos bienes. De los de la ciudad, 28
las mujeres ni siquiera resistían mirar el humo, pues nun-
ca habían visto enemigos, pero los espartiatas, con la
ciudad sin fortificar, hacían guardia, cada uno distribuido
por un sitio diferente, aunque eran tan pocos como pa-
recían. Las autoridades decidieron incluso anunciar a los
hilotas que, si alguno quería tomar las armas e incorpo-
rarse a la formación, recibirían las garantías de que serían
libres cuantos participaran en la guerra. Al principio, di- 29

370 jeron que se habían inscrito más de seis mil, de modo que
más bien les dio miedo el hecho de que se agruparan en
formación porque les parecía que eran demasiados. Sin
embargo, como se quedaron los mercenarios de Orcóme-
no, y fliasios, corintios, epidaurios, peleneos y algunos
otros de las ciudades acudieron en ayuda de los lacede-
monios, ya tuvieron menos miedo de los enrolados.
30 Cuando el ejército, en su avance, se presentó en Ami-
clas, atravesaron por aquí el Eurotas. Los tebanos, donde
acampaban, inmediatamente cortaban los árboles y los
arrojaban delante de sus formaciones en tanto número
como podían, y así se protegían. En cambio los arcadios
no hacían nada de esto, sino que dejaban las armas y se
dirigían a las casas a hacer rapiña. Después, al tercero o
cuarto día, avanzaron hacia el hipódromo, junto al templo
de Geaoco [26], los jinetes en formación, todos los tebanos
y eleos y los jinetes de los focidios, tesalios y locrios que
31 estaban presentes. Los jinetes de los lacedemonios, que
al parecer eran muy pocos, se habían colocado enfrente
de ellos. Como les habían hecho una emboscada a los
hoplitas más jóvenes, unos trescientos, en la casa de los
Tindáridas, al mismo tiempo que éstos salieron a la ca-
rrera, los jinetes atacaron. Los enemigos se retiraron sin
hacerles frente. Al verlo, muchos de la infantería se lan-
zaron a la fuga. Pero desde el momento en que sus per-
seguidores se detuvieron y el ejército de los tebanos per-
32 maneció quieto, de nuevo volvieron a acampar. Ahora
ya les parecía algo más seguro que todavía no iban a ata-
car la ciudad. Entonces el ejército partió de allí y avanzó
por el camino de Helos. Se dedicaron a incendiar las ciu-
dades que estaban sin fortificar y Giteo, donde estaban
los arsenales de los lacedemonios, la atacaron durante tres
días. Hubo algunos periecos que se sumaron y participa-
ron en el combate junto con los tebanos.
33 Al oír esto, los atenienses empezaron a preocuparse
por la actitud que habían de tomar en relación con los
lacedemonios y celebraron una asamblea por mandato del

[26] Poseidón, «señor de la tierra».

Consejo. Estaban allí presentes por casualidad los em- 370
bajadores de los lacedemonios y de los aliados que to-
davía les quedaban, por lo que hablaron los lacedemonios
Araco, Ocilo, Fárax, Etimocles y Olonteo y dijeron todos
cosas muy parecidas, consistentes en recordar a los ate-
nienses que siempre habían estado unidos para lo bueno
en las ocasiones más importantes. Contaron que ellos ha-
bían expulsado a los tiranos de Atenas y que los ate-
nienses los habían ayudado con entusiasmo cuando esta-
ban sitiados por los mesenios. Hablaban de todas las 34
ventajas que resultaban cuando ambos actuaban juntos,
pues recordaban que en común habían combatido contra
el bárbaro y evocaban el momento en que los atenienses
habían sido elegidos por los griegos como jefes de la flota
y guardianes de las riquezas comunes, cuando lo consin-
tieron los lacedemonios, mientras ellos, por tierra, por
voluntad de todos los griegos, habían sido nombrados
jefes también cuando lo consintieron los atenienses. Uno 35
de ellos dijo además, aproximadamente, lo que sigue: «Si
vosotros y nosotros estamos de acuerdo, ahora existe la
esperanza de que los tebanos paguen el diezmo del que
se habla desde hace tiempo.» Los atenienses no lo aco-
gieron bien y se difundió el comentario de que ahora de-
cían esto, «pero cuando les iba bien nos atacaban». Les
pareció que lo más importante de lo que decían los lace-
demonios era que, cuando los habían derrotado, ante el
deseo de los tebanos de dejar Atenas arrasada, habían ser-
vido de obstáculo para ellos[27]. El argumento más fre- 36
cuente consistía en que, de acuerdo con los juramentos,
era preciso acudir. Pues los arcadios y sus aliados no
habían atacado a los lacedemonios porque hubieran co-
metido ninguna irregularidad, sino porque habían ayuda-
do a los tegeatas, a causa de que los mantineos los habían
atacado en contra de los juramentos. Con motivo de estos
argumentos también se extendió un rumor en la asam-
blea, pues unos decían que los mantineos habían acudido

[27] Brownson y Hatzfeld aceptan la enmienda de Dobrée: «ellos habían servido de obstáculo».

370 justamente en ayuda de los partidarios de Próxeno que murieron en manos de Estasipo y otros que habían actuado ilegalmente, porque habían llevado sus armas contra los tegeatas.

37 Mientras estas posturas trataban de dilucidarse por la misma asamblea, se levantó el corintio Clíteles y dijo: «Es sin duda tema de controversia, atenienses, quiénes fueron los primeros en cometer injusticia, pero a nosotros, cuando había paz, ¿hay quien pueda acusarnos de que atacamos alguna ciudad, de que nos apoderamos de las riquezas de alguien o de que devastamos una tierra ajena? En cambio, los tebanos, al venir a nuestro territorio, han cortado los árboles, han quemado las casas y han robado riquezas y ganados. ¿Cómo se puede considerar que, si no nos ayudáis cuando hemos sido víctimas de tan patente violación, no estéis actuando contra los juramentos? Precisamente esos juramentos de los que vosotros mismos os preocupasteis para que nosotros en bloque juráramos junto con todos vosotros.» Entonces los atenienses reaccionaron favorablemente, en la idea de que Clíteles había hablado con rectitud y justicia.

38 Después de él se levantó Procles, fliasio, y dijo: «Atenienses, que si los lacedemonios estuvieran fuera de combate, los tebanos os atacarían a vosotros los primeros, pienso que para todos es algo evidente. Pues de todos los demás, creen que sólo vosotros podríais representar
39 un obstáculo para dominar a los griegos. Si es así, pienso que, al participar en la expedición, no vais a acudir en ayuda de los lacedemonios más que de vosotros mismos. Que los tebanos, que son vuestros enemigos y habitan en vuestra vecindad, posean la hegemonía de Grecia, pienso que resultaría mucho peor para vosotros que tener a los adversarios lejos. También estáis en condiciones de prestar ayuda de forma más conveniente para vosotros mismos en un momento en que todavía contáis con aliados potenciales que si, en el momento en que éstos hayan desaparecido, os vierais obligados a combatir solos contra los tebanos.

Si algunos temen que, en el caso de que ahora escapen 370
los lacedemonios, todavía os van a proporcionar proble- 40
mas a vosotros, tened en cuenta que no es a los que se hace el bien, sino a los que se hace el mal, a quienes uno debe temer, no vaya a ser que alguna vez lleguen a hacerse fuertes. Esto es lo que hay que tener en cuenta, que, tanto a los individuos como a las ciudades, les conviene adueñarse de algún bien, para tener protección si alguna vez se hacen débiles, gracias a los esfuerzos pre-
viamente realizados. A vosotros ahora se os ofrece la 41
oportunidad, de parte de alguno de los dioses, si ayudáis a los lacedemonios cuando están necesitados, de tenerlos a ellos como amigos para siempre sin ningún tipo de pretexto. Me parece que ahora no iban a recibir los beneficios de vuestra parte ante pocos testigos, sino que lo sabrán los dioses que todo lo ven, ahora y siempre, pero conocen también lo que sucede tanto los aliados como los enemigos y, además de ellos, todos los griegos y los bár-
baros. Este asunto a nadie le es indiferente. De este 42
modo, si se comportaran mal con vosotros. ¿quién iba a ser ya en adelante partidario suyo? Es preciso, pues, esperar que sean hombres honestos más que malvados. Si es que los hay, éstos dan la impresión de haber vivido siempre como aspirantes a la alabanza y haberse apartado
de las acciones vergonzosas. Además, tened presente tam- 43
bién lo siguiente: si alguna vez de nuevo viene sobre Grecia un peligro de parte de los bárbaros, ¿en quiénes podéis confiar más que en los lacedemonios?, ¿a quiénes haríais vuestros compañeros de armas mejor que a éstos? Recordad que todos los que se alinearon en las Termópilas prefirieron morir en el combate a introducir, vivos, al bárbaro en Grecia. Dado que, en vuestra compañía, se portaron como hombres valientes y existen esperanzas de que lo hagan de nuevo, ¿cómo no va a ser justo que nosotros y vosotros les prestemos todo nuestro entusiasmo?

También son dignos de entusiasmo sus actuales alia- 44
dos. Tened bien presente que quienes ahora permanecen fieles en las desgracias, éstos son también los que se aver-

370 gonzarían de no mostraros a vosotros el agradecimiento debido. Si da la impresión de que somos ciudades pequeñas las que voluntariamente compartimos los peligros con ellos, tened en cuenta que, si vuestra ciudad se suma, ya
45 no seremos ciudades pequeñas las que los ayudamos. Yo, atenienses, antes amaba a esta ciudad porque oía decir que todas las víctimas de las injusticias y los atemorizados que aquí se refugiaban obtenían ayuda. Pero ahora ya no necesito oírlo, sino que yo mismo estoy presente para ver que los lacedemonios, los más ilustres, además de sus amigos más fieles, vienen a vosotros y os piden
46 que los ayudéis. Y veo también que los tebanos, que entonces no convencieron a los lacedemonios para esclavizaros, ahora os piden que [no] [28] veáis con indiferencia que perecen los que os salvaron.»

Existe una hermosa tradición sobre vuestros antepasados, cuando no permitieron que quedaran sin enterrar los argivos que murieron en la Cadmea. Para vosotros podría ser mucho más hermoso que no permitierais que los lacedemonios, todavía vivos, perecieran víctimas de
47 la soberbia. Con ser hermosa también aquella hazaña, cuando contuvisteis la soberbia de Euristeo para salvar a los hijos de Heracles, ¿cómo no iba a ser más hermoso que salvarais no sólo a los fundadores, sino también a la ciudad entera? Y lo más hermoso de todo sería que, después de que entonces los lacedemonios os salvaran, simplemente con un voto, sin correr ningún peligro, ahora vosotros, con las armas y a través de los peligros, los
48 ayudarais a ellos. Si nosotros nos enorgullecemos, los que nos limitamos a hablar en favor de que se preste ayuda a unos hombres valerosos, desde luego a vosotros, quienes estáis en condiciones de ayudar con la acción, os puede resultar un gesto verdaderamente noble el que, después de haber sido multitud de veces amigos y enemigos de los lacedemonios, no os acordarais de los daños que os habéis causado más que de los beneficios que ha-

[28] La negación se encuentra prácticamente en todos los códices, pero es también rechazada en general por los editores.

béis experimentado, y les ofrecierais vuestro agradeci- 370
miento no sólo en nombre propio, sino en el de Grecia
entera, ya que se comportaron por ella como hombres
ilustres.»

Después de esto, deliberaron los atenienses y, a los 49
que se oponían, no soportaban ni escucharlos, sino que
votaron acudir en masa en su ayuda y eligieron a Ifícra-
tes como estratego. Cuando los sacrificios se mostraron
favorables y anunció que cenaban en la Academia, según
decían, muchos ya habían salido antes que el mismo Ifí-
crates. Después, Ifícrates se convirtió en el conductor y
los demás lo seguían, en la idea de que iban a cumplir
una hermosa acción. Como, al llegar a Corinto, se entre-
tuvo unos días, al punto, por este retraso, empezaron a
hacerle reproches, pero cuando por fin salió, con entu-
siasmo lo seguían a donde los llevaba y, con entusiasmo,
si los llevaba ante una muralla, la atacaban. Pero de los 50
enemigos que estaban en Lacedemonia, arcadios, argivos
y eleos, muchos se habían retirado, dado que eran veci-
nos, y se llevaban de un modo o de otro lo que habían
requisado. Los tebanos y los demás querían retirarse del
territorio, por una parte, porque veían que el ejército se
hacía cada día más pequeño, pero, por otra, porque eran
más escasas las provisiones, pues unas se las habían gas-
tado, otras requisado, otras dilapidado, otras quemado.
Además, ya era invierno, de modo que todos querían
retirarse en seguida. Como aquéllos se retiraban de La- 51
cedemonia, así también Ifícrates se llevó a los atenienses
de Arcadia a Corinto.

Con respecto a las demás expediciones en que actuara
bien, yo no le puedo hacer reproches, pero de lo que llevó
a cabo en ese momento encuentro que todo lo hecho por
él o fue inútil o fue inconveniente. Cuando se puso a
establecer puestos de vigilancia sobre el Oneo para que
los beocios no pudieran volver a casa, dejó sin vigilancia
el mejor camino, el que pasa por Cencreas. Cuando quiso 52
enterarse de si los tebanos habían superado el Oneo, en-
vió como observadores a todos los caballeros atenienses
y corintios. Sin duda, para ver no son menos suficientes

pocos que muchos, y, si era preciso retirarse, mucho más fácil habría sido para pocos que para muchos encontrar un buen camino e irse con tranquilidad. El llevar muchos y menos que los contrarios, ¿cómo no va a ser una insensatez? En efecto, al estar alineados sobre una gran cantidad de terreno, los jinetes, por ser muchos, cuando fue preciso retirarse, tuvieron que tomar por caminos difíciles, de modo que no perecieron menos de veinte jinetes. Entonces los tebanos se retiraron como quisieron.

Al año siguiente[1] llegaron a Atenas embajadores ple- 369
nipotenciarios de los lacedemonios y de los aliados para 1,1
decidir en qué condiciones podría tener lugar la alianza entre los lacedemonios y los atenienses. En medio de las argumentaciones de muchos extranjeros y de muchos atenienses partidarios de que la alianza se llevara a cabo sobre bases justas y equitativas, Procles el fliasio pronunció el siguiente discurso:

«Atenienses, una vez que habéis determinado haceros 2
amigos de los lacedemonios, creo necesario observar de qué modo la amistad puede durar el mayor tiempo posible. Si, en efecto, hacemos los pactos sobre la base de lo que a cada uno convenga más, lógicamente podrían ser más duraderos. En casi todo, desde luego, se está más o menos de acuerdo, pero de momento la reflexión ha de girar en torno a la hegemonía. En efecto, en el Consejo se ha propuesto que la del mar sea vuestra y la

[1] Según el año militar, que empezaría en primavera. La expedición de Agesilao ha terminado durante el invierno de 370/369.

369 terrestre de los lacedemonios, y a mí mismo me parece que esto viene condicionado no tanto por la naturaleza humana como por la naturaleza divina y por el destino.
3 Antes que nada, ocupáis un lugar muy favorable para eso. La mayor parte de las ciudades para las que el mar es indispensable viven en torno a la vuestra y todas son más débiles que ella. Además, tenéis puertos, sin los cuales no es posible aprovechar una potencia naval. Por otro lado, poseéis muchas trieres y tenéis la tradición de re-
4 novar constantemente la flota. Pero, además, domináis todas las artes necesarias. Sin duda, en experiencia relativa a las artes náuticas, superáis a los demás, pues para la mayoría de vosotros la vida viene del mar, de modo que, al preocuparos de vuestros asuntos privados, al mismo tiempo os hacéis expertos en las luchas por mar. Además, de ninguna parte podrían zarpar más trieres que de vuestra ciudad, lo que no es lo menos importante con respecto a la hegemonía, pues todos se reúnen con mucho
5 agrado en torno a donde primero surge la fuerza. Asimismo, de parte de los dioses se os ha dado a vosotros tener suerte en esto: pues si habéis participado en muchísimos y muy importantes combates navales, en muy pocos casos os ha faltado la fortuna y en la mayoría habéis salido con éxito. Es por ello natural que los aliados participen en estos riesgos a vuestro lado con mucho gus-
6 to. De que para vosotros esta ocupación es necesaria y conveniente, tenéis que convenceros por lo que voy a deciros. Los lacedemonios, una vez, estuvieron en guerra con vosotros durante muchos años y, aunque se apoderaron de vuestro territorio, no lo devastaron hasta aniquilaros. Sin embargo, cuando el dios, en una ocasión, les dio la oportunidad de triunfar en el mar, en seguida os encontrasteis totalmente a su arbitrio, conque es evidente que toda salvación para vosotros depende del mar
7 Al ser así las cosas, ¿cómo iba a ser bueno para vosotros confiar la hegemonía del mar a los lacedemonios? En primer lugar, están de acuerdo ellos mismos en que son más inexpertos que vosotros en esta tarea y, además, el peligro en los combates navales no está igualmente repar-

tido, sino que a ellos sólo les afecta en lo que se refiere 369 a los hombres de las trieres, mientras que, desde vuestro punto de vista, afecta a los niños, a las mujeres y a la ciudad entera.

Tal es vuestra situación. Observad también la de los 8 lacedemonios. En primer lugar, viven en el interior, de modo que, si dominan la tierra, aunque estuvieran apartados del mar, podrían vivir perfectamente. Como conocen esta realidad, muy pronto desde niños se dedican a la práctica de la guerra terrestre. Y en lo que tiene una gran importancia, en obedecer a las autoridades, ellos son mejores por tierra y vosotros por mar. Además, como 9 vosotros con la flota, así ellos, por su parte, podrían ponerse en marcha por tierra en gran número y de manera muy rápida, de modo que es natural que los aliados se dirijan a ellos con la mayor confianza. Incluso el dios les ha dado, como a vosotros tener suerte por mar, así a ellos tenerla por tierra, pues han participado en muchísimos combates por tierra y en muy pocos casos han fracasado, mientras que en muchísimos han salido con éxito. Que para ellos el cuidado de la tierra no es menos 10 necesario que para vosotros el del mar es fácil conocerlo a partir de los hechos. Cuando estuvisteis en guerra con ellos durante tantos años, aunque muchas veces los derrotasteis por mar, no conseguíais nada que os llevara a vencerlos en la guerra, pero cuando una vez fueron derrotados por tierra en seguida el peligro les afectó a los niños, a las mujeres y a la ciudad entera. ¿Cómo no va 11 a ser terrible para ellos entregar a otros la hegemonía terrestre, cuando son los que mejor se ocupan de estos asuntos? Yo, desde luego, como se ha propuesto en el Consejo, esto que he dicho considero que es lo más conveniente para ambos. Ojalá vosotros tuvierais la suerte de decidir lo mejor para todos nosotros.»

Eso dijo. Los atenienses y los lacedemonios presentes, 12 unos y otros, alababan con entusiasmo su discurso. Sin embargo, luego se presentó Cefisódoto y dijo: «Atenienses, ¿no os dais cuenta de que os están engañando? Si me escucháis, al punto os lo demostraré. En efecto, vais

369 a ser los dirigentes del mar. Los lacedemonios, si se
alían con vosotros, evidentemente los trierarcos que van
a enviar serán lacedemonios, y tal vez también los sol-
dados de marina, pero, evidentemente, los marineros serán
o hilotas o mercenarios. A éstos será a quienes, en con-
13 secuencia, vosotros dirigiréis. En cambio, cuando los la-
cedemonios os participen que hay una campaña terrestre,
evidentemente enviaréis a los hoplitas y a los caballeros.
De este modo, aquéllos se convierten en vuestros jefes,
mientras vosotros seréis jefes de sus esclavos y de los
más indignos de ellos. Contéstame», dijo, «lacedemonio
Timócrates, ¿no decías hace un momento que venías a
hacer la alianza sobre bases justas y equitativas?». «Eso
14 dije.» «¿Existe algo más equitativo», continuó Cefisódo-
to, «que turnarse alternativamente en la dirección de la
flota y turnarse en la de la infantería, y que vosotros,
si hay algo bueno en el imperio marítimo, tengáis vues-
tra parte, igual que nosotros en el terrestre?». Persua-
didos por lo que habían escuchado, los atenienses cam-
biaron de opinión y votaron turnarse en la jefatura cada
cinco días.

15 Mientras unos y otros con sus aliados hacían una ex-
pedición hacia Corinto, decidieron proteger en común el
Oneo. Dado que los tebanos y sus aliados avanzaban, se
pusieron a hacer la guardia alineados cada uno a un lado
del Oneo, los lacedemonios y peleneos por la parte más
vulnerable. Los tebanos y sus aliados, cuando distaban
treinta estadios de las partes vigiladas, acamparon en la
llanura. Tras hacer conjeturas sobre cuándo pensaban que
habrían de emprender la marcha para acabarla antes de
la salida del sol, partieron hacia la zona guardada por
16 los lacedemonios. Y no se equivocaron en la hora, sino
que cayeron sobre los lacedemonios y los peleneos cuando
ya cesaban las guardias nocturnas y se levantaban de los
jergones para dirigirse cada uno a donde debía. Entonces
los tebanos cayeron sobre ellos y se dedicaron a gol-
pearlos, prevenidos a desprevenidos, alineados a desor-
17 ganizados. Cuando los que se habían salvado consiguieron
huir a la colina más próxima, aunque el polemarco de los

lacedemonios tuvo en sus manos la posibilidad, después 369 de coger todos los hoplitas aliados que quería, y también todos los peltastas, de ocupar el lugar, pues en Cencreas podía aprovisionarse sin riesgos de todo lo necesario, no lo hizo así. Por el contrario, aunque los tebanos no conocían en absoluto el modo de bajar desde la parte que miraba a Sición, ni cómo volver de nuevo, hizo una tregua, según el parecer de muchos, más favorable para los tebanos que para ellos mismos, y de este modo se marchó y se llevó a los suyos.

Los tebanos, después de bajar con todas las garantías 18 de seguridad y de reunirse con sus aliados, arcadios, argivos y eleos, inmediatamente atacaron sobre Sición y Pelene. En una expedición contra Epidauro devastaron todo su territorio. Al retirarse de allí, con gran desprecio hacia todos sus contricantes, cuando estuvieron cerca de la ciudad de los corintios, se dirigieron a la carrera hacia las puertas que van en dirección a Fliunte, como si fueran a atacar en caso de que estuvieran abiertas. En el 19 momento de acudir algunos de infantería ligera, se encontraron con las tropas elegidas de los tebanos, que no distaban cuatro pletros de la muralla. Como se subieron a los monumentos y a los lugares elevados, con dardos y jabalinas mataron a una buena cantidad de los que iban delante y, después de forzarlos a dar la vuelta, los persiguieron como tres o cuatro estadios. Tras este suceso, los corintios, después de sacar los cadáveres delante de la muralla y entregarlos mediante un pacto, colocaron un trofeo. De esta manera se reanimaron los aliados de los lacedemonios.

Hecho esto, al mismo tiempo les llegó a los lacedemo- 20 nios la ayuda procedente de Dionisio, más de veinte trieres. Llevaban celtas, iberos y unos cincuenta jinetes. Al día siguiente, los tebanos y sus aliados, después de desplegarse y de llenar la llanura hasta el mar y hasta las colinas que se encuentran junto a la ciudad, destruyeron todo lo aprovechable que había en ella. Los jinetes de los atenienses y de los corintios no se acercaban mucho al ejército, al ver que los adversarios eran fuertes y nu-

369 merosos. Los jinetes de Dionisio, todos los que había,
21 corrían dispersos cada uno por su lado y atacaban con
la jabalina, pero cuando presionaban sobre ellos, retro-
cedían y de nuevo se volvían a disparar la jabalina. Al
mismo tiempo que hacían esto, bajaban de los caballos
y descansaban. Si, cuando estaban desmontados, alguien
los atacaba, con toda facilidad saltaban de nuevo y se
retiraban. Si quienes los perseguían se alejaban de su
ejército, se daban la vuelta, los atacaban y les causaban
graves daños con la jabalina, de modo que obligaban a
22 todo el ejército a avanzar y retroceder por su causa. Sin
embargo, después de esto, los tebanos no esperaban mu-
chos días para volver a casa, y lo mismo hicieron los
demás, cada uno a la suya. Luego, los de Dinisio se di-
rigieron contra Sición y vencieron a los sicionios en una
batalla en la llanura, donde mataron alrededor de setenta
y se apoderaron violentamente de la fortaleza de Deras.
La primera expedición de ayuda de parte de Dionisio,
después de hacer esto, zarpó para Siracusa.

Los tebanos y todos los que se habían separado de
los lacedemonios hasta ese momento actuaban unánime-
mente y hacían campaña bajo la dirección de los tebanos.
23 Sin embargo, cuando hizo acto de presencia un tal Lico-
medes de Mantinea, inferior a nadie por su linaje, des-
tacado por su riqueza y, por lo demás, ambicioso, éste
llenó de arrogancia a los arcadios, al decir que sólo ellos
podían considerar el Peloponeso como su patria, pues
eran los únicos autóctonos que habitaban en ella, la ma-
yor de las tribus griegas estaba constituida por la comu-
nidad arcadia y eran los que tenían los cuerpos más fuer-
tes. Señalaba también que eran los más valientes y ponía
como prueba que, cuando alguien necesitaba tropas auxi-
liares, no elegía a nadie más que a los arcadios. Además,
ni los lacedemonios habían atacado nunca Atenas sin
ellos, ni ahora los tebanos iban sin los arcadios contra
24 Lacedemonia. «Desde luego, si sois inteligentes, tendréis
que negaros a acompañar a cualquiera a donde os llame.
Igual que antes, al acompañar a los lacedemonios, aumen-
tasteis su poder, ahora, si por las buenas acompañáis a

los tebanos y no consideráis lógico compartir el mando, 369
del mismo modo vais a encontrar en seguida en ellos a
otros lacedemonios.» Los arcadios, a partir del momento
en que oyeron esto, comenzaron a crecerse, amaban sobre-
manera a Licomedes y lo consideraban un hombre único,
de modo que nombraban magistrados a quienes quiera
que él recomendara. De los hechos que sucedieron se 25
glorificaron los arcadios, pues, cuando los argivos ataca-
ron Epidauro y vieron cerrada la salida por obra de los
mercenarios de Cabrias junto con atenienses y corintios,
acudieron en su ayuda en el momento en que se hallaban
totalmente acorralados y liberaron a los argivos, a pesar
de que les eran hostiles no sólo los hombres, sino tam-
bién los accidentes del terreno. Una vez que hicieron una
expedición contra Asine en Laconia, vencieron a la guar-
nición de los lacedemonios, mataron a Geránor, el espar-
tiata que había llegado a ser polemarco [2], y devastaron
el suburbio de la ciudad de los asineos. Cuando querían
emprender la salida, no se lo impedía ni la noche, ni el
mal tiempo, ni la longitud del camino, ni los montes in-
transitables, de modo que en aquel momento creían que
eran con mucho los más fuertes. Los tebanos, por esto, 26
empezaron a estar secretamente envidiosos y a no sen-
tirse ya amigos de los arcadios. También los eleos, cuan-
do, al reclamar a los arcadios las ciudades que les habían
sido arrebatadas por los lacedemonios, se dieron cuenta
de que no atribuían ninguna importancia a sus razona-
mientos y que en cambio tenían en mucha consideración
a los trifilios y a los demás que se habían separado de
ellos, porque decían que eran arcadios, por eso también
los eleos comenzaron a sentirse sus enemigos.

En un momento tal, en que cada uno de los aliados 27
tenía una alta consideración de sí mismo, llegó con mu- 368
cho dinero Filisco, abideno, de parte de Ariobarzanes. En

---

[2] Es la corrección de Dindorf, aceptada por Merchant y Brownson. Según los códices, sería «el polemarco que había llegado a ser espartiata», texto y traducción aceptados por Hatzfeld, que lo explica como una de las consecuencias de las pérdidas de Leuctra en la ciudadanía espartana.

368 primer lugar reunió en Delfos para tratar de la paz a los tebanos con sus aliados y a los lacedemonios. Al llegar allí, no se pusieron en absoluto en comunicación con el dios sobre cómo podría hacerse la paz, sino que deliberaban por sí solos. Como los tebanos no aceptaban que Mesene estuviera en manos de los lacedemonios, Filisco reunió un gran ejército mercenario para hacer la guerra en unión de los lacedemonios.

28 Mientras esto ocurría, llegó la segunda expedición de ayuda de parte de Dionisio. Frente a la opinión de los atenienses de que debía ir a Tesalia a hacer frente a los tebanos[3], la opinión que triunfó entre los aliados fue la de los lacedemonios, partidarios de que se dirigiera a Laconia. Una vez que los de Dionisio llevaron a cabo la navegación hasta Lacedemonia, Arquidamo los unió al contingente ciudadano y emprendió la campaña. Tomó Carias por la fuerza y a todos los que cogió vivos los degolló. Desde allí, inmediatamente, hizo con aquéllos una expedición a Parrasios de Arcadia y se dedicó a arrasar el territorio. Cuando acudieron a defenderlo los arcadios y los argivos, retrocedieron y acamparon en las colinas próximas a Melea[4]. Entonces, mientras estaba allí, Cisidas, el jefe de la expedición de Dionisio, dijo que se le acababa el tiempo fijado para quedarse. Y según decía
29 esto, se marchó por el camino de Esparta. Pero como, al marcharse, los mesenios le cortaron el paso en la angostura del camino, entonces envió un mensaje a Arquidamo en busca de ayuda. Y él acudió. Cuando estuvieron en la salida que se desvía en dirección a los Eutresios, los arcadios y los argivos se dirigieron a Laconia, y lo hacían con la intención de cerrarle el camino hacia casa. En el lugar en que el terreno es llano, en la confluencia del camino de los Eutresios y el de Melea, allí fue a parar
30 y se alineó como para combatir. Decían que él, al presentarse delante de los batallones, había hecho una arenga de este tipo: «Ciudadanos, ahora seamos valientes y

[3] Porque estaban enfrentados a Alejandro de Feras, a quien ayudaban los atenienses.

[4] Los códices dicen Medea, lectura preferida por Hatzfeld.

miremos de frente. Devolvamos a nuestros descendientes 368
la misma patria que recibimos de nuestros padres. Dejemos de avergonzarnos ante niños, mujeres, ancianos y extranjeros, entre los que antes éramos los más célebres
de todos los griegos.» Dicho esto, cuentan que en un 31
cielo sereno aparecieron rayos y relámpagos de buen augurio para él. Se dio además el caso de que había junto al ala derecha un recinto y una estatua de Heracles [de quien también se dice descendiente]. Desde luego, se comenta que de todo ello les sobrevino a los soldados mucha fuerza y valor, de tal manera que la labor de los jefes consistió en retener a los soldados cuando se lanzaban hacia adelante. Entonces, cuando Arquidamo los condujo al frente, los pocos enemigos que los recibieron con la lanza murieron, los demás cayeron en la huida, muchos de ellos a manos de los jinetes, pero muchos también a
manos de los celtas. Una vez que, terminado el combate, 32
se erigió un trofeo, inmediatamente envió a casa a Demóteles el heraldo a anunciar la grandeza de la victoria <y>[5] que no había muerto ni uno de los lacedemonios, y sí muchísimos de los enemigos. Pero decían que los de Esparta, cuando lo oyeron, empezando por Agesilao, los ancianos y los éforos, se pusieron a llorar. De tal manera son comunes las lágrimas a las alegrías y al dolor. Con respecto a la suerte de los arcadios, no mucho menos que los lacedemonios se alegraron los tebanos y los eleos. Tan hartos estaban ya de su engreimiento.

Como los tebanos seguían considerando sin interrup- 33
ción de qué manera podrían obtener la hegemonía de Gre- 367
cia, pensaron que, si enviaban un mensaje al rey de los persas, podrían crecer con su apoyo. Entonces, después de haber convocado a los aliados con el pretexto de que Euticles el lacedemonio estaba viendo al rey, se pusieron en marcha, de los tebanos, Pelópidas; de los arcadios, Antíoco el pancratiasta, y, de los eleos, Arquidamo. Los acompañaba también un argivo[6]. Los atenienses, al en-

[5] Conjetura normalmente aceptada.
[6] Según Hatzfeld, Argeo, jefe popular de Elide.

367 terarse, enviaron a su vez a Timágoras y a Leonte. Cuando
34 estuvieron allí, mucho se crecía Pelópidas ante el persa,
pues podían decir que eran los únicos de los griegos que
habían luchado con el rey en Platea, que luego nunca
habían hecho una expedición contra el rey y que, preci-
samente por esto, los lacedemonios les hacían la guerra,
porque no habían querido ir con Agesilao contra él ni
le habían dejado hacer sacrificios a Artemis en Aulide, en
el lugar en que Agamenón, cuando zarpó para Asia, había
35 celebrado sus sacrificios antes de tomar Troya. Mucho
ayudaba a Pelópidas a sentirse honrado el hecho de que
los tebanos hubieran vencido en la batalla de Leuctra y
que, como todos sabían, habían devastado el territorio
de los lacedemonios. Decía Pelópidas que los argivos y
los arcadios habían sido derrotados en una batalla por los
lacedemonios precisamente cuando ellos no se presenta-
ron. Le servía de testigo de que todo esto que decía era
verdad el ateniense Timágoras, que recibía los honores
36 en segundo lugar después de Pelópidas. Luego, al pregun-
tarle el rey a Pelópidas qué quería que se escribiera por
su parte, dijo que Mesenia fuera autónoma de los lace-
demonios y que los atenienses sacaran a tierra las naves.
Si no hacían caso, que se enviara una expedición contra
ellos. Si alguna ciudad no quería acompañarlos, que se
37 fuera primero contra ésta. Cuando se hizo la redacción y
se dio a conocer a los embajadores, dijo Leonte, en pre-
sencia del rey: «Por Zeus, atenienses, hora es para vos-
otros, según parece, de buscar algún otro amigo que no
sea el rey.» Al notificarle el secretario lo que el ateniense
había dicho, mandó que se escribiera además: «Si algo
más justo que esto conocen los atenienses, que vayan a
38 enseñárselo al rey.» Al llegar los embajadores, cada uno
a su casa, a Timágoras lo mataron los atenienses, pues
Leonte lo acusó de que no quería ni siquiera compartir
su tienda y consultaba todo con Pelópidas. De los demás
embajadores, el eleo Arquidamo, como el rey había hon-
rado a Elide antes que a los arcadios, alabó sus propues-
tas, en cambio Antíoco, como la comunidad de los arca-
dios había quedado disminuida, no aceptó los regalos y

anunció ante los diez mil[7] que el rey tenía muchísimos 367
panaderos, cocineros, escanciadores y porteros, pero a los hombres que iban a combatir con los griegos, por mucho que había buscado, dijo que no había podido verlos. Además contó que su riqueza le parecía pura jactancia, puesto que el plátano de oro que tanto se alababa no era suficiente ni para dar sombra a una cigarra.

Cuando los tebanos convocaron representantes de to- 39
das las ciudades para que escucharan la carta del rey y el persa que traía la propuesta, después de enseñar el sello del rey, leyó lo escrito, los tebanos dijeron que lo juraran los que querían ser amigos del rey y de ellos mismos, pero los de las ciudades contestaron que no los habían enviado para jurar, sino para escuchar. Dijeron que, si necesitaban juramentos, los enviaran a sus ciudades. Sin embargo, el arcadio Licomedes dijo además que tampoco convenía que la reunión fuera en Tebas, sino donde se desarrollaba la guerra. Como los tebanos le respondieron de forma irritante con el argumento de que iba a destruir la alianza, no quiso ni sentarse en el lugar de la reunión, sino que se salió y se marchó, y con él
todos los embajadores de Arcadia. Al no querer jurar los 40
que se habían reunido en Tebas, los tebanos enviaron embajadores a las ciudades a pedirles que se comprometieran bajo juramento a actuar de acuerdo con los escritos del rey, en la idea de que cada una de las ciudades por separado dudaría en enemistarse con ellos y con el rey al mismo tiempo. Pero como, en primer lugar, llegaron a Corinto y los corintios se opusieron y respondieron que no tenían ninguna necesidad de juramentos comunes con el rey, se sumaron las demás ciudades con las mismas respuestas. Así se disolvió la aspiración al imperio de Pelópidas y de los tebanos.

Por su parte, Epaminondas, que quería dirigirse a los 41
aqueos para que los arcadios y los demás aliados pusieran

---

[7] Asamblea arcadia, en que posiblemente tomaban parte todos los ciudadanos activos de la confederación, aunque no está claro el sistema de reunión.

367 en ellos su atención, pensó que había que salir en campaña hacia Acaya. Así, convenció al argivo Pisias, que era estratego en Argos, para que atacara Oneo. Pisias, entonces, al enterarse de que la vigilancia de Oneo se encontraba descuidada, tanto por Naucles, que estaba al mando del contingente extranjero de los lacedemonios, como por el ateniense Timómaco, ocupó de noche con dos mil hoplitas la colina que se encuentra sobre Cencreas,
42 con provisiones para siete días. En ese tiempo llegaron los tebanos y franquearon el Oneo, y todos los aliados se dirigieron contra Acaya, al mando de Epaminondas. Una vez que los mejores de Acaya vinieron a suplicarle, Epaminondas impuso su voluntad, de modo que ni se exiliaran los mejores ni se cambiara la constitución, sino que, después de obtener garantía de parte de los aqueos de que serían aliados y los seguirían a donde los tebanos los llevaran, de este modo regresó a casa.

43 Pero, después de acusarlo los arcadios y sus contrincantes políticos de que se había ido después de dejar Acaya preparada para los lacedemonios, los tebanos decidieron enviar harmostas a las ciudades aqueas. Al llegar, expulsaron a los mejores con ayuda de la multitud, y establecieron democracias en Acaya. Pero los expulsados se confabularon rápidamente, marcharon contra cada una de las ciudades y, como no eran pocos, volvieron y las ocuparon. Dado que, al haber vuelto, ya no permanecían neutrales, sino que con entusiasmo se habían unido a los lacedemonios, los arcadios se vieron rodeados, de un lado, por los lacedemonios, y de otro, por los aqueos.

44 En Sición, durante la época anterior a ésta, la constitución se regía por las antiguas leyes. Luego, al pretender Eufrón que, del mismo modo que entre los lacedemonios era considerado el más grande de los ciudadanos, así también sus adversarios lo tuvieron como el primero, les dijo a los argivos y a los arcadios que, si los más ricos eran los que dominaban Sición, claramente, cuando llegara el caso, la ciudad se haría de nuevo partidaria de los lacedemonios. «Pero si llega una democracia, sabed bien», dijo, «que la ciudad permanecerá con vosotros. Y si es-

táis presentes para apoyarme, yo seré el que convoque 367
al pueblo y, al mismo tiempo, os daré prueba de mi lealtad y os ofreceré la ciudad en una alianza firme. Esto», continuó, «yo lo hago, bien lo sabéis, porque, como vosotros, hace tiempo que soporto mal la jactancia de los lacedemonios y porque me gustaría escapar a la esclavitud».

Los arcadios y los argivos, que escucharon esto con 45
gusto, acudieron en su apoyo. En seguida, en el ágora, cuando estaban presentes los argivos y los arcadios, convocaron al pueblo, con la propuesta de que la constitución se asentara sobre bases iguales y justas. En la reunión, indicó que eligieran estrategos a quienes les pareciera a ellos. Eligieron al mismo Eufrón, a Hipodamo, a Cleandro, a Acrisio y a Lisandro. Hecho esto, puso al frente del ejército mercenario a su hijo Adeas, después
de expulsar al jefe anterior, Lisímenes. Inmediatamente, 46
a algunos de estos extranjeros, Eufrón, por medio de beneficios, los convirtió en hombres de confianza y añadió a otros, sin ahorrar nada del dinero público ni de los bienes sagrados. También utilizó el dinero de los que había expulsado por ser partidarios de Lacedemonia. De sus colegas, a unos los mató con engaño, a otros los expulsó, de modo que lo puso todo bajo su mando personal y se convirtió claramente en un tirano. Que sus aliados confiaran en él lo conseguía, unas veces, con dinero y, otras, porque, si hacían una campaña, los acompañaba animosamente con el ejército mercenario.

Dado que las cosas habían marchado de este modo, que 2,1
en Fliunte los argivos habían fortificado el Tricárano so- 366
bre el Hereo y, sobre sus propias fronteras, los sicionios estaban fortificando la Tiamia, los fliasios se encontraban muy agobiados y escasos de provisiones. Sin embargo, persistían en conservar su alianza. De las grandes ciudades, desde que hacen algo hermoso, se acuerdan todos los escritores. Pero a mí me parece que si una ciudad, por muy pequeña que sea, realiza muchas hermosas acciones, es todavía más importante ponerlo de relieve. Los 2
fliasios, en efecto, se hicieron amigos de los lacedemo-

366 nios, cuando éstos eran muy poderosos, pero, en el mo-
mento de su caída en la batalla de Leuctra, en que se
rebelaron muchos periecos y todos los hilotas, además de
los aliados con pocas excepciones, aunque los atacaron,
por así decirlo, todos los griegos, con todo eso permane-
cieron fieles y, cuando tuvieron como enemigos a los más
poderosos del Peloponeso, arcadios y argivos, de todos
370 modos acudieron en su ayuda. Por otra parte, aunque les
tocó pasar los últimos a Prasias, entre todos los que ha-
bían acudido, corintios, epidaurios, trecenios, hermioneos,
helieos, sicionios y peleneos, pues entonces no se habían
3 separado de la alianza, o cuando el jefe de las tropas ex-
tranjeras los dejó a ellos y marchó con los que habían pa-
sado delante, ni siquiera así se dieron la vuelta, sino que,
después de alquilar un guía de Prasias, cuando los ene-
migos estaban cerca de Amiclas, se deslizaron como pu-
dieron y llegaron a Esparta. Los lacedemonios, entre otros
honores, les enviaron un buey como señal de hospitali-
4 dad. Cuando, al retirarse los enemigos desde Lacedemo-
369 nia, los argivos, irritados por la adhesión de los fliasios
hacia los lacedemonios, invadieron en masa Fliunte y
arrasaron su territorio, ni siquiera así cedieron, sino que,
una vez que se retiraron después de haber destruido todo
lo que habían podido, los jinetes de los fliasios se lanza-
ron fuera en su persecución y, aunque la retaguardia de
los argivos estaba protegida por todos los caballeros y las
tropas de infantería que estaban formadas con ellos, los
atacaron hasta dispersar a todos los de la retaguardia, a
pesar de ser sesenta. Sólo mataron a unos pocos, pero
aun así, del mismo modo que si los hubieran matado a
todos, erigieron un trofeo bajo la mirada de los argivos.
5 De nuevo los lacedemonios y sus aliados estaban apos-
tados en el Oneo mientras los tebanos avanzaban con la
intención de franquearlo. Cuando los arcadios y los eleos
atravesaban Nemea para unirse a los tebanos, los exilia-
dos fliasios se ofrecieron a tomar Fliunte sólo con que
estuvieran dispuestos a hacer una aparición como señal
de apoyo. Llegados a este acuerdo, los exiliados y como
otros seiscientos más se situaron de noche con escalas

al pie de la muralla. En el momento en que los vigilantes 369
dieron la señal desde el Tricárano de que se acercaban unos enemigos y la ciudad prestó a ello su atención, en tal oportunidad los traidores indicaron a los que estaban abajo que subieran. Cuando así lo hicieron y encontraron 6
abandonadas las armas de las guarniciones, persiguieron a los diez vigilantes diurnos. De cada cinco quedaba uno solo como vigilante diurno. A uno que todavía estaba durmiendo lo mataron, igual que a otro que se refugió en el Hereo. Como los vigilantes diurnos en su huida saltaban por la parte de la muralla que miraba hacia la ciudad, los que habían subido ocuparon la acrópolis sin resistencia. Al llegar el ruido a la ciudad, acudieron los ciu- 7
dadanos, por lo que los enemigos salieron de la acrópolis y se pusieron a combatir delante de las puertas de entrada a la ciudad, pero luego, sitiados por los que habían acudido, se retiraron de nuevo a la acrópolis. Allí se arrojaron con ellos los ciudadanos. El centro de la acrópolis quedó desierto inmediatamente. Sin embargo, después de subirse a las murallas y a las torres, los enemigos golpeaban a los de dentro y disparaban contra ellos, que se defendían desde el suelo y se lanzaron al combate por las escalas que llevaban al muro. Cuando los ciudadanos se 8
hicieron dueños de algunas de las torres de un lado y de otro, avanzaron a la desesperada contra los que habían subido. Empujados por ellos, por su audacia tanto como por su manera de luchar, se vieron reducidos al mínimo. En esta oportunidad, los arcadios y los argivos formaron un círculo alrededor de la ciudad y, por la parte alta, horadaron el muro de la acrópolis. De los de dentro, los † [8] de la muralla, y los de fuera a los que todavía subían, que estaban sobre las escalas, los golpeaban, mientras que los otros combatían con los que ya habían subido a las torres. Encontraron lumbre en las tiendas y aprovecharon para prender fuego con la ayuda de las gavillas recolectadas que encontraron en la misma acrópolis. Entonces,

[8] Existen algunas correcciones de las que Brownson acepta: «unos a los de la muralla, otros a los de fuera».

369 los de las torres saltaban por temor a las llamas, y los
9 de los muros caían golpeados por los hombres. Como
empezaron a ceder todos a la vez, rápidamente la acró-
polis entera se vio libre de enemigos. En seguida, tam-
bién los caballeros salieron al galope. Los enemigos, al
verlos, se retiraron y dejaron las escalas y los cadáveres,
además de algunos que, aunque estaban vivos, se habían
quedado cojos. Murieron, entre los enemigos que comba-
tieron dentro y los que saltaron fuera, no menos de ochen-
ta. Entonces se podía contemplar a los hombres felici-
tándose mutuamente por su salvación y a las mujeres
que al llevarles agua lloraban de alegría. Todos los pre-
sentes, entonces realmente, mezclaban la risa con el llanto.
10 Al año siguiente atacaron Fliunte los argivos y los ar-
368 cadios en masa. La causa de que siempre atacaran a los
fliasios era que, por una parte, se sentían irritados con
ellos, pero, por otra parte, estaban en medio y siempre
tenían la esperanza de que se colocaran a su lado por falta
de provisiones. Los caballeros y las tropas selectas de los
fliasios, también en esta invasión, los atacaron en el paso
del río con los caballeros atenienses que estaban presen-
tes. Cuando se encontraron en situación de superioridad,
obligaron a los enemigos a retirarse el resto del día al
pie de las cumbres, y parecía como si se preocuparan de
no patear el fruto de la llanura por tratarse de un terri-
torio amigo.
11 Por su parte, en cierta oportunidad, hizo una campaña
366 contra Fliunte el jefe tebano de Sición, con las guarni-
ciones que tenía consigo y con los sicionios y peleneos,
pues ya entonces acompañaban a los tebanos. En la ex-
pedición iban con él Eufrón y sus mercenarios, alrededor
de dos mil. Los demás, a través del Tricárano, bajaron
al Hereo, con ánimo de arrasar la llanura, pero a los si-
cionios y peleneos los dejó junto a las puertas que llevan
a Corinto, sobre la acrópolis, de modo que los fliasios
no los rodearan por ahí ni se colocaran encima de ellos
12 más allá del Hereo. Cuando se dieron cuenta los de la
ciudad de que los enemigos se habían puesto en movi-
miento en dirección a la llanura, salieron a su encuentro

los caballeros y las tropas selectas de los fliasios, entra- 366
ron en combate y no los dejaron llegar a su objetivo. La mayor parte del día la pasaron allí entretenidos en escaramuzas, los de Eufrón en incursiones hasta donde podían llegar los caballos, los de dentro hasta el Hereo.
Cuando pareció oportuno, los enemigos se retiraron con 13
un rodeo en torno al Tricárano, pues, en efecto, el precipicio que había delante de la muralla les impedía ir por el camino más corto hasta los peleneos. Los fliasios, después de empujarlos un poco hacia la subida, se dieron la vuelta y se lanzaron por el camino que bordea la mu-
ralla contra los peleneos y los que los acompañaban. Los 14
del tebano, al darse cuenta de la prisa de los fliasios, se esforzaban por adelantarse para acudir en ayuda de los peleneos. Después de hacerles frente, volvieron sobre sus pasos para atacar en compañía de la infantería que se acababa de presentar, y llegaron al combate cuerpo a cuerpo. Entonces se retiraron los enemigos, y murieron algunos de los sicionios y muchísimos hombres ilustres
de los peleneos. Como consecuencia, los fliasios erigieron 15
un trofeo mientras entonaban un brillante peán, como es natural. Los del tebano y Eufrón lo observaban todo, como si se hubieran alejado para ver el espectáculo. Tras estos sucesos, unos se marcharon a Sición y otros se retiraron a la ciudad.

Otra hermosa acción realizaron los fliasios: una vez 16
que cogieron vivo al próxeno peleneo[9], aunque andaban escasos de todo, lo dejaron ir sin rescate. ¿Cómo nadie podría decir que los que realizan tales actos no son nobles e ilustres?

Que fue gracias a su constancia como mantuvieron la 17
fidelidad a sus amigos, está suficientemente claro, pues, cuando se vieron privados de los frutos de la tierra, vivieron gracias a que cogían unos de la tierra enemiga, otros los compraban en Corinto, e iban al mercado atravesando múltiples peligros, pagaban el precio con dificultad, con dificultad conseguían quienes trajeran las pro-

[9] Brownson, siguiendo a Schneider: «Próxeno, el peleneo.»

366 visiones y con esfuerzo encontraban fiadores de las acémi-
18 las que las tenían que transportar. Cuando ya no sabían qué hacer en absoluto, consiguieron que Cares les proporcionara una escolta. Una vez que llegó a Fliunte, le pidieron que llevara al mismo tiempo a los inútiles a Palene y, donde los dejaron, después de comprar y cargar todas las acémilas que pudieron, se marcharon de noche, no ignorantes de que iban a ser víctimas de una emboscada por parte de los enemigos, pero en la idea de que más duro que combatir era no tener las provisiones nece-
19 sarias. Marcharon, pues, los fliasios con Cares. Cuando se encontraron con los enemigos, al punto se pusieron a la obra. Después de darse ánimos mutuamente, cayeron sobre ellos y, al mismo tiempo, gritaban a Cares que viniera en su ayuda. Obtenida la victoria y apartados los enemigos del camino, así se pusieron a salvo en casa, a ellos mismos y lo que llevaban.

Como habían velado durante la noche, durmieron hasta
20 tarde durante el día. Cuando se levantó Cares, se adelantaron los caballeros y los más nobles de los hoplitas y dijeron: «Cares, hoy te es posible realizar la acción más hermosa, pues los sicionios están fortificando un lugar en nuestros límites, con muchos constructores, pero no muchos hoplitas. Desde luego, te guiaremos nosotros, los caballeros, y los más fuertes de los hoplitas. Si tú nos acompañas con el ejército mercenario, tal vez encontrarás que ya se ha terminado, pero tal vez, al aparecer, puedas dar un nuevo giro a los acontecimientos, como en Pelene. Si te es difícil lo que decimos, haz partícipes a los dioses de un sacrificio, pues pensamos que, todavía más que nosotros [10]. los dioses te pedirán que lo hagas. Es preciso, Cares, que sepas bien que, si lo consigues, habrás elevado una fortaleza contra nuestros adversarios, habrás salvado a una ciudad amiga y serás muy ilustre en tu patria y muy famoso, tanto entre los aliados como
21 entre los enemigos.» Cares, convencido, hizo el sacrificio,

[10] Cabe también, como en Hatzfeld, la traducción: «a ti más que a nosotros».

e inmediatamente los caballeros de los fliasios se vistieron las corazas y pusieron el freno a los caballos, y los hoplitas dispusieron lo que es necesario para la infantería. Cuando, después de tomar las armas, iban a donde se hacía el sacrificio, les salió al encuentro Cares y el adivino y dijeron que los presagios eran favorables. «Pero esperad», dijeron, «pues ya salimos también nosotros». Tan pronto como se dio el anuncio, con un cierto entusiasmo divino, también los mercenarios salieron rápidamente a la carrera. Cuando Cares empezó a andar, marcharon de- 22 lante de él la caballería y la infantería de los fliasios. Al principio los guiaban rápidamente, pero luego corrían. Por fin, los caballeros cabalgaban con toda su fuerza y la infantería con toda su fuerza corría en formación tanto como podía, a la que también seguía Cares con presteza. Era un poco antes de la hora de ponerse el sol, cuando encontraron a los enemigos en la muralla, unos lavándose, otros en la cocina, otros amasando, otros preparando los jergones. Cuando vieron el ímpetu de la irrupción, en 23 seguida huyeron asustados, y dejaron todas las provisiones a los nobles hombres. Ellos, después de cenar con éstas y otras que traían de casa, tras hacer libaciones por su buena suerte, cantar el peán y fijar las guardias, se echaron a dormir. Entonces los corintios, a quienes durante la noche les había llegado un mensaje con noticias de la Tiamia, tras hacer una proclama muy amistosa y de cargar todas las yuntas y acémilas de trigo, se dirigieron a Fliunte. Mientras fortificaban la muralla, cada día se presentaban los transportes.

366 (right margin at first line)

Acerca de los fliasios, de su fidelidad y de su valor en 3,1 la guerra, de cómo, a pesar de carecer de todo, seguían formando parte de la alianza, ya se ha hablado bastante. Aproximadamente por este tiempo, Eneas estinfalio, convertido en estratego de los arcadios, en la idea de que la situación en que se encontraba Sición no se podía soportar, después de subir con su propio ejército a la acrópolis, convocó a los más poderosos de los sicionios que estaban dentro e hizo volver a los que, sin que mediara decisión legal, habían sido expulsados. Eufrón escapó ate- 2

366 morizado al puerto de los sicionios y, después de hacer venir a Pasimelo desde Corinto, por intermedio de éste entregó el puerto a los lacedemonios y volvió a formar parte de su alianza de nuevo, con el pretexto de que seguía siendo fiel a los lacedemonios, pues decía que cuando se había hecho la votación en la ciudad sobre si parecía conveniente separarse, él y unos pocos más habían votado en contra y que luego había apoyado al pueblo con la intención de castigar a los que lo habían traicionado.

3 «Y ahora», añadió, «gracias a mí están exiliados todos los que os traicionaron a vosotros. Desde luego, si yo pudiera, me pasaría a vuestro lado con la ciudad entera. Pero, de momento, estoy en disposición de entregaros el puerto, que es sobre lo que tengo poder». Muchos lo escucharon, pero cuántos quedaron convencidos es lo que no está muy claro.

4 Ya que empecé, quiero terminar la historia de Eufrón. Cuando estalló en Sición el conflicto entre la aristocracia y el pueblo, Eufrón regresó de nuevo desde Atenas con un ejército mercenario y se apoderó de la ciudad con el apoyo del pueblo, pero, como la acrópolis estaba ocupada por un harmosta tebano, al darse cuenta de que no podría apoderarse de la ciudad mientras los tebanos ocuparan la acrópolis, reunió dinero y se marchó, por ver si con él convencía a los tebanos de que expulsaran a los más poderosos y le devolvieran de nuevo la ciudad.

5 Enterados los anteriormente exiliados de su viaje y de sus negociaciones, se dirigieron por su parte a Tebas. Cuando lo vieron reunirse familiarmente con los magistrados, por el temor de que consiguiera lo que quería, hubo algunos que se expusieron de modo temerario y degollaron a Eufrón en la acrópolis, mientras estaban reunidos los magistrados y el Consejo. Sin embargo, los magistrados llevaron a los autores ante el Consejo y dijeron lo siguiente:

6 «Ciudadanos, proponemos para los que han matado a Eufrón la pena de muerte, pues lo normal es ver que los prudentes nunca cometen ningún acto injusto ni sacrílego y que, en cambio, los miserables, aunque sí los cometen,

intentan pasar desapercibidos. No obstante, éstos hasta 366 tal punto superan a todos los hombres en audacia y perversidad que, ante las mismas autoridades y ante vosotros mismos, que sois los que decidís a quiénes hay que matar y a quiénes no, lo mataron sin contar más que con su propio juicio. Si no son merecedores de la última pena, ¿quién va a poder venir seguro a la ciudad? ¿Cuál es el destino de la ciudad, si va a ser posible matar a cualquiera antes de que exponga los fines de su venida? Por nuestra parte, los acusamos como los más sacrílegos, los más injustos, los más impíos y los que más han mostrado su desprecio por la ciudad. Vosotros, después de haber escuchado, aplicadles el castigo del que los creáis merecedores.»

Esto fue lo que dijeron los magistrados. Los que ha- 7 bían cometido el asesinato negaron que lo hubieran hecho con sus propias manos todos salvo uno, que lo reconoció y comenzó su defensa más o menos así: «Despreciaros a vosotros, tebanos, no es posible para un hombre que os sabe muy dueños de hacer con él lo que queráis. ¿En qué podía yo confiar, entonces, para matarlo? Sabedlo bien. En primer lugar, confiaba en la seguridad de que actuaba justamente y, luego, en la de que juzgaríais con rectitud. Pues sabía que vosotros habíais castigado tan pronto como pudisteis, sin esperar la votación, a los de Arquias e Hípates cuando considerasteis que habían hecho lo mismo que Eufrón, en la idea de que, por todos los hombres, se condena a muerte a los convictos de sacrilegio, a los convictos de traición y a los que pretenden convertirse en tiranos. Desde luego, Eufrón estaba in- 8 cluido en todos estos casos. En efecto, se apoderó de los santuarios llenos de ofrendas de plata y oro y los dejó vacíos. Además, ¿quién podría ser condenado como traidor de forma más otensible que Eufrón, que, cuando más amigo parecía ser de los lacedemonios, optó por vosotros en lugar de ellos y, después de intercambiar garantías con vosotros, os ha traicionado de nuevo y ha entregado el puerto a vuestros adversarios? ¿Cómo puede haber dudas de que es un tirano quien hizo esclavos no

366 sólo a los libres, sino también a los ciudadanos, y mató,
desterró y privó de sus bienes no a quienes cometían
alguna injusticia, sino a quienes a él le parecía? Y éstos
9 eran los mejores. Además, se dirigió a la ciudad de vues-
tros mayores contrincantes, los atenienses, y dispuso las
armas en contra de vuestro harmosta, pero, como no pudo
expulsarlo de la acrópolis, acumuló dinero para venir
aquí. Si se hubiera dedicado a acumular armas para venir
claramente contra vosotros, y yo lo hubiera matado, ten-
dríais que agradecérmelo. Pero si lo que había acumulado
para venir era dinero, con la intención de corromperos
y convenceros para que lo hicierais de nuevo señor de la
ciudad, y del mismo modo lo he castigado, ¿cómo puede
considerarse justo que yo muera a vuestras manos? Pero
es que, los que sufren violencia por medio de las armas,
aunque reciban un daño, no se comportan de manera
injusta. En cambio, los que se pierden por el dinero, en
contra de lo que es más noble, por un lado, reciben tam-
bién un daño, pero, por otro, caen en la vergüenza.
10 Naturalmente, si se tratara de mi enemigo, pero de un
amigo vuestro, estoy de acuerdo en que habría sido grave
matarlo en vuestra ciudad. Ahora bien, el que os trai-
ciona a vosotros, ¿por qué va a ser más enemigo mío
que vuestro? "Pero, por Zeus", podría decir alguien, "es
que ha venido voluntariamente". Entonces, si alguien lo
hubiera matado lejos de vuestra ciudad, en ese caso ha-
bría obtenido vuestro elogio. Pero si se tiene en cuenta
que venía por segunda vez para sumar otros males a los
de antes, ¿tampoco así dice nadie que su muerte ha sido
justa? ¿En qué parte de Grecia existen convenciones en
favor de los traidores, los desertores reincidentes o los
11 tiranos? Además, acordaos de que habéis votado a favor
de que, en adelante, fueran reos en potencia los tráns-
fugas de todos los aliados. A cualquiera que, sin el man-
dato común de los aliados, se presente como tránsfuga,
¿podría decir alguien que no es justo matarlo? Os ase-
guro, señores, que si me matáis a mí, ibais a vengar a
vuestro peor enemigo, pero, si reconocéis que he actuado
con justicia, quedará claro que habéis obtenido venganza

en provecho de vosotros mismos y de todos vuestros 366
aliados.»

Los tebanos, cuando escucharon esto, se dieron cuenta 12
de que era justo lo que le había ocurrido a Eufrón. Sin embargo, sus ciudadanos, después de hacer el traslado como si se tratara de un hombre ilustre, lo enterraron en el ágora y lo veneran como fundador de la ciudad. Así es como, al parecer, hacen notar las multitudes que sus benefactores son hombres ilustres.

Ya hemos contado la historia de Eufrón. Ahora vuelvo 4,1
al momento en que lo dejé. Cuando todavía estaban los fliasios fortificando la Tiamia y Cares se encontraba allí presente, Oropo fue ocupado por los exiliados. Pero, después que los atenienses todos marcharon en expedición hacia allí e hicieron venir a Cares de la Tiamia, de nuevo fue cogido el puerto de los sicionios por los mismos ciudadanos y por los arcadios. Los atenienses no recibieron ayuda de ninguno de los aliados y tuvieron que retirarse, después de dejar Oropo en manos de los tebanos hasta que se celebrara un arbitraje.

Al enterarse Licomedes de que los atenienses repro- 2
chaban a los aliados que, a pesar de tener muchos problemas por su culpa, nadie acudía en su ayuda, convenció a los diez mil para que se intentara llegar a una alianza con ellos. Al principio, algunos de los atenienses pusieron dificultades al hecho de que, a pesar de ser amigos de los lacedemonios, fueran a convertirse en aliados de sus adversarios. Pero cuando, después de reflexionar, encontraron que no era menor ventaja para los lacedemonios que para ellos el que los arcadios no necesitaran a los tebanos, entonces aceptaron la alianza de los arcadios. En estas circunstancias, Licomedes, al marcharse de Atenas, murió de un modo verdaderamente extraordinario. En efecto, como había muchísimos barcos, tras seleccionar de ellos el que quiso, y de haber convenido que desembarcaría donde él indicara, eligió entonces para tomar tierra el mismo sitio donde precisamente se encontraban los exiliados. Y así murió, pero la alianza, de hecho, se llevó a cabo.

366 Cuando dijo Democión ante el pueblo de los atenienses
4 que le parecía muy bien promover la amistad con los ar-
cadios, afirmó también que en cambio a los estrategos
era preciso darles órdenes para que también Corinto que-
dara preservada en favor del pueblo de los atenienses.
Al oír esto los corintios, tras enviar con rapidez suficien-
tes guarniciones propias a todas partes donde hacían guar-
dia los atenienses, les dijeron que se fueran, pues ya no
necesitaban ninguna guarnición. Ellos hicieron caso.
Cuando se reunieron los atenienses de las guarniciones en
la ciudad, los corintios proclamaron que, si alguno de
ellos se sentía víctima de un trato injusto, lo hiciera cons-
tar, con la intención de que recibiera la compensación
5 adecuada. Así las cosas, llegó Cares con la flota hasta
Cencreas. Al enterarse de lo sucedido, dijo que se pre-
sentaba para ayudar a la ciudad porque había oído que
se conspiraba contra ella. Desde luego, le hicieron alaban-
zas, pero ya no acogieron las naves en el puerto, sino
que le pidieron que se fuera. También despidieron a los
hoplitas, después de haber atendido a sus derechos. Así
se apartaron los atenienses de Corinto.
6 En cambio, con respecto a los arcadios, se obligaron,
a causa de la alianza, a enviarles la caballería como ayuda,
en el caso de que alguien hiciera una campaña contra
Arcadia. Pero contra Laconia no marcharon en son de
guerra.

Los corintios, en la impresión de que les era difícil
sobrevivir, dominados desde antes por tierra, sumados
además los atenienses a sus contrincantes, decidieron re-
unir tropas mercenarias de infantería y de caballería. Al
frente de ellas, conseguían al mismo tiempo guardar la
ciudad y hacer mucho daño a los enemigos cercanos. En
cambio, enviaron mensajeros a Tebas a que preguntaran
7 si podrían llegar a obtener la paz. Los tebanos les dijeron
que fueran, con la idea de que habría paz, por lo que los
corintios les pidieron que los dejaran ir también a ver
a los aliados, con la intención de hacer la paz con los
que quisieran y de dejar hacer la guerra a los que prefi-
rieran la guerra. Como los tebanos les dejaron hacerlo,

los corintios fueron a Lacedemonia y dijeron: «Nosotros, 366
lacedemonios, nos presentamos ante vosotros como ami- 8
gos vuestros. Consideramos lógico que, si veis alguna sal-
vación para nosotros, en caso de que nos obstinemos en
combatir, nos la enseñéis también a nosotros. Por el con-
trario, si creéis que estamos en una situación sin salida,
en el caso de que a vosotros os convenga, haced la paz
en nuestra compañía, ya que con nadie nos podríamos
poner a salvo con más gusto que con vosotros. Ahora
bien, si calculáis que a vosotros os conviene hacer la
guerra, os pedimos que nos dejéis a nosotros hacer la paz,
ya que, puestos a salvo, tal vez en alguna oportunidad
podríamos estar de nuevo con vosotros. Pero, si ahora
perecemos, es evidente que ya nunca podremos ser útiles.»

Al oír esto, los lacedemonios aconsejaron a los corin- 9
tios hacer la paz y a los demás aliados que no quisieran
hacer la guerra en su compañía les permitieron dejarla.
Por su parte, dijeron que ellos continuarían la guerra, y
que fuera lo que dios quisiera, pues nunca admitirían
verse privados de Mesenia, que la habían recibido de sus
padres. Los corintios, cuando les hubieron escuchado, se 10
dirigieron a Tebas en son de paz. Sin embargo, los tebanos
dijeron que debían jurar también una alianza, a lo que con-
testaron que la alianza no era paz, sino un cambio dentro
de la guerra, pero, si querían, dijeron que estaban allí para
hacer una paz justa. Admirados por ello los tebanos de
que, aunque estaban en peligro, no querían unirse con sus
benefactores para la guerra, acordaron la paz con ellos,
con los fliasios y con los que vinieron con ellos a Tebas,
sobre la base de que cada uno conservara su propio terri-
torio. Los juramentos se confirmaron en estos términos.
Los fliasios, como se estipuló en el tratado, inmediata- 11
mente se retiraron de la Tiamia. Los argivos, después de
jurar que harían la paz en estos mismos términos, al po-
der conseguir que los exiliados fliasios permanecieran en
el Tricárano como si estuvieran en su propia ciudad, se
apoderaron de él y pusieron una guarnición, pues decían
que esta tierra era suya, la misma que poco antes habían

366 devastado como si fuera enemiga, y no concedieron el
arbitraje que reclamaban los fliasios.
12 Aproximadamente por esta época, cuando ya había
muerto el anterior Dionisio, su hijo envió en auxilio de
los lacedemonios doce trieres y, como jefe, a Timócrates.
Este, al llegar, colaboró con ellos en la toma de Selasia.
Después de hacer esto, regresó a casa.
365 No mucho después, los eleos tomaron Lasión, que an-
tiguamente era suya, pero en el presente pertenecía a la
13 liga arcadia. Sin embargo, los arcadios no le dieron poca
importancia, sino que inmediatamente ordenaron acudir
en su ayuda, pero también acudieron por su parte los
trescientos de los eleos, e incluso los cuatrocientos[11]
Mientras los eleos acamparon durante el día en el terreno
más bajo, por su parte los arcadios subieron de noche
a la cumbre del monte situado por encima de los eleos y,
al amanecer, descendieron sobre ellos. Cuando vieron que,
por un lado, se acercaban desde las alturas y que, por
otro, eran varias veces más que ellos, como les daba ver-
güenza retirarse desde muy lejos, fueron a su encuentro
y, después de llegar al cuerpo a cuerpo, huyeron. Per-
dieron muchos hombres y muchas armas al tener que reti-
rarse por un camino difícil.
14 Los arcadios, tras este éxito, se marcharon contra las
ciudades de los acroreos. Después de tomarlas todas, sal-
vo Trausto, llegaron a Olimpia y, cuando hubieron ro-
deado Cronión con una empalizada, pusieron allí una
guarnición y tomaron posesión del monte Olímpico. Se
apoderaron también de los marganeos gracias al ofreci-
miento de algunos de ellos. Al haber transcurrido así las
cosas, los eleos se desanimaron totalmente y, en cambio,
los arcadios marcharon contra su ciudad. Llegaron hasta
el agora, de donde, gracias a su resistencia, los caballeros
y los demás consiguieron expulsarlos, mataron a algunos
15 y erigieron un trofeo. Había ya desde antes un conflicto
en Elide, pues los de Cáropo, Trasónidas y Argeo inten-

[11] Para Brownson, se trata de dos cuerpos de tropas escogidas, mientras que, según Hatzfeld, que traduce: «y además cuatrocientos», sólo constituía un cuerpo selecto el de los trescientos.

taban llevar la ciudad a una democracia, y los de † Es- 365
calta[12], Hipias y Estrátolas a una oligarquía. Como los
arcadios, con su gran poder, parecían mostrarse aliados
de los que deseaban que se estableciera un régimen de-
mocrático, por ello estaban más firmes los de Cáropo y,
después de convenir con los arcadios que les prestarían
ayuda, se apoderaron de la acrópolis. Los caballeros y 16
los trescientos no se entretuvieron, sino que, en seguida,
subieron y los expulsaron, de modo que tuvieron que
huir, con Argeo y Cáropo, alrededor de trescientos[13] de
los ciudadanos.

No mucho después, éstos, con la ayuda de algunos de
los arcadios, ocuparon Pilos. Muchos del pueblo salieron
de la ciudad para unirse a ellos, ya que tenían una her-
mosa posición y la gran potencia de los arcadios como
aliada.

Los arcadios hicieron después una incursión en el te-
rritorio de los eleos, convencidos por los exiliados de que
la ciudad se les uniría. Pero entonces los aqueos, que se 17
habían hecho amigos de los eleos, protegieron su ciudad,
de modo que los arcadios tuvieron que marcharse sin ha-
ber hecho nada más que devastar su territorio. Pero en
seguida, al salir de Elea, cuando se enteraron de que los
peleneos estaban en Elide, de noche, tras recorrer un
largo camino, les arrebataron Oluro, pues ya los peleneos
se habían unido de nuevo a la alianza lacedemonia. Cuan- 18
do se enteraron de lo que pasaba en Oluro, también éstos,
después de dar un rodeo por donde pudieron, llegaron
a su propia ciudad de Pelene. A continuación, aunque
eran muy pocos, hicieron la guerra a los arcadios de Olu-
ro y a la totalidad de su propio pueblo. Sin embargo, no
cesaron antes de que hubieron reducido Oluro por medio
del asedio.

Por su parte, los arcadios, de nuevo, hicieron otra 19
expedición contra Elide. Cuando acampaban entre Cilene

---

[12] O Evalcas, según una corrección de Keil, recogida por Brownson y Hatzfeld.

[13] «Cuatrocientos», según otros manuscritos, y recogido por Brownson.

365 y la ciudad, los eleos se lanzaron contra ellos, pero los
arcadios resistieron y los derrotaron. Andrómaco, el hi-
parco eleo, al que atribuyeron la responsabilidad de em-
prender la batalla, se suicidó. Murió también el espar-
tiata Soclides, que estaba presente en este combate, dado
que entonces los lacedemonios eran aliados de los eleos.
20 Oprimidos los eleos en su propia tierra, consideraron
oportuno enviar embajadores a los lacedemonios para que
hicieran una expedición contra los arcadios, en la idea de
que así los arcadios renunciarían [14] más fácilmente, si les
hacían la guerra desde ambos lados. Por ello, Arquidamo
hizo una expedición con los ciudadanos y se apoderó de
Cromno. Después de dejar en él como guarnición tres
de los doce batallones [15]. de este modo se retiró a casa.
21 Pero los arcadios, como precisamente se habían reunido
a partir de la expedición contra Elide, corrieron en su
ayuda, rodearon Cromno con una doble empalizada y,
cuando ya estaban en situación segura, pusieron sitio a
los de Cromno. La ciudad de los lacedemonios, como no
podía tolerar que sus ciudadanos se encontraran sitia-
dos, envió una expedición. El jefe era entonces Arquida-
mo. Al llegar, devastó todo lo que pudo de la Arcadia
y la Escirítide e hizo lo posible para retirar a los asal-
tantes, pero los arcadios de ninguna manera se movían,
22 sino que miraban todo esto con desdén. Arquidamo di-
visó una colina, a través de la cual los arcadios habían
establecido la empalizada exterior, y pensó que podría
tomarla y que, si lo conseguía, los que se protegían con
ella para el asedio no podrían quedarse allí. Mientras ha-
cía un rodeo en dirección a este lugar, cuando los pel-
tastas que corrían delante de Arquidamo vieron a los
eparitos [16] fuera de la empalizada, cayeron sobre ellos,
mientras <los> caballeros intentaban unírseles. Pero

---

[14] Conjetura de Jacobs, aceptada por Marchant. «Se agotarían»: conjetura de Madvig, aceptada por Brownson. Códices: «expulsarían, rechazarían a los arcadios», texto aceptado por Hatzfeld.

[15] *Lochos:* media *mora* o regimiento.

[16] Contingentes federales arcadios de tropas selectas compuestas de hoplitas.

los otros no retrocedieron, sino que permanecieron quie- 365
tos en formación. De nuevo volvieron a atacar, pero como tampoco entonces retrocedieron, sino que incluso se pusieron a avanzar, y ya se producía mucho griterío, corrió en su ayuda el propio Arquidamo, después de volver por el camino que iba a Cromno, y los llevaba en fila de a dos,
que era precisamente como los tenía colocados. Cuando es- 23
tuvieron cerca los unos de los otros, los de Arquidamo en columna, ya que iban por el camino, los arcadios con los escudos bien apretados, en esto los de Arquidamo ya no pudieron resistir a la masa de los arcadios, sino que rápidamente él mismo fue herido en la pierna de parte a parte e inmediatamente murieron los que combatían delante de él, como Poliénidas y Quilón, el casado con la hermana de Arquidamo, y en total entonces murieron de
ellos no menos de treinta. Cuando, en su retirada por 24
el camino, salieron a terreno ancho, entonces los lacedemonios se alinearon en frente. Los arcadios se colocaron alineados como estaban, y en número eran menos, pero tenían mucho más ánimo, dado que estaban atacando a quienes se hallaban en retirada, además de haber matado a sus hombres. Los lacedemonios en cambio estaban muy desanimados, al ver a Arquidamo herido y al oír los nombres de los muertos, hombres nobles y prácticamente
los más famosos. Cuando ya estaban cerca, uno de los 25
más viejos dijo a gritos: «¿Por qué vamos a tener que combatir en vez de separarnos tras hacer una tregua?» Unos y otros lo oyeron con gusto e hicieron la tregua. Los lacedemonios, después de recoger sus cadáveres, se retiraron. Los arcadios volvieron atrás, a donde antes habían empezado a atacar, y erigieron un trofeo.

Cuando los arcadios estaban alrededor de Cromno, los 26
eleos de la ciudad, antes que nada, fueron contra Pilos y se encontraron con los pilios que habían sido expulsados de Tálamas. Mientras avanzaban contra ellos los caballeros de los eleos, en cuanto los vieron, sin demora, atacaron inmediatamente, y a unos los mataron, pero otros se pusieron a salvo sobre una colina. Sin embargo, al llegar los de infantería, desplazaron a golpes a los de

365 la colina, y a unos los mataron allí mismo, y a otros,
cerca de doscientos, los cogieron vivos. A los extranjeros
los vendieron y a los exiliados los degollaron. Después
de esto, a los pilios, como nadie venía en su ayuda, los
tomaron con su territorio, y se apoderaron de los mar-
27 ganeos. Los lacedemonios, luego, cuando volvieron de
nuevo por la noche contra Cromno, se apoderaron de la
empalizada que estaba orientada hacia los argivos e invi-
taron a salir inmediatamente a los lacedemonios sitiados.
Todos los que se encontraban más cerca, y se dieron pri-
sa, salieron, pero, a cuantos se dejaron adelantar por
muchos de los arcadios que habían acudido, los encerraron
dentro y allí los cogieron y se los repartieron. Argivos,
tebanos, arcadios y mesenios se apoderaron de una parte
cada uno. En su totalidad, los que fueron capturados en-
tre espartiatas y periecos llegaron a ser más de cien.

28 Cuando los arcadios se quedaron desocupados en lo
364 que a Cromno se refiere, de nuevo se dedicaron a los
eleos y guarnecieron más fuertemente Olimpia, pues, dado
que se acercaba el año olímpico, se preparaban para ce-
lebrar las Olimpias con los pisatas, los que primero di-
cen haber presidido los festivales. Cuando llegó el mes
en que se celebran las Olimpias y los días en que se reúne
toda la concurrencia, entonces los eleos, después de pre-
pararse a la luz del día y de haber convocado a los aqueos,
29 marcharon por el camino olímpico. Los arcadios nunca
habían pensado que se dirigieran contra ellos y habían
organizado la fiesta con los pisatas. Ya habían celebrado
la carrera de caballos y la carrera del pentatlo [17], pero los
que llegaban para la lucha ya no la celebraron en la pista,
sino entre la pista y el altar [18]. En efecto, los eleos ya
estaban presentes con sus armas en el recinto sagrado.
Los arcadios no se alejaron para salir a su encuentro, sino

[17] Constaba de cinco pruebas que no suelen enumerarse en el mismo orden. Son las siguientes: carrera pedestre, lucha, disco, jabalina y salto. En esta ocasión se habría celebrado la primera prueba del pentatlo.

[18] En el sentido de que ahora había una lucha real fuera de la pista.

que se alinearon junto al río Cladao, que corre junto al 364
Altis[19] y desemboca en el Alfeo. Estaban allí sus aliados,
hasta dos mil hoplitas de los argivos y alrededor de cua-
trocientos caballeros de los atenienses. Los eleos se ali- 30
nearon al otro lado del río y, después de inmolar las
víctimas, inmediatamente se pusieron en movimiento.
Despreciados en el tiempo anterior para las cuestiones de
la guerra por arcadios y argivos, despreciados también
por aqueos y atenienses, sin embargo, en aquel día, se
comportaron como si fueran los más valientes de los alia-
dos, y a los arcadios, pues ellos los atacaron primero, los
pusieron en fuga y, al venir los argivos en su ayuda, les
hicieron frente y los derrotaron. Ahora bien, cuando se 31
pusieron a perseguirlos hasta el lugar central, entre la
sala del Consejo, el santuario de Hestia y el teatro que
está enfrente, no dejaron de combatir por ello y seguían
espujando hacia el altar, pero, al ser atacados desde los
pórticos, desde la sala del Consejo y desde el gran tem-
plo, y continuar el combate en el mismo nivel, murieron
el jefe de los trescientos, Estrátolas, y algunos otros eleos.
Hecho esto, se retiraron hacia el campamento. Por su 32
parte, los arcadios y sus aliados, tanto miedo le cogieron
al día que les esperaba, que ni siquiera de noche descan-
saron, sino que destruían las tiendas que se había pre-
parado tan cuidadosamente y hacían un cerramiento con
una empalizada. Pero los eleos, cuando, al acercarse al
día siguiente, vieron el muro reforzado y que muchos se
habían subido a los templos, se retiraron a su ciudad, y
su modo de comportarse había sido tal que sólo podría
explicarse por la acción de dios que les inspirara el va-
lor, aunque fuera un día, pero ni en mucho tiempo, por
la acción humana, se podrían transformar de tal modo los
que no son valientes.

Como los jefes de los arcadios hacían uso del dinero 33
sagrado y abastecían con él a los eparitos, en primer lugar 363
los mantineos votaron en contra de que se hiciera uso de
ese dinero. En lo que a ellos se refiere, después de pro-

[19] Recinto sagrado de Zeus.

363 curarse de la ciudad la parte correspondiente a los epari-
tos, se la enviaron a los jefes. Pero los jefes dijeron que
estaban destruyendo la confederación y citaron a los di-
rigentes a comparecer ante los diez mil. Como no les ha-
cían caso, los condenaron y enviaron a los eparitos para
que trajeran a los condenados. Pero los mantineos cerra-
34 ron las puertas y no los dejaron entrar. Como consecuen-
cia, rápidamente, también algunos otros dijeron ante los
diez mil que no era conveniente hacer uso del dinero sa-
grado ni dejar para siempre a los hijos esta culpa ante
los dioses. Como también en la comunidad se decidió
que ya no se haría uso del dinero sagrado, en seguida los
eparitos que no habrían podido sobrevivir sin salario se
disolvieron, pero los que podían por sí mismos se dieron
las consignas para seguir formando parte de los eparitos,
de modo que ya no estuvieron en manos de aquéllos, sino
aquéllos en sus manos. Al darse cuenta los jefes que ha-
bían cogido el dinero sagrado de que, si entregaban cuen-
tas, correrían el riesgo de perecer, enviaron mensajeros
a Tebas y enseñaron a los tebanos que, si no hacían una
expedición, era muy probable que los arcadios se pasaran
35 de nuevo a los laconios. Ellos se prepararon para hacer la
expedición. Los que tenían más presentes los intereses
del Peloponeso convencieron a la comunidad de los ar-
cadios de que, por medio del envío de embajadores, dije-
ran a los tebanos que no fueran con armas contra Arcadia
sin que los hubieran llamado. Al mismo tiempo que de-
cían esto a los tebanos, calculaban que no necesitaban
de la guerra en absoluto, pues consideraban que no era
preciso estar al frente del templo de Zeus y, en cambio,
si lo devolvían, actuarían del modo más justo y santo, y
pensaban que así serían más gratos al dios. Como también
los eleos deseaban lo mismo, ambas partes decidieron ha-
cer la paz. Y hubo treguas.

36 Cuando tuvieron lugar los juramentos y se hubieron
adherido incluso los tegeatas y el mismo tebano, que ca-
sualmente se encontraba en Tegea con trescientos hopli-
tas de los beocios, todos los arcadios que estaban en
Tegea cenaron, se alegraron y celebraron libaciones y

peanes como si se hubiera hecho la paz, pero el tebano y 363
los jefes, asustados por las cuentas, con los beocios y los
cómplices de los eparitos, después de cerrar las puertas
del muro de los tegeatas, mandaron apoderarse de los
mejores entre los que estaban acampados. Como había
arcadios de todas las ciudades y todos querían hacer la
paz, era preciso que los capturados fueran muchos, de
modo que rápidamente tuvieron llena la prisión y rápi-
damente también la casa pública. Cuando muchos fueron 37
los encerrados, muchos saltaron desde el muro, pero tam-
bién hubo quienes escaparon por las puertas, pues nadie
que no pensara que iba a perecer se irritaba con nadie.
Pero lo que más desconcertó al tebano y a los suyos al
hacer esto fue que de los mantineos, que era a los que
más deseaban coger, tenían muy pocos, pues, al estar cerca
su ciudad, casi todos se marchaban a casa.

Cuando se hizo de día y se enteraron de lo que había 38
sucedido, los mantineos inmediatamente enviaron mensa-
jeros a las demás ciudades arcadias a indicarles que estu-
vieran en armas y vigilaran los caminos. Ellos así lo ha-
cían y, al mismo tiempo, enviaron a Tegea a reclamarles
todos los mantineos que tuvieran. De los demás arcadios
dijeron que no consideraban lógico que ninguno fuera
encarcelado ni muriera sin juicio. Y si alguno los acu-
saba, decían en su proclama que la ciudad de los manti-
neos prometía, con el apoyo de cualquier aval, que pre-
sentaría a la comunidad de los arcadios a cuantos cual-
quiera pudiera reclamar. Al oír esto, el tebano no supo 39
qué hacer en tal situación y dejó marchar a todos los
hombres. Al día siguiente, tras convocar a todos los arca-
dios que quisieron reunirse, se defendió como si hubiera
sido engañado. Dijo, en efecto, haber oído que los lace-
demonios estaban con sus armas en las fronteras y que
algunos de los arcadios iban a entregarles Tegea. Al es-
cucharlo, aun a sabiendas de que mentía acerca de ellos,
lo dejaron ir, pero enviaron embajadores a Tebas para
acusarlo en la consideración de que debía morir. Conta- 40
ron que Epaminondas, pues entonces precisamente era
estratego, dijo que había actuado mucho más rectamente

363 cuando había cogido a los hombres que cuando los había
dejado ir. «Pues si, mientras nosotros estamos por vuestra culpa en la guerra, vosotros sin nuestro conocimiento hacéis la paz, ¿cómo no iba a poder cualquiera acusaros por ello justamente de traición? Sabed bien», añadió, «que nosotros también combatiremos contra la Arcadia y haremos la guerra en compañía de quienes piensen como nosotros».

5,1 Cuando se anunció esto, tanto a la comunidad de los
362 arcadios como a cada una de las ciudades, a partir de
aquí, dedujeron los mantineos y quienes, de los demás arcadios, se preocupaban por el Peloponeso, así como los eleos y los aqueos, que evidentemente los tebanos querían que el Peloponeso fuera tan débil como para poder escla-
2 vizarlo con la mayor facilidad posible. «En efecto, ¿por
qué quieren que hagamos la guerra más que para que entre nosotros nos deterioremos mutuamente y ambas partes tengamos necesidad de ellos? O bien, ¿por qué, al decir nosotros que en la actualidad no tenemos necesidad de ellos, se ponen a hacer preparativos como para una expedición? ¿No es evidente que se disponen a hacer una salida con la intención de causarnos algún daño?»
3 También enviaron mensajeros a pedir ayuda a Atenas y
salieron hacia Lacedemonia embajadores de los eparitos, a invitar a los lacedemonios por si, en el caso de que alguien tuviera la intención de esclavizar el Peloponeso iban a querer organizar la resistencia en común. Sin embargo, acerca de la jefatura, dispusieron que desde ese momento cada uno la tuviera en su propia región.

4 En tanto esto se llevaba a cabo, Epaminondas partió
con todos los beocios y eubeos, y muchos de los tesalios, tanto de los de Alejandro como de sus adversarios. Sin embargo, no los acompañaban los focidios, pues decían que ellos, según sus compromisos, si alguien iba contra los tebanos, tenían que acudir en su ayuda, pero que en los mismos no entraba hacer una expedición contra
5 otros. Por su parte, Epaminondas calculaba que, en el Pe-
loponeso, ellos tendrían de su lado a los argivos y mesenios y, entre los arcadios, a los que compartían sus mis-

mos intereses. Eran éstos los tegeatas, megalopolitas, aseatas y palantieos, además de que posiblemente se vieran forzadas otras ciudades, por ser pequeñas y hallarse situadas en medio de éstas. Salió, pues, Epaminondas con gran rapidez, pero, cuando estuvo en Nemea, se detuvo, a la espera de sorprender a los atenienses a su paso por allí, ya que, según sus cálculos, esto podría ser de gran importancia para infundir valor a sus aliados y para que los enemigos cayeran en el desánimo, pues, en definitiva, era bueno para los tebanos todo lo que debilitara a los atenienses. Sin embargo, durante esta parada suya, se reunieron en Mantinea todos los coligados. Pero cuando Epaminondas escuchó que los atenienses habían renunciado a avanzar por tierra y se preparaban para hacerlo por mar, con la intención de acudir en ayuda de los arcadios a través de Lacedemonia, entonces partió de Nemea para encaminarse a Tegea. Yo, desde luego, no sabría decir si su estrategia era afortunada. Sin embargo, lo que es obra de la previsión y de la audacia, en absoluto me parece que el hombre lo olvidara. Pues, en primer lugar, yo alabo en él el hecho de que colocara el campamento dentro de la muralla de los tegeatas, donde se encontraba más seguro que si hubiera acampado fuera y lo que pudiera hacer era menos visible para los enemigos. Además, de hecho en la ciudad era más fácil conseguir lo que necesitara. También era posible ver si, en los otros ejércitos de fuera, todo se hacía rectamente o si de algún modo se equivocaban. En efecto, aunque pensaba que era más fuerte que sus adversarios, cuando veía que ellos tenían ventaja gracias al terreno, no salía a hacerles frente.

Pero al ver que ninguna ciudad se le acercaba y que el tiempo transcurría, pensó que había que hacer algo, pues si no, en vez de la fama anterior, sería objeto de gran desprestigio. Cuando se enteró de que sus adversarios estaban protegidos cerca de Mantinea y de que habían mandado a buscar a Agesilao y a todos los lacedemonios, y supo que Agesilao había salido en expedición y estaba ya en Pelene, después de cenar, tras dar las órdenes oportunas, marchó con su ejército directamente hacia Esparta.

362 Y si un cretense que se presentó por alguna divina vo-
10 luntad no le hubiera anunciado a Agesilao que se acercaba la expedición, habría encontrado la ciudad como un nido totalmente abandonado de sus defensores. Pero como, nada más enterarse de esto, Agesilao pudo adelantársele en la vuelta a la ciudad, los espartiatas la protegieron en orden desplegado, aunque eran muy pocos, pues todos sus caballeros estaban ausentes en Arcadia, así como el ejército mercenario y tres de los doce batallones
11 que tenían. Cuando Epaminondas se encontró en la ciudad de los espartiatas, donde iban a tener que combatir en terreno llano y a recibir disparos desde las casas, no entró en ella, ni siquiera donde nada más [20] combatirían con pocos por ser muchos. Sólo bajó a apoderarse del terreno donde pensaba que podría obtener más beneficio
12 y no subió [21] a la ciudad. De lo que allí pasó es posible que exista una causa divina, pero lo que sí es posible afirmar es que nadie tendría que someterse a quienes se encuentran en una situación desesperada. Sin embargo, cuando Arquidamo se puso en marcha con menos de cien hombres y, después de atravesar lo que parecía ofrecer algún impedimento, avanzó hacia arriba contra sus contrincantes, entonces, los que avivaban el fuego, los que habían vencido a los lacedemonios, los más numerosos en todos los conceptos y que además ocupaban lugares superiores, no hicieron frente a Arquidamo, sino que se retiraron.

13 Los primeros de los de Epaminondas murieron. Pero cuando, confiados en la victoria, los de dentro se pusieron a perseguirlos más allá de lo conveniente, también éstos

---

[20] El texto se interpreta a veces como corrupto (Marchant). Brownson, según corrección de Voigtlander, lee: «ni donde, por el hecho de ser muchos, no iban a tener ninguna ventaja en el combate contra los que eran pocos». Sin embargo, de acuerdo con los manuscritos, podría interpretarse: «ni donde el hecho de ser muchos no iba a permitirles combatir más a ellos que a los otros contrincantes», o «ni siquiera donde, a pesar de ser muchos contra pocos, de hecho no iban a poder ser más numerosos en el combate».

[21] La última frase la suprimen algunos códices. Hatzfel = [ ]

murieron, pues, según parece, estaba prefijado por el dios 362
hasta qué límites se les había concedido la victoria. Arquidamo estableció un trofeo donde había vencido y a los enemigos que cayeron en ese lugar los devolvió mediante un pacto.

Epaminondas, que calculaba que los arcadios acudirían 14
a Lacedemonia, no quiso combatir con ellos y con todos los lacedemonios presentes en el mismo sitio, que además gozaban de buena fortuna, mientras que ellos eran rechazados por la suerte. Cuando se puso de nuevo en marcha hacia Tegea, tan rápidamente como pudo, hizo descansar a los hoplitas, mientras que a los caballeros los envió hacia Mantinea, después de pedirles que se esforzaran, y les indicó que seguramente estarían fuera todos los rebaños de los mantineos, y todos los hombres, pues, por lo demás, era el momento de la recolección del grano.

Ellos partieron. Sin embargo, los caballeros atenienses 15
que habían emprendido la marcha desde Eleusis, después de cenar en el Istmo y de atravesar Cleonas, se presentaron precisamente en Mantinea y se aposentaron en las casas dentro de la muralla. Cuando se hizo patente que los enemigos cabalgaban hacia ellos, los mantineos solicitaron a los caballeros atenienses que, si podían, acudieran en su ayuda, pues estaban fuera todos los rebaños y los trabajadores, además de muchos niños y los libres más ancianos. Nada más escucharlo, los atenienses partieron en su auxilio, aunque estaban todavía sin comer tanto
ellos como los caballos. En aquel momento, ¿quién po- 16
dría dejar de admirar su virtud? Aunque veían que los enemigos eran muchos más, y a pesar de la desgracia que habían sufrido los caballeros en Corinto, a nada de esto atendieron, ni al hecho de que iban a combatir contra tebanos y tesalios, que, según se piensa, son los mejores jinetes, sino que, ante la vergüenza de estar presentes y no ser útiles a los aliados, tan pronto como vieron a los enemigos, entraron en combate deseosos de salvar la glo-
ria patria. Con su entrada en combate, fueron los cau- 17
santes de que los mantineos conservaran todo lo que tenían fuera, pero murieron hombres nobles, aunque evi-

362 dentemente también mataron a otros del mismo rango,
pues ninguno de los dos tenía un arma tan corta que no
se alcanzaran mutuamente. A los amigos muertos no
los abandonaron y a algunos de los enemigos los devol-
vieron mediante pactos.
18 Epaminondas, en la idea de que en pocos días había
que marcharse por llegar a su término el tiempo opor-
tuno para la expedición, pero también de que, si dejaba
abandonados a aquellos por los que había venido como
aliado, serían asediados por sus adversarios, y él se con-
vertiría en el máximo destructor de su propio prestigio,
derrotado por unos pocos en Lacedemonia a pesar de su
gran contingente hoplítico, derrotado en el combate ecues-
tre en Mantinea y convertido en culpable de que, a causa
de su expedición al Peloponeso, se hubieran unido lace-
demonios, arcadios, aqueos, eleos y atenienses, por todo
ello no le parecía que fuera posible pasar sin combate y
calculaba que, si vencía, se acabaría todo esto, pero pensó
también que sería un hermoso final morir mientras in-
tentaba dejarle a su patria el imperio del Peloponeso.
19 Que él reflexionara sobre tales temas no me parece que
sea muy sorprendente, pues así son las reflexiones de los
hombres ambiciosos de gloria. Pero el haber preparado
el ejército de modo que no los desanimaba ningún esfuer-
zo ni de noche ni de día, ni se apartara de ningún peligro,
y que a pesar de la escasez de recursos estuvieran dis-
puestos a obedecer, esto me parece mucho más admi-
20 rable. En efecto, cuando por fin les anunció que se
prepararan porque ya iba a tener lugar la batalla, animo-
samente sacaron brillo los caballeros a sus cascos nada
más decirlo, incluso los hoplitas arcadios se grababan ga-
rrotes[22], como si fueran tebanos, y todos afilaban las lan-
21 zas y los cuchillos y daban lustre a los escudos. Ahora
bien, una vez que, ya preparados, los condujo fuera, lo
que hizo fue digno de reflexión. En primer lugar, como
es lógico, los agrupó en formación. Al hacerlo, parecía

---

[22] Insignia de Tebas, por el garrote de Heracles, patrono de la ciudad.

indicar claramente que se preparaba para la batalla. Sin 362
embargo, cuando el ejército estuvo ordenado como él quería, no lo condujo por el camino más corto contra los enemigos, sino que los guió hasta las montañas que están a occidente, frente a Tegea, de modo que a los enemigos les creó la idea de que la batalla no iba a tener lugar en
aquel día. En efecto, cuando estuvo junto al monte, desde 22
que se le desplegó la falange, depuso las armas al pie de las alturas, de modo que parecía que estaba acampado. Con haber hecho esto, relajó en las almas de la mayoría de los enemigos la disposición para el combate, pero la relajó también en las formaciones. Cuando, por haber hecho maniobrar de lado a los batallones que marchaban en columna hacia el frente, dio fuerza al extremo próximo a él mismo, entonces, tras ordenar que tomaran las armas, se puso a su frente y ellos lo siguieron[23]. Los enemigos, cuando lo vieron acercarse de modo imprevisto, ninguno de ellos pudo mantenerse quieto, sino que unos corrían a las filas, otros se alineaban, otros ponían frenos a los caballos, otros se vestían las corazas, pero todos daban más la impresión de ir a sufrir que de ir a
actuar. El condujo sus fuerzas de frente como si fueran 23
trieres, en la idea de que, donde golpeara en su ataque, destruiría el ejército entero de sus contrincantes, ya que se preparaba a luchar contra la parte más fuerte y dejaba de lado la parte más débil, pues sabía que derrotado provocaría desánimo en los que estaban con él y fuerza en sus enemigos. Estos ordenaron en frente a los caballeros como una falange de hoplitas, en profundidad, uno tras
otro[24] y sin mezclar a los infantes con los jinetes. Epa- 24

---

23 En relato no demasiado preciso, cuenta Jenofonte la maniobra de Epaminondas para reforzar el ala izquierda, disposición que caracterizó la táctica tebana (ver P. Vidal-Naquet, P. Levêque, «Epaminondas pitagórico o el problema táctico de la derecha y la izquierda», en P. Vidal-Naquet, *Formas de pensamiento y formas de sociedad en el mundo griego. El cazador negro,* Barcelona, Península, 1983, pp. 86-110.

24 En lugar de uno tras otro, Rüstow, seguido por Brownson y Hatzfeld: «de seis en fondo».

362 minondas, por su parte, dio fuerza a la columna del contingente de caballería y colocó junto a ellos a los infantes mezclados con jinetes, en la idea de que, cuando rompiera el contingente de caballería, habría de vencer al enemigo entero. Pues es difícil encontrar a quienes estén dispuestos a resistir cuando ven huir a algunos de los suyos. Para que los atenienses no acudieran desde el ala izquierda en ayuda del contingente inmediato, colocó enfrente sobre algunas colinas a jinetes y hoplitas, con la intención de causarles también a ellos temor a que, si acudían, éstos les caerían encima por detrás.

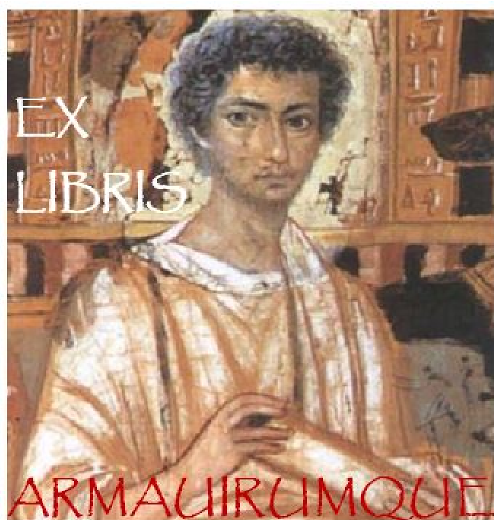
Así llevó a cabo el encuentro y sus esperanzas no se vieron defraudadas, pues, al vencer por donde había atacado, obligó a huir a todo el contingente de los enemigos.
25 Pero cuando él cayó, los que quedaron ni siquiera pudieron ya sacar provecho de la victoria debidamente, sino que, al escapárseles la falange contraria, los hoplitas no mataron a ninguno ni avanzaron desde el lugar donde se había producido el encuentro; al escapárseles también la caballería, los jinetes, en su persecución, no mataron ni a jinetes ni a hoplitas; y como vencidos se dispersaron asustados en medio de los enemigos en fuga. Los contingentes mixtos y los peltastas, que habían vencido conjuntamente con la caballería, llegaron al ala izquierda como vencedores, pero allí murió la mayor parte de ellos a manos de los atenienses.

26 Hecho esto, había pasado lo contrario de lo que creyeron todos los hombres que iba a pasar. Al haberse reunido casi toda Grecia y haberse enfrentado en formación, nadie había que no pensara que, si tenía lugar una batalla, los vencedores obtendrían el imperio y los vencidos se convertirían en subditos. Pero el dios hizo que ambos erigieran un trofeo como vencedores y ni unos ni otros impidieron que lo erigieran; ambos como vencedores entregaron los cadáveres mediante pactos y ambos
27 como vencidos los recogieron mediante pactos; cada uno
decía que había vencido, pero, ni en territorio, ni en
ciudad, ni en poder, ni uno ni otro aparecía como posee-

dor de nada más de lo que tenía antes del combate. Sin 362
embargo, hubo todavía más confusión y desorden en Grecia después de la batalla que antes.

Por mi parte, hasta aquí queda escrito. De lo posterior a esto, en todo caso, que se ocupe otro.

Indice analítico


EX
LIBRIS
ARMAUIRUMQUE

Indice